

El Signo del Centauro:

*Variaciones sobre el discurso ensayístico
de Baldomero Sanín Cano*

Hernando Urriago Benítez

El Signo del Centauro:

*Variaciones sobre el discurso ensayístico
de Baldomero Sanín Cano*



Colección Artes y Humanidades

A lo largo de este libro advertiremos que Sanín Cano, el mismo que en su larga travesía intelectual criticó a Núñez, apreció a Silva, acompañó al grupo de *Mito* en su actitud modernizadora de las letras colombianas, y que exigió a la crítica literaria estudiar sólo las obras portadoras de sentido humano y concientes de su tiempo; el mismo que todas las antologías del ensayo en Colombia reconocen equívocamente como el fundador del género en el país, y el mismo que los estudios hispanoamericanos sobre el ensayo desconocen, responde a esas intenciones tan caras a Domingo Faustino Sarmiento, José Enrique Rodó, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui y Octavio Paz, herederos, continuadores e innovadores —como tantos otros— de la tradición de Montaigne en la América Hispánica, la gran patria que de manera lúcida José Martí llamó “Nuestra América” y que Sanín Cano recorrió de palmo a palmo e interpretó en ensayos que estudiamos para beneficio de la memoria y del imaginario literario de Colombia.



El Signo del Centauro:

*Variaciones sobre el discurso ensayístico
de Baldomero Sanín Cano*

Hernando Urriago Benítez



Colección Artes y Humanidades

Universidad del Valle
Programa Editorial

Título: *El signo del centauro: variaciones sobre el discurso ensayístico de Baldomero Sanín Cano*
Autor: Hernando Urriago Benítez
ISBN: 978-958-670-563-9
ISBN PDF: 978-958-765-736-4
DOI: 10.25100/peu.227
Colección: Artes y Humanidades - Estudios Literarios
Primera Edición Impresa marzo 2007
Edición Digital junio 2018

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios
Vicerrector de Investigaciones: Jaime R. Cantera Kintz
Director del Programa Editorial: Omar Díaz Saldaña

© Universidad del Valle
© Hernando Urriago Benítez

Diseño de carátula: UV media.

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, junio de 2018

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	7
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO 1	
BALDOMERO SANÍN CANO, ENSAYISTA.....	17
HISTORIA DE UNA RECEPCIÓN.....	23
CAPÍTULO 2	
TEORÍA MÍNIMA DEL DISCURSO ENSAYÍSTICO	31
EL CARÁCTER LITERARIO DEL ENSAYO	32
SUBJETIVIDAD Y JUICIO CRÍTICO.....	33
POÉTICA ESENCIALISTA Y POÉTICA CONDICIONALISTA.....	35
LA INTERPRETACIÓN ENSAYÍSTICA.....	38
EL HORIZONTE HERMENÉUTICO DEL ENSAYO.....	40
CAPÍTULO 3	
PANORAMA DEL ENSAYO EN COLOMBIA: SIGLO XX.....	43
EL ENSAYO Y LA CONFIGURACIÓN DE UN NUEVO CAMPO LITERARIO	43
UN CENTAURO ENTRE DOS HEGEMONIAS.....	45
CAPÍTULO 4	
BALDOMERO SANÍN CANO: UNA VISIÓN DE SU ENSAYÍSTICA A TRAVÉS DE LOS ESCRITOS	61
SANÍN CANO Y LA REINVENCIÓN DEL ENSAYO	62
TIPOLOGÍAS Y SPECTRUM ARCHIENSAYÍSTICO	64
TEMAS Y PROBLEMAS DEL ENSAYO.....	74
LA LECTURA, LA LITERATURA Y LA CRÍTICA LITERARIA	75
LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL, EL PROGRESO Y EL HUMANISMO	101
LA NACIONALIDAD, EL HISPANISMO Y LA UNIVERSALIDAD	117
DE NUEVO EL CRÍTICO INTERNACIONAL	121
“LA DANZA DE LOS MILLONES”, EL BOLCHEVISMO Y EL ESPÍRITU DE CASTA	123
“UNA REPÚBLICA FÓSIL” Y LA FALSA NOCIÓN DE LITERATURA NACIONAL	126
EL PROBLEMA DE LA TRADICIÓN HISPÁNICA	129
ESPAÑA, LA LENGUA Y LA DISCUTIBLE RIQUEZA DE LA CULTURA ESPAÑOLA	131
EL CRISTIANISMO Y LA HIGIENE	135
LA RAZA AMERICANA Y EL LIBREAMERICANISMO	136
HACIA EL UNIVERSALISMO CRÍTICO DESDE EL DISCURSO ENSAYÍSTICO	139
LA DECONSTRUCCIÓN AXIOLÓGICA DE LA CULTURA	141
SUBJETIVISMO, DIALOGISMO Y VOLUNTAD DE ESTILO.....	143
VOLUNTAD DE ESTILO: IRONÍA Y DIGRESIÓN	147
CONCLUSIÓN	157
BIBLIOGRAFÍA.....	161

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

AGRADECIMIENTOS

Todo agradecimiento apela siempre a un lugar común (el solemne “Quiero agradecer...”) en relación con personas y afectos poco “comunes”. De ahí que inicie estas páginas agradeciendo la complicidad intelectual de los profesores Carmina Navia, Darío Henao y Fabio Martínez por alentarme en la “senda oscura” de este tema tan luminoso como es el ensayo en Colombia. Ellos adelantaron una juiciosa lectura de este material, fruto de una investigación sobre la teoría del discurso ensayístico que tuvo sus inicios en el marco de la maestría en Literaturas Colombiana y Latinoamericana de la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. Sus indicaciones, siempre precisas y oportunas, ayudaron a descubrir parte de lo que ustedes habrán de leer y de juzgar. A ellos mi profunda gratitud.

Por la complicidad emocional también quiero invocar aquí a mis padres, Hernando y Aída (Q.E.P.D.); a mi esposa Alba Lucía, por su paciencia amorosa; a los diálogos efusivos con el escritor, profesor y amigo Carlos Patiño Millán; al profesor Óscar Ágredo, quien compartió conmigo los estudios de José Luis Gómez-Martínez y de Liliana Weinberg, y a las intervenciones de mis estudiantes del Seminario-Taller de Ensayística y del Taller de Escritura de Ensayos, asignaturas que oriento desde 2003 en la Escuela de Estudios Literarios.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Para mis colegas, profesoras y profesores de la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle y para mis compañeras y compañeros de la Maestría en Literaturas Colombiana y Latinoamericana.

Para aquellos “estudiantes de la mesa redonda” que seguirán la tradición de Montaigne y de Sanín Cano.

Y para mi hijo Pablo Daniel, quien desde su sabio silencio me recordó que todo trabajo y todo esfuerzo encarnan siempre un viaje a la semilla...

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Tal es la obra del crítico: comprender, comprenderlo todo, iluminar períodos literarios, darle a cada obra su posición en la historia de las ideas y de las formas artísticas, todo ello en un estilo de absoluta claridad y, hasta donde sea posible, digno, proporcionado, capaz de reflejar la vida. De esta manera entendida, la crítica literaria es una obra de arte y tiene derecho a ocupar puesto de honor entre sus camaradas de la estética.

Baldomero Sanín Cano

La tarea del ensayo es tan antigua como la tarea de interpretación, y ésta tan antigua como el lenguaje mismo, así como el ensayista es un especialista, “el especialista de la interpretación”.

Liliana Weinberg

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

INTRODUCCIÓN

La aparición del ensayo en 1580, tras el juicioso encierro de Michel de Montaigne en su castillo de Guyena, constituye la fundación del género más joven de la literatura. Ello a pesar del acierto de otro célebre ensayista, Lord Francis Bacon —sucesor de Montaigne en la tradición del ensayo y primer exponente de éste en la Inglaterra del siglo XVII—, quien dijo algo hoy demasiado citado: “la palabra es nueva, pero el contenido es antiguo”. Claro que sí: el discurso ensayístico ya había esbozado su peculiar naturaleza en el diálogo platónico, en el soliloquio, en la carta abierta y en otros subgéneros de la oratoria y de la didáctica greco-latinas, pero fue con Montaigne que tomó definición y forma, al insurgir como discurso esencialmente subjetivo, dialogal e interpretativo, propio, además, del campo intelectual de la Modernidad.

No obstante, es pertinente anotar que ni Montaigne ni su tradición incurren en aquello que suele endilgársele al Humanismo renacentista; es decir, la lectura a destajo de la tradición que le antecede. Por el contrario, encontramos que el ensayo aparece como un discurso en el cual se revisan juiciosamente las ideas heredadas para avizorar un futuro mediante la interpretación como acto compartido entre el ensayista y su lector. Bien lo dijo Alfonso Reyes: el ensayo es el “centauro de los géneros”, híbrido entre ciencia y poesía o filosofía y literatura; también, añadimos aquí, mixtura entre discursos que abrevan tanto en *decires* antiguos como en voces modernas para ser compartidas por el ensayista con la “generalidad de los cultos”, por excelencia el público del ensayo, según Eduardo Nicol. Hoy, pues, el debate en torno al discurso ensayístico ha producido un fructífero campo de investigación en el cual se habla de la teoría del ensayo, cuyos presupuestos fundamentales presentamos en el segundo capítulo del presente trabajo.

Ahora bien, este libro intenta explorar uno de los trazos de ese “centauro” literario llamado ensayo dentro de un contexto histórico, social y cultural determinado: hablamos del siglo XX en Colombia y de uno de sus intelectuales, el ensayista antioqueño

Balduino Sanín Cano (1861-1957), quien, a cincuenta años de muerto, representa un punto culminante en la historia del ensayo en nuestro país.

Pero al igual que Montaigne, Sanín Cano surge como ensayista en Colombia, en el marco de una tradición que si bien se remonta al período colonial —cuando el discurso ensayístico encuentra su pre-figuración en las obras de Gonzalo Fernández de Oviedo, Juan de Cueto y Mena, Manuel del Socorro Rodríguez o Francisco José de Caldas, en quienes es posible advertir cierta “voluntad de estilo” y una reflexión interpretativa al calor de las ideas y del decurso histórico de su tiempo—, cobra pleno vigor literario y político entre los siglos XIX y XX. En el tercer capítulo examinaremos la instauración del campo intelectual y literario en el que el ensayo participa hacia la primera mitad del siglo XX, para comprender que dicha historia pasa por los periódicos y las revistas que entonces aparecieron (o desaparecieron) para construir, por un lado, un criterio que permitiera pensar el país desde la filosofía, la historia, la sociología y la literatura, y, por el otro, un nuevo campo intelectual y literario desde el que fue trazado en gran medida el destino de las letras colombianas en el siglo XX.

Este paisaje histórico sirve de antesala a la lectura que intentamos postular del ensayo en Sanín Cano, a la luz de una selección de parte de su obra. Se trata del volumen que con el título genérico de *Escritos* publicó el Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura) en su Biblioteca Básica Colombiana, en 1977, en ocasión de los veinte años de la muerte del ensayista. Pero antes de continuar, haremos una aclaración: esta selección, levantada bajo el criterio de otro ensayista, Juan Gustavo Cobo Borda, incluye dos textos de los cuales aquí no nos ocuparemos: son el artículo literario “Núñez, poeta”, firmado por Brake (B. Sanín Cano) en 1888, y el ensayo de interpretación política *Administración Reyes (1904-1909)*, publicado en Lausana, Suiza, en 1909.

Aunque más adelante detallaremos las motivaciones que nos llevan a dejar a un lado aquellos textos, es pertinente decir de antemano que el artículo sobre la discutida faceta poética de Rafael Núñez, a pesar de ser uno de los textos crítico-literarios representativos de nuestra tradición ensayística¹, carece de firma autoral y, por tanto, de aquello que caracteriza al ensayo: el ejercicio de la responsabilidad. Respecto al texto dedicado a Reyes debemos decir que en este trabajo nos anima la idea de estudiar los diversos registros del ensayo en Sanín Cano, a excepción de su tonalidad *in stricto sensu* político, de la que bien pueden ocuparse los sociólogos o los historiadores². Hecha esta

¹ A razón de David Jiménez Panesso, con este artículo Sanín Cano inaugura la crítica modernista en Colombia, en tanto que llega para renovar una tradición crítica que atendía más a las ideas expresadas (informadas) en el texto poético, y menos a la “verdad subjetiva” en la que dichas ideas deben convertirse a través de la sensibilidad. Cfr. David Jiménez Panesso, 1992:75.

salvedad, es pertinente decir que atenderemos ochenta textos ensayísticos que incluyen tanto los que el autor escribió y publicó orgánicamente entre 1925 y 1955 —desde *La civilización manual y otros ensayos* hasta *El humanismo y el progreso del hombre*— como aquellos “Textos no recogidos en libro” que fueron publicados entre 1904 y 1951 en las revistas *Contemporánea*, *Universidad*, *Hispania* y en el diario *El Tiempo*.

La interpretación del discurso ensayístico de Sanín Cano con base en la teoría del ensayo, permitirá mostrar los tipos y los temas, explorar en el subjetivismo, la dimensión dialógica y la voluntad de estilo, y detenernos en el carácter interpretativo de dicha producción intelectual. El objetivo final es ofrecer una mirada del ensayo en Sanín Cano que permita comprender la posición del ensayista frente a los problemas de su tiempo y, gracias a la vigencia de sus textos, del tiempo del lector que los actualiza desde su propio contexto de lectura. En esto consiste la travesía que ahora emprendemos en busca de los signos que el “centauro” de los géneros dejó en Colombia bajo la sigilosa pluma de Baldomero Sanín Cano.

De cierta manera, es mediante su ejercicio ensayístico que el autor antioqueño reinventa el género en nuestro país, auscultando nuevos sentidos alrededor de temas y problemas como la lectura, la literatura y la crítica literaria; la civilización occidental, el progreso y el humanismo; la nacionalidad, el hispanismo y el universalismo crítico. Veremos que en este último aspecto Sanín Cano actuó como un *crítico internacional* que alternó entre la preocupación por el devenir nacional y la atención a los grandes asuntos de la cultura hispanoamericana. Habló de Colombia como “una república fósil”; revisó la falsa noción de literatura nacional; se pronunció enfáticamente sobre el problema de la tradición hispánica, y enarboló una defensa del libreamericanismo. Por ello decimos, finalizando el cuarto capítulo, que su discurso ensayístico fundó un universalismo crítico sustentado en la deconstrucción axiológica de la cultura y también en las características que otorgan especificidad literaria al género.

Finalmente, cabe recordar que a razón de John Skirius, cuatro son las intenciones de la mayoría de los ensayistas hispanoamericanos del siglo XX: “Confesarse, persuadir, informar, crear arte” (Skirius, 1994: 10). Lo primero, porque el ensayo es un acto de escritura cercano al diario y a la memoria, expresiones donde la subjetividad se erige en acto de pensamiento y vehículo hacia la interpretación; lo segundo y lo tercero, porque el ensayista, al ofrecer su personalidad mediante el texto, persuade al lector para que escuche, dialogue e incluso prolongue en otro texto ensayístico esa suerte de

² El texto es de referencia obligada en el estudio “Rafael Reyes: Quinquenio, régimen político y capitalismo (1904-1909)”, del historiador Humberto Vélez Ramírez (Vélez Ramírez, 2001: 187-214).

conversación escrita que ambos han sostenido en torno a un tema; y lo cuarto, porque el ensayo es creación y reflexión, arte y pensamiento, “poema intelectual”, como bien lo definió Georg Lukács en el *Arte y las formas*.

A lo largo de este libro advertiremos que Sanín Cano, el mismo que en su larga travesía intelectual criticó a Núñez, apreció a Silva, acompañó al grupo de *Mito* en su actitud modernizadora de las letras colombianas, y que exigió a la crítica literaria estudiar sólo las obras portadoras de sentido humano y concientes de su tiempo; el mismo que todas las antologías del ensayo en Colombia reconocen equívocamente como el fundador del género en el país, y el mismo que los estudios hispanoamericanos sobre el ensayo desconocen³, responde a esas intenciones tan caras a Domingo Faustino Sarmiento, José Enrique Rodó, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui y Octavio Paz, herederos, continuadores e innovadores —como tantos otros— de la tradición de Montaigne en la América Hispánica, la gran patria que de manera lúcida José Martí llamó “Nuestra América” y que Sanín Cano recorrió de palmo a palmo e interpretó en ensayos que estudiamos para beneficio de la memoria y del imaginario literario de Colombia.

³ Una grata excepción es Roberto Fernández Retamar, quien en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* reconoce en Sanín Cano a uno de los impulsores de la teoría y crítica de la literatura continental (Fernández Retamar, 1995). A este libro volveremos en su debido momento.

BALDOMERO SANÍN CANO, ENSAYISTA

El discurso ensayístico emana directamente de un Autor de carne y hueso que ha dejado de ser transitoriamente toda su persona y ha adoptado una dignidad pensante y una postura crítica que contagiarán a su lector.

Jaime Giordano

Baldomero Sanín Cano murió en Bogotá, en el atardecer del domingo 12 de mayo de 1957. A su lado estaban su sobrino Luís Sanín Aguirre y la esposa de éste, Clarita Wills de Sanín. Un síncope cardíaco acabó con los noventa y seis años de vida del “patriarca de las letras” colombiano (había nacido el 27 de junio de 1861 en Rionegro, Antioquia), según escribió *Relator* en páginas interiores de su edición del lunes¹. “Luto en Colombia por la Muerte de Sanín Cano; Hoy fue sepultado”, fue el titular del periódico vespertino caleño, que presentaba la foto de adusto perfil autografiada por el ensayista antioqueño y dos imágenes yuxtapuestas de Guillermo León Valencia y Alberto Lleras Camargo, quienes habían pronunciado sendos discursos ante el mausoleo de los periodistas, donde fue dejado Sanín Cano por una masiva peregrinación que había arrancado en la capilla del muy capitalino barrio Las Nieves. El gran titular de la edición de ese día habla, además, de la atmósfera que rodeó dicha circunstancia: “Laureano viene de España y Rojas P. Llega a Ese País”. Como anotó el periódico, Sanín Cano, que había muerto en medio de días convulsos para Colombia, “no cerró sus ojos mientras no vió (sic) alborear de nuevo el sol de la libertad en Colombia”.

Relator dedicó a la memoria de Sanín Cano una nota de cuatro párrafos en sus clásicos “Apuntes del día”. Sin escatimar elogios, los redactores decían que con la muerte

¹ Cfr. *Relator*, año XLII (1,2 y 4), Cali, lunes 13 de mayo de 1957.

del “ilustre patricio” llegaba a su fin una etapa brillante y gloriosa de la literatura en Colombia y en América; período en el que podían enmarcarse José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Marco Fidel Suárez, Antonio J. Restrepo, Tomás Carrasquilla, José María Vargas Vila, Víctor M. Londoño, Ismael Enrique Arciniegas, Carlos Arturo Torres; José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones, Rubén Darío, José Herrera y Reissig, Ventura García Calderón, José Santos Chocano y Amado Nervo.

El “Apunte” destacaba la doble dimensión ensayística y periodística del escritor. Respecto a la primera decía que el ensayo, “una de las formas de expresión literaria más exigentes”, había sido su medio de comunicación con el público; acerca de la segunda afirmaba que el periodismo había sido la ocupación primordial de su vida, dado su enorme “sentido de la oportunidad”. Y terminaba:

Por otra parte fue Sanín Cano un hombre de vida pulcra y austera, defensor irreductible de la democracia y la libertad, adicto al sentido republicano de los pueblos, sabio y tolerante sin el criterio transaccionista de Renán. Murió en su ley como hombre de pensamiento libre y después de haber experimentado, como dijo otro de Remy de Gourmont, “el doloroso placer de comprenderlo todo”.

De otro lado, el número 2087 de *Cromos*² —correspondiente a la semana del 20 al 26 de mayo— presentó una nota igual de laudatoria y justa, dispersa entre las páginas 15 y 58 de esa edición conmemorativa de los sucesos del 10 de mayo de 1957, cuando Gustavo Rojas Pinilla abandonó la presidencia. “Cultura, humanismo, rectitud...”, reza el pie de la foto que muestra a un Sanín Cano maduro, de boina y corbatín, con un dejo irónico y vivaz. La nota, un poco más larga que la del diario caleño, reparte su información entre los orígenes radicales de Sanín Cano en Rionegro, su llegada a Bogotá, su periplo político e intelectual, apreciaciones en torno a su último libro, *El Humanismo y el progreso del hombre*, y la significación del autor en el concierto de la cultura en Colombia, tras de lo cual la revista sentaba una crítica al régimen rojaspinillista:

Sanín Cano es de los escritores que mayormente han contribuido a conformar el carácter de nuestra cultura, la psicología de nuestro pueblo y su vocación por la libertad. Una de las tareas de los escritores colombianos en este momento es, por eso, la de estudiar y asimilar críticamente su herencia cultural. Ello incluye la edición de sus obras completas. Ya que, en los últimos años, hemos gastado millones de pesos en la publicación de la más vacua y vana literatura oficial, ¿no

² Véase *Cromos*, N°. 2087 (15 y 58), 20-26 de mayo de 1957.

podríamos compensar un poco ese derroche con la divulgación del pensamiento del Maestro, siempre fresco y estimulante, concentrado en lo colombiano aun cuando se refiera a lo extranjero, siempre democrático, siempre humanista?

El pedido de *Cromos* se cumpliría en parte veinte años después, con la selección de *Escritos* publicada por el Instituto Colombiano de Cultura en 1977. Prácticamente hubo dos décadas de olvido. Como anotó Rafael Maya hacia 1961, cuando murió Sanín Cano los periódicos y los críticos fueron elogiosos³ con él, pero después todo fue silencio “en torno de su sepulcro” (Maya, 19). Con motivo de la celebración del centenario de su nacimiento, Sanín Cano había sido desempolvado, pero, como anotaba Maya, dicha reivindicación provenía de algunos sectores intelectuales y de las “zonas académicas”: “Para el gran público el nombre de Sanín Cano dice muy poca cosa”, lamenta el poeta payanés, quien atribuye este fenómeno al carácter “europeo” y “técnico” de la escritura del ensayista, y a su temperamento, “profundamente discreto, enemigo de toda exhibición, frío en apariencia y armado siempre de una fina y casi helada ironía, que formaba en torno suyo una zona de seguridad” (*Ibídem*).

Pero este talante universal, que Maya vio como un factor de distanciamiento entre Sanín Cano y su público, fue saludado positivamente en América Latina y en muchos sectores de la crítica literaria en Colombia. Hacia 1950, por ejemplo, el ensayista cubano Juan Marinello había destacado el carácter americanista universalizante de Sanín Cano, a quien de paso llamó “civilizador ejemplar”, dada su rectitud ética, el saber universal que poseía y cierto nacionalismo con fe en el progreso del país (Marinello, 1976: 102-103). Mucho antes, Pedro Henríquez Ureña había reconocido en él la singularidad de quien se presentaba como “pulverizador de prejuicios” (Henríquez Ureña, 1978: 358-359). De otro lado, todos coincidían en decir que Sanín Cano había sido el primer crítico modernista en Colombia, el gran traductor de algunos de los más grandes escritores de Occidente, y el ensayista mesurado y sagaz que inauguró la tradición de Montaigne en el campo intelectual y cultural de la literatura moderna en Colombia.

Tanto las notas panegíricas como muchos de los comentarios críticos que su muerte obligaría a releer o a escribir, muestran por lo menos cuatro constantes en el pensamiento literario de Sanín Cano: universalidad, crítica a la tradición cultural precedente, renovación crítica de dicha tradición mediante el discurso ensayístico, y el escepticismo constructivo para distanciarse de las verdades entregadas, evaluarlas y ver en el pasa-

³ En este tono panegírico y bastante acrítico escribió Rafael Posada Franco su homenaje a Sanín Cano en 1958. Cfr. Posada Franco, 1958: 5-32.

do cultural nuevas aristas para el trazado de un porvenir más prometedor en términos humanos, intelectuales, artísticos y literarios.

Baldomero Sanín Cano murió, pues, el 12 de mayo de 1957. Vale preguntarse: ¿Qué legado dejaba en la historia de la literatura colombiana e hispanoamericana? ¿Cuál fue la dimensión real de su obra crítica? ¿Por qué hacia 1950 Juan Marinello afirmaba que en inverosímiles sesenta años de trayectoria intelectual “el maestro de Colombia y de América ha buscado en los libros de todos los idiomas la nueva experiencia, la teoría última, el acontecimiento trascendente (sic), para trasladarlo de inmediato a un auditorio cada día más ávido y vario” (Marinello, 99)? Finalmente, ¿qué motivación secreta y/o pública hizo que tanto sus contemporáneos como los lectores que le sobrevivieron siguieran admirando y ponderando su legado? ¿Por qué su discurso ensayístico representa una de las etapas culminantes de nuestra historia intelectual, cultural y literaria?

Una de las entradas para la resolución parcial de estas preguntas es la que señalan la poética condicionalista —término que ampliaremos en el segundo capítulo de este trabajo— para la comprensión del discurso ensayístico, y la misma historia, si queremos ser leales al reciente mandato de Rafael Gutiérrez Girardot: “Es hora de que Latinoamérica vuelva a la historia y a leer entre líneas” (Gutiérrez Girardot, 2004: 12), tal como lo hicieron Martí, Rodó, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y el mismo Sanín Cano, tan consciente de y debido a su tradición y su historicidad.

En efecto, Baldomero Sanín Cano nació el 27 de junio de 1861 en Rionegro, Antioquia, dos años después de que el General Tomás Cipriano de Mosquera —jefe soberano del Estado del Cauca— declarara la guerra al gobierno central que entonces regía los destinos de la Confederación Granadina. Sus padres fueron víctimas de estos arduos acontecimientos; sus nueve hermanos también, incluyendo a Baldomero, quien en su momento cumplió con el “rito de pasaje” que implicaba ir a la guerra para combatir a los rebeldes conservadores, dado que él, como su familia y sus antepasados, era radical.

El hijo del sastre liberal Baldomero Sanín Vera y de la señora Francisca Cano ingresó en 1875 a la escuela normal de maestros, de la que tuvo que salir un año después a causa de la guerra civil nacional de 1876 a 1877, alentada por el partido conservador contra el liberalismo⁴, y en la cual Sanín Cano participó. Dice Jorge Eliécer Ruiz:

Las modalidades de su educación y el clima revolucionario y guerrillero de su época, marcaron su vida y determinaron su carácter. Educado en una mala normal, fue el maestro de su época; formado en medio de la intransigencia, la ideología

⁴ “Cerca de cuarenta rebeliones y levantamientos se presentaron durante la vigencia de la Constitución de Rionegro y una guerra de tipo nacional, la de 1876-1877; precipitada ésta a nombre del partido conservador por una oligarquía caucana económicamente decadente y ya sin poder político

y la sangre, fue tolerante y conciliador y un discreto sentido del humor recorre toda su obra, principalmente sus escritos políticos y periodísticos (Ruiz, 1991: 3).

Pero no vamos tan lejos. Encontrémonos con Sanín Cano en 1880, culminando sus estudios pedagógicos y yendo a Titiribí y a Medellín, donde a su pesar fue maestro pero donde también, para fortuna suya y de su época, conoció el periodismo. En estos quehaceres conoció a Fidel Cano, Rafael Uribe Uribe, Antonio J. Restrepo y Camilo Botero Guerra, quienes orbitaban alrededor de *La Consigna* y eran agitadores del cotarro intelectual liberal. Posteriormente, viajó a Bogotá, donde sorteó la avidez literaria entre empleos materiales como la superintendencia del tranvía de mulas, la contabilidad y la inspección de alimentos para semovientes. Ahí, en la Bogotá de cachacos, chismorreos y chocolate, nacería su participación en la vida intelectual de la nación.

En 1886, al tiempo que era traductor esporádico y lector monacal, conoció a José Asunción Silva, con quien entablaría una exclusiva amistad intelectual. En 1888⁵ dicta en la Sociedad de Socorro Mutuo de Colombia la conferencia “Colombia hace 60 años” y funda *La Sanción*, periódico efímero donde da a conocer, bajo el seudónimo de Brake, el famoso ensayo de crítica literaria “Núñez, poeta”. Y en 1893, a raíz de la muerte de Hipólito Taine, publica en *El Relator* un ensayo sobre la obra del escritor francés firmado por “B. Sanín Cano”, rúbrica que desde entonces será conocida en los círculos literarios de Bogotá, Colombia, América Latina y Europa.

En 1904 funda la *Revista Contemporánea* al lado de Max Grillo, colabora eventualmente en *Trofeos*, y en 1905 —recién casado con Josefina Piedrahita— es nombrado Secretario del presidente general Rafael Reyes. Su condición de liberal lleva a que

a nivel nacional, se dio como una lucha entre Estados. Como pretexto se esgrimió el ‘problema religioso’, debido a la enseñanza laica que algunos liberales querían implantar. El poderoso Estado de Antioquia, lo mismo que el del Tolima, estaba gobernado por los conservadores, y allí estuvo el baluarte de la lucha contra los liberales que controlaban el Estado central. El Estado de Antioquia equipó un ejército poderoso de trece mil hombres con armas modernas, y sus tropas se lanzaron al ataque en nombre de la religión. Detenidas en su avance por dos derrotas militares (Los Chancos y Garrapata), aparecieron contradicciones que se impusieron sobre la aparente unidad doctrinal: celos entre los dirigentes de Antioquia y los de otras regiones sobre quién decidiría y aprovecharía cuando triunfara la causa, problemas regionales con carácter racial que cohesionaron el grupo antioqueño frente a los ‘negros del Cauca’, y el cálculo práctico de los dirigentes de la ‘revolución conservadora’ de que era preferible económicamente un arreglo con el enemigo doctrinario a una guerra en su propio territorio, aunque fuera victoriosa pero que dejara como secuela la destrucción de sus bienes. El resultado fue el arreglo” (Tirado Mejía, 2001: 84-85).

⁵ Se equivoca Cobo Borda en su artículo “Sanín Cano: el oficio del lector”, cuando afirma que el primer acto de Sanín Cano en Bogotá fue la creación del periódico *La Sanción* (Cobo Borda, 1981: 26).

tome una actitud protagónica bajo este gobierno, que estaba destinado por mandato de la Asamblea Nacional a durar de 1905 a 1914, pero que cae en 1909⁶, justo el año en el que Sanín Cano llegaba a Londres como representante del gobierno ante una firma inglesa explotadora de esmeraldas. Redacta en Lausana la síntesis *Administración Reyes (1905-1909)* y emprende la trashumancia por Europa.

Entre 1909 y 1923 viaja por el Viejo Continente y arraiga aún más en el periodismo, profesión que asume desde el ensayo y la crítica literaria. Escribe en el suplemento semanal del *Time*, de Londres, y en la revista *Hispania* —fundada en esa ciudad por Santiago Pérez—, desde la cual presenta la obra de Lugones, Azorín, Unamuno y Rodó. También ejerce corresponsalía en *La Nación*, de Buenos Aires, y colabora en *La revue Sud-Americaine*. En 1924 regresa a Colombia, es elegido representante a la Cámara por el partido liberal (al que, por cierto, lo unió un lazo exento de cualquier radicalismo), y prepara maletas para viajar a Buenos Aires, donde permanecerá de 1925 a 1936, años entre los cuales vuelve al país y va a España. En 1931, por ejemplo, participa del entusiasmo republicano contra la falange franquista, y en 1933 está en Colombia para volver a la Cámara de Representantes. En 1936, el Congreso del Pen Club lo invita a Buenos Aires, donde se reúne con Marinetti, Stephan Zweig, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, quien a raíz del encuentro publica en el número 23 de *Sur* el texto “Dos valores hispanoamericanos”. A su vez, Sanín Cano escribe para la revista *Pan* una crónica del evento que tituló “Notas sobre la reunión de los P. E. N. Clubs en Buenos Aires”⁷.

Entre tanto, había proseguido con su magisterio intelectual y periodístico. En 1925 apareció en Buenos Aires, bajo el sello de Editorial Babel, *La civilización manual y otros ensayos*. Por esos meses, en Colombia, el grupo Los Nuevos saca su revista y en México José Vasconcelos publica una obra capital para la historia del ensayo hispanoamericano: *La raza cósmica*. En 1926 Sanín Cano está en Nueva York, viaja a Colombia para publicar en Medellín *Indagaciones e imágenes*, y en 1927 colabora en la revista *Universidad* y es editorialista de *El Tiempo*.

En 1929 muere su esposa, situación emocional que le lleva a trabajar con más ahínco en su obra. En 1932 aparece *Crítica y arte*; en 1934, en Manizales, *Divagaciones filosóficas y apólogos literarios*; en 1939⁸ ingresa al comité de redacción de la *Revista de las Indias*; en 1942 publica su libro *Ensayos* y asume la rectoría de la Universidad del Cauca, institución que en 1948 le otorga el Doctorado *Honoris Causa* en Filosofía

⁶ La oposición del conservatismo y del Partido Nacional acarrió la caída del dictador en junio de ese año.

⁷ Sanín Cano, Baldomero. “Notas sobre la reunión de los P. E. N. Clubs en Buenos Aires”. En *Pan*, N°. 13 (75-84), 1937.

⁸ Durante esta década, Sanín Cano publicó en *Pan* otros textos: “La Fiesta del Sol” (1935) y “Recuerdos de J. A. Silva” (1938).

y Letras. Cuatro años antes, Fondo de Cultura Económica, de México, había incluido a *Letras colombianas* en su “Colección Tierra Firme”.

En 1949, al borde de los noventa años, divulga parte de sus memorias en *De mi vida y otras vidas*, mientras que en el país la vida empieza a devaluarse a causa de La Violencia. En 1954 se retira de *El Tiempo* y un año después, cuando nace la revista del grupo *Mito*, la prestigiosa Editorial Losada edita *El humanismo y el progreso del hombre*, en Buenos Aires, donde había publicado treinta años atrás su primer libro de ensayos.

Asomados a esta larga trayectoria vital, en la que Sanín Cano orbitó alrededor de actitudes literarias diversas y de las ideologías contradictorias que primaron durante la Hegemonía conservadora y la República liberal, ¿se justifican las notas y las apreciaciones con las cuales introducíamos esta nota historiográfica y biobibliográfica?

HISTORIA DE UNA RECEPCIÓN

Desde luego que la dimensión ensayística de Sanín Cano se encuentra, sobre todo, en su producción escrita; pero siempre es importante asomarse al contexto en el que leyó, conoció, viajó, tradujo y murió para ver cómo su conciencia crítica alcanzó el sentido agudo que los valores políticos, sociales y humanos permitían inteligir a través de la textualidad que produjo como acto de reinterpretación de la realidad.

En esta línea, han sido contadas las lecturas sobre Sanín Cano. En el transcurso de las páginas que siguen, iremos de nuestra lectura a algunos de esos abordajes (muchos de los cuales rayan en la descripción, la citación mutua y el tono panegírico), pues nos parece que cada uno de ellos encarna un trabajo de lectura motivado por la necesidad de actualizar la imagen de Sanín Cano y de construir parte de la memoria del ensayo en Colombia.

El acercamiento a esta figura ensayística remite, nuevamente, a la historia del género en el país, sobre todo porque vemos al escritor antioqueño instalado en cierta zona insular, en medio de una tradición donde el radicalismo ideológico y la violencia de la interpretación ocupan sitios prominentes en la historia intelectual colombiana.

Por esto es que, a razón de Jaime Alberto Vélez, el ensayo en nuestro país ha sido un género menor, ejercido como actividad secundaria por algunos escritores de *dimanche*, es decir, de “fin de semana”. Pero, ¿qué tan cierta es esta afirmación? Nuestro trabajo desmiente en parte dicho escepticismo, pero no soslaya el hecho de que, por ejemplo, Núñez calificase en su momento a Montaigne de heterodoxo, pagano, libre pensador y peligrosamente escéptico, detrás de cuya interpretación unilateral vinieron apreciaciones similares. Si existen motivos para dudar de la existencia de una tradición ensayística en Colombia, esto se lo debemos, primero, a la proyección de la verdad de

los intelectuales regeneracionistas, quienes refutaban en aquellos y en otros términos aun más radicales la propuesta de Montaigne, y, segundo, a la incapacidad de los intelectuales —bien bajo la Hegemonía conservadora, bien bajo la República liberal— para forjar un campo intelectual y cultural autónomo, que marcara distancia en relación con el campo del poder. De ahí que el ensayo en Colombia haya quedado en manos de cierta disidencia, y que Vélez afirme que el género se ha sostenido gracias al “aporte de grandes individualidades que lograron sobreponerse a las limitaciones de su medio” (Vélez, 200:43).

Dentro de esas individualidades, además de las ya destacadas en el segundo capítulo de este libro, es necesario citar a Luis Tejada con muchas de sus archiensayísticas crónicas, a Carlos Arturo Torres con *Los ídolos del foro; ensayo sobre las supersticiones políticas*, publicado en 1909, y a Baldomero Sanín Cano. Los tres supieron sobreponerse al absolutismo ideológico, a la temida influencia de las “ideas foráneas” y a la pedantería pseudo-erudita; y los tres parecen erigir nuestra “tradición de Montaigne”, en la que brillan con luz propia, a pesar del fragmentarismo de su obra. La conclusión bastante negativa y sesgada de Vélez nos ayuda de todas maneras a argumentar lo que venimos diciendo:

En Colombia, donde en ocasiones no resulta posible ni siquiera la más elemental expresión de las ideas, difícilmente podría crecer con autonomía y feracidad el ensayo, un género que exige un ambiente y una temperatura benévolos, y hasta un “aclimatador de novedades”. De ahí que las escasas muestras conocidas provengan de unos pocos invernaderos, acosados casi siempre por el tórrido sol o por la furia desordenada del viento tropical (Vélez, 60).

Baldomero Sanín Cano fue un “invernadero” dentro del cual afloró una nueva visión de mundo crítico-literaria y ensayística en Colombia gracias al juicio crítico, al conocimiento y a la experiencia lingüística, filológica y hermenéutica. De ello hablaremos en su debido momento, cuando atendamos su dimensión ensayística, de la cual se ocuparon algunos críticos que en artículos mayores o menores dejaron sentada admiración frente a uno de los maestros de América.

Esto lo han confirmado en Colombia, por ejemplo, Jorge Eliécer Ruiz, Juan Gustavo Cobo Borda, David Jiménez Panesso, Óscar Torres Duque, Otto Morales Benítez, Carlos Sánchez Lozano y Ramiro Lagos, a despecho de gran parte de la crítica literaria y de la teoría del ensayo en América Latina, que —a excepción de Henríquez Ureña y de Roberto Fernández Retamar— ha desconocido la trascendencia de la obra de Sanín Cano.

Los dos primeros, sobre todo Cobo Borda, han dedicado importantes estudios, la mayoría de las veces descriptivo-analíticos, en torno a Sanín Cano como hacedor del “género proteiforme” en el país. El referente más lejano es el de 1976, cuando ambos elaboran la antología *Ensayistas colombianos del siglo XX*. En el prólogo, Ruiz considera que con la *Revista Contemporánea*, de 1904, Colombia empezó a abandonar el rezago hispanista para mirar al cosmopolitismo bajo el influjo de Sanín Cano, “quien fue el talento que por cerca de sesenta años aireó las letras nacionales, enseñó a leer a los colombianos, les dijo que Europa se extendía más allá del Rhin” (Ruiz, 1976: 10). Llevado por el entusiasmo o la ligereza, el antologista dice más adelante que Sanín Cano fue quizá el “primer escritor de estirpe europea que produjo el país”, mas acierta cuando lo define como una “figura de maestro, como lo fue Martí en Cuba o Reyes en México pero tal vez con mayor ironía y bondad en el caso del colombiano” (*Ibidem*). Ruiz remata añadiendo que en esa línea abierta y modernizadora estuvo luego Luis López de Mesa, pero que el país volvió a tener un ensayista de la talla de Sanín Cano sólo cuando apareció en escena Hernando Téllez. Los dos primeros textos de la antología son precisamente “De lo exótico” y “La civilización manual”⁹.

En 1977, Juan Gustavo Cobo Borda da a conocer por medio del Instituto Colombiano de Cultura la selección de *Escritos*, de Sanín Cano. El enorme volumen —al que haremos constante referencia enseguida— recoge casi ochenta y cinco trabajos archiensayísticos del maestro, así como testimonios que sobre él dieron en su momento José Carlos Mariátegui, Francisco Romero, Germán Arciniegas, Hernando Téllez y Jorge Gaitán Durán. Aunque el trabajo deja por fuera muchos textos valiosos, lo importante es decir que se trata de una selección que reinstaura a Sanín Cano en el campo intelectual y literario en Colombia, para recordar que él fue uno de los actores principales que coadyuvaron a la configuración de aquella autonomía intelectual de la que veníamos hablando. En el prólogo, sugestivamente titulado “Sanín Cano: el oficio de lector”, Cobo Borda recorre con relativo detalle el camino que condujo al antioqueño de 1888, cuando está en Bogotá, aspirando al rigor y la universalidad, a 1957, cuando con su partida no sólo desaparecían él y “toda una época”, sino también “el primer auténtico crítico literario que tuvo el país” (*Escritos*, 33). El prólogo inaugura una mirada más juiciosa en torno a Sanín Cano, y abre las puertas para una

⁹ La antología presenta veintisiete ensayos de los escritores Baldomero Sanín Cano, Luis López de Mesa, Armando Solano, José Umaña Bernal, Germán Arciniegas, Juan Lozano y Lozano, Jorge Zalamea, Alberto Lleras Camargo, Tomás Vargas Osorio, Hernando Téllez, Silvio Villegas, Eduardo Caballero Calderón, Alfonso López Michelsen, Jaime Jaramillo Uribe, Andrés Holguín, Pedro Gómez Valderrama, Álvaro Mutis y Hernando Valencia Goelkel.

reevaluación ecuaníme del mismo. Incluso el mismo Cobo escribió un año más tarde una nueva y amplia versión de su texto, que luego publicó en el libro *La tradición de la pobreza*, en 1980.

Posteriormente, en 1987, con motivo de los treinta años de la muerte de Sanín Cano, Cobo Borda preparó la edición latinoamericana de *El oficio del lector* para la Biblioteca Ayacucho de Caracas. En realidad, este volumen —el número cuarenta y ocho de la Biblioteca—, carece de la universalidad y de la diversidad de *Escritos*. Quizá el aspecto más sobresaliente del volumen sea la rigurosa cronología de la vida y de la obra del maestro antioqueño.

En 1991, Jorge Eliécer Ruiz vuelve a ocuparse del autor en *Baldomero Sanín Cano*, uno de los “Clásicos colombianos” de Procultura. El pequeño volumen contiene un prólogo que Ruiz titula “Sanín Cano: la literatura como traducción” y en el cual examina los orígenes y la dimensión políglota y ensayística del escritor. Después aparecen los ensayos “Ocaso de la crítica”, “José Asunción Silva”, “Guillermo Valencia”, “Bernard Shaw, o el sentido común”, “El maestro” —que a su vez contiene el texto “Popayán en la historia de Colombia”— y “Apólogos”, que presenta un fragmento de “Pesadumbre de la belleza” y “Vida frustrada”.

Este ‘manual’ en torno a Sanín Cano es completado con testimonios de Max Grillo, Guillermo Valencia y Salvador Bueno, entre otros; con una bibliografía de y sobre Sanín Cano, y con una cronología que a pesar de adolecer de una pésima redacción, abarca los hechos protagonizados por el autor en el contexto nacional y mundial.

El volumen de Ruiz constituye un paso decidido hacia la reivindicación de Sanín Cano como primer ensayista y crítico de nuestra modernidad literaria. En 1989, Cobo Borda le llamó, en un capítulo de la *Nueva Historia de Colombia*, “maestro benévolo”, admitiendo que con Sanín Cano el país aprendió el rigor del ejercicio intelectual y a situar la literatura colombiana más allá de las fronteras, en un marco universal. En 1992, David Jiménez Panesso, en *Historia de la Crítica Literaria en Colombia. Siglos XIX y XX*, lo ratificó en estos términos: “Sanín Cano representa la mentalidad secular por excelencia en el pensamiento colombiano” (Jiménez Panesso, 1992:100).

El capítulo “Baldomero Sanín Cano, crítico moderno (1861-1957)” abre la segunda parte de este texto, que dedica ochenta páginas a destacar la trayectoria ensayística de Sanín Cano, desde el artículo “Núñez, poeta” hasta la configuración del “Humanismo moderno” —en contraposición al “humanismo clásico de museo”— que logró desde su actividad intelectual severa y reposada. Jiménez Panesso trabaja sobre las intuiciones de los críticos anteriores y reinterpreta a Sanín Cano desde la perspectiva historiográfica literaria que trazaron, además, José María Samper, Juan de Dios Uribe, Miguel Antonio Caro, Antonio Gómez Restrepo, Eduardo Castillo, Jorge Zalamea, Rafael Maya y

Hernando Téllez. Sanín Cano ejerce como un planeta en medio de todos; no en vano ocupa por entero la segunda parte del libro.

En 1997, la revista *Gaceta*, de Colcultura, dedicó su número 38-39 a la crítica en Colombia. El primer artículo al respecto es el de Carlos Sánchez Lozano, “Rafael Maya y Baldomero Sanín Cano: Tradición y Modernidad en la crítica literaria colombiana”. El contrapunto textual está animado por la visión comparativa entre Sanín Cano y Rafael Maya, quien a diferencia del primero, dueño de una mirada más allá del “campanario”, esgrimió un talante crítico sustentado en su “conservatismo intelectual heterodoxo”.

Sánchez Lozano recupera estas dos figuras clásicas de nuestra crítica en un contexto académico asfixiado por las taras estructuralistas, deconstructivistas y multiculturalistas de la moderna crítica literaria europea y norteamericana, cuyo influjo conquistó y atrofió a muchos sectores de la mentalidad crítica colombiana de los años sesenta y setenta. De ahí que volver a Maya y a Sanín Cano parezca, incluso hoy, un acto de anacronismo o un “síntoma de envejecimiento prematuro” (Sánchez Lozano, 1992: 7).

En ese año, Otto Morales Benítez escribe en la *Revista Universidad de Medellín* sus “Apreciaciones sobre la Obra de Baldomero Sanín Cano”. La revista anuncia, de paso, que la Universidad Externado de Colombia, con el rector Fernando Hinestrosa como artífice, tiene en preparación la publicación de una gran antología de Sanín Cano en dieciocho volúmenes titulados *Ideología y cultura*. En realidad, el texto de Morales Benítez tiene un débil énfasis interpretativo, dado que su autor se ocupa de describir y de adjetivar el acervo crítico de Sanín Cano, pero al resaltar el interés de éste en relación con temas tan variados como la mujer, las culturas indígenas y los “atisbos a lo colombiano”, centra la atención en la dimensión nacional del mal llamado “europeizante” Sanín Cano.

Finalmente, en 1998, la “Biblioteca Familiar Presidencia de la República”, en el gobierno del liberal Ernesto Samper Pizano, publica *El Mausoleo Iluminado. Antología del Ensayo en Colombia*, bajo la selección, la introducción y la presentación de Óscar Torres Duque. La imagen a la que alude el título remite al carácter revelador de la antología, que se propuso abarcar aún más algunas manifestaciones ensayísticas dejadas a un lado por la selección de Ruiz y Cobo Borda¹⁰. El compilador se refiere a Sanín Cano en tres momentos: primero, cuando justifica la inclusión de los ensayos “De lo exótico” —seleccionado por Ruiz y Cobo en su trabajo—, “Versos y prosa”

¹⁰ Torres Duque incluye en su trabajo treinta y siete ensayos, diez más que los de la selección de Ruiz y Cobo Borda. En ella aparecen textos de Simón Bolívar, Miguel Antonio Caro, Rafael María Merchán, Baldomero Sanín Cano, Carlos Arturo Torres, Maximiliano Grillo, Jaime Barrera Parra, Darío Achury Valenzuela, Tomás Vargas Osorio, Hernando Téllez, Ernesto Volkening, Gilberto Alzate

y “Mark Twaim o la verdad revelada”, a cambio de otros textos del antioqueño que sopesan “temas demasiado ajenos a nuestras realidades o eventualmente exóticos y de inaccesible contexto”, como es el caso de los ensayos sobre los críticos literarios George Brandes y James Fitzmaurice-Kelly. Aunque entendemos que Torres Duque obedece a un criterio más de “legibilidad” que de orden académico, creemos que su juicio es ingenuo y que para matizar esta inocencia debió de acompañar su apreciación con un reparo en torno a la vigencia de aquellos textos “exóticos” en el contexto del pensamiento crítico de Sanín Cano.

El segundo aspecto se refiere a la necesidad de *desanincanizar* (el neologismo es nuestro) el origen del ensayo en Colombia, pues el género se remonta a tiempos aun más remotos. Para comprobarlo basta con la lectura de la monografía *Primicias del ensayo en Colombia: el discurso ensayístico colonial*, de Héctor Orjuela, quien es citado en algunos tramos del presente libro.

El tercer aspecto se refiere a un hecho cierto y contundente: la inasequibilidad de Sanín Cano. Sus obras, como las de otros cultores de la tradición de Montaigne en Colombia, desaparecieron hace mucho del mercado libresco y no han merecido reediciones. Desafortunadamente, para el lector colombiano, esa inasequibilidad trae de la mano la inaccesibilidad de Sanín Cano, cuando en su prosa, por el contrario, hubo siempre una voluntad dialógica que luego evaluaremos.

Contamos, pues, con las antologías y, sobre todo, con los *Escritos*, seleccionados y prologados por Juan Gustavo Cobo Borda. De otro lado está la gran antología *Ideología y Cultura*, publicada por la Universidad Externado entre 1998 y 2002. Pero al igual que muchas de las ediciones de los diez libros de Sanín Cano, su destino lo comparten, por ahora, las bibliotecas universitarias y las de los lectores “de culto”. Difícil panorama para quien quiera acercarse, sin prevenciones ni actitudes academicistas, a la obra de Sanín Cano, quien paradójicamente, como anota Ramiro Lagos, ha sido estudiado junto a Carlos Arturo Torres en muchas de las universidades norteamericanas.

Hoy, un lector desprevenido que escudriñe en las secciones de “Literatura colombiana”, “Lingüística” o de “Historia” de las librerías colombianas bien puede decir: “¿Sanín Cano?... ¡Nunca existió!”. Sin embargo, tras una pesquisa por algunas de las librerías de usados, este lector podrá encontrar uno de los ejemplares de *Escritos* que fueron vendidos en su época a cuatrocientos pesos oro y que ahora son dejados en

Avendaño, Nicolás Gómez Dávila, Elisa Mújica, Jorge Gaitán Durán, Rafael Gutiérrez Girardot, Hernando Valencia Goelkel, Francisco Posada Díaz, Germán Colmenares, Gonzalo Sánchez Gómez, Juan Gustavo Cobo Borda, Luis Carlos Restrepo, William Ospina y J. Eduardo Jaramillo Zuluaga.

aquellas librerías (tras un acto que la teoría de la recepción literaria tendría que explicar) para ser ofrecidos por algo menos de diez mil. Es esta antología el referente de Sanín Cano más próximo al lector coetáneo, y es ella la que ahora nos sirve de objeto para adentrarnos en la prosa del autor colombiano, que a pesar de haberse formado en medio de la intransigencia, la ideología y la sangre, fue tolerante y conciliador. Quizá al final digamos con el Henríquez Ureña de 1926¹¹: “Creo que el colombiano ama a Sanín Cano, lo ciñe a su actualidad, al asunto del día...”, pues no todo es “aquiescencia y novelería en nuestra América”.

¹¹ A propósito de “Un libro de Sanín Cano”, reseña crítica de *La civilización manual y otros ensayos* publicada por Pedro Henríquez Ureña en *Repertorio Americano*, en Costa Rica, el 3 de julio de 1926 (Henríquez Ureña, 1978: 360).

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

TEORÍA MÍNIMA DEL DISCURSO ENSAYÍSTICO

Acercarse a la vida y a la obra de Baldomero Sanín Cano, con la perspectiva que facilitan los cincuenta años de su muerte, también ofrece la ocasión para examinar el concepto, las características genéricas y las metamorfosis del discurso ensayístico.

El ensayo —palabra que corresponde, en buen latín, al vocablo *Exagium* o “acto de pesar en la balanza”, “examen” y “tentativa” (Rojas Ortiz, 1997:11; Vélez, 38)— nació entre 1580 y 1589, años que demarcan el período que empleó Michel Eyquem de Montaigne (Guyena, 28 de febrero de 1533-13 de septiembre de 1592) en escribir 107 textos precedidos por un prólogo en el que el autor parece estar avergonzado por lo que hasta ahora presenta: “un libro de buena fe”, tal vez inocente, cuyo fin, como dijimos, es “doméstico y privado”; libro dedicado, más que al gran público, “al particular solaz de parientes y amigos”, para que luego de muerto el autor encuentren “algunos rasgos de mi condición y mi humor” (Montaigne, I, 1994:35).

Montaigne escribe en la transición del siglo XVI al XVII, cuando el Renacimiento europeo ha redescubierto a los clásicos de la Antigüedad greco-latina, ha descubierto el mundo y ha desvelado el Yo que subyacía bajo el peso inhumano de la verdad divina promulgada en la Edad Media. En otras palabras: Montaigne inaugura con su pluma un nuevo acto de palabra (proveniente del francés *essayer* o “intentar”) y de escritura que nace exactamente en el contexto de la ruptura radical con la escolástica medieval, de la afirmación absoluta del valor del mundo y de la personalidad individual —con el consecuente culto a la inmanencia, que dará paso a formas de escritura egotistas—, del descubrimiento de la otra cara del mundo y del “otro”, y de la renovación de la cultura y de los ideales clásicos, pilares para Montaigne, quien siempre los cita como ejemplos y como autoridades. Estas condiciones antropológicas, culturales y metafísicas abren el proceso de escritura autobiográfica propio de la Modernidad, cuando el hombre será “existencia única

e independiente, sujeto y objeto de su propia experiencia”, y el Yo “la fuente de posesión de todo el universo”¹.

Desde entonces el ensayo fue un género o modo discursivo singular, que no ingresaba dentro de la poética clásica heredada de Aristóteles; que, a pesar de estar en prosa, no era ni cuento ni novela —pues no presentaba situaciones imaginadas o ficticias—, llevaba la marca personal del ensayista; y que sonaba diferente dentro de la tradición textual que antiguos y medievales habían atesorado. Sin embargo, Montaigne distancia su pluma de aquel radicalismo y halla un punto intermedio que luego exploraremos.

EL CARÁCTER LITERARIO DEL ENSAYO

Tras su aparición en el contexto de los géneros literarios, el ensayo dio pie a una discusión que aún no acaba: si se trata de un nuevo género, a caballo entre la poesía y la filosofía, ¿cuál es su especificidad literaria? No obstante, plantear la pregunta por la *literariedad* del género es otra de las entelequias o de las nostalgias proformalistas del estructuralismo. Las cosas han cambiado, incluso en los estudios teóricos relacionados con la historia y la especificidad de los géneros. Conducirse por la senda esencialista para responder a la especificidad literaria del ensayo nos llevaría a un acto reduccionista o meramente descriptivo que de ninguna manera podría dar cuenta de la invención que Montaigne y su larga tradición —de Bacon a Sanín Cano— proponen.

El asunto es por otro lado, pues el ensayo, al ser “la forma más apta para la expresión de ciertos contenidos críticos” en períodos específicos (Maíz, 2003:80) —emerge en el Renacimiento, etapa en la cual se produce la “legitimación del espíritu crítico” (*I-bídem*)—, exige que atendamos no sólo su especificidad textual sino también su dimensión histórica y pragmática, si queremos ir más allá de la discusión por estatuto entre los géneros literarios. Más bien, “la cuestión (del género) concierne plantearla no en la esfera de la literaturidad, al modo de los formalistas rusos, es decir, un conjunto de rasgos verbales inherentes, sino que la sanción de lo literario proceda del reconocimiento de una modalidad de producción y recepción comunicativa” (Maíz, 83). Es decir: el ensayo fue producido por *alguien* en un momento histórico particular que debe ser atendido si queremos hablar de su especificidad genérica y de su peculiar naturaleza literaria.

Y es que un género, como bien afirma Tzvetan Todorov, citado por Maíz “es

¹ Remitimos a la introducción que escriben Ma. Dolores Picazo y Almudena Montojo —también traductoras— a los *Ensayos* de la edición que hemos citado (9-10).

un conjunto de constantes semióticas y retóricas, con cierta regularidad histórica y presente en un determinado número de textos literarios” (Maíz, 84). Como tal, el género ensayístico también posee esa doble condición: la permanencia sistémica y la variabilidad histórica. En este sentido, según afirma Claudio Guillén en *Lo uno y lo diverso*, “el género queda establecido sólo por imitación, reiteración o remodelación: los epígonos de Montaigne erigen el ensayo” (Maíz, 85). Montaigne denomina y crea el modelo, pero es Francis Bacon quien al imitar le otorga institucionalidad al género. Hay que atender estos principios constructivos de regulación histórica de la clasificación genérica: el punto de vista de la conciencia creadora en Montaigne y la recepción de la comunidad lectora.

Como luego veremos, entre los cuantiosos *Ensayos* de Montaigne palpita un texto que suele ser visitado con frecuencia por los estudiosos del discurso ensayístico. Hablamos del famoso ensayo L (cincuenta), en el cual el autor logró, tal vez sin proponérselo, la primera poética del ensayo, en el sentido de que aquí quedan formuladas al menos tres características del género: el juicio individual o subjetivo (el subjetivismo), el carácter dialógico, la voluntad de estilo y la interpretación del mundo.

SUBJETIVIDAD Y JUICIO CRÍTICO

Montaigne dice en “De Demócrito y Heráclito” —el ensayo en cuestión— que el juicio “es instrumento para todos los temas y en todo se mete” (Montaigne, I, 370). Ha escrito cuarenta y nueve textos que hablan de sí mismo y de su experiencia, y en los cuales ha intentado responder a la pregunta que siempre le inquietó: “¿Qué soy yo?”; pero también “¿Qué sé yo?”, tal como ha escrito en el pequeño prólogo “Al lector”, donde dice que con el libro que presenta no se ha propuesto otro fin que el “doméstico y privado” (Montaigne, I, 35), el de la indagación y la respuesta a través de la intimidad, en un acto de personalismo que será una de las rutas esenciales del ensayo como género.

El “juicio”, continúa, aparece en todos los “ensayos que estoy escribiendo”. Ha llegado al ensayo número cincuenta e intenta pensar el acto de escritura que ha puesto en práctica desde 1571, cuando se encerró en el castillo paterno de Guyena para inaugurar un nuevo género textual. En la conciencia de su tiempo presente, en su ucronía (el aquí-ahora de todo ensayo), el humanista nos entrega su metodología ensayística:

Si es tema del que nada entiendo, aun así lo trato, midiendo el vado desde muy lejos; y después, hallándolo demasiado profundo para mi talla, quedome en la orilla; y este reconocer la imposibilidad de atravesarlo, es una muestra de su efectividad, y una incluso, de las que más se jacta (Montaigne, I, 371).

Ese juicio, declara Montaigne, escoge un tema, que puede ser “vano y vacío” (aún no tratado) o “noble y manido”. El juicio parece preferir el primero porque representa un reto; Montaigne verá si logra “darle cuerpo” y encontrar “con qué sostenerlo y apuntarlo”. En el segundo, por el contrario, hallará poca o ninguna novedad, “al estar el camino tan pisado que no puede andar más que tras las huellas de otros”.

Pero enseguida, juicio y ensayista terminan fusionados; mejor: el juicio desaparece —escoge la ruta que quiera— y entonces habla Montaigne, el atrevido, el osado, el sabueso, el aparentemente inconexo y el hermano de lectura. El “ignorante” Montaigne:

Tomo al azar el primer tema que se me presenta. Y jamás pretendo tratarlos por entero. Todos me son igualmente buenos. Pues de nada puedo ver el todo. Aquéllos que prometen mostrármelo, no lo hacen. De cien partes o rostros que cada cosa tiene, tomo uno de ellos, ya sólo para lamerlo, ya para rozarlo, ya para pellizcarlo hasta el hueso. Penetro en él, no con la amplitud sino con la mayor profundidad que puedo. Y a menudo gusto de cogerlo desde algún punto de vista inusitado (*Ibidem*).

Hasta aquí Montaigne ha escrito media página, pero esta sola información ha dado y dará para las más sugestivas teorías en torno al más inasible de los géneros discursivos. Algunos de los derroteros del ensayo quedan aquí señalados: el problema de la universalidad de los temas, la aparición del punto de vista, el carácter tentativo y provisional del texto ensayístico, y la innovación significativa que éste arroja acerca del tema mediante una nueva interpretación. Pero, ¿qué sigue diciendo Montaigne?:

Me atrevería a tratar a fondo alguna materia, si me conociera menos. Sembrando una frase aquí, otra allá, muestras desgajadas de su conjunto, separadas sin designio ni promesa, no creo que haga nada bueno, ni que me mantenga yo mismo sin variar cuando me plazca y sin rendirme a la duda o a la incertidumbre o a mi estado original que es la ignorancia.

Vuelve a estar en escena el yo ante el tema; ese yo que toma posesión del mundo desde el ensayo, y ese tema que termina desplazado como pretexto para la escritura de la subjetividad. Pero en este acto confesional de Montaigne está presente la sinceridad por encima de la impostación o de la falsación que supondría comunicarle directamente la verdad al lector; un lector que, valga la aclaración, ha sido saludado con demasiada confianza en la nota ya citada. Esa sinceridad tiene que ver con la confesión de la permanencia en la duda y en la ignorancia, condiciones de las que de ninguna manera

hubiera hecho gala un escritor o teólogo de la Edad Media, y que por el contrario es la nueva estación cognoscitiva del humanista.

En “De Demócrito y Heráclito”, así como en la gran mayoría de sus *Ensayos*, Montaigne se perfila no sólo como una de las más claras conciencias humanistas del Renacimiento, sino como el sujeto que inaugura el género ensayístico y le imprime cuatro condiciones: el carácter subjetivo, la dimensión dialógica de su escritura, el estilo que actualiza la forma ensayística, y el acto de interpretación y de reinterpretación que implica su preescritura (lectura del ensayista), su escritura (escritura de la lectura innovadora del ensayista) y su lectura (lectura de la lectura escrita del ensayista por parte del lector). Aquellas cuatro condiciones sustentan la naturaleza del ensayo, a tal punto que hoy, como hemos anunciado, es posible hablar de una teoría del discurso ensayístico.

POÉTICA ESENCIALISTA Y POÉTICA CONDICIONALISTA

La discusión, planteada en estos términos, nos lleva a considerar los criterios que existen sobre la propiedad literaria de los textos. Nos referimos a las categorías englobantes que en *Ficción o dicción* (Maíz, 87-88) Gérard Genette denomina, por un lado, poética esencialista, y, por el otro, poética condicionalista. La poética esencialista implica e interroga las “razones objetivas, inmanentes o inherentes al texto mismo”, independientemente del contexto y, por ende, de los modos de producción y de recepción del género. Por el contrario, la poética condicionalista interroga las condiciones en que el texto pasa a ser o no ser una obra literaria. La poética esencialista es cerrada, mientras que la condicionalista es abierta. La primera, cuyo paradigma es Aristóteles —en su *Poética* el género está determinado por la mimesis o representación de acciones y acontecimientos imaginados—, excluye a la poesía lírica y a la didáctica, pues tiene en la ficción su rasgo archigenérico². La segunda, que encuentra desarrollo en Genette y en otros, incluye lo que la primera deja a un lado, es decir, las cartas, el discurso, el ensayo, y tiene su factor determinante en la voluntad de estilo o la “capacidad literaria de todo texto” para trascender estéticamente. La poética condicionalista cree compatibles la actitud estética y la aprobación pragmática, que hacen que un texto persuada y convenza mediante argumentos. En este sentido, el discurso ensayístico vendría a tener dos categorías: la voluntad de estilo o la intención estética (poética) y el uso pragmático de la lengua o la finalidad persuasiva (retórica).

Quizá por esto es que Antonio Casas, siguiendo a Genette, prefiere hablar del *ar-*

² Dice Genette: “Si lo que hace el poeta no es la dicción sino la ficción (...), se explica, entonces la ausencia de todo texto no ficcional en las poéticas clásicas” (Maíz, 88).

chigénero ensayístico, que alude a “una serie abierta de formas genéricas empíricas e históricas”. Este archigénero estaría delimitado por consideraciones pragmáticas y entonces vendría a señalar una “acción discursiva en la que domina la dimensión perlocucionaria asociada a la intencionalidad reflexivo-persuasiva connatural a los distintos géneros históricos susceptibles de ser agrupados bajo el marbete de *ensayísticos*”³. Aquí entrarían géneros como el comentario, la reseña, el artículo de opinión o la crítica literaria, que de alguna manera es necesario aglutinar aquí bajo el nombre de archigénero ensayístico, dada la naturaleza exegemática de su enunciación, así como la fuerte personalización del sujeto locutor y su naturaleza apelativo-dialogal en su doble sustrato dado por el valor persuasivo y la actitud *comentativa-experiencial* de quien lo enuncia (Casas).

García Berrío y Huerta Calvo coinciden con este planteamiento; la diferencia estriba en que ellos prefieren hablar de los géneros didáctico-ensayísticos —por aquello de “la materia doctrinal y no ficcional”—, que, a pesar de que cuentan con una forma básica (el ensayo), incluyen como subgéneros al diálogo, las utopías o tratados utópicos, la miscelánea, la literatura apotegmática (refranes y greguerías), la glosa doctrinal, el artículo, la epístola, las memorias, la biografía, el discurso, el sermón e incluso el diccionario (García Berrío y Huerta Calvo, 1999: 220-230). Obviamente, está el ensayo, cuyos rasgos temático-formales los autores distinguen con María Soledad Arredondo:

- Como sujeto de la enunciación, el autor sostiene una posición subjetiva.
- La temática es variada.
- En cuanto al estilo, se trata de una “prosa literaria sin estructura prefijada, que admite la exposición y argumentación lógica, junto a las digresiones, en un escrito breve sin intención de exhaustividad”.
- El propósito es comunicativo, reflexivo o didáctico (García Berrío y Huerta Calvo, 224).

Sin embargo, abandonemos un poco la retórica y optemos por el nombre que hasta ahora hemos venido utilizando: Ensayo. Retomemos una de las características genéricas mencionadas: la “fuerte personalización” del discurso ensayístico; en otras palabras, el carácter subjetivo, la subjetivización o el subjetivismo del discurso. Este rasgo es primordial, pues de su presencia depende la dimensión literaria del ensayo: “Ya está dentro de la literatura el ensayo que nos deja oír a un <<yo>> en el momento de reve-

³ Casas coincide con Maíz en la consideración condicionalista del género [El subrayado es de Casas].

larse a través de opiniones personales: en su tono subjetivo armonizan sentimientos, intuiciones, imágenes, recuerdos, libre asociaciones de ideas, caprichos, gustos, nociones, etcétera. (Anderson Imbert, 1998: 136).

Montaigne dijo: “Yo mismo soy la materia de mi libro”. Las condiciones del Renacimiento hacen que esta afirmación sea más que comprensible: el Yo es fuente humana y universal, contiene la autenticidad sobre todas las cosas y es la llave para la interpretación del cosmos. Puesto en el terreno del ensayo, el Yo hará que éste sea “inseparable” del ensayista (Gómez-Martínez, 1992: 23) o, lo que es casi lo mismo, de una subjetividad que oscila entre la expresión de lo que siente y cómo lo siente; la transmisión y la incitación de ideas; la intuición y la certidumbre.

¿Por qué escribe Montaigne? Porque necesita comunicar algo, pero sobre todo decir algo de sí. Montaigne ensaya a conocerse, a comunicarse, aun si quien lo lee es un amigo íntimo o él mismo. En esto radica la verdad del ensayista, ensayo de sí mismo en su texto: “no es un conocimiento científico ni filosófico⁴, sino que se presenta bajo la perspectiva subjetiva del autor y el carácter circunstancial de la época.” (Gómez-Martínez, 54). Así dice, por ejemplo, José Enrique Rodó, cuando hacia 1900 habla de la “débil y difícil” vida intelectual de América: “En cuanto a mí, mi buena voluntad y mi entusiasmo serían dignos de quien pudiera hacer algo más que yo, y mientras, me quede alguna hora tranquila en que consagrarme a mis aficiones”. Así se expresa José Carlos Mariátegui: “Declaro, sin escrúpulo, que traigo a la exégesis literaria todas mis pasiones”; y así habla Cortázar: “Yo que escribo esto tampoco sé cambiar mi vida, también sigo casi como antes”. El subjetivismo, como hemos visto, contempla toda la condición humana del ensayista, quien no sólo exhibe su criterio particular sobre algún objeto de la realidad física o cognoscitiva, sino que nos transmite su humor, su dubitación, su ironía —tan cara a ensayistas como Voltaire, Chesterton o Wilde (Vélez, 26)— y su peculiar pero no por ello marginal visión del mundo.

⁴ Gómez-Martínez habla de ciencia y filosofía como discursos pertenecientes a la comunicación bancaria, en oposición a la comunicación no-bancaria o humanística: “El énfasis posmoderno en la naturaleza del signo problematiza la posibilidad del mensaje y pone en duda, difiere, la posibilidad de significar. La aporía surge por partir de una concepción bancaria de la comunicación; es decir, al querer que el signo acarree valor en sí mismo como paso previo a su contextualización en el autor, en el texto o en el lector, al sentir la necesidad de reconocer como entidades diferenciables e identificables en sí y por sí mismas los tres términos de la ecuación autor-mensaje-lector. De no ser así, se cree, la comunicación no es posible. El sofisma arranca de considerar la comunicación científica (que yo denomino bancaria) como la única comunicación posible (resabio racionalista que hoy ponemos en crisis). La realidad empírica, sin embargo, nos muestra que en la práctica cotidiana existe también otra comunicación no-bancaria, la comunicación humanística. Se trata de una comunicación que se construye a partir de un referente común de realidad interna y que es el ser humano mismo, y mediante el cual el autor y el mensaje se realizan en el lector” (Gómez-Martínez, 35).

Vamos a dejar a un lado, por un momento, el problema del subjetivismo en el ensayo diciendo que se trata de una motivación personal que conduce a la elección del tema y la manera como ese tema se hace investigación y luego escritura. El ensayo se convierte así en autobiografía íntima en la que se cuentan el saber y la experiencia desde un punto de vista y de un carácter determinado. Dice Torres Duque:

Y es que lo que define al ensayo es sin duda su personalismo, su capacidad lingüística de reflejar un pensamiento coherente, es decir, un carácter, una visión fielmente acoplada a las palabras; yo diría: la función poética del pensamiento⁵, su capacidad de convertirse en materia plástica y sonora, siempre conservando la sustancia argumentativa, el talante de agudeza específica para relacionar de manera novedosa dos o más realidades: mínimo, el mundo y el yo del autor; o el autor y su propio tema (Torres Duque, XX-XXI).

A nuestro parecer, el subjetivismo del ensayo es el que le otorga a éste el carácter egotista; egotismo basado en el juicio personal, el punto de vista, el saber, la experiencia vivida y el credo del ensayista. Camila Henríquez Ureña afirma, en este sentido, que el ensayo es producto textual derivado de algo sintomático –recordemos a Castilla del Pino cuando nos dice que todo signo es manifestación de un síntoma—: “El ensayo (...) en su concepto esencial es una forma literaria de revelación patológica y, por lo tanto, su campo es tan vasto e indeterminado como la *psique* humana” (Henríquez Ureña, Camila, 1998: 151).

Pero no hay que olvidar que si los ensayos son “producto de la personalidad del escritor, también lo son de las circunstancias, de la época en que éste vive. Son, por así decirlo, el termómetro de la sociedad” (Gómez-Martínez, 55).

LA INTERPRETACIÓN ENSAYÍSTICA

En este sentido, el ensayo también puede ser definido como la interpretación en libertad. El texto se escribe en la tensión entre el contexto y la visión del ensayista, que a su vez es un intérprete, un lector de realidades a las que confronta. Dice Liliana Weinberg:

⁵ Enrique Anderson Imbert afirma sobre el género: “el ensayo es una composición en prosa, lo bastante breve para que podamos leerla de una sola sentada, con un ilimitado registro de temas interpretados en todos los tonos y con entera libertad desde un punto de vista muy personal. Si se repara en esa definición más o menos corriente se verá que la nobilísima función del ensayo consiste en poetizar en prosa el ejercicio pleno de la inteligencia y la fantasía del escritor” (En *Defensa del ensayo*) (Skirius, 347).

“La obra no deberá ser entendida sólo como la representación del mundo, sino también como interpretación de ese mundo y aun como constitución de un nuevo mundo interpretado” (Weinberg, 2001:17). Quedémonos con esta intuición: un ensayo es una idea generada luego de la lectura del mundo y comunicada poéticamente en el contexto de una escritura cercana más a la oralidad y a la conversación que a ella misma.

El ensayista, como es factible inferir, no llega solo al ensayo. No es ni un autista inocente ni un autista revolucionario. Detrás de él susurran la historia, la cultura, los símbolos, la sociedad, la tradición que pondrá bajo su criterio, siempre en la búsqueda de la construcción de un sentido alterno dentro de ese repertorio histórico-cultural y social. La mirada a las condiciones históricas de la aparición del discurso ensayístico nos ofrece una perspectiva más clara sobre lo que queremos decir.

El ensayo nace porque en su contexto genológico se le ha dado relevancia al individuo dentro del sistema social. Además han aumentado los grados de representación de la subjetividad en el mundo de las letras y de las artes; así mismo, con la declinación de toda autoridad intelectual, ocurre la revolución en la metodología de las ciencias y la correspondiente subjetivización del saber (Maíz, 95). Esta variación trajo consigo factores cosmovisionarios como la conciencia de la individualidad en el Renacimiento, que también implicó una nueva manera de asumir la inteligibilidad (comprensión y sentido) de la realidad. La clave de acceso está ahora en el Yo. Dice Maíz: “En la idea del yo renacentista está semantizada la confianza y seguridad que el individuo ha elaborado sobre sus facultades racionales, capaces de dar inteligibilidad al mundo circundante mediante la razón” (Maíz, 97). El ensayo emerge gracias a estos “mecanismos” sociales, culturales o semióticos de individualización y de autonomía en su triple manifestación: secularización (autonomía frente a Dios), técnica (frente a la naturaleza) y social (frente a las clases sociales, por aquello de la ruptura de los vínculos autoritarios).

La voluntad interpretativa en el ensayo parte del contexto en el cual tiene origen: el ensayo es un texto en crisis, como en crisis habían entrado los modos de leer y de escribir en la época renacentista, tras la invención de la imprenta y de la figura del lector moderno. Sabemos que la lectura humanista se hacía con pluma en mano, pues la autonomía secular daba para que el lector se otorgase licencia para hacer glosas al manuscrito que estudiaba: “A lo largo de los siglos XV y XVI, los humanistas anotaron sus impresiones e interpretaciones en los márgenes y las páginas en blanco de sus textos, manifestando por lo general una inquietud artística o literaria que ahora nos parece admirable” (Grafton, 1998: 324). Así lo hicieron Petrarca, Maquiavelo, Harvey, Escalígero y Montaigne. Podemos decir, acudiendo a Gilles Thérien, que el autor de *Ensayos* reinterpreta el mundo desde una escalera o red de lecturas tejida por los clásicos y los hombres más prominentes de su tiempo.

Si nos ubicamos ante la noción de ensayo como un acto particular de interpretación, superaremos aquellos prejuicios que determinan la definición y la teorización cernidas sobre el género. Esos prejuicios aluden al ensayo en tanto que subjetividad, arbitrariedad, superficialidad *per se*; género, antigénero, género periférico; reflexión marginal (desde la filosofía) o acto de intelectualización (desde la poesía); apertura del mundo, hibridación científico-estética, etcétera.

EL HORIZONTE HERMENÉUTICO DEL ENSAYO

Al ser la forma discursiva más apta para la expresión de ciertos tópicos críticos en períodos críticos (el Renacimiento, la Ilustración o el campo práctico de Hispanoamérica entre los siglos XIX y XX) (Maíz, 80), el ensayo postula una reflexión subjetiva de época que el ensayista deberá inscribir en un horizonte hermenéutico amplio, si no quiere sucumbir ante el silencio y el olvido de sus contemporáneos (los lectores de todos los tiempos). Es decir que así como el ensayo se mueve entre la aventura y el orden, también él y su artífice participan de la cruel oscilación entre el paraíso del sentido total y el infierno de la incomprensión.

Con Montaigne y con su tradición encontramos que el ensayo descubre y confronta el horizonte ético de la humanidad, erigido sobre comunicaciones depositarias como los tratados, las *summas* y los comentarios, donde la verdad en pasado y en presente cierra toda posibilidad de búsqueda de nuevos sentidos. En el Renacimiento, y gracias al subjetivismo y la voluntad de estilo en Montaigne, nacerá una nueva manera de ir tras la verdad a través del ensayo, cuya dimensión hermenéutica explicamos con Liliana Weinberg:

Si la interpretación es constante confrontación del plano semiótico con una realidad extrasemiótica, el ensayo es el género por excelencia para llevar a cabo el proceso interpretativo, y más aún, el ensayo se constituye en interpretación de interpretaciones y representaciones simbólicas y conceptuales ya dadas por el contexto y la tradición cultural en que está inmerso” (Weinberg, 23).

El ensayo dista de ser una interpretación solipsista del mundo. Si bien como acto de escritura reviste una innegable intimidad, la voz individual que en él habla interactúa con una comunidad y un universo simbólico totales donde ocurre el entrecruzamiento de los horizontes de sentido. En esto consiste el trabajo interpretativo del ensayista.

Visto así, el ensayo ocupa un punto intermedio entre el “mí mismo” del ensayista que se repliega como un Yo que se busca a sí mismo en la ucronía de la escritura, y el “nosotros”, aquella “otredad” en la cual finalmente el ensayista postulará el nuevo

sentido hallado tras su interpretación. Pero, ¿por qué vía llegan ensayo y ensayista a este lugar analógico? Gracias al acto prudencial del juicio, al que Montaigne tanto se sometió en un acto loable de autocrítica.

Tenemos aquí otro aspecto de la subjetividad del ensayo en relación con la dimensión interpretativa del género. Se trata del tránsito del Yo hermenéutico al Yo crítico (Weinberg, 36), en el sentido de que el género ha sido siempre una crítica de las “costumbres” (Bartolomé de Las Casas y Voltaire; Nietzsche y Sábato, cada uno a su manera y en su tiempo), o bien un ensayo de inflexión “ideológica”, ligado a fenómenos culturales como la extensión de la lectura, la proliferación de los periódicos y la aparición o desaparición del intelectual (Weinberg, 37).

Ahora bien: cabe decir que el género encuentra su función crítica en aquella época, cuando en los cafés y en los periódicos discurría el mundo con sus temas actuales, diversos y complejos, al tiempo que los especialistas que producían el conocimiento estaban reclusos —como casi siempre— entre la comunicación depositaria de sus discursos. Llevado por la curiosidad intelectual y su interés por los temas “divinos y humanos”, el ensayista iba del tinto a la tinta y divulgaba el conocimiento de manera concisa y poética para “la generalidad de los cultos”, es decir, el amplio sector integrado por los omnívoros lectores de periódicos y suplementos culturales.

Un hecho curioso es que con frecuencia el ensayista recurre al discurso ensayístico para buscar un sentido perdido. Esto sucede con los ensayistas hispanoamericanos, casi como una constante: la nostalgia del sentido, la llamada “preocupación por recuperar un sentido comunitario para la palabra y la idea” (Weinberg, 58); en fin, la tematización de las diversas condiciones de inteligibilidad, comprensión, entendimiento y, por ende, interpretación del mundo de la América Hispánica. Entre esos tópicos habría que destacar la herencia colonial, la relación de dependencia y ruptura con respecto a España, el problema del desarrollo y del subdesarrollo, la identidad y la integración, el regionalismo y el universalismo, el romanticismo, el clasicismo y el modernismo, el mantenimiento de cánones tradicionales y la ruptura, y la sincronía en relación o no con un destiempo frente a la historia occidental (Weinberg, 59).

La metáfora del Prometeo encadenado que busca la luz para los mortales (el paraíso del sentido) contra la bárbara niebla de la oscuridad (el infierno de la ininteligibilidad) es aplicable al ensayista hispanoamericano, de Simón Bolívar a Rafael Gutiérrez Girardot, pasando por una enorme y a veces desconocida tradición que integran Martí, Darío, Rodó, González Prada, Vasconcelos, Reyes, Mariátegui, Martínez Estrada, Borges, Sanín Cano, Cardoza y Aragón, Paz, Zaíd, Monsiváis, entre otros. Cada uno parece ser un héroe atenaceado “entre la voluntad de universalidad y la necesidad de atender a los diversos amarres que lo atan a un tiempo, a un espacio, a una visión

del hombre que nos fueron heredados y han de ser asimilados, discutidos, rebatidos: interpretados” (*Ibidem*).

Pero, ¿apuesta el ensayista a la comprensión total del mundo y al diálogo total en el que halla el sentido total de las cosas? Este es quizá el único tópico con el que diferimos respecto a la búsqueda del ensayista, pues ella poco tiene que ver con el diálogo *total* y la comprensión igualmente *total* del sentido. Todo ensayo es una tentativa, una aproximación, una lectura analógica, prudente y parcial de la realidad; si fuese lo contrario, habría poca o ninguna necesidad de escribir más ensayos, o el discurso ensayístico sería un pequeño tratado donde alguna vez fue posible comprimir el sentido *total* del mundo. Por eso habría que decir que toda “comunidad total de sentido” está conformada por sentidos parciales, uno de los cuales arroja el ensayo en su propuesta interpretativa.

El ensayo implica producción de sentido; hallazgo que aflora de la relación interactiva entre el lenguaje y la realidad extrasemiótica: “Se trata pues del momento de confrontación de un acervo lingüístico-simbólico-conceptual con un determinado estado del conocimiento del mundo, confrontación que toma la forma de una interpretación generadora de sentido” (Weinberg, 73). Ahí el ensayista interpreta y expone un problema, pero siempre en libertad de método y llevado por su voluntad de estilo.

En esta interacción dialógica, el ensayista discute críticamente su tradición cultural, el repertorio enciclopédico, ético y moral, y el campo intelectual en su manifestación crítica y creativa. Llega a la interpretación, pero sin olvidar que ésta nueva lectura del mundo debe ser puesta en diálogo con un lector si quiere inscribirse en la memoria de la “comunidad total de sentido”: “Nuestros ensayistas regresan hoy a la tarea platónica: se preguntan qué sucede al sentido cuando es capturado por la escritura, cuando queda inscrito y fijado, a riesgo de dejar de ser memoria para convertirse en recurso mnemotécnico” (Weinberg, 93). Baldomero Sanín Cano fue, como luego veremos, uno de aquellos intelectuales ejemplares en la búsqueda del nuevo sentido sobre el mundo que le fue dado en suerte para vivir, viajar y leer.

PANORAMA DEL ENSAYO EN COLOMBIA: SIGLO XX

Metámonos en la taberna de la historia. Que vengan aquí, a la mesa redonda, y a conversar con el estudiante de América, estudiantes de todos los tiempos. Nadie se escandalice: nunca tuvimos sitio más decoroso para platicar: siempre en los bodegones, en los desvanes, en las tabernas nos sorprendieron la muerte o la alborada cuando más henchido teníamos el ánimo de empresas generosas y la emoción vibrada en las palabras.

Germán Arciniegas. *El Estudiante de la Mesa Redonda*.

EL ENSAYO Y LA CONFIGURACIÓN DE UN NUEVO CAMPO LITERARIO

Baldomero Sanín Cano dialogó como ensayista, a lo largo de más de ochenta años de periplo intelectual, con muchas escuelas y tendencias literarias. Una de ellas fue el Modernismo. Al frente de esta, el escritor modernista —hablamos de José Martí, de Rubén Darío, de Enrique Gómez Carrillo y de José Enrique Rodó— fluctuó entre la imaginación y la realidad, entre la poesía altisonante y la prosa vigorosa y exotista. También entre la tradición literaria española y la influencia de lenguas y culturas europeas y orientales. A propósito: ¿Había un género intermedio en el que el escritor pudiera dirigirse a un auditorio que leía con fruición los periódicos que habían dado origen, desde la Ilustración hasta entonces, al pensamiento y a las literaturas continentales?

Desde luego que aquí reaparece el ensayo. El ensayo, claro, y formas afines como la crónica, los artículos, los libros de viajes y la crítica literaria, que constituyeron “lo mejor” (Enriquez Ureña, 1994:182) de la prosa modernista. Aquí están *Nuestra América*, de Martí, *Los raros*, de Darío, y *Ariel* —ensayo que saluda al siglo XX, pues fue publicado en 1900—, de José Enrique Rodó; el mismo Rodó, quien, según Henríquez Ureña, combatió la “nordomanía” entusiasta y la imitación de los empeños “prácticos”

por parte de Sudamérica hacia 1898, y que “nos advirtió a todos del peligro de que nuestra naciente prosperidad pudiera llevarnos a un futuro fenicio”. El mismo Henríquez Ureña, él mismo el ensayista de la *Utopía de América*, hablándonos por fin de Sanín Cano:

...en Bogotá, figuró entre los primeros críticos que pusieron su saber y su erudición al servicio de la causa modernista; más tarde pasó de la crítica literaria a la crítica de la vida pública, tanto local como internacional: su análisis de la sociedad moderna es radical e implacable (*Ibidem*).

La llamada “causa modernista” estuvo vinculada a un contexto o, mejor, un campo literario específico. Sanín Cano participó de ella en Colombia, donde el ensayo debió atestiguar décadas interminables de guerras y luchas fratricidas por las mieles del poder.

Valga decir que la noción de campo literario proviene de la sociología, concretamente de los trabajos del francés Pierre Bourdieu, quien en *Las reglas del arte* afirma que el campo literario debe ser comprendido en su relación con el campo del poder, es decir, “el espacio de las relaciones de fuerza entre agentes o instituciones que tienen en común el poseer el capital necesario para ocupar posiciones dominantes en los diferentes campos (económico y cultural en especial)” (Bourdieu, 1995: 319-320).

Inscrito en el campo cultural, el campo literario, siguiendo a Bourdieu, es el espacio de las estructuras y las relaciones objetivas dadas entre individuos o grupos —que llamaremos *productores culturales* o literarios— en situación de competencia por la legitimidad y con unas posiciones creadas o por crear en un estado determinado del campo (*Ibidem*). En éste, además, según la jerarquización, se dan procesos de heteronomía —sujeción a las demandas económicas y políticas— y de autonomía —independencia frente a dichas demandas— artísticas, de cuya tensión depende la autonomía global del campo respecto a los “campos englobantes” (poder, económico, político).

Ahora bien: ¿cuál fue la posición del ensayo y de los ensayistas en el campo literario de la primera mitad del siglo XX en Colombia? ¿De qué manera contribuyó el ensayo a la modernización literaria ocurrida en el país durante ese período gracias a la poesía y la novela, por ejemplo?

Así como la gran mayoría de intelectuales ilustrados independentistas y republicanos tuvo alguna injerencia en el campo del poder de cada época (Nariño, por ejemplo, o el mismo Bolívar, quien llegó a ser el poder, el pensamiento y el saber encarnados), hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX en Colombia, los intelectuales —y aquí cabe poner a los escritores— tuvieron una particular manera de relacionarse con el campo del poder; relación que con sus tensiones determinó que llegada la mitad del siglo XX empezaran a manifestarse cambios profundos e históricas en el campo intelectual y literario.

Si queremos mirar la posición del discurso ensayístico en relación con la preconfiguración de dicho campo, conviene hacer un poco de historia intelectual. En principio, podemos decir que el campo cultural, literario e intelectual de Colombia entre finales del siglo XIX y la primera mitad del XX fue configurado por dos tensiones políticas y sociales: los partidos tradicionales, el liberal y el conservador. De 1880 a 1950 encontramos una trayectoria histórica signada por polarizaciones, contradicciones, guerras y rebeliones resueltas en el sempiterno tinglado de la Violencia, pero no discutidas ni sublimadas en el espacio de la estética, en especial del arte y la literatura.

En un contexto como el nuestro, difícilmente pudo surgir el pensamiento literario a través del discurso ensayístico, algo que sí sucedió en Brasil, Argentina y México, donde en los albores del siglo XX, al calor de la Revolución, nació un campo cultural y literario autónomo que tuvo en los muralistas y en pensadores como José Vasconcelos, José Gaos y Samuel Ramos, la máxima expresión de la conjugación entre política, intelectuales y un proyecto de Estado-nación.

La trayectoria histórica que examinamos muestra a Colombia entre dos Hegemonías, la conservadora (de 1880 a 1930, y de 1946 a 1953) y la liberal (de 1930 a 1945), disputándose como en ningún otro país la imposición de una verdad desde entelequias tan disímiles y tan vagas como la moral y el catolicismo, en una, y la libertad y la “democracia”, en otra. ¿Cuál fue la posición de los intelectuales colombianos, y entre éstos los ensayistas, en medio de esas tensiones que a la postre configuraron hasta hoy el lacerado rostro nacional?

Aunque resulte curioso, en Colombia —país que vive en función de los dogmatismos ideológicos y del gran dogmatismo de la guerra— sí ha habido intentos de pensamiento e incluso aspiraciones a la configuración de un campo cultural y literario autónomo. Sólo que dichos intentos (entre los cuales situamos al ensayo) han terminado extraviándose dentro del silencio que las pasiones, los intereses y los irracionalismos partidistas han impuesto.

Los intelectuales, en tanto que *productores culturales*, siguiendo a Bourdieu, han respondido a las exigencias planteadas por las tendencias políticas del momento. La nota distinta la han escrito los “intelectuales disidentes” (Urrego, 2003), que en Colombia, dentro del período que nos interesa, fueron pocos.

UN CENTAURO ENTRE DOS HEGEMONIAS

Hemos dicho que el ensayista funge como intelectual en la medida en que ejerce una función crítica desde sus escritos. ¿Sucedio esto en Colombia durante el tránsito del siglo XIX a la primera mitad del XX? En Colombia, nación que oscila entre el

Sagrado Corazón y la Violencia, los intelectuales estuvieron determinados por los partidos tradicionales, y esto desde la Regeneración conservadora (con Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro), pasando por la República Liberal impulsada en los años treinta y cuarenta por Enrique Olaya Herrera, Alfonso López Pumarejo y Alberto Lleras, hasta el regreso del conservatismo más recalcitrante al poder a manos de Laureano Gómez. Aunque con algunas excepciones, la mayoría de productores culturales colombianos permaneció subordinada a los intereses de uno y otro bando, que encontró en aquellos la posibilidad de configurar sus proyectos radicales: el conservatismo, el liberalismo y la Violencia.

Hubo entonces dos tipos de intelectuales: los partidarios y los disidentes. Como los primeros fueron mayoría, dejaremos a los segundos quietos por ahora, a la espera de concluir este capítulo haciendo alusión a sus proyectos, alcances y limitaciones.

Entre 1860 y 1880, Colombia —que entonces pasó de ser los Estados Unidos de Colombia a la República de Colombia— vivió una situación paradójica: de ser un territorio federalista, descentralizado y autónomo regionalmente, pasó a convertirse en todo lo contrario: un Estado centralista, impositivo y en extremo aferrado a tradiciones que se creían superadas desde la Colonia, pero que de todas maneras estaban larvadas en la clase política del país. Había llegado, pues, la Hegemonía Conservadora. Su estancia en el poder duró medio siglo y los resultados de su gestión, vistos desde la distancia, fueron devastadores.

No debemos olvidar lo siguiente: antes de la segunda mitad del siglo XX, la intelectualidad colombiana estuvo condicionada por las necesidades, las posibilidades y las contradicciones de los partidos políticos en relación con sus proyectos colectivos: la Hegemonía conservadora, la República Liberal y La Violencia (Urrego, 35). Cada una de estas “metas” tuvo sus formas de representación e imaginarios particulares, a veces compartidos, pero en todo caso “a la enemiga” respecto a la propuesta del bando contrario.

Como el propósito aquí es situar al ensayista colombiano de este período en relación con el campo del poder, no vamos a extendernos en la historia intelectual de la nación. Sin embargo, consideramos que sí es fundamental dejar claros algunos aspectos que serán de mucha ayuda en la construcción de la figura simbólica a la que queremos llegar.

Durante la Hegemonía conservadora, el tipo de intelectual que predomina es el gramático, poeta y abogado católico y conservador. Legitimado por el partido, debía ayudar a definir los límites del Estado Nacional y a afianzar el control moral sobre la realidad. En otras palabras, el intelectual de la Regeneración fue configurado por el partido conservador y la Iglesia católica con el fin de que desde el campo cultural produjese formas simbólicas destinadas a la consolidación del proyecto conservador.

El sustento básico de éste, ya en el gobierno, lo integraban cuatro actitudes complementarias y excluyentes: el hispanismo, la moral, el catolicismo y la ortodoxia. Los mecanismos que aseguraron la preservación del orden que ellas sostenían fueron el rechazo a las llamadas “ideas foráneas” (tanto burguesas como socialistas) para resaltar y proteger la herencia española en cuanto al idioma, la raza y la religión; la elaboración y difusión de manuales filosóficos y de catecismos para la orientación de la moral; la elevación de la Iglesia y el clero como instituciones tutelares de la educación y la cultura a través del Concordato de 1887; y la lucha sin cuartel contra aquellas corrientes “materialistas”, “inmorales” y “erráticas” tipo sensualismo, utilitarismo, materialismo, socialismo y comunismo, a través de la censura de prensa, la inspección eclesiástica de los periódicos liberales, los reglamentos de los colegios, la instauración del *Index* de libros prohibidos y el control sobre los textos escolares.

Así mismo, durante la Hegemonía conservadora hubo una decisión unánime en torno a la necesidad de perseguir a miembros de algunas escuelas literarias filiales al romanticismo y las vanguardias europeas. Ello a favor del hispanismo, que resurgió contra la otrora “visión afrancesada” de la realidad impuesta por el liberalismo radical, y en pro del cierre al proceso de apertura hacia el pensamiento europeo. Pero también la aspiración hermética iba dirigida hacia adentro, pues la identidad nacional quedó reducida a Bogotá como sinónimo de civilización (contra la “tierra caliente” o el trópico, donde para algunos sólo era posible el nacimiento de vida animal o vegetal, mas no humana) y al “cachaco” (Urrego, 56) como el arquetipo nacional representativo de la cultura, la elegancia y la distinción. El resultado: Hegemonía Conservadora con intelectuales conservadores desde la “Atenas suramericana” para un mundo universal ignorado, ya que con sus cambios y novedades representaba una seria amenaza a la tradición, la moral y las buenas costumbres culturales defendidas por el partido y la Iglesia católica.

No obstante, entre 1880 y 1930 el país ingresó en un leve proceso de industrialización y modernización que transformó el mundo del trabajo y de la vida cotidiana, en tanto que era expresión de la circulación de algunas “formas burguesas de entender y ordenar la vida cotidiana” (Urrego, 39). De modo pues que en la transición del siglo XIX al XX encontramos un país preburgués y premoderno y una tentativa de modernización burguesa; tensión que a la postre será la confluencia de varias dinámicas de combate, oposición y complementariedad entre la burguesía y el precapitalismo.

Esto es clave para entender dos aspectos de ese campo intelectual y cultural aún heterónimo respecto al campo del poder: la aparición del discurso ensayístico y de la figura del “intelectual disidente”. Ambos aspectos, no necesariamente implicados, surgen como una pequeña variación dentro del discurso unilateral de la Hegemonía conservadora.

Los jóvenes intelectuales de la época mostraron cierta desconfianza respecto a las políticas de persecución del gobierno contra los profesores liberales. Así mismo, su lucha empezó a apuntar hacia la recuperación del derecho de circulación de nuevos saberes, contra el provincialismo, en pro del diálogo con otras latitudes que permitiera la vinculación a las tendencias universales en relación con el arte y el pensamiento. Esto ocurrió a despecho de la Hegemonía conservadora y únicamente en algunos sectores individuales de escritores y estetas dotados de una visión que más tarde, hacia mediados del siglo XX, sería fundamental para la preconfiguración de un nuevo campo cultural y literario autónomo en Colombia.

La respuesta de los jóvenes intelectuales ante el estado de cosas imperante estuvo sustentada en el viaje como forma de vincularse a las tendencias universales de pensamiento y arte, y en la relativa profesionalización intelectual, que en muchos casos condujo a la disidencia. En la primera empresa fue inaugural el viaje a Europa de José Asunción Silva y de José María Vargas Vila, a quienes luego seguirían Baldomero Sannín Cano, Barba Jacob y Germán Arciniegas. Respecto a la constitución de un cuerpo profesional, éstos y otros intelectuales propusieron la creación de una “ideología de los artistas” (Urrego, 78) y la profesionalización intelectual. Entonces se pensó que la escritura, por ejemplo, debía estar en función de ciertas responsabilidades sociales ineludibles.

Pero desde luego que en la otra orilla estaba la actitud disidente de algunos intelectuales, ligada a la constitución de un campo intelectual autónomo, que en la mayoría de los casos fue configurado por una doble diferenciación: contra la “lógica del capital” o de la burguesía, y contra lo popular. En cualquier caso, la disidencia fue tanto estética como política. En ella cabían los intelectuales que estaban en absoluto desacuerdo con el orden moral y la vida burguesa¹. Eran los años veinte; el país había entrado en un relativo proceso de urbanización, había mayor cobertura educativa, estaban en boga los movimientos socialistas y comunistas y los partidos tradicionales habían empezado su reconfiguración a cargo de algunos jóvenes dirigentes. Con Rafael Uribe Uribe, Marí Cano, Ignacio Torres Giraldo, Jorge Eliécer Gaitán, Luís Tejada, José Mar y, sobre

¹ Dice Urrego: “En Colombia, el surgimiento de la autonomía del campo cultural requirió de los intelectuales el rechazo tanto al orden conservador clerical como al orden burgués en proceso de constitución. Lo primero era una condición para el desarrollo de la libertad necesaria del creador. Lo segundo hacía parte de una tendencia mundial, que ya se había consolidado en Francia con los casos de Flaubert, Baudelaire y, por supuesto, Zola. Por ello, quienes hacen la ruptura y propician la autonomía del campo cultural tienen una tarea compleja. Éste fue un proceso lento, que sólo alcanzó su plena madurez en los años sesenta del siglo XX” (Urrego, 80).

todo, Luís Vidales², Colombia había empezado a sentir una leve autonomía del campo intelectual y cultural, pero el esfuerzo fue insuficiente. La “tradición de la pobreza” intelectual decretada por el conservatismo y por algunos sectores del liberalismo fue aún más fuerte que la bohemia altisonante de Barba Jacob o de Luís Tejada, quienes incurrieron quienes derivaron hacia el marxismo-socialismo-comunismo.

En medio de este panorama político-intelectual que abarca cincuenta años es lícito ahora preguntarse por el quehacer ensayístico. Hemos visto que el intelectual tipo de este período fue el gramático-jurista-poeta, y en esa medida durante la Regeneración el país escucharía y leería las intervenciones eruditas de sus ensayistas, lingüistas, filólogos y juristas, unidos por el hispanismo, la lengua española y la perfección idiomática y estilística (Holguín, 2001: 22).

Están aquí Miguel Antonio Caro, con la vastedad de su conocimiento, escribiendo innumerables discursos y ensayos en pro de la tradición hispanista y la cultura antigua; Rufino José Cuervo, con su preocupación por el origen y el porvenir de la lengua, forjando sus *Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano y Castellano popular y castellano literario*; y Marco Fidel Suárez, a quien debemos una obra monumental pero que al parecer ya nadie lee: *Sueños de Luciano Pulgar*, verdadera miscelánea archiensayística. Era la “generación de los maestros” (Lagos, 20) o la “generación clásica” que pensaba lejos de la “tierra caliente”, en el altiplano donde algunos se proclamaban dueños y señores de la Atenas suramericana.

Sin embargo, hay que decir que si bien durante este período es el “cachaco” quien predomina en la escena cultural, no es éste el intelectual tipo dominante. Durante la Hegemonía conservadora —y, como veremos, en el espacio de la República liberal— aparecieron otros intelectuales, diferentes a los partidarios, que tratarían de imponer su disidencia o, en el mejor de los casos, expresar la nota adversa contra el régimen moral heredado de la Regeneración.

Fue en este contexto que aparecieron los periódicos liberales *El Espectador*, *Relator*, *La Crónica* y *El Autonomista*, dirigido éste por Rafael Uribe Uribe, quien desde sus páginas reclamaba los derechos políticos del liberalismo. Otros como Antonio José Restrepo —también ensayista— y Juan de Dios Uribe, llamado el “Indio”, recurrieron a la sátira para burlarse de la Regeneración en *La Siesta* y *Sagitario*. Y ni qué decir de

² Vidales fue uno de los fundadores del partido comunista colombiano y el único representante del vanguardismo literario en el país. Su actuación representó la fundación de un verdadero campo cultural en la medida en que a su rechazo del orden social y político sumó la ruptura con el orden estético a través de la poesía imaginal y coloquial de *Suenan timbres*. Desafortunadamente, Vidales derivó luego hacia el radicalismo ideológico y poético, de lo cual dio amplio testimonio en *La obrerada*.

Antonio Greñas, quien en 1890 fundó *El Zancudo*, periódico de enorme mordacidad que siempre llevó en su cabezote la leyenda “Virreinato de la Nueva Granada”, criticando el retroceso explícito en las políticas regeneracionistas. También aparecieron las revistas *Gris* —creada por Maximiliano Grillo, Ricardo Tirado Macías y Salomón Ponce Aguilera, quienes recibieron con beneplácito los primeros escritos de Baldomero Sanín Cano—, *Trofeos*, alentada por Víctor Manuel Londoño, *El Montañés*, de Mario Ospina Vásquez, que tuvo entre sus colaboradores a Tomás Carrasquilla y Efe Gómez, y *Revista Contemporánea*³, dirigida a la limón por Max Grillo y Sanín Cano.

En el discurso ensayístico, dos voces disuenan dentro del panorama cultural de la Hegemonía conservadora. Hablamos de Antonio Gómez Restrepo y Fernando González. El primero dejó una *Historia de la literatura colombiana* compuesta por notas agudas y ecuanímes que de alguna manera seguían la tradición filológica legada por la generación del siglo anterior; y el segundo, cuyos libros sólo verían la luz pública después de 1930, insufló de vida y de irreverencia el lánguido pensamiento colombiano. Escribió notas biográficas como *Mi Simón Bolívar* y el célebre *Viaje a pie*, travesía hermenéutica escrita en 1928 donde el pensador de Otraparte consignó su “clima espiritual”.

Otros escritores que incursionaron en el ensayo y en la crítica literaria —que aún no logra la configuración autónoma que más tarde alcanzará con Sanín Cano— fueron Tomás Carrasquilla, Isidoro Laverde Amaya, Luís María Mora, Cornelio Hispano, José María Rivas Groot y Carlos Arturo Torres, fundador —junto a José Camacho Carrizosa— de *El Nuevo Tiempo*.

Algunos de estos intelectuales estuvieron en la línea divisoria entre la Hegemonía conservadora y la República liberal instaurada entre 1930 y 1946 bajo los gobiernos de Enrique Olaya Herrera y Alfonso López Pumarejo.

La situación de los intelectuales durante este período “rojo” cambió un poco en relación con el campo del poder anterior. En 1930, Olaya Herrera había derrotado en las urnas a los candidatos conservadores Alfredo Vásquez Cobo y Guillermo Valencia. Desde entonces nacerá en Colombia la República liberal, hasta cuando dieciséis años más tarde el conservador Mariano Ospina Pérez, con su programa de “unión nacional”, vence a los liberales Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán.

Durante algo más de quince años hubo cambios, sí, pero fragmentarios frente a los cincuenta años de Hegemonía conservadora. Entre las transformaciones que definieron parte de la renovación que el liberalismo se propuso en relación con el

³ Estas publicaciones, sobre todo la revista *Gris*, contribuyeron al periplo inacabado hacia la profesionalización del escritor. Pero, como anota Gutiérrez Girardot, “profesión” en el sentido de quien profesa el humanismo (Gutiérrez Girardot, 1991: 9).

universo político y social anotamos la oposición crítica frente a la moral cimentada sobre el catolicismo, y la inclusión del pueblo a través de la movilización popular (Urrego, 87), pues los liberales —sobre todo el lopismo y el gaitanismo— entendieron que ese gran sujeto cultural era definitivo para el combate y la defensa de las revoluciones que habrían de ocurrir durante el régimen liberal. Esta movilización dio paso a la formación del movimiento sindical y preparó al país para el cruento choque de oleadas rojas y azules el 9 de abril de 1948.

En relación con el campo cultural hubo un relativo empuje hacia la autonomía. Tres factores constituyen los grandes cambios respecto al campo intelectual anterior: la revisión crítica al hispanismo, el cambio en el “consumo” de la producción cultural y, con éste, la aparición de verdaderas publicaciones culturales, dirigidas en su mayoría por jóvenes intelectuales que pertenecían a uno de los dos partidos tradicionales o eran independientes. El campo social era más o menos óptimo para la recepción de las nuevas inquietudes consignadas en las revistas: el país consolidó los procesos de modernización según sus posibilidades, y esto trajo consigo la urbanización, la industrialización, la migración interna, el crecimiento en la cobertura educativa y mayor dinamismo en los medios de comunicación, particularmente en la radio y en la prensa.

Respecto al hispanismo, los intelectuales revisaron el antiguo sentido de esta condición continental, dado que la Guerra civil española había tocado un sector sensible de los artistas con talante democrático y republicano. En Colombia, los intelectuales no se apartaron de la polémica y renovaron los presupuestos ideológicos del hispanismo en acto de defensa intelectual republicana frente al falangismo y el franquismo.

De otro lado, con la constitución de la clase media y el crecimiento de los sectores urbanos letrados (Urrego, 88) no sólo se redujo la tasa de analfabetismo sino que fueron creadas nuevas carreras profesionales, fue mayor el acceso de la mujer a la educación y, como decíamos, los medios masivos de comunicación tuvieron más incidencia en el campo social. A su vez, los intelectuales, que bebieron de las nuevas actitudes literarias y de las ideologías de entonces,

leyeron los cambios políticos desde una articulación de las tendencias continentales (el indigenismo, la novela social) con su propia perspectiva (la subjetividad, el conflicto interpartidario y la manera de leer la tradición), y es por ello que vemos que en la novela y el ensayo, en general en la literatura, emergió una tendencia a resaltar a los olvidados y a destacar las miserias del orden político y social colombiano (Urrego, 93).

Recipientes de esa tendencia fueron las publicaciones culturales, entre las que es pertinente destacar las revistas de provincia *Santandereana* (1934), de Pamplona; *Atalaya* (1935), editada en Manizales contra los intelectuales consagrados; *Hogar y Patria* (1935), revista feminista; y cuatro de 1937: *Costa*, editada en Cartagena y en lucha contra el paradigma cultural bogotano; *Humanidad*, de Popayán; *Bibliotecas y libros* y *Llama*, ambas de Cali. En *Llama* escribieron Álvaro Valencia y Luís Vidales, entre otros que compartían ideales socialistas y antifascistas.

Por aquellos tiempos también habían aparecido tres revistas que hicieron época por sus ideales contrapuestos. Hacemos referencia a *Pan*, la *Revista Colombiana* y *Revista de las Indias*. La primera y la segunda tenían fuertes inclinaciones moralizantes y falangistas, respectivamente; pero también ambas se interesaron por los vanguardismos, las posiciones críticas y las nuevas corrientes de pensamiento, así como por la voz de algunos dirigentes e intelectuales liberales. Curiosamente, la *Revista colombiana*, dirigida por Laureano Gómez, acogió la crítica que hicieron Silvio Villegas, Luís Rueda Concha y Augusto Ramírez Moreno (escritores del llamado “renacimiento greco-caldense”) a la constitución de 1886. Por su parte, en *Pan*, dirigida por Enrique Uribe White, la desigualdad temática fue una constante. El lector aún puede encontrar textos moralizantes de Lino Gil Jaramillo y del mismo director, al lado de ensayos de Albert Einstein y de George Bataille, según puede apreciarse en el número 24, de octubre de 1938.

Punto aparte fue la *Revista de las Indias*, en primera instancia el órgano oficial del Ministerio de Educación Nacional. La publicación aglutinó intelectuales de todo el país, expresó la posición del liberalismo en cuanto a la educación y la cultura, y obtuvo un importante reconocimiento internacional. La presión por parte de la Iglesia al gobierno de López Pumarejo, en relación con la posición ideológica de la revista, hizo que éste la entregase a los académicos. La revista estuvo desde entonces al mando de Germán Arciniegas. En esta primera época, de 1936 a 1938, se publicaron nueve números alentados por los intereses precolombinos, socialistas y contemporáneos que traslucían las colaboraciones de César Uribe Piedrahita, Ignacio Gómez Jaramillo, Gonzalo Ariza, Gerardo Molina, Aurelio Arturo, León de Greiff y Luís Vidales.

Desde el punto de vista institucional también sobresalió la *Revista de la Universidad Nacional*, creada en octubre de 1944. En su primera época tuvo como director a Gerardo Molina y en la redacción a Fernando Charry Lara y Jaime Ibáñez. En ella escribieron los profesores universitarios y aparecieron algunas colaboraciones de Amado Alonso, José Luís Romero, Juan David García Bacca, Luís Cardoza y Aragón, Andrés Holguín, Danilo Cruz Vélez y León de Greiff. Su carácter nacionalista-lopista haría que la revista tuviese una visión comprometida con el país, pero, al mismo tiempo, un sesgo ideológico que aseguró su ensimismamiento y su silencio (Cadena Silva, 1990: 47-48).

En relación con el ensayo, las revistas presentaron a la comunidad autores que luego publicarían libros de honda reflexión en torno a problemas contemporáneos como la política y el ser colombiano. En este sentido, Los Nuevos abrieron el camino contra la generación del Centenario en los ensayos *El estudiante de la mesa redonda*, de Germán Arciniegas, y *De Jorge Zalamea a la juventud colombiana*, ensayo político de Jorge Zalamea, ambos publicados en 1932 y 1933, respectivamente. Por la misma época, Baldomero Sanín Cano afianzó su tarea crítica y ensayística, y Luís López de Mesa entregó su ensayo sociológico *De cómo se ha formado la nación colombiana*, de 1934. En éste año, Antonio García difundió su libro *Colombia SA* y en 1938 —año de *Los Comuneros*, de Arciniegas— publicó *Pasado y presente del indio*. Además, el ensayo historiográfico tuvo un repunte con los libros *Economía y cultura en la historia de Colombia* y *El café en la sociedad colombiana*, de Luis Eduardo Nieto Arteta. En cuanto a la crítica literaria, Rafael Maya escribió sus *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana* y empezarían a despuntar ensayistas y críticos literarios como Hernando Téllez, Hernando Valencia Goelkel y Jorge Gaitán Durán.

Como podemos apreciar, casi todos los ensayistas condujeron su reflexión desde la subjetividad crítica a la pregunta por la objetividad del ser nacional, al mismo tiempo que pusieron su Yo crítico en relación con un *sensorium* universal trazado por la Revolución Mexicana, las dos Guerras mundiales, la Guerra civil española, el fascismo, el marxismo, el socialismo y, además, por la pregunta por la identidad hispanoamericana para la comprensión de nuestros países en los ensayos *Ariel*, de Rodó, *Radiografía de la Pampa*, del argentino Ezequiel Martínez Estrada, *Casa grande e senzala*, del brasileiro Gilberto Freire, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, del cubano Fernando Ortiz y *Perfil del hombre y la cultura en México*, del mexicano Samuel Ramos. Estos factores, unidos a los procesos de conciencia crítica y de nuevas estéticas en el campo cultural, marcarán el destino de los intelectuales de la República liberal al contexto de la Violencia, que también aquí nos interesa porque produjo un determinado campo del poder e impulsó la preconfiguración de un nuevo campo intelectual, cultural y literario autónomo.

Los sucesos que desencadenó la revuelta político-social del 9 de abril de 1948 hasta hoy son rotulados bajo con un nombre indeterminado: La Violencia. ¿Cuándo arranca realmente ésta en Colombia? Resolver la pregunta implicaría la escritura de otro libro. Pero, ¿por qué nos interesa el período de La Violencia en un trabajo sobre el ensayo en el país, en particular acerca de Sanín Cano? La respuesta sí nos compete aquí: tanto la Hegemonía conservadora, como la República liberal y la misma Violencia son etapas políticas que configuraron un determinado tipo de intelectual en Colombia. Esa figura genérica dentro de la cual hallamos a poetas, narradores, cuentistas, ensayistas y críti-

cos, se replegó o tomó posición frente al campo del poder según la época. Escritores, sociólogos, historiadores, economistas y políticos redactaron reflexiones meditadas algunas, o radicales otras, en relación con el campo ético-cultural que les tocó vivir. Y claro, Baldomero Sanín Cano, que no era ni sociólogo, ni historiador, ni economista, ni político fue uno de esos ensayistas.

El asunto es como sigue: tras la colisión de los partidos tradicionales en el campo y en la ciudad, vino La Violencia, expresión que sintetiza los métodos de crueldad y de resolución de las diferencias entre uno y otro bando a través de las masacres y la vejación de la identidad física y moral del contradictor. Especie de macabra quimera, La Violencia representó, entre otras cosas, el eclipse de las “fuerzas simbólicas” del colombiano (Urrego, 116), inerte frente al *statu quo* que dicho proceso convocó.

Los años cincuenta en Colombia pertenecen, en términos políticos, al conservatismo radical de Laureano Gómez, a la dictadura de Rojas Pinilla y al pacto entre liberales y conservadores, más conocido como el Frente Civil o Frente Nacional. Las tres instancias lucharon contra las amenazas del momento: la sangrienta confrontación liberal y conservadora, y el comunismo internacional, que había dado sus frutos en Cuba, lo que abrió el proceso de Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. ¿Cuál fue la reacción de los intelectuales respecto a ese difícil campo del poder modelizado por La Violencia, a razón de Gonzalo Sánchez el punto nodal de la historia contemporánea de Colombia?

Desde luego que La Violencia, la crisis del bipartidismo, la circulación de las nuevas corrientes de pensamiento —con el triunfo rutilante de la Revolución cubana— y el cambio de relaciones entre el capital cultural y el capital económico llevaron a la transformación del discurso y la acción del intelectual colombiano. Ahora era el artista la conciencia crítica de la época; ahora las ciencias sociales tenían algo qué decirle a un público ávido de explicaciones, sobre todo porque ese público (había crecido la población urbana y habían disminuido aún más las tasas de analfabetismo) empezaba a tener mayor juicio crítico en medio de una crisis política y social sin precedentes hasta entonces.

De 1946 a 1957 (año de la muerte de Sanín Cano), los intelectuales inician una toma de posición respecto al campo del poder que luego asegurará la autonomía del campo cultural que más tarde, en plenos años sesenta, configuran poetas, narradores, ensayistas, críticos literarios, filósofos, sociólogos e historiadores agrupados alrededor de las revistas *Mito*, *Eco* y *Estrategia*. Dicha toma de posición permitió el fortalecimiento de los vínculos entre los intelectuales y el pensamiento y la cultura universal, aun por encima de actitudes retardatarias que tuvieron jóvenes intelectuales afectos al pensamiento y la moral conservadora. El lugar de expresión, más allá de la contingen-

cia de los periódicos (*El Espectador*, *El Tiempo* y *El Independiente*, censurados por los regímenes de turno), fue la revista. Que ésta derivara hacia la afirmación de los presupuestos políticos de los partidos tradicionales, o hacia la toma de posición por la autonomía y una mayor crítica social, dependía del grado de criterio y compromiso intelectual de sus directores y colaboradores.

Después de que Laureano Gómez decretó la extinción de la *Revista de las Indias* en 1951, apareció la revista *Bolívar*, orientada por Rafael Maya. La recristianización del país emprendida por Gómez desde *El Siglo* empezaba a imponer su mirada extremista. *Crítica*, quincenario al mando de Jorge Zalamea, había cesado un año antes. En sus páginas, los lectores encontraban traducciones de autores contemporáneos, notas de literatura y comentarios sobre música y artes plásticas, que intentaron sacar al país de su feroz provincialismo.

Durante el régimen de Rojas Pinilla aparecieron dos publicaciones de clara estirpe tradicionalista y conservadora: *Hojas de Cultura Popular Colombiana* y *Prometeo*. La primera, dirigida por Jorge Luís Arango, había nacido en la época de Ospina Pérez, pero en el contexto rojista fue el órgano adepto al régimen. Proclamó, de nuevo, un concepto purista de la cultura y de la hispanidad, entendida como una “trinchera” moral frente al “peligroso” avance de las ideas libertarias emanadas del Renacimiento, la Ilustración y la Revolución francesa. Entre tanto, el concepto de lo “popular” tenía más relación con una mirada idealizada del campesino y de los indígenas colombianos, y menos con una realidad que ni *Hojas...*, ni la revista *Bolívar* pudieron o quisieron mirar.

Por su parte, *Prometeo*, que en su momento ejerció oposición contra Rojas, también enfiló sus baterías para defender el catolicismo, la moral, el pensamiento conservador y la pureza de “sangre” contra el mestizaje (repudiado al máximo por Laureano Gómez y sus áulicos). No obstante, como se ha estudiado, algunos de sus números reflejan una posición contradictoria. Sus directores, Belisario Betancur y Diego Tovar Concha, no dudaban en publicar un poema de Hölderlin al lado de una nota sobre la penetración de la herejía en Colombia; o un ensayo sobre Paul Claudel y, al mismo tiempo, una apología de la Biblia.

Pero, en general, lo que sucedió en los años cincuenta respecto al papel de las revistas y el impulso que estas continuaron dándole a la reflexión mediante el ensayo, puede entenderse de la siguiente manera:

Lo que se percibe en esta década es una ruptura con la manera como se establecía contacto con lo universal. En décadas anteriores el vínculo existía, pero aparecía más como un privilegio de pocos, relacionado con el mito del hombre culto. En los años cincuenta las revistas buscan claramente la difusión del pensamiento

universal, su popularización, pero con la perspectiva de una aplicación de esos nuevos métodos y saberes a la reflexión de la situación nacional. El primer paso fue la difusión de dicho pensamiento a través de la traducción y luego su publicación en editoriales nacionales (Urrego, 115).

De alguna manera, la revista que resume esta intención es *Mito*. Desde su aparición en 1955 bajo la dirección de Hernando Valencia Goelkel y Jorge Gaitán Durán, *Mito* representó el surgimiento de un nuevo campo cultural atravesado por una toma de posición dentro del espacio de los posibles en el estado del campo del poder (Bourdieu, 340-346), cuando en Colombia aún eran evocados Jorge Eliécer Gaitán y el Bogotazo, al tiempo que se hablaba de “pájaros” y “bandoleros”, de la dictadura civil de Laureano Gómez y de la dictadura militar de Rojas Pinilla, de la Violencia y del Frente Civil o Nacional.

En el estado del campo del poder, los intelectuales de *Mito* hallarán en el ensayo, particularmente, un primer espacio de reflexión y de toma de partido respecto a la difícil coyuntura de La Violencia. Con un comité patrocinador integrado por intelectuales modernos como Luís Cardoza y Aragón, Carlos Drummond de Andrade, Alfonso Reyes y Octavio Paz, la revista tomó posición frente al aislamiento cultural del país, rechazó el apelativo de “ideas foráneas” para el marxismo, el psicoanálisis y el existencialismo, y abrió un amplio espacio para el diálogo y la libertad de pensamiento. En este sentido, *Mito* tuvo frentes de acción fundamentales: la expresión amplia de la literatura colombiana, latinoamericana y universal de vanguardia; la traducción de autores modernos como Bertold Brecht, Martín Heidegger, Jean Paul Sartre, Vladimir Nabokov, André Malraux y George Bataille; la revelación de algunos rasgos de la cotidianidad colombiana, a caballo entre la premodernidad y la modernización, mediante crónicas como “Un juez rural en Guataqué”, “Historia de un matrimonio campesino”, “El drama de las cárceles en Colombia”, “Historia clínica de un homosexual”, entre otros; y la crítica de arte desde la plástica y el cine.

En torno a esta crítica de la cultura a través del ensayo como primer espacio de reflexión, y de la poesía y la narrativa como campos donde es posible transponer metafóricamente la realidad, participaron no sólo Valencia Goelkel y Gaitán Durán, sino también Eduardo Cote Lamus, Pedro Gómez Valderrama, Fernando Charry Lara, Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Enrique Buenaventura, Arturo Echeverri Mejía, Manuel Mejía Vallejo, Indalecio Liévano Aguirre, Luis Eduardo Nieto Arteta y Darío Mesa, quien en 1957 publicó —bajo el auspicio de *Ediciones Mito*— el ensayo *Treinta años de historia en Colombia (1925-1955)*. Estos escritores (cada uno en su momento y a su modo) estuvieron motivados por la ideología propia del intelectual

moderno en el nuevo campo cultural que *Mito* postuló, pues más que una revista, la publicación constituyó una “línea de acción que de una u otra forma incidirá sobre la República” (Romero, 1985: 120).

Mito, además, presentó una lectura innovadora del pasado que la precedía y del momento presente que le exigía actualizar o innovar dicha tradición. Este rasgo se explica por aquello de que jamás estuvo en su ideario rivalizar con las generaciones de intelectuales anteriores: “Aún más, Gaitán Durán y sus compañeros señalaron lo que les unía a la cultura colombiana y latinoamericana independiente, de ahí su énfasis en figuras como las de Baldomero Sanín Cano, León de Greiff o Jorge Zalamea” (Restrepo, 2001: 84). *Mito* finalizó este periplo literario modernizador en 1962, luego de la prematura y absurda desaparición de Jorge Gaitán Durán a bordo de un avión de Air France.

En las antípodas de *Mito* estuvo la *Revista de la Universidad Nacional*, que en 1953 había entrado en su segunda época, esta vez bajo la dirección de Jorge Vergara Delgado y la redacción de Helcias Martán Góngora. La publicación había tomado un extraño viraje hacia el moralismo y la irresponsabilidad intelectual, toda vez que rechazaba lo que otras revistas habían logrado: la apertura mental frente al pensamiento contemporáneo y la coherencia en la estructura y la intención de las publicaciones. En la *Revista de la Universidad Nacional* fue posible leer una diatriba contra el existencialismo, reproducciones de discursos de algunas personalidades del país, artículos eclesiásticos e incluso mensajes del papa Pío XII. Es obvio que estos números, representativos de una época “nefasta” y radical para la publicación, le cerraron las puertas al ensayo (Cadena Silva, 49).

En 1958, cuando el Frente Nacional iniciaba sus acciones en el intercambio bastante amañado del poder entre uno y otro partido, surgieron dos revistas que cerraron la década de forma brillante. Hablamos de *Tierra Firme* y de *Contemporánea*. La primera, dirigida por Francisco Posada Díaz, tuvo entre sus mayores objetivos la difusión de las ciencias humanas y encontró en el psicoanálisis y la filosofía sus grandes bloques temáticos, los cuales incluían artículos y ensayos de Lacan, Heidegger, Levi-Strauss y Sartre. Como colaboradores despuntaron Eduardo Cote Lemus, Jorge Child y Rafael Gutiérrez Girardot. *Contemporánea* —que no debemos confundir con la *Revista Contemporánea* que orientaron Grillo y Sanín Cano en 1904— fue, por su parte, apoyada por la Gobernación de Cundinamarca; no obstante, mantuvo una autonomía que le permitió referir los grandes problemas de su tiempo, así como luchar por la “autenticidad” nacional buscando siempre la conexión con la universalidad a través de la publicación y traducción de autores tan célebres como los que ya hemos mencionado.

De igual manera, como es de suponer, el ensayo tomó un rumbo aún más enfático y crítico respecto a la realidad nacional y a la búsqueda de un “territorio” posible para la reflexión desde los nuevos paradigmas científico-sociales y literarios. En 1949,

Baldomero Sanín Cano (sin duda el ensayista de medio siglo XX en Colombia) había abierto el nuevo escenario con *De mi vida y otras vidas*. En 1951, Hernando Téllez se pregunta desde el ensayo literario *¿Pero hay tradición humanista?* y en 1952 Germán Arciniegas publica el polémico ensayo *Entre la libertad y el miedo*, libro que reduce la metodología histórica en aras del efecto literario —lo cual es loable—, pero que dejó sentada una fuerte crítica a las dictaduras latinoamericanas, en concreto contra la dictadura civil de Laureano Gómez. Así mismo, Rafael Maya, a quien encontramos dirigiendo la revista *Bolívar*, publicó en ese mismo año *Los tres mundos de don Quijote y otros ensayos*.

De 1955 a 1959 el ensayo representó la antesala a la configuración de un nuevo campo intelectual y cultural autónomo en Colombia. El aprendizaje de los ensayistas fue producto de un tránsito por las preguntas esenciales sobre el sentido de la nacionalidad y de la universalidad contemporáneas, conceptos dentro de los cuales cabían la revisión de las culturas precolombinas, el nuevo sentido del hispanismo, las nuevas tendencias en el arte, en la literatura y en el pensamiento, la coyuntura política nacional e internacional —entre el Frente Nacional y la Guerra Fría—, el problema de la civilización y del progreso y el provenir político, histórico y cultural de Hispanoamérica. En este sentido, es justo terminar por ahora con tres títulos que representaron, al igual que otros libros, tres momentos en la búsqueda de la aprehensión del nuevo sentido desde la tradición ensayística en Colombia: *El humanismo y el progreso del hombre* (1955), de Baldomero Sanín Cano, *Literatura y sociedad* (1956), de Hernando Téllez, y *La revolución invisible* (1959), de Jorge Gaitán Durán.

Téllez representa para muchos el segundo ensayista de la modernidad literaria en Colombia después de Sanín Cano. En la edición que *Mito* hizo de su libro en diciembre de 1956, hallamos nueve ensayos críticos y misceláneos alrededor del problema de la conciencia burguesa, de la política, del Estado, del capitalismo, del arte como un “nadar contra corriente” y de la literatura, que Téllez desprende de cualquier “eficacia social”: “La literatura, como el arte todo, contribuye al quehacer histórico, al quehacer social, pero implícitamente, es decir, extraprograma, extra-juicio, de manera autónoma y no subordinada” (Téllez, 1957: 75). Su presencia sería fundamental para el logro de la autonomía crítica del nuevo campo cultural constituido en las dos décadas siguientes.

De otro lado, pero en la misma línea, compartiendo asiento con Téllez en la “mesa redonda” del grupo de *Mito*, Gaitán Durán escribió su ensayo de interpretación al calor del rotundo fracaso del llamado Frente Civil, cuando toda una generación de jóvenes intelectuales y dirigentes políticos terminó claudicando ante la tradición política colombiana. Sin embargo, Gaitán Durán, al tiempo que observa el contexto y critica a todos los órdenes institucionales —anquilosados desde la Regeneración y más atrás—,

propone un posible país, consciente de su situación en el mundo y del mundo mismo. Pero esta transformación deberá darse, según él, en el espacio de la condición humana, tan cercana al discurso ensayístico:

la solución para la barbarie no es poner una escuela en cada uno de nuestros ochocientos municipios, sino una transformación radical de nuestra mentalidad y de las concepciones que han regido su desenvolvimiento, indican que el *hombre colombiano está reprimido, insatisfecho, angustiado, que no tiene posibilidades normales de amor, cultura, prosperidad y poder y en consecuencia no consigue impedir que en él se desarrollen imperialmente, al menor estímulo exterior, las tendencias destructoras* (Gaitán Durán, 1959 [1975]: 339).

El ensayo de interpretación de Gaitán Durán dialoga con un lector que a la postre es el lector colombiano de todos los tiempos. Un lector de revistas culturales, de ensayos críticos, pero también de catecismos y de otros textos moralizantes sobre los cuales los partidos políticos erigieron sus tímidas quimeras.

Junto a nuestro lector hemos transitado por más de ochenta años de reciente historia intelectual en Colombia, para comprender cómo las revistas culturales estuvieron en un punto intermedio entre los periódicos y los libros, y en el medio de ellas el ensayo y su ensayista. De esta manera, el lector puede decir con nosotros que la revista cultural, desprendida de cualquier atadura moral, abierta al pensamiento y a la literatura de su contemporaneidad, cumplió con una interpretación de su momento presente. En esto consistió el papel modernizador y la configuración de un nuevo campo intelectual autónomo que desempeñaron las revistas *Gris*, *Revista Contemporánea*, la *Revista de las Indias*, *Mito* y *Tierra Firme*, entre otras.

Finalmente, está el discurso ensayístico ante un lector oficioso que ahora se asoma al registro de Baldomero Sanín Cano para encontrar la memoria reflexiva de tiempos y temáticas ya idos, que por obra y gracia del tratamiento ensayístico resultan ser en su mayoría muy actuales. Ellos invitan, parafraseando a Arciniegas, al lector-estudiante a la gran mesa redonda donde el diálogo crítico y la conversación con estilo habrán de depararle un aprendizaje significativo sobre un episodio aún más significativo de la historia del ensayo en Colombia y en Hispanoamérica.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

BALDOMERO SANÍN CANO: UNA VISIÓN DE SU ENSAYÍSTICA A TRAVÉS DE LOS ESCRITOS

La crítica, en pocas palabras, es siempre contextualizada; es escéptica, secular y está reflexivamente abierta a sus propios defectos. Esto no quiere decir en absoluto que carezca de valores. Más bien al contrario, ya que la inevitable trayectoria de la conciencia crítica es alcanzar cierto sentido agudo de lo que los valores políticos, sociales y humanos llevan consigo en la lectura, producción y transmisión de todo texto.

Edward. W. Saíd. *El mundo, el texto, el crítico.*

Baldomero Sanín Cano es una de las figuras cimeras de la historia intelectual de Colombia e Hispanoamérica. De ello dan fe los centenares artículos que escribió en periódicos nacionales e internacionales y los libros de ensayos que armó bajo el sigilo de su lucidez; también dan testimonio algunos estudios sobre parte de la inconmensurable travesía de su escritura, pero en nuestro país y en el continente, su nombre pasa inadvertido ante la mayoría de estudios que se aplican en revisar o actualizar la historia de la crítica literaria y del ensayo hispanoamericanos.

¿Hasta qué punto, entonces, conocemos realmente a Sanín Cano? A nuestro parecer, con él ocurre lo que pasa con muchas de las personalidades literarias: son mencionadas, evocadas, pero no leídas ni estudiadas a la altura de su obra y de sus circunstancias.

En adelante, el propósito de este trabajo apunta hacia la segunda dirección. Con modestia, claro, sabiendo que nos hallamos frente a un ensayista al que muy bien le cae el adjetivo de “polígrafo”, dada la ingente producción escrita que adelantó a lo largo de setenta años de ejercicio crítico en Colombia y en los países que visitó. Sabemos que un estudio como este jamás abarcaría las diversas manifestaciones ensayísticas presentes

en el escritor, pero aun así nos proponemos, mediante la fijación de algunas series de lectura de parte de esa producción, entender por qué, cómo y para qué Baldomero Sanín Cano, el precursor del ensayo en la modernidad literaria en Colombia, construyó un discurso ensayístico que marca un punto de inflexión en la remota y reciente historia intelectual de la América Hispánica.

SANÍN CANO Y LA REINVENCIÓN DEL ENSAYO

Montaigne, como Sanín Cano y muchos de los que continuaron su tradición, nunca pensó que el ejercicio de escritura que inventaba según su voluntad, fuese susceptible de ser clasificado bajo criterios genéricos que incluso no habían sido previstos, como anotamos en el segundo capítulo, por la poética clásica de Aristóteles. Desde el Estagirita, tras el concepto de Poética encontramos la ciencia de la literatura que abarca la esencia de la poesía y de las obras de arte poéticas. Bajo esta apreciación, ¿dónde ubicar al ensayo? ¿De qué manera definirlo o clasificarlo, cuando su mismo inventor hizo de él una confluencia de pensamiento y literatura, pero no de ficción, el rasgo distintivo por excelencia de la Poética, según Aristóteles?

En abierta controversia con Aristóteles, el mexicano Alfonso Reyes abre el referente de la Poética hacia otras manifestaciones textuales. Para él, como para nosotros —aunque en realidad el problema aquí no estriba tanto en la esencia de la Poética como sí en el punto de partida que significa para la posterior revisión de la clasificación del discurso ensayístico— la Poética “será el arte aplicable a toda ejecución verbal, trate o no de literatura. Toda forma verbal será para nosotros una manifestación de la ‘poética’ (Reyes, 1983: 29-30).

Para Reyes, quien dijo que el ensayo era la típica expresión de tiempos más múltiples que armónicos, es claro que toda manifestación discursiva del arte, del pensamiento o de la ciencia tiene cierto nivel de estética, dado que ésta “es inseparable de todas las representaciones humanas, aunque se la considere especializada en las bellas artes y en la literatura”. De ahí que en algún momento una expresión matemática o una resolución científica nos parezca “elegante” o nos despierte una inexplicable emoción intelectual. Reyes concluye así esta mirada por la estética como un rasgo esencial de la condición humana: “En la más modesta percepción hay un sabor estético: el espíritu siempre organiza lo que recibe, la sensación misma lo organiza. ‘Hasta el aire es arquitectura’, dice Santayana” (Reyes, 38).

La intervención de Reyes nos recuerda otra aproximación de Rafael Gutiérrez Girardot acerca no sólo de la reciprocidad que tienen entre sí los géneros literarios sino del ensayo como lugar intermedio entre aquellos e incluso como rasgo presente en la poesía

y en la narrativa. Para Gutiérrez Girardot, los géneros son “formas de expresión de una actitud ante el mundo” —definición filial a la poética condicionalista para el estudio de la genología del género ensayístico— que mantienen influencias recíprocas. Así, en la configuración del ensayo participan elementos líricos y épicos que de ninguna manera traducen diseminación genérica sino una interacción bastante saludable:

Elementos ensayísticos ha habido siempre en el gran epos de la literatura occidental, y éstos son una pieza indispensable de la unidad en la estructura de la obra. También la poesía puede enriquecerse con la narración o con el saber, y la narración, a su vez, con el ensayo, el drama y la lírica, son que de ahí sea legítimo deducir una reprochable desaparición de los límites o la inexistencia de los géneros literarios. Antes por el contrario, los elementos ensayísticos de una narración pueden servir para enmarcar el curso de los acontecimientos y hacer resaltar, así, algunos de los caracteres, de las acciones o de las situaciones mismas. Pueden ser, igualmente, apoyos para el aumento de la tensión (Gutiérrez Girardot, 1976: 57-58).

Desde el discurso ensayístico, esta concepción de los géneros es asumida por Gómez-Martínez en la relación que el ensayo mantiene con las “formas de expresión afines”: la novela, la carta, la autobiografía (como confesión y como diario), la prosa didáctica, el tratado y el artículo de crítica. La aproximación es útil a la hora de acercarse a la vasta obra de Sanín Cano, quien parecía entender muy bien aquello del archigénero ensayístico o del ensayo como la más amplia zona del *spectrum*¹ literario.

¹ Tomamos el concepto de Robert G. Mead, Jr., quien resalta de manera tácita el carácter mixto del ensayo: “El ensayo cubre una parte considerable del *spectrum* literario. Imagínese, por ejemplo, una raya horizontal que representa una línea de materiales semejantes, o sean los escritos de tipo ensayístico. Si dividimos esta raya por la mitad y al segmento que apunta hacia la izquierda le asignamos las características de formalidad, objetividad e interés por lo intelectual, asignando al mismo tiempo las de informalidad, subjetividad e interés por lo imaginativo al segmento que apunta hacia la derecha, podremos decir que esta raya simboliza aquella extensión o zona del *spectrum* literario que denominamos *ensayo*. Hacia el extremo del segmento de la izquierda se encontrarán los tratados y las monografías; luego, de la izquierda hacia la derecha, se encontrarán los ensayos formales —biográficos, históricos, críticos, expositivos en general. Cerca del punto divisor estarán los artículos de fondo de los periódicos, reseñas de libros y artículos de revistas y periódicos. Hacia la derecha aparecen escritos de naturaleza progresivamente más informal: ensayos impresionistas, personales, humorísticos, meros esbozos o *esquisses*”. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. México: Ediciones de Andrea, 1956, 8-10 pp. (Gómez-Martínez, 140).

TIPOLOGÍAS Y SPECTRUM ARCHIENSAYÍSTICO

Respecto a la relación entre ensayo y novela podemos decir que la diferencia entre ésta y aquel estriba en dos conceptos: la meditación (idea) en uno, y la narración (fábula) en otra. Sin embargo, todo depende también del punto de vista del lector, quien podrá juzgar una novela como ensayo o, en el caso más extremo, un ensayo como una novela². No obstante, a diferencia de la novela, cuya especificidad genérica recae en la ficción, el ensayo tiene un marcado énfasis en la proyección de las ideas y en el contenido ideológico³.

Frente a la carta, el ensayo difiere en que mientras aquella está dirigida a un solo destinatario específico, aquel apunta a la llamada generalidad de cultos. Además, en la carta hay más una intención informativa, pero en el ensayo interesa sobre todo plantear una versión reflexiva de la realidad. Aun así, esto no es óbice para pensar que en algún momento la carta escrita por el ensayista derive hacia el *spectrum* que el discurso ensayístico abarca (Gómez-Martínez, 111-114).

Las formas confesionales como la autobiografía, la confesión y el diario guardan parentesco con el ensayo por el énfasis en el subjetivismo. Sin embargo, aquí también hay diferencias, pues aquellas formas apuntan más a la narración y/o descripción cronológica de un pasado mediato o inmediato, y menos a la reflexión asistemática de un presente radicado en el Yo del ensayista.

Así como quien escribe una autobiografía enseña un fragmento o la totalidad de su vida hasta cierto camino recorrido, la prosa didáctica pretende enseñar, objetivar, ordenar cierta porción de la realidad. El ensayo no: mientras que la didáctica es obra científica, el ensayo es hallazgo filosófico y estético; mientras que la una informa y convence, el otro sugiere y persuade; éste tiene una ordenación estética, la otra, una sistemática. La didáctica es objetividad absoluta, pero el ensayo es enfáticamente subjetivo (Gómez-Martínez, 115-116).

La relación entre ensayo y artículo de crítica es todavía más compleja. Éste arraiga en la creciente especialización de la crítica estética y literaria posterior al siglo XVIII, cuando aquella forma que en principio fue el “Ensayo”, derivó hacia la restricción metodológica y filológica, exigiendo lectores restringidos, portadores de competencias

² Cfr. los apasionantes problemas genéricos que plantean novelas como *La montaña mágica*, de Thomas Mann, *El hombre sin atributos*, de Robert Musil o, en la contemporaneidad, *Ensayo sobre la ceguera* y *Ensayo sobre la lucidez*, de José Saramago.

³ En *Para una semiótica de la ideología*, Carlos Reis dice que ésta es un “sistema organizado de ideas y de juicios orientado a la descripción, la explicación, la interpretación o la justificación de un grupo o de una colectividad determinados, que, inspirándose en sentido amplio en una cierta axiología, propone una orientación precisa de la acción histórica de tal grupo o colectividad” (Casas).

literarias, filosóficas e históricas para la comprensión del texto. Sin embargo, aquí nos interesa destacar más la cercanía que el artículo tiene en relación con el registro ensayístico, dado que el primero —a diferencia de la prosa didáctica o, como advertiremos, del tratado, frente al cual algunos lo sitúan— admite diversos matices, presenta varias posibilidades frente a una misma materia y carece de pretensión de exhaustividad. De ahí que se hable del “Ensayo-artículo de crítica”, pues al fin y al cabo es un juicio crítico el que interviene. Como anota Mead, Jr., “a veces, cuando su contenido poético es grande, el artículo se aproxima a la calidad de ensayo” (Gómez-Martínez, 141).

Finalmente, el ensayo y el tratado son excluyentes. La naturaleza del primero, es decir, subjetiva, dialógica, sugerente, provisional, se opone a la del segundo, objetiva, monológica, convincente y definitiva. Realmente, aquí el ensayo y el tratado (o la *summa*) son verdaderas antípodas discursivas.

Con base en estas formas afines al ensayo (o lejanas a éste, tal como lo son la didáctica y el tratado), podemos pasar al problema de las tipologías o de la clasificación del ensayo, para luego construir series tipológicas y tópicas con base en la manifestación del discurso ensayístico de Sanín Cano en la selección de textos presentes en el volumen de *Escritos*.

Toda clasificación del ensayo por tipologías siempre será arbitraria y provisional. Pero es posible hacerla, dado que el discurso ensayístico es “literatura de ideas” y, como tal, portador de dos categorías diferentes, la didáctica-lógica y la literaria, que en su entrecruzamiento hacen del género un objeto híbrido y el reino expresivo de la diferencia.

Algunas clasificaciones parten de la forma o del contenido para ordenar la tipología del género. En este sentido, si un ensayo tiende más hacia la forma, se habla de que puede ser digresivo o de ideas; pero si su énfasis está en el contenido, se hablará de ensayo poético y de ensayo argumentativo. Pero la clasificación no podría ser más reduccionista, dada la complejidad del género y la diversidad de manifestaciones que su *spectrum* contempla.

Sin ningún ánimo reduccionista, queremos asomarnos a los ensayos de Sanín Cano desde este prisma tipológico con el fin de entender cómo esta manifestación textual interactúa con la noción de *spectrum* o de archigénero ensayístico.

En efecto, el volumen de *Escritos* contiene setenta y ocho textos⁴ (que en principio reconoceremos como ensayos) firmados por B. Sanín Cano. Además presenta tres prólogos, una carta —dirigida a Germán Arciniegas— y cinco testimonios acerca del ensayista colombiano firmados por José Carlos Mariátegui, Francisco Romero, Germán Arciniegas, Hernando Téllez y Jorge Gaitán Durán, presencias que delatan la importancia nacional e internacional de Sanín Cano.

⁴ Como anotamos en la introducción de esta investigación, hemos dejado a un lado los textos “Núñez, poeta”, firmado por Brake, y los pasajes del libro Administración Reyes, 1904-1909.

Desde el punto de vista paratextual hay otras manifestaciones discursivas interesantes: la selección está dedicada por Cobo Borda a Fernando Hinestrosa, rector de la Universidad Externado de Colombia y mentor de la iniciativa que finalmente en 1998 concretó la publicación de gran parte de la obra periodística de Sanín Cano bajo el título *Ideología y Cultura*. Enseguida, Cobo Borda justifica el trabajo de selección en la corta nota que titula “Sobre esta edición”: el libro, que es voluminoso —porque largo fue el camino intelectual recorrido por Sanín Cano— dista de compilar las “obras completas” del autor. “Se trata, apenas, de una selección de sus *Escritos*, hecha a partir de la base de que un buen crítico ilumina lo esencial de su época” (*Escritos*, 7). Después del nutrido “Índice” hallamos el retrato de perfil y la firma un poco vacilante de Sanín Cano, y los “datos biográficos” del ensayista, tomados de *Sanín Cano-viajero del espíritu*, libro de Néstor Villegas Arango publicado en Bogotá por Editorial Tercer Mundo. Finalmente aparece el prólogo “Sanín Cano: el oficio de lector”, en tres momentos señalados con números romanos.

Desde el mismo título, una pregunta salta a la vista: ¿por qué *Escritos* y no *Ensayos*? Si examinamos el “Prólogo” de Cobo Borda y los prólogos de Sanín Cano incluidos en la antología, tal vez encontremos la respuesta. Cobo Borda tilda a Sanín Cano de “crítico tolerante” que incursionó como periodista en los medios escritos antes mencionados, y que ante todo fue un cronista y un ensayista que ejerció en nuestros lares la “insólita” profesión de crítico literario. Al rastrear su genealogía intelectual, Cobo Borda apela a Ángel Rama para explicar cómo en el escritor antioqueño ocurrió lo mismo que con Rubén Darío en el contexto del Modernismo: como el nicaragüense, Sanín Cano recurrió a las notas periodísticas —en su ley de oferta y de demanda cultural—, los comentarios de libros, las crónicas sociales, la descripción de viajes, etcétera, para combatir la uniformidad mediante la nota personal en torno a lo novedoso, lo atractivo y lo intenso. De ahí el estilo en “constante tensión renovadora” del que hablara Ángel Rama. Cobo Borda señala, entonces, que entre otras cosas Sanín Cano le habló al ser colombiano a través de los periódicos y las revistas, para encontrarse como lector ejemplar con su otro lector en el espacio habitual y tradicional de los “artículos de periódico”.

A Cobo Borda le interesa poco señalar el carácter nominal de ensayista de Sanín Cano⁵. Aquí tampoco vamos a discutir esta certeza. Queremos, más bien, revisar las distintas denominaciones que acuñó Sanín Cano acerca de su producción intelectual y atender el diálogo del ensayista en relación con lo que hemos llamado las tipologías del ensayo.

⁵ Sin embargo, tres años más tarde escribe: “Era, sin lugar a dudas, un verdadero crítico literario; un ensayista, en el sentido que Hugo Friedrich en su libro sobre Montaigne definió dicho género: ‘En

Escritos incluye tres prólogos que en realidad son un prólogo, una nota similar, titulada “A manera de excusa”, y una introducción. El primero aparece en la edición argentina de *La civilización manual y otros ensayos* (1925)⁶; “A manera de excusa” figura en *Crítica y arte* (1932)⁷, y la introducción funge de pórtico en *De mi vida y otras vidas* (1949)⁸. Aunque Sanín Cano habla de su oficio en otros textos que luego examinaremos, es interesante detenerse ante los tres paratextos para saber cómo el escritor concebía su manifestación textual.

cuanto es una configuración entre prosa y poesía está el ensayo abierto tanto a la reflexión como a la intuición, tanto a los intereses objetivos como a los simples humores, puede formular pero también narrar, y en todo ello garantiza a lo individual, sea que lo asedie reflexionando o intuyendo, su privilegio ante lo general” (Cobo Borda, 1981: 43).

⁶ Sanín Cano, Baldomero. *La civilización manual y otros ensayos*. Medellín: Tomás Carrasquilla, 1975. Esta edición es el volumen VI de la Biblioteca de Autores Antioqueños en su segunda época. Con prólogo de René Uribe Ferrer, presenta veintidós textos en dos secciones: “Temas varios” y “De letras y teatro”. En la primera aparecen “La biografía de la Inquisición”, “Ferdinand Lasalle”*, “Bajo el signo de Marte”*, “La anécdota, su valor documental”, “La civilización manual”*, “El sexo y la equidad social”, “La provincia”*, “De cómo la deslealtad puede ser modestia” y “El Arte y la línea recta”. La segunda incluye “La seriedad”, “El bardo político y la ley de prensa en Italia”, “El espectro social”, “De la estadística”, “Nietzsche y Brandes”*, “Los límites del Arte Dramático”, “La poesía de la mendicidad”, “Lincoln”, “Shakespeare amenazado”*, “Un hispanista británico”, “Ángel Ganivet” y “William Henry Hudson”* (Como en esta y en las notas subsiguientes, indicamos con asterisco [*] los textos que aparecen en *Escritos*).

⁷ _____. *Crítica y arte*. Bogotá: Librería Nueva, 1932. Según nota de los editores, de este libro circularon cincuenta ejemplares. Aparte del prólogo “A manera de excusa”* encontramos veinte textos organizados en dos partes indicadas con números romanos. En I, “Aldous Huxley o la idolatría de la vida”*, “Bernard Shaw o el sentido común”*, “Coudenhove-Kalergi o el ente de razón”, “Eugenio O’Neill o el predestinado”*, “Ibsen o el carácter”*, “Fray Luis de León o el lirismo judaico”, “Miguel Cané o los hombres que hicieron Argentina”, “Camilo Antonio Echeverri o un humorista frustrado”*, “Guillermo Valencia o el modernismo”* y “Rafael Maya o la pasión estética”*. En II, “¿Existe una literatura hispanoamericana?”*, “Nuevos rumbos de la biografía”, “La conciencia de una raza”*, “Un caso de póstuma detracción”, “Una gran Aventura: el Arte”, “El arte francés en Bogotá”, “Junta de Médicos”, “El grande humor”*, “Contrastes”* y “Preparación al olvido”.

⁸ _____. *De mi vida y otras vidas*. Bogotá: A B C, 1949. Contiene la “Introducción”* y treinta y cinco textos: “Infancia”*, “Mi carrera de maestro”*, “Medellín hace sesenta años”*, “Bibliotecario y superintendente”*, “José Asunción Silva”*, “Una vasta cultura cosmopolita”, “Guillermo Valencia”, “Jeremías Coughling”, “El paisaje de la infancia”, “Ante la naturaleza”, “El guácharo, hallazgo de Humboldt”, “En Londres y en París”, “Don Roberto”, “James Fitzmaurice-Kelly”, “Leopoldo Lugones”*, “Un personaje sin nombre”, “Jorge Brandes”, “José Marchena Colombo”, “Fernando Ortiz Echagüe”, “Antonio José Restrepo”, “Darío Nicodemi”, “Maurice de Bunsen”, “Un caso de selección”, “Bertrand Russell”, “Francisco Cambó”, “Roberto Cecil”, “Antonio Aita”, “Enrique Larreta”, “Murray y Painlevé”, “En la torre de Babel”, “Un personaje de mil rostros. La prensa”*, “Remy de Gourmont”, “Antonin Vargas Vega”, “Lenguas extrañas” y “El conde Gloria”.

Así, en el “Prólogo” a *La civilización manual...* refiere que, a excepción de “De la estadística” y de “Nietzsche y Brandes”, el libro —armado tras la insistencia de Samuel Glusberg (que no “Goldberg”, como yerra Jorge Eliécer Ruiz,) — contiene artículos y columnas aparecidos en el periódico *La Nación*, de Buenos Aires. Luego entrega algunos criterios que motivaron la selección de los mismos, y ofrece excusas, pues considera que en el texto “hay mucha materia que no despierta interés alguno para nadie y apenas un reducido número de artículos en que podrían encontrar relativo entretenimiento contados y bondadosos lectores” (*Escritos*, 109).

El autor continúa descartando el carácter didáctico o profético del libro, al tiempo en que insiste en que los temas aquí presentados tuvieron actualidad alguna vez pero “todo fue aparecer en letra de molde y la perdieron” (*Escritos*, 110). Pero después de que en gran parte del “Prólogo” ha hablado de artículos, columnas y notas periodísticas, termina definiendo los textos de otra manera: “pero hay también ensayos que lo mismo pudieron haber sido imaginados en la edad de piedra que en tiempo de los primeros gobiernos democráticos posteriores a la etapa bolchevique por la cual va pasando el pueblo moscovita” (*Ibidem*). Finalmente, examina el título de la colección y ratifica la aparente falta de actualidad, la discordancia entre los ensayos y el nombre del libro, y deja en manos del lector la real significación del mismo. Si hiciese falta otro título, éste “se lo pondrá el público, si lo mereciere”.

En “A manera de excusa”, Sanín Cano precisa el campo de acción de su escritura y revela algunas estrategias de su método crítico. El escritor cuenta con setenta años y han transcurrido siete después de la publicación de *La civilización manual...* En efecto, aquí él comenta que *Crítica y arte* es un “libro de ensayos”, donde hay “trabajos de crítica personal” y de otra índole. Aunque regresa a los vocablos “estudios”, “artículos” y “materiales”, es enfático en hablar de su método crítico —materia de examen en otro espacio de esta monografía— y en definir, mediante el tono impersonal, la naturaleza escéptica e informal de aquellos “estudios”, pues al autor “los años le han desengañado de las escuelas, de los sistemas, de los nuevos procedimientos” (*Escritos*, 217).

Al final, el autor concluye revelando que la historia de estos “artículos” se enmarca entre 1926 y 1931, cuando algunos fueron publicados en las revistas *Trofeos* y *Universidad*, mientras que otros “materiales” permanecían inéditos. Dice, en el mismo tono de *La civilización manual...*: “El piadoso lector verá en las páginas siguientes un esfuerzo desinteresado por comprender y un modesto empeño de llegar al fondo espiritual de los autores estudiados analizando sus obras” (*Escritos*, 218).

A los ochenta y ocho años, cuando en 1949 publica *De mi vida y otras vidas* en la editorial de la revista *América*, Sanín Cano es un escritor maduro, batido en las lides del periodismo y el ensayismo. De modo que en la “Introducción” al que sería su penúltimo

libro es consciente de su carácter de testigo en el tiempo y de cómo el hecho de no ser “grande” entre sus contemporáneos, le condujo a la escritura de sus “memorias”: “Debe escribir sus memorias el que sin haber figurado notablemente en su tiempo cree tener algo que decir a las circunstancias o a la posteridad, no de sí mismo sino de los sucesos que ha visto y de los hombres que ha conocido” (*Escritos*, 443).

Pero, ¿qué le otorga estructura a este testimonio múltiple e intersubjetivo? Dice el autor que los escritos o artículos ahí presentes, con su varia invención literaria, histórica, científico-natural y filológica, conservan una unidad gracias a la “personalidad del autor”, pues emanan de su “individual iniciativa”, tal como ésta fue el magma que dio origen a *La civilización manual... Indagaciones e imágenes* (1926)⁹, *Crítica y arte y Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (1934)¹⁰.

⁹ _____. *Indagaciones e imágenes*. Bogotá: Ediciones Colombia, 1926. Se trata del segundo libro de ensayos de Sanín Cano. El autor agrupó dieciséis ensayos en dos partes, así: En “Sociales e Históricas”, “El descubrimiento de América y la higiene”* (1914), “Cadenas de estuco”* (1917), “El espíritu nuevo y las universidades”* (1903), “Mary Pickford en el siglo XXI” (1920), “Entrevistas imaginarias” (1922), “El hombre disminuye” (1920), “El siglo de las comisiones”* (1921), “La guerra y el individuo” (1917), “El chascarrillo del día”, “La bolsa y la vida. La verdad en la City” (1926) y “El mesianismo” (1924). En “Críticas”, segunda parte, encontramos los textos “Emilio Bobadilla” (1921), “John Galsworthy” (1921), “Fray Luis de León”, “Jorge Brandes (Conferencia leída en 1925 en Buenos Aires)”* y “Marinetti”*.

Sanín Cano presenta este “libro de ensayos” con un prólogo titulado “Ante todo”. En esta corta nota ofrece disculpas al lector por abusar de la atención y de la benevolencia de quienes apenas hacía un año habían recibido *La civilización manual...*

De otro lado, se refiere al ensayo como género y a la supuesta incoherencia intratextual de sus escritos. Acerca de lo primero dice: “Este género (el ensayo) carece del atractivo con que se imponen a la consideración del lector benévolo la ficción novelesca, la colección de poemas o las prosas políticas”; en relación con lo segundo afirma: “En suma si el libro carece de unidad en cuanto a los temas, acaso la tenga por haber sido y continuar siendo uno mismo el pensamiento del autor en presencia de la angustiada evolución del espíritu humano en los diez o doce años que acaban de pasar”. Es claro que el autor tiene conciencia de que el género literario que esgrime tiene poca recepción al ser llevado al formato del libro, cuando su matriz de origen fueron los periódicos y las revistas. Pero, además, confía en la coherencia textual por el hecho de que los escritos tienen un hilo conductor: la subjetividad o el pensamiento de ensayista.

¹⁰ _____. *Divagaciones filológicas* 2ª ed. Santiago de Chile: Nascimento, 1952 [Edición corregida y aumentada]. Contiene veintisiete textos y un “Índice onomástico”: “Porvenir del castellano”*, “El castellano en la Argentina”, “De cómo se modifican las lenguas”*, “Nociones y vocabulario”*, “La enseñanza del idioma”, “El cristianismo, la lengua y el sentido de la posesión”*, “Correcciones del lenguaje”, “Lenguas literarias, populares y francas”, “Del género en las lenguas escandinavas”, “Origen de una palabra internacional”, “Un hispanista británico”, “Un hispanista dinamarqués”, “El último de los puristas”, “La crítica por jurados”, “La lengua y los cajistas”, “El milagro cotidiano”, “La negociación y el idioma”, “Otra vez el hombre alado”, “Inquietudes que inspira un género literario”, “Bajo el signo de Marte” (incluido en *La civilización manual...*), “De lo exótico”*, “Nuevo vehículo intelectual”, “El lenguaje”, “La reciprocidad de las influencias”, “La unidad de la especie humana manifiesta en el lenguaje”, “El uso gramatical y el destino” e “Ideas, palabras”.

¿Cómo entender las distintas denominaciones dadas por Sanín Cano al producto de sus elucubraciones y certidumbres en torno a temas literarios, históricos, filosóficos, filológicos y autobiográficos? ¿Qué relación tienen sus palabras, puestas en los diferentes prólogos e introducciones, y las que alguna vez inscribió Montaigne “Al lector” en la entrada a sus *Ensayos*?

Más allá de cualquier inocencia o humildad (que, entre otras cosas, era su distintivo menos personal, por aquello de la falsa modestia, que tanto detestaba), Sanín Cano desea hacer poco o ningún alarde de sus textos, pues considera que ni él es un especialista, ni mucho menos sus escritos arrojan una verdad definitiva sobre el tema que tratan. Sanín Cano, que, digámoslo de una buena vez, está instalado en el discurso archien-sayístico, esgrime un juicio crítico desde su visión personal acerca de temas antiguos o contemporáneos, pero en todo caso actuales, en el sentido que le damos dentro del universo del ensayo, es decir, como tópicos humanos replanteados a través de un punto de vista y un estilo personales.

Los ensayos, artículos, memorias, “estudios” o “escritos” pertenecen, pues, al discurso archien-sayístico. Cada uno, en mayor o en menor medida, acontece por obra y gracia de un aliento primigenio: la voluntad reflexiva de Sanín Cano. Pero que ésta importe o no al lector virtual, es lo de menos. En esto nuestro ensayista coincide con Montaigne, a quien le interesa pintarse a sí mismo, pero con la conciencia de que hay un lector en el más allá de la escritura egotista; y ese lector traduce destinatario, recepción e historicidad.

Ensayos (1942)¹¹, *Letras colombianas* (1944)¹² y *El humanismo y el progreso del hombre* (1955)¹³ son los otros libros que alimentan los textos contenidos en *Escritos*. Aquí encontramos setenta y ocho textos archien-sayísticos, una carta de Unamuno, la respuesta del destinatario y otra epístola de Sanín Cano dirigida a Germán Arciniegas. Cincuenta y dos de aquellos escritos provienen de los volúmenes que ya hemos citado pero también de estos libros; los veintiséis restantes, clasificados bajo el rótulo de “Textos no recogidos en libro”, fueron publicados en revistas y periódicos entre 1904 y 1951. El más antiguo, después de “Núñez, poeta” (1888), es “Hipólito Taine” (1893),

¹¹ _____. *Ensayos*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942. La introducción, titulada “Notículas”, es de Guillermo Valencia. Aparecen aquí veinticinco escritos agrupados en tres partes, la primera de ellas sin enumerar: “Dos hombres sin techo”, “Juan de Dios Uribe”*, “La clínica del Dr. Mefistófeles”, un libro de Alberto Gerchunoff”, “José Ignacio Escobar”, “El centenario de un grave humorista”, “Un libro sagazmente americano”, “Guillermo Valencia y el espíritu”, “Un enigma de la inteligencia”, “1835 –Giosué Carducci– 1935”*, “Jorge Brandes o el reinado de la inteligencia”, “Un hombre de talento y de paz” y “Un liberal a la antigua, un amante a la moderna”. En I están “Del origen del arte”, “Colombia y los poetas” y “El plagio y el concepto”. En II aparecen “Una hora de literatura”, “Visita frustrada”, “Pesadumbre de la belleza”, “La claridad

mientras que uno de los más actuales es “¿Por qué soy liberal?”. A su vez, el ensayo más largo es “Sobre el romanticismo” (1935-1939); el más corto, “Mi filosofía” (1930), de apenas una página. Como quedó anotado, completan la selección el artículo sobre Núñez, cuatro capítulos del libro *Administración Reyes, 1904-1909* y los “Testimonios sobre Sanín Cano”.

En relación con la primera tipología, el ensayo de creación literaria, hay que decir que Sanín Cano –como luego veremos– orbita alrededor del registro literario siempre que reflexiona o interpreta. El recurso a la subjetividad, a la ironía, al humor, a la analogía y a la paradoja, por ejemplo, así lo garantiza. Quizá renuncia a ello cuando se sitúa en el territorio del ensayo teórico o del ensayo periodístico, pero aun así su materia verbal discurre entre la ciencia y la literatura.

Para acercarnos al amplio *spectrum* que ocupa el discurso ensayístico en la obra de Sanín Cano, bien vale la pena ver cómo en la obra persisten básicamente cuatro tipologías ensayísticas: el ensayo interpretativo, el ensayo de crítica literaria, el ensayo breve o periodístico y el ensayo-crónica o memorias. Y, como casi siempre sucede con los maestros del género, las tipologías tienden a cruzarse, dado el carácter proteico del discurso ensayístico. A continuación citaremos los títulos y cuando entremos en el problema de la tematología abordaremos algunos de los asuntos ahí presentes.

Encontramos manifiesto el ensayo interpretativo en los textos “El impresionismo en Bogotá”, “Menéndez y Pelayo”, Ferdinand Lasalle”, “Bajo el signo de Marte”, “La

latina”*, “Versos y prosa”*, “Dos años y dos épocas”, “Tenaz como la fealdad”, “La insignificancia de lo enorme” y “Un maestro de arquitectura”.

¹² _____. *Letras colombianas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1944. Contiene una nota inicial y cuatro partes en las cuales el autor expone autores y obras en cuatro períodos literarios: “I. Literatura de la Colonia”; “II. Nacimiento de una conciencia americana”; “III. Literatura en la República”; y “IV. El Modernismo”.

¹³ _____. *El humanismo y el progreso del hombre*. Buenos Aires: Losada, 1955. Aquí B. Sanín Cano reunió sus últimos veintinueve ensayos publicados en libro. Hemos organizado los trabajos en tres grupos: [Autores] “Algunos aspectos de la vida y la obra de Goethe”, “Segundo centenario de Johann Wolfgang Goethe”, “Hipólito Taine”*, “La misoginia de Nietzsche”, “En memoria de un gran poeta de la naturaleza (Wordsworth)”*, “Mark Twim o la verdad en escorzo”, “Un enigma sentimental resuelto (John Ruskin)”*, “Don Roberto Cunninghame Graham”, “Un maestro de la paradoja (Chesterton)”*, “Un genio de la observación y la burla (Bernard Shaw)”, “Un analista y un crítico de nuestro tiempo” (André Gide), “Max Nordau y su mundo”, La literatura de Emil Ludwig”, “Los dos Bablitts”, “De los exámenes, de las especialidades, de Guillermo Valencia y de Maetzu” y “Giovanni Papini y la cultura iberoamericana”*. [Problemas] “¿Es literatura el teatro?”, “¿Qué cosa es la hispanidad?”, “Las peripecias del libro”, “Los problemas del libro moderno” y “Hacia un imperio hispanoamericano del espíritu”. [Obras] *Cristo se detuvo en Éboli* (Carlo Levi), “Tres libros: un síntoma (Connolly, Isherwood, Evelyn Waugh)”*, “*Del Caribe al Plata* (Isherwood)”* y “*Los idos de marzo* (Thornton Wilder)”.

provincia”, “Nietzsche y Brandes”, “William Henry Hudson”, “El descubrimiento de América y la higiene”, “Cadenas de estuco”, “El espíritu nuevo y las universidades”, “El siglo de las comisiones” y “El grande humor”.

En estos ensayos, como en otros, Sanín Cano interpreta personajes y hechos que ha conocido, leído o cometido, bien como testigo excepcional, bien como agente de intelección para el hallazgo de un nuevo sentido en torno a los temas que aborda. También están aquí “De lo exótico”, “Juan de Dios Uribe”, “La claridad latina”, “Giovanni Papini y la cultura iberoamericana”, “*Del Caribe al Plata* (Isherwood)”, “La race incomprise”, “El coronel Teodoro Roosevelt”, “Rubén Darío”, “Las ideas, los motes, los hechos (Sobre la palabra ‘bolchevique’)”, “Evolución social de la mujer”, “Una república fósil”, “Una interpretación de nuestro tiempo”, “El último suspiro del moro (Sobre el partido conservador)”, “La casta y los expertos” y “Sobre el romanticismo”, ensayo que hallaremos disperso en el *spectrum* archiensayístico, dado que se trata, además, de una interpretación y de una crítica literaria sobre el romanticismo, así como una crónica memoriosa en torno a los académicos Laureano García Ortiz y Carlos Calderón Reyes.

En la tipología del ensayo crítico literario caben los escritos “Nietzsche y Brandes”, “Shakespeare amenazado”, “Jorge Brandes”, “Marinetti”, la nota “A manera de excusa”, “Aldous Huxley, o la idolatría de la vida”, “Bernard Shaw, o el sentido común”, “Eugenio O’Neill, el predestinado”, “Camilo Antonio Echeverri, o un humorista frustrado”, “Guillermo Valencia, o el modernismo”, “Rafael Maya, o la pasión estética”, “¿Existe una literatura hispanoamericana?”, “La conciencia de una raza”, “Verso y prosa”, “Rafael Núñez”, “Eugenio Díaz”, “El modernismo”, “José Asunción Silva; Guillermo Valencia”, “Tomás Carrasquilla”, “Un maestro de la paradoja (Chesterton)”, “Tres libros: un síntoma (Connolly, Isherwood, Evelyn Waugh)”, “Lo trágico cotidiano”, “Rubén Darío”, “Thomas Mann, premio Nobel”, “Luis Carlos López” y “Ocaso de la crítica”.

Respecto al ensayo-crónica o memorias vale citar los testimonios de vida seleccionados del libro *De mi vida y otras vidas*: “Infancia”, “Mi carrera de maestro”, “Medellín hace sesenta años”, “Bibliotecario y superintendente”, “José Asunción Silva”, “Leopoldo Lugones” y “Un personaje de mil rostros: la prensa”—que también puede leerse como un ensayo de interpretación sobre la prensa nacional y europea de fines del siglo XIX y el primer tercio del XX—. De igual manera hay que citar los textos “Santiago Pérez Triana”, “Sobre el romanticismo” y “¿Por qué soy liberal?”.

Aunque la noción de ensayo breve o periodístico es problemática si la examinamos desde nuestro horizonte de sentido, cuando las formas y los contenidos abordados por el periodismo escrito actual (breve y *light*) difieren de las esgrimidas por

el de comienzos de siglo (aquel periodismo cultural “empírico” hecho por poetas, novelistas y ensayistas), podemos de todas maneras clasificar en esta tipología los siguientes textos: “Hipólito Taine”, “En memoria de un gran poeta de la naturaleza (Wordsworth)”, “Cordovez Moure”, “La lección del tiempo”, “Historia de Colombia”, “Lo trágico cotidiano” y “Azorín”.

En el ensayo expositivo –categoría que vemos cercana al ensayo teórico—, podemos incluir, igualmente, “El descubrimiento de América y la higiene”, “Cadenas de estuco”, “Un enigma sentimental resuelto (John Ruskin)” y “Panorama de 1928”. En la tipología del ensayo teórico cabría ubicar los ensayos filológicos de *Divagaciones filológicas...*: “Porvenir del castellano” y “De cómo se modifican las lenguas”, así como el ensayo de interpretación “Evolución social de la mujer” y “Sobre el romanticismo”. Éste, al igual que “Sandino y Nicaragua”, hace parte de otra tipología: el ensayo discurso-oración.

Finalmente, respecto al ensayo de fantasía, ingenio o divagación, Sanín Cano fue más bien parco. Lo mismo acontece con el ensayo poemático, que cultivó poco, pues lo suyo era la exposición interpretativa, con rasgos literarios, de diversas temáticas. Sin embargo, en la primera de las categorías podemos ubicar los ensayos “Contrastes”, “Nociones y vocabulario” –de carácter filológico—, “Mi filosofía” y “El coronel Teodoro Roosevelt”.

Se ha dicho, con razón, que en Sanín Cano Colombia tuvo un polígrafo cuya antena permaneció atenta al pulso de su tiempo. Eso lo vemos en los títulos de sus ensayos; denominaciones misceláneas, que huían del especialismo, escritas con carácter divulgativo unas, y otras animadas por el espíritu crítico y la aventura del pensamiento filológico y literario. Estamos de acuerdo, pues, con que Sanín Cano, al lado de Carlos Martín, José Manuel Rivas Sacconi, Hernando Téllez, Jaime Jaramillo Uribe y Otto Morales Benítez, por ejemplo, ayudó a que el ensayo –que él reconoce como rasgo distintivo de su obra— se diversificara gracias a su aparición en los suplementos literarios o en las revistas académicas (por cierto, voluminosas e “ilegibles” en tiempos de la actual medianía intelectual), de modo que aparecen no sólo aquellas tipologías sino también los ensayos sociológicos, ensayos historiográficos y ensayos-prólogos, como el de Sanín Cano para *Ensayos y comentarios*, de Max Grillo y para algunas ediciones de la revista *Pan*. Es cierto que por aquella época también hubo diletantes¹⁴

¹⁴ Cobo Borda transcribe de *El humanismo y el progreso del hombre* unas palabras que Sanín Cano le dijo en Londres a Ramiro de Maetzu al respecto: “Los españoles creen que esta clase de salidas son prueba de lealtad y de adhesión a la verdad. Me explicó que yo había tomado parte en las discusiones sobre historia, matemáticas, cuestiones lingüísticas, literatura, física, historia natural y que no era especialista en ninguna de las materias. Le contesté que, en efecto, yo no aspiraba a ser

y gacetilleros de ocasión, pero éstos terminaron eclipsados por las exigencias de la generalidad de cultos o aquellos lectores ávidos, críticos, que Sanín Cano intentaba cautivar a través del periodismo y de sus libros. De ahí que Mariátegui haya escrito que el autor colombiano “ha contribuido poderosamente a elevar el comentario y la crítica periodísticos, con visible influencia en la educación del público, y en especial del que no llega al libro”¹⁵ (*Escritos*, 764).

Pero si Sanín Cano estuvo atento a la dinámica literaria, histórica, filosófica y social de su entorno, ¿qué podemos decir de su repercusión dentro de aquel ámbito intelectual que emergió en la orilla de dos aguas distintas, el conservatismo y el liberalismo, pero en un río que tiene nombres propios: el provincianismo, la intolerancia y el moralismo a ultranza?

TEMAS Y PROBLEMAS DEL ENSAYO

Como es posible interpretar tras la lectura de los títulos de los ensayos, Sanín Cano fue un autor que integró las letras universales al repertorio de la literatura colombiana, preocupándose por acceder de manera libre pero crítica y constructiva a las transformaciones, las ideologías y el *sensorium* mundial que por entonces alimentaban la historia de la civilización occidental, pero que acaso sí llegaban a Colombia, donde con frecuencia eran rechazadas, estigmatizadas con el adjetivo “extranjerizante” o simplemente evitadas en nombre de un rancio hispanismo. De modo pues que cuando Sanín Cano sintoniza a Colombia con el mundo y con lo mejor de sí misma, entre nosotros la frecuencia empieza a cambiar o, al menos, las nuevas notas proponen cierta disonancia en medio del discurso monocorde de los intelectuales partidarios.

Los escritos citados configuran una personalidad ensayística que habla con la propiedad del ensayista, pero no con la autoridad del especialista que evalúa, sentencia, concluye. Vale preguntarse: ¿Cuáles fueron las preocupaciones temáticas de Sanín Cano? ¿Qué tópicos acosaron su pensamiento literario a lo largo de setenta años de producción intelectual durante los cuales conoció y vio morir a Silva, admiró a Hipólito Taine y a José Carlos Mariátegui, trabajó en el gobierno de Reyes y fue testigo de la caída de Rojas Pinilla?

un profesional en ninguna de estas materias, que las cultivaba superficialmente a favor de mi oficio de periodista, porque ello me proporcionaba ideas, puntos de vista variados y metáforas destinadas a aligerar el estilo y captar la atención de mis lectores. Por lo demás, no aspiraba al título de experto en ninguna rama del conocimiento” (*Escritos*, 20)

¹⁵ “Sanín Cano y la nueva generación”. Publicado el 25 de diciembre de 1927 en “Lecturas Dominicales” de *El Tiempo*

A criterio nuestro, sus ensayos plantean al menos nueve temáticas que podemos organizar en tres series complementarias que guardan filiación y que no riñen por un orden de importancia:

1. La lectura, la literatura y la crítica literaria;.....
2. La civilización occidental, el progreso y el humanismo; y
3. La nacionalidad, el hispanismo y el universalismo crítico.

LA LECTURA, LA LITERATURA Y LA CRÍTICA LITERARIA

El periplo intelectual de Sanín Cano arranca en Rionegro, Antioquia. En medio del “vendaval de las pasiones” (*Escritos*, 447) de la guerra civil, ve morir a su madre. Tiene cinco años y una “sombra de tristeza” da paso con el tiempo a una primera cuestión crítica que el adulto Sanín Cano de 1949 pone de esta manera en “Infancia”, el primer texto de *De mi vida y otras vidas*: “En mis cavilaciones de adolescente pensaba yo si la vida era en efecto un valle de lágrimas, como decían las oraciones confiadas sistemáticamente en mi memoria” (*Escritos*, 448).

La alusión a la educación clerical que entonces formó o deformó a los republicanos, se entrelaza con los ecos de una guerra que configuraría esta conciencia crítica en el espacio de un campo práctico aún más crítico. Quizá por esto es que Sanín Cano acepta hacer la carrera de maestro, bajo el gobierno de José Hilario López. Pero la desilusión es grande cuando pierde una de las doce becas para ingresar al nuevo instituto a causa del amiguismo de algunos funcionarios.

Este desencanto se acrecienta cuando en 1875 estalla de nuevo la guerra y debe suspender por un tiempo los estudios que su padre debía costear en aquel instituto fundado por el gobierno liberal¹⁶. Por fin, en 1880 obtiene el título de “maestro de escuela superior”, va luego a Titiribí, donde a pesar de las carencias de implementos y textos didácticos, goza de su trabajo docente. Después es trasladado a Medellín, pero en 1885 la guerra (la misma pero distinta) hace que clausuren el establecimiento y que Sanín Cano asuma la subdirección de un instituto privado donde aprenderá a detestar la docencia.

Este es quizá el segundo momento en la formación crítica del autor; instante que le llevará al cambio de profesión, a la lectura, al periodismo y a la literatura. Su

¹⁶ Sobre el ambiente intelectual de 1870 a 1880 dirá en 1939: “El estudio era una vocación, un noble empeño de enriquecer la inteligencia y amueblarla en forma adecuada para que recibiera con holgura y decoro el mayor número posible de ideas. La modesta y desinteresada vida de los profesores completaba aquel ambiente idílico de la enseñanza, al finalizar el tercer cuarto del siglo XX en la capital colombiana” (*Escritos*, 701).

retiro de la docencia tiene que ver con la actitud antidogmática que ya avizoraba en su espíritu, a parte de la sensibilidad remisa a cualquier simulación, según afirma en “Mi carrera de maestro”: “Me repugnaba imponer a inteligencias rebeldes el estudio como una obligación. Para mí el estudio no había sido otra cosa que una tendencia indomable de mi naturaleza” (*Escritos*, 452). En todo caso, esta voluntad crítica encuentra dos certezas que riñen con cualquier perspectiva pedagógica o educativa: que en el mundo del saber “todo es incierto y transitorio” y que “los que carecemos de esa terrible fuerza moral que es la convicción, vacilamos ante la idea de adquirir la obligación de transmitir nociones fatal y conocidamente transitorias” (*Escritos*, 453).

Según nos cuenta, al parecer por esa época empezó a ser amigo de la incertidumbre, la dubitación, la vacilación y la transitoriedad del conocimiento, todos rasgos de la condición humana de cualquier ensayista. Es así como en “Medellín hace sesenta años” recuerda que luego de emerger de la dirección de la escuela primaria “a la que me condenó el gobierno”, estudió italiano, leyó a los románticos Manzoni, Tasso y Pellico, y gracias a su presencia como lector y colaborador en el semanario *La Consigna*, de Fidel Cano, tuvo contacto con los primeros intelectuales de relevancia: Luis Eduardo Villegas, Leocadio Lotero, Manuel Ángel Uribe, Benjamín Palacio, Francisco Uribe Mejía y también a Camilo Botero Guerra, Antonio José Restrepo y Rafael Uribe Uribe, quienes pasaban por Medellín de vez en cuando, para agitar el candente cotarro político de entonces.

Medellín tenía entonces (1880-1884), según Sanín Cano, treinta y cinco o cuarenta mil habitantes, y era “como una isla en medio del territorio colombiano”. Su aislamiento del mundo era notorio, pero ello no fue óbice para que Sanín Cano dejara de conocer a quienes formaban el criterio literario e intelectual de la República: los españoles Benito Pérez Galdós, Juan Valera, Leopoldo Alas, ‘Clarín’, José María Pereda y Emilia Pardo Bazán.

En Medellín, Sanín Cano tuvo su primera experiencia de extrañamiento en relación con Rionegro y pudo mirar hacia Bogotá, a once o doce duros días de camino y de río de la provincia antioqueña. Recuerda que si Medellín estaba aislada del mundo, Rionegro lo estaba más: en la vieja y colonial ciudad donde en 1863 había sido firmada la Constitución de ángeles (a razón de Victor Hugo) leían únicamente el *Diario de Cundinamarca*¹⁷ y los libros eran tan pocos que Sanín Cano recuerda que “*María de Isaacs*, en un solo ejemplar, pasaba de casa en casa, bañado en las lágrimas del vecindario” (*Escritos*, 462).

¹⁷ Más adelante, en “Un personaje de mil rostros: La prensa”, recordará que en su casa “no me dejaban echarle la mirada encima los piadosos miembros de mi familia, porque ese periódico tenía reputación de ser poco respetuoso con los dogmas y los miembros de la religión” (*Escritos*, 479).

En Bogotá será “Bibliotecario y superintendente”. Ha llegado a la capital, en pleno centralismo regeneracionista, para vencer el provincianismo y dedicarse a la enseñanza privada de idiomas, a las traducciones y al adiestramiento de estudiantes en las faenas intelectuales. Pues bien, los tiempos no eran los mejores: “Pululaban en Bogotá los maestros cesantes, y, además, había un estado de descomposición en el orden social. Se anunciaba y había empezado una transformación política de los cimientos a la techumbre” (*Escritos*, 463), animada, huelga decir, por la sentencia de Núñez: “¡Regeneración o catástrofe!”.

Para fortuna suya y de la historia intelectual de este país, halla empleo en la biblioteca personal de Rafael María Merchán, director de *La Luz*, el “primer diario a la moderna” (*Idem*) en Bogotá. Refiere que cuando empezó a hacer el catálogo de aquella biblioteca aún más moderna y actualizada, encontró dos escritos suyos que habían aparecido con seudónimo en *La Consigna*. Posiblemente el hallazgo hizo que Merchán se animara a publicarle algunos textos en *La Luz*, antes de que el diario desapareciera. Luego Sanín Cano halló solaz en *La Nación*, periódico auspiciado por Núñez y dirigido por Antonio Zuleta. Ahí empezó a publicar artículos de crítica literaria anónimos, temiendo quizá la censura o el señalamiento. Claro, eran los tiempos de la Regeneración.

En segunda instancia, consiguió trabajo de superintendente en una empresa en la que debía estar pendiente de la contabilidad, de las cartas escritas en inglés y de la alimentación de los semovientes, ocupación que le obligó a estar informado acerca de la henificación de los pastos sabaneros y de otros menesteres relacionados con los bovinos y equinos.

El ensayista que nos entrega la crónica memoriosa recuerda que sus lecturas de adolescente estaban alentadas por la voracidad del eclecticismo: las ciencias naturales, los estudios gramaticales y las indagaciones matemáticas eran sus abrevaderos. Sin embargo, había una preferencia: Julio Verne, por aquello que luego definiría su talante ensayístico: la hibridación entre ciencia y literatura (*Escritos*, 466).

Pero, ¿qué leían los bogotanos? ¿Cuál era la ruta literaria seguida por aquellos rancios “atenienses” del páramo? Sanín Cano confiesa que su regocijo en la poesía y la novela aumentó, en momentos en que nacía “el interés por la literatura española, con cierto olvido de la francesa, que había sido hasta entonces la orientadora de los gustos y las aficiones literarias de cuatro o cinco generaciones” (*Escritos*, 467). El autor hace alusión implícita al influjo de los autores positivistas, liberales, socialistas y románticos que habían llegado en los barcos del librecambismo: Bentham, Saint-Simon, Condillac, Lamartine y Hugo, entre otros.

Ahora, por determinación del clero y del hispanismo altisonante de Núñez y de Caro, quienes dominaban el escenario modelizador de la ficción y de la crítica eran Gaspar

Núñez de Arce, Pérez Galdós, Pereda, Valera, Pardo Bazán, ‘Clarín’, Emilio Bobadilla, y quien Sanín Cano tanto habrá de criticar: Marcelino Menéndez y Pelayo¹⁸. Pero, en contraste, el autor dice que años más tarde publicó su primera nota firmada como “B. Sanín Cano”: se trataba de “Hipólito Taine”, un homenaje a su crítico literario de cabecera. El texto, además, le dio nombradía entre algunos círculos literarios capitalinos.

Tenemos, pues, a un Baldomero Sanín Cano de casi noventa años que recuerda al joven B. Sanín Cano de escasos veinticinco en 1886, situado en Bogotá, al margen de las corrientes literarias que entonces animaron el romanticismo y el costumbrismo de raigambre española. Tenemos a ese Sanín Cano entrando a la casa de Antonio José Restrepo (que había conocido en Medellín) y conociendo a quien desde entonces habría de convertirse en su único interlocutor válido: José Asunción Silva. Tenemos al venerable Sanín Cano evocando, aun con cierta desmemoria¹⁹, los conocimientos y la “voluntad de sonreír” de su amigo, a quien lo unió un imperativo intelectual: “la necesidad que él tenía de hallar una persona extraña, extraña al medio social de que

¹⁸ Marcelino Menéndez y Pelayo (o Menéndez Pelayo) fue un poeta, historiador y crítico literario español nacido en la provincia de Santander, en 1856, donde murió en 1912. A los veintidós años asumió la cátedra de Literatura en la Universidad de Madrid, y tres años después fue recibido en la Academia Española. En 1876 publicó sus Estudios críticos sobre poetas montañeses y en 1880 Heterodoxos españoles. Estudió al poeta Horacio y le dedicó su *Oda a Horacio*, representativa dentro de su trabajo lírico, así como *Horacio en España*, que publicó en 1877. Su extensa *Historia de las ideas estéticas en España*, de 1883, incluye una completa exposición de las ideas estéticas de los escritores españoles y también un minucioso tratado de las ideas estéticas en Europa. Su arraigado amor a la tradición española y su primera formación clasicista le inclinaron muy temprano a repertorios bibliográfico-críticos eruditos sobre la historia científica y religiosa de España. *Ciencia española*, de 1887, es una de las más valiosas publicaciones del autor para su país y para el catolicismo entero. El trabajo es fundamentalmente una colección de cartas y ensayos en los que se demuestra que España es una de las naciones más ricas en filosofía. En estas páginas también prueba que la Inquisición no significó un tropiezo para España, sino que sirvió de estímulo para la cultura peninsular. Entre otros libros cabe mencionar la *Antología de poetas líricos castellanos* y *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, además de la *Antología e historia de la poesía hispanoamericana*, de 1893 y de *Orígenes de la novela española*, de 1907. Menéndez y Pelayo fue presidente de la Academia Nacional de Historia, director de la Revista de Archivos y de Bibliotecas y museos, editor de la Nueva biblioteca de autores castellanos y miembro de innumerables sociedades científicas y literarias en España y en el resto de los países europeos.

Sobre su método crítico (Caso González, 1999: 433) es pertinente resaltar que “su entendimiento y consiguiente práctica de la historia literaria ni se ciñe a un método exclusivamente cronológico, ni se queda en el mero lucimiento erudito, sino que atiende asimismo al ambiente intelectual y social que conoció el literato de que se trata pero sin conceder a estos factores (tal como acostumbraba hacer el positivismo) una importancia capital”. Su principio crítico reza: “El crítico ha de tener, si no facultades artísticas, por lo menos análogas a las artísticas; debe penetrar en la génesis de la obra y ponerse, hasta cierto punto, en la situación del autor analizado”.

¹⁹ Un examen juicioso de esta evocación es el de Enrique Santos Molano, quien en el capítulo “La amistad intelectual. 1886” de El corazón del poeta confirma que en casa de los esposos Restrepo

formaba parte, para hablarle de sus anhelos, de su experiencia de la vida, de viajes, de sus lecturas” (*Escritos*, 470)²⁰.

Esto afirma Sanín Cano en “José Asunción Silva”. Dice, además, que a través del poeta conoció la prosa de Gustave Flaubert y desembocó en Federico Nietzsche, a quien Silva le presentó analizado por Teodor de Wyzewa en la *Revue Blue*. Desde entonces, Sanín Cano se propuso conseguir las obras del “inmisericorde”. Finalmente, los libros llegaron de Alemania. En el ínterin, los dos contertulios se reunían para comentar lecturas y “asesinar esperanzas” (*Escritos*, 472) junto a Nietzsche, en medio de la fría capital colombiana donde Silva había aprendido alemán gracias a Sanín Cano, y éste había conocido el mundo de la mano del autor de *De sobremesa* (Santos Molano, 499).

Por esa época, Sanín Cano, como Silva, había asumido su insularidad. Sin embargo, dialogaba con amigos cercanos al mundo de la prensa, especialmente con Jerónimo Argáez, quien dirigía *El Telegrama*, entre otras cosas el único periódico de la época que publicaba noticias llegadas a través del servicio del cable. En estas páginas, Sanín Cano encontró el primer testimonio periodístico bogotano con serio interés universal. Luego dice que fue allí donde “a principios de 1893, por gentileza de su director, comenté... la muerte de Hipólito Taine” (*Escritos*, 480). Pero aquí, como en otras oportunidades, la memoria del ensayista falla, pues en verdad el texto mencionado apareció en *El Relator*, periódico dirigido por Santiago Pérez Triana²¹.

La muerte de Hipólito Taine²² ocurrió en Francia el 5 de abril de 1893. Una semana más tarde, Sanín Cano confesaba sentida admiración por el crítico francés, en quien

Gómina estaban aquel 30 de marzo el joven Sanín Cano, la señora Vicenta Gómez de Silva y sus hijos Elvira y José Asunción. “Llegado a Bogotá seis meses atrás, Sanín Cano colaboraba en La Nación con artículos anónimos de su pluma, o con traducciones del alemán” (Santos Molano, 498). En páginas subsiguientes el biógrafo lamenta, entre otras cosas, la desmemoria de Sanín Cano y el hecho de que éste haya sido solamente un “espectador” de su tiempo.

²⁰ “Me buscaba por esto: necesitaba un amigo que hiciera las veces de público, un amigo a quien hacer partícipe de sus emociones, de sus ideas, de sus aspiraciones y fracasos, un amigo exento de emulación, por no ser poeta ni escritor público” (*Escritos*, 473).

²¹ Así reza el epígrafe a “Hipólito Taine”, en *El humanismo y el progreso del hombre*: En *El Relator*, del 14, dirigido entonces por don Santiago Pérez, el expresidente de la República, apareció un estudio crítico de alguna extensión sobre la vida y la obra del óbito, escrito, según se nos dice, en su oficina de servicio de tránsito urbano después de que el autor hubo dado fin a las faenas del día. Se publica como una muestra de lo poco que ha cambiado el escritor en su forma de expresión en los 60 corridos desde entonces” (*Escritos*, 489).

²² Hippolyte-Adolphe Taine (Vouziers, Francia, 1828-París, 1893) fue un filósofo, crítico e historiador. Sus biógrafos dicen que tras estudiar en París, fue profesor de filosofía en Nevers (1851-1852) y en Poitiers (1852), de donde fue enviado a Besançon como represalia de la autoridad imperial que, tras el golpe de Estado de Napoleón III (1851), tenía bajo control a los intelectuales franceses; poco después abandonó la enseñanza. Se doctoró en 1853 con la tesis *Ensayo sobre las fábulas de La*

había convergido pensamiento y arte, para dar origen a una gran “capacidad analítica” y a un “talento generalizador”. El gran crítico positivista había deslumbrado a Sanín Cano porque había encontrado en aquel una mentalidad estética y literaria de primer orden; pensamiento alabado en Europa y en América. Es significativa la apología a Taine, sobre todo porque en Bogotá, gracias a la Regeneración, los tiempos para el cultivo de la crítica y del intelecto eran sombríos. Así lo expresa el autor, comentando por qué fracasó la idea que compartía por aquellos días con Santiago Pérez Triana de fundar una “revista moderna” en la “Atenas suramericana”: “Eran tiempos oscuros para el pensamiento, y aunque en el oscuro se puede pensar, resulta que entonces se dijo en las alturas del gobierno que las autoridades ‘no sólo observaban lo que pasaba en la superficie sino que ‘veían’ lo que se meditaba en la sombra” (*Escritos*, 777).

Este talante crítico nació, justamente, de su vena liberal, que en él palpitaba como herencia recibida en la adolescencia y en la juventud. Así escribió en el ensayo-memoria “¿Por qué soy liberal?”, que apareció en las “Lecturas dominicales” de *El Tiempo*, en julio de 1951, cuando cumplió noventa años. Ahí expresa que su nacimiento ocurrió en medio del fragor de las “batallas triunfales” que a la postre condujeron al país a la angélica Constitución de Rionegro, en 1863. Que liberales habían sido sus abuelos paternos, Mariano Sanín —quien luchó en la guerra de 1851— y Miguel Cano —muerto en la guerra de 1840—, y su padre, don Baldomero Sanín Vera, y liberales aquellos personajes que luego conocería y apreciaría: Santiago Pérez Triana, Francisco Javier Zaldúa, Lorenzo María Lleras, Salvador Camacho Roldán y Juan Esteban Zamarrá. Si a esto añadimos el hecho de que fuese formado en la escuela normal por profesores liberales, podemos decir que su mentalidad estaba predestinada para beber desde muy

Fontaine. En 1855 publicó *Viaje a los Pirineos*, libro en el que reflexiona por primera vez sobre la influencia del medio y de la historia en el desarrollo de los individuos y la sociedad, tema que desarrolló en su tesis sobre “la raza, el medio, el momento” en su obra capital, *De la inteligencia* (1870), y que constituiría la base del determinismo, adoptado con entusiasmo por Zola y el naturalismo. Sus intereses filosóficos de este período cristalizan en su estudio *Filósofos franceses del siglo XIX* (1857). En 1858 viajó por el Reino Unido, Alemania y los Países Bajos. En tierras británicas descubrió el liberalismo, lo que le llevó a interesarse más en general por la cultura y el pensamiento británico. Sin embargo, sus intereses cambiaron a raíz de un revelador viaje a Italia: escribió diversos ensayos sobre arte y filosofía del arte, centrándose en Italia, los Países Bajos y Grecia (reunidos todos en *Filosofía del arte*, 1882), e impartió un curso en la escuela de Bellas Artes sobre su libro *De l'ideal dans l'art*. Nunca abandonó su labor de crítico e historiador y, tras haber publicado otros *Nuevos ensayos de crítica y de historia* (1865) y las *Notas sobre Inglaterra* (1872), en 1875 apareció el primer volumen de su principal obra de historia: *Los orígenes de la Francia contemporánea* (1875-1893).

temprano aguas combativas y beligerantes, radicales si se quiere, pero que en todo caso acercaría al futuro ensayista y crítico al examen de las verdades naturales, al reconocimiento de los derechos del pueblo para darse su propio gobierno, y a los conceptos de libertad, justicia e igualdad, así como a los avances que los positivistas Augusto Comte y Littré habían logrado en relación con la filosofía y la ciencia.

En un país que vivía a espaldas del influjo de las nuevas corrientes del pensamiento y del arte, Sanín Cano encontró una vía personal para emerger de las sombras: el autodidactismo. ¿A quiénes pretendía emular y seguir? Vimos que pide libros de Europa y lee en la lengua de origen; dijimos que profesó admiración por Taine y por algunos positivistas que más tarde superó; pero no hemos dicho que encontró en Ferdinand Lassalle²³, por ejemplo, uno de los maestros que estimuló en él su travesía solitaria por el conocimiento. Así cierra el ensayo crítico literario en homenaje al maestro francés publicado en *La civilización manual...*: “Si algo ha enseñado el siglo XIX a la generación de testarudos del siglo XX, es que, así en lo moral como en la esfera científica, como en las gentiles disciplinas, ha sido el autodidacta el baquiano de los nuevos derroteros” (*Escritos*, 123).

En otra ocasión dirá, a propósito de las universidades como “museos de la antigüedad” y “fósiles de un estado de espíritu inhallable” que deben renovarse si no quieren morir, que “el siglo XIX fue la era de los autodidactas” (*Escritos*, 183), y toma entre los

²³ Ferdinand Lassalle (Breslau, actual Polonia, 1825-Ginebra, Suiza, 1864) fue un político y pensador alemán nacido en el seno de una familia de comerciantes judíos. Cursó estudios en Breslau y Berlín, y tras una breve estancia en París, que le permitió conocer el movimiento socialista francés, se afilió en 1845 a la Liga de los Justos. En su biografía se afirma que durante su participación en la revolución alemana de 1848, por la que fue encarcelado, entabló amistad con Karl Marx. Ese mismo año, convertido en uno de los máximos exponentes del socialismo alemán, fundó la Asociación General de Trabajadores Alemanes, el primer movimiento socialista con cierta trascendencia del país. Disfrutó de una alta consideración entre los trabajadores, pero su ideario, aunque influido por Marx, desarrolló posturas opuestas al marxismo sobre la estrategia revolucionaria y no realizó grandes aportaciones teóricas al pensamiento socialista. Lassalle, que no llegó a comprender los principios del materialismo histórico, defendió la unificación alemana y a Bismarck como su necesario artífice, lo cual lo situó al lado del Estado y frente a la burguesía. Esta toma de posición, que expuso en *La guerra italiana y la misión de Prusia* (1859), en donde también se mostraba contrario a la guerra franco-prusiana, lo enfrentó directamente a Marx, que apoyaba a la burguesía contra el Estado prusiano. También discrepó de Marx en su idea del sufragio universal como un instrumento de democratización del Estado. Lassalle esperaba que Bismarck considerase a los obreros como pilares en la formación del Estado prusiano y, en consecuencia, que se impusiera el socialismo. La idea del sufragio universal directo ejerció una innegable atracción entre los trabajadores alemanes, que se movilizaron a través de su asociación por creer que con el voto podrían controlar el Estado de acuerdo con sus intereses de clase. Otras obras suyas son *Heráclito el oscuro* (1857) y *Sistema de derechos adquiridos* (1861).

paradigmas a Hebert Spencer, al mismo Nietzsche (que dejó la universidad cuando se descubrió a sí mismo), y a Thomas Mann, quien a despecho de su preparado hermano Enrique, obtuvo el Premio Nobel en 1929, anunciando que empezaba a “desbaratarse la leyenda de la preparación, de la enseñanza secundaria, de los títulos universitarios y de la pericia” (*Escritos*, 689).

Ahora bien: su crítica a la universidad como institución para la transmisión y la conservación del saber carece de absolutismo. Exalta la universidad en tanto que politécnica y libre, en la que el profesor dictaría gratis sus conferencias y tendría un contacto ocasional con el discípulo con el fin de favorecer en éste la originalidad. Así escribía alguien en quien la primacía la tenían la crítica y la investigación, por encima de las doctrinas amañadas y el asentimiento generalizado. Este autodidactismo crítico revelaría en Sanín Cano un espíritu proclive al disenso. Pero antes conviene preguntarse: ¿quiénes fundaron la voluntad crítica literaria en Sanín Cano?

Volvamos al siglo XX. En 1909, Sanín Cano y Santiago Pérez Triana se encuentran en Londres. Para esa época, el director de la revista *Hispania* ha puesto a Sanín Cano al tanto de buena parte de la narrativa europea y, sobre todo, de la obra de dos escritores claves por su influjo en España e Hispanoamérica: James Fitzmaurice-Kelly²⁴ y Robert Cunninghame Graham²⁵. A través de los envíos de su amigo, Sanín Cano leía los libros del crítico y del novelista, y ampliaba así su horizonte de sentido y el de muchos de los lectores que encontraban sus comentarios literarios en los periódicos, las revistas y los libros. Así, a la manera de Taine, decía de Lassalle, a propósito de la *Filosofía de Heráclito el Oscuro*, de 1858:

²⁴ James Fitzmaurice-Kelly (Glasgow, 1857-Sydenham, 1923) es conocido como un crítico e historiador de la literatura. Se desempeñó como catedrático en Oxford y en Cambridge y como profesor en el King's College de Londres. Escribió importantes estudios hispanistas y ensayos sobre la lengua y la literatura españolas consignados, sobre todo, en *Vida de Cervantes*, de 1892, e *Historia de la literatura española*, de 1898.

²⁵ El escritor británico Robert Bontine Cunninghame Graham nació en Londres en 1852 y murió en Buenos Aires en 1936. Fue miembro socialista del Parlamento por Lanarkshire y viajero incansable. Pasó la primera parte de su vida en Sudamérica, México y Estados Unidos. Sus libros más conocidos, especialmente *A Vanished Arcadia* (1901) y *The Conquest of the River Plate* (1924), tratan de Sudamérica. Escribió varias biografías, relatos cortos y un libro de viaje sobre Marruecos, *Mogreb-el-Aksa* (1898). Aunque aristócrata potentado, bien puede llamársele fundador del Partido Laborista británico en unión de Keir Hardie, John Burns y William Morris. Hacia el final de su vida fue jefe del Partido Nacionalista de Escocia.

Los argentinos reconocen en “Don Roberto Cunninghame Graham” al “gaucho escocés que tanto amó y conoció a nuestras pampas”, pues escribió *Los Caballos de la Conquista*, donde habla de las extenuantes jornadas de Hernán Cortés, siguiéndolo a través de la fiel mirada de su cronista y asistente Bernal Díaz del Castillo. Sigue a Hernando de Soto (“uno de los más simpáticos conquistadores”), en su viaje al Perú tras las huellas de Pizarro, y luego en su llegada a Cuba y en el desembarco en la Península de la Florida.

Parece contradictorio afirmar, en presencia de la vida inquieta y desbordante de Lassalle, que fueran sus musas la soledad y la belleza natural. Es preciso llegar al fondo de su naturaleza. Lassalle buscó fuera de sí mismo una agitación violenta para templar el efecto que debían obrar sobre su naturaleza las inclinaciones a la soledad. Se negó a seguir la carrera del comercio, cuyas actividades ponen al hombre en contacto individual inmediato con sus semejantes, a causa del cual suele quedar en las manos o en el rostro la huella impura de los géneros que cambian de dueño (*Escritos*, 114-115).

O en “Bajo el signo de Marte”, sobre el anacronismo de *Iliada*, de Homero, y la vigencia literaria de *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievsky: “Creo que para la mente humana esta obra tiene una significación más honda que aquella y será en los siglos por venir de aplicación más adecuada a las necesidades de la vida síquica” (*Escritos*, 121).

Todo esto lo escribe en Londres, de 1909 a 1923, es decir, a lo largo de su forzosa temporada en Europa. Ha conocido en Bogotá la obra de Taine, con el cual la teoría estética y crítica literaria del período positivista del pensamiento occidental llega a su punto cimero (Aguar e Silva, 1972: 349), y en el cual descubrirá, seguramente tras la lectura de la “Introducción” a *Historia de la literatura inglesa*, de 1863, que

una obra literaria no es un simple juego de la imaginación, el capricho aislado de una mente acalorada, sino que es una copia de las costumbres circundantes y un signo de cierto estado de espíritu. Se ha llegado a la conclusión de que, a través de los monumentos literarios, se podría descubrir la forma en que los hombres sintieron y pensaron hace varios siglos (Taine, 1963: 23).

También descubre que el esteta francés —quien rivalizó con Charles-Augustin Sainte-Beuve (1804-1868)²⁶ en la configuración de la crítica literaria moderna, en su vertiente romántica y biográfica— habla de cómo la crítica literaria debe asumir un análisis psicológico riguroso y sistemático que le permita descubrir la *facultad-maestra* del escritor, es decir, el “estado moral elemental” que fundamenta su creación artística. Para ello, leerá de Taine, la crítica debe igualmente insistir en el dominio sociológico. Sólo de esta manera podrá acceder a dicho “estado moral elemental”, causado por tres

²⁶ En el ensayo *Chateaubriand jugé par un ami intime*, de 1862, Sainte-Beuve expone parte de su método crítico basado en los múltiples aspectos de la biografía del autor estudiado. Así lo interpreta Aguar e Silva: “A través de la obra literaria, el crítico debe procurar llegar al hombre, esforzándose por plasmar su retrato psicológico y moral, por definir su constante íntima y profunda” (Aguar e Silva, 346).

fuentes básicas en la formación de la religión, de la filosofía, del arte y de la organización política de cualquier colectividad: la raza, el medio y el momento (Taine; Aguiar e Silva, 349-350).

Para Taine es claro que la crítica literaria no sólo es una elaboración biográfica y psicológica, sino también sociológica. Cuando el crítico apela a la raza, al medio y al momento para definir la especificidad de la obra de arte, elabora una visión determinista y positiva de la creación literaria. Esto lo entendió Sanín Cano, quien aceptó con Taine que la raza es la fuerza interior o el conjunto de las disposiciones innatas y hereditarias” de donde se derivan los acontecimientos históricos; que el medio geofísico, climático o socio-político es el espacio o la fuerza externa donde la raza actúa; y que el momento “representa la velocidad adquirida, la interacción de las fuerzas del pasado y del presente, las relaciones que se instauran entre el elemento precursor y el elemento sucesor en cualquier proceso histórico” (Aguiar e Silva, 350). En este sentido, cada época tiene en el genio de la raza, ubicado en determinadas circunstancias ambientales e históricas, el surgimiento de una nueva ruta o ideal estético.

El método histórico-positivista de Taine y de otros, entre ellos Ernest Renan y Ferdinand Brunetière (1849-1906), dominó, junto con el instrumental filológico, el panorama de los estudios crítico-literarios en las universidades europeas del siglo XIX (Viñas Piquer, 2002:331). Dicho proyecto modelizador nació en unas condiciones claras: el auge del racionalismo y del cientifismo, y el desarrollo de las ciencias naturales y biológicas, que en literatura darían pie a la aparición del realismo y del naturalismo de Zola, así como a la teoría histórico-genética de Brunetière.

Pero entonces vendrá la contraparte: la crítica impresionista, cultivada por Jules Lemaitre (1853-1914), Anatole France y Leopoldo Alas, ‘Clarín’. A las pretensiones objetivas, racionales e intelectualizantes del positivismo y del historicismo, ésta crítica opone la subjetividad y en el impresionismo estético para explicar la belleza de las obras de forma personal e intuitiva (Viñas Piquer, 345). De esta manera, el crítico debe, primero, dar cuenta “*en cada momento concreto de su vida*” (*Ibidem*) de las impresiones que las obras le causaban, sin aspirar que su opinión fuese convertida en dogma; y, segundo, acercarse a la obra desde la sensibilidad artística e intuitiva del crítico: “Esta intuición es una especie de fusión entre lo que la obra aporta y lo que aporta el contemplador”, con lo cual tenemos que el crítico impresionista es también un crítico-creador o “escritores que se pronuncian sobre las obras de sus colegas”: “De algún modo subyace la idea de que sólo los genios pueden juzgar a los genios y de que, por tanto, el crítico tiene que ser también un artista” pleno en talento y sensibilidad.

Por otro lado, en España Clarín creó la crítica *sugestiva*, destinada al ingreso subjetivo en la obra literaria para luego sugerir ideas, emociones y estimular la lectura de la misma. Viñas Piquer, basado en el “Prólogo” a *Mezclilla*, de Clarín, hecho por Vilanova, recoge parte del método crítico del español:

Sí: hay un modo de crítica (podría decirse un modo de arte) que el *espectador* sensible e inteligente puede ejercer, y consiste en una especie de producción refleja; el espectador es aquí como una placa sonora, como un eco; así como los rayos del sol arrancaban vibraciones que parecían quejidos a la estatua famosa de Egipto, así en el crítico de lo bello arranca una manera de comentario, de crítica expansiva, benévola (en la acepción más noble de la palabra), optimista, que hace ver más que ve el espectador frío y pasivo, y expresar bien, con elocuencia, lo que se admira y siente” (Viñas Piquer, 349).

Para Clarín, pues, la crítica sugestiva interpreta y orienta. Entre sus requisitos se cuenta el hecho de que el crítico debe “estar abierto a todo, saber ponerse en el lugar del autor cuando es necesario, lo que implica una objetivación de la propia subjetividad, identificarse con la mentalidad de otro, de alguien ajeno, y transportarse al alma del artista” (Viñas Piquer, 350).

Sanín Cano fue testigo distante de este contrapunto entre el historicismo positivista y el impresionismo subjetivo-sugestivo en la crítica literaria europea del siglo XIX. En el ensayo “Nietzsche y Brandes” de *La civilización manual...*, fechado en Londres, 1913, habla, sin embargo, de otra orientación crítica. La nota tiene que ver con las cartas que el crítico danés George (Jorge) Brandes²⁷ cruzó con Nietzsche hasta antes de 1887, en la antesala de la locura del “inmisericorde”, como bien lo llama Sanín Cano. Brandes

²⁷ George Morris Brandes (1842-1927) fue un crítico literario danés nacido en Copenhague. Desde 1865 hasta 1871 vivió en Francia y Alemania y produjo importantes obras de crítica bajo influencia de Hegel, Ernest Renan, Hippolyte Taine y John Stuart Mill. En 1871 se inició en la docencia en la Universidad de Copenhague. Los radicales puntos de vista manifestados en sus lecciones (1872-75), publicadas con el título de *Hovedstrømninger i det 19de Aarhundredes Literatur (Las principales corrientes literarias del siglo XIX)*, en 1886), le hicieron perder la oportunidad de una cátedra y ganar la entusiasta adhesión de los vanguardistas daneses. Su método crítico, que lleva hasta sus últimas consecuencias los principios deterministas de Taine, refleja la preeminencia del racionalismo, el naturalismo y el evolucionismo del pensamiento de las postrimerías del siglo XIX. En 1877 abandonó Copenhague y, aunque volviera a ser profesor de su Universidad en 1902, continuó viajando intensamente durante el resto de su vida. Escribió también *Danske Digtere (Poetas daneses)*, en 1877), *Menesker og Vaerker i nyere europæiske Literatur (Hombres y obras en la reciente literatura europea)*, de 1883) y estudios críticos sobre Dostoievski, Shakespeare, Goethe, entre otros.

le interesa al ensayista porque fue uno de los interlocutores más cercanos al autor de *El Anticristo*, y porque además es conocido por el *Ensayo sobre el Aristocratismo Radical* (1888)²⁸, uno de los estudios más valiosos acerca de Nietzsche.

Sanín Cano detecta que en la relación epistolar de estos pensadores puede encontrarse un documento excepcional sobre la vida espiritual de Europa posterior a 1875. En esto radica la importancia de Brandes: “Era el minuto preciso en que empezaban a soplar sobre Europa los vientos del espíritu en una nueva dirección. A Brandes le cupo en suerte determinar el curso de esa corriente y señalarlo a la consideración de sus contemporáneos” (*Escritos*, 139).

El ensayista lamenta que Europa no estaba preparada para la recepción intelectual del “nuevo evangelio” que integraba la obra de Nietzsche. El campo intelectual, parece decir Sanín Cano, se hallaba seducido por Renán²⁹, Zolá, Darwim, Spencer, Schopenhauer y Leopardi: “Todas esas doctrinas del dolor universal (...) corrían por el mundo en trataditos manuales y de estilo fácil, contribuyendo a crear una empalagosa depresión moral de que ha podido morir la especie humana” (*Escritos*, 140). La aparición de Nietzsche en este escenario trae consigo la exaltación de la vida y la reivindicación de los “derechos del error” contra las convenciones filosóficas existentes.

Pero su apología va más allá. Destaca en Nietzsche la capacidad, inédita hasta entonces, de transvalorar los conceptos morales de Occidente, resaltando la decadencia de las ideas de renunciación y de compasión en un sistema filosófico independiente, todo un “espectáculo edificante”, pues Nietzsche sacrificó hasta su vida, ofrecida toda “en holocausto de su obra” (*Escritos*, 141). Obra que para el ensayista revitaliza la lengua alemana y le otorga cualidad estética desde el aforismo.

En fin, lo que él admira en Nietzsche es la batalla del sabio en relación con el mundo, bien contra la “obtusidad córnea” de la prensa, bien contra los colegas y el “pecado original de libros y editores”. En él, como para muchos entonces –aunque poquísimos en Colombia—, Nietzsche hizo decir: “Hay pocas siluetas intelectuales que se alcen tan puras como esta en el escenario equívoco del siglo XIX”. Recordemos que en Inglaterra Nietzsche apenas era traducido y en Colombia los intelectuales sabían y querían saber poco sobre el peregrino insomne de *El viajero y su sombra*.

²⁸ Se trata del libro de Jorge Brandes, *Renán y Nietzsche*. Madrid: América [sin fecha]. La parte que corresponde al filósofo alemán es “Federico Nietzsche: un estudio sobre el radicalismo aristocrático”.

²⁹ “Renán había formado escuela, y su filosofía empezaba a disgregarse bajo el hálito de su propia sonrisa. Renanizaban a su manera los literatos franceses de la época, haciendo la mueca del escepticismo en las revistas con Julio Lemaitre y en las alcobas con Bourget. Zola arrastraba con el ímpetu de su prosa y la crudeza de su visión un séquito de burgueses fascinados con la ocurrencia de haber encontrado un fustigador de tamañas dotes” (*Escritos*, 140).

Hallamos ahora a Sanín Cano entre Brandes y Nietzsche. Sobre el primero también será enfático en decir más tarde que es “menos conocido en América de lo que debiera ser” (*Escritos*, 193). Por esa época ha salido el quinto volumen de *Principales corrientes de la literatura en el siglo XIX*³⁰ y Sanín Cano ha leído a Brandes como crítico y como ensayista. De él abstrae un precepto sobre la función de la crítica: “La crítica es, sin duda, una función necesaria para el progreso y desarrollo de las letras y las artes, puede ella misma ser un arte... pero en lo general no es una función de carácter atractivo, ni una disciplina que arrastre consigo generales simpatías” (*Ibidem*).

Afirma que en Brandes es posible hallar no sólo a un crítico de enorme estatura, sino también a uno de los símbolos de la vida intelectual del siglo XX. Por su carácter, Brandes representa el gran anhelo de la humanidad de sobreponerse sobre los intereses equívocos que intentan separar a los pueblos, antes de acercarlos desde sus semejanzas y desemejanzas. Esa es la naturaleza del *crítico internacional* [el subrayado es nuestro], concepto que Sanín Cano mantendrá a lo largo de su vida:

(Brandes es) internacional en el sentido generoso de la palabra, porque presume que hay ciertas nociones generales de justicia, de humanidad, de cortesía, comunes a todos los pueblos cultos, y ha puesto todo su vigor intelectual en acercar los unos a los otros, señalando las semejanzas que los unen para hacer más fácil y plausible su cultivo, y haciendo notar las desemejanzas, no con el ánimo de que desaparezcan, lo cual empobrecería al espíritu humano, sino con el propósito de hacerlas mutuamente comprensibles y amables para los pueblos entre los cuales subsisten (*Escritos*, 194).

Este ensayo de interpretación y de crítica literaria es fundamental para entender el pensamiento literario de Sanín Cano, sobre todo porque en estas páginas el autor llega a superar la visión positivista de Taine para proponer, con Brandes, un acercamiento comparativo a las literaturas locales desde la visión del *crítico internacional*. Aquí afirma que a pesar de que los estudios de Taine poseen una belleza estilística innegable, sus planteamientos chocan con la idea universalizante de Brandes respecto al estudio de la literatura. Entendamos con Sanín Cano:

Es acaso Jorge Brandes el único espíritu de sus proporciones que merece nombre de crítico internacional. Antes de él Hipólito Taine había hecho el ensayo de expansión espiritual, consignándolo en sus bellos estudios que llevan el nombre de

³⁰ En realidad, *Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX*, publicado en Copenhague, en 1898 y luego en 1924.

Historia de la literatura inglesa; pero este libro, como las *Notas sobre Inglaterra*, eran más bien un testimonio de admiración, un irresistible anhelo de mostrarle a Europa las preeminencias de un pueblo que gozaba de las simpatías del autor. Por otra parte, el pueblo inglés y su literatura le ofrecían a Taine un magnífico estadio para demostrar lujosamente el valor de sus teorías deterministas sobre el medio, la herencia y el momento (*Escritos*, 195).

Sanín Cano sitúa a Brandes en su contexto. Encuentra que entre 1870 y 1880, dominaba en Dinamarca el partido conservador teocrático e intolerante, y la literatura, entre otras cosas, estaba bajo el yugo religioso. En un contexto tan cerrado, la obra de Brandes proyecta apertura, pues su análisis de Rousseau, Sand, Heine, Börne y José de Maistre corre por múltiples vías: la literatura, la historia y la filosofía. Esto hace que Sanín Cano afirme que *Historia de las corrientes literarias en el siglo XIX* “parece obra escrita para demostrar que la historia del mundo es la historia de sus pensadores, poetas, novelistas y críticos” (*Escritos*, 200).

Pero sin duda la lección que aprehende Sanín Cano de su crítico internacional es el método crítico del que luego hará gala frente a la literatura colombiana, hispanoamericana y universal. Se trata de considerar la obra literaria en sus relaciones con la Historia o el contexto situacional del autor. La crítica, en este sentido, tendría la función de comprender y apreciar la obra para “hallar las concordancias o diferencias entre el autor y su obra, y entre los dos y su tiempo” (*Escritos*, 204). Se trata, también, de descubrir en ella el “símbolo de una época” o “comprender, comprenderlo todo, iluminar períodos literarios, darle a cada obra su posición en la historia de las ideas y de las formas artísticas, todo ello en un estilo de absoluta claridad y, hasta donde sea posible, digno, proporcionado, capaz de reflejar la vida” (*Ibidem*).

Sanín Cano entendía en 1926, cuando había publicado estos ensayos en *La civilización manual...* y en *Indagaciones e imágenes*, que su tarea respecto a la literatura colombiana e hispanoamericana era la de convertirse, como Brandes, en *crítico internacional*. El primero entre nosotros, si repasamos la lista de sus antecesores: José María Samper (1828-1888), José María Vergara y Vergara (1831-1872), Salvador Camacho Roldán (1827-1900), Juan de Dios Uribe (1859-1900), Rafael Núñez (1825-1894) y Miguel Antonio Caro (1843-1909), aferrados a una tradición romántica, religiosa, política y doctrinaria (Jiménez Panesso, 1992). Aun así, aquellos fueron los actores inaugurales de la crítica literaria en Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando en el país —como en gran parte de Hispanoamérica— surge un incremento significativo del alfabetismo, de la educación universitaria y del público lector, que demanda aún más literatura pero también interpretaciones acerca de las condiciones históricas, sociales

y políticas del momento. El vocero de ello será el intelectual; sus lugares de acción, los periódicos y las revistas literarias.

En ese momento, la crítica permanece en yunta con lo político. Dice Jiménez Panesso:

El deslinde entre el campo de la política y el de la crítica literaria fue difícil. La primera impuso sobre la segunda no sólo ciertos fines a menudo impertinentes sino también ciertas peculiaridades estilísticas, derivadas unas veces de las exigencias del panfleto, la propaganda, la polémica, otras de la elocuencia retórica orientada a la agitación partidista” (Jiménez Panesso, 11).

Como sucedió con los intelectuales durante la Hegemonía conservadora y la República liberal, los críticos literarios eran militantes de un proyecto de verdad. Dividirlos “en conservadores y liberales era lo mismo que dividirlos en católicos o librepensadores”, dice Jiménez Panesso. El juicio es claro, sobre todo en el caso colombiano, donde primaron el nacionalismo patriota, el catolicismo, la tradición hispánica (véase el influjo de Menéndez y Pelayo en Caro) y clásica, y el “gramaticalismo”, por encima de la valoración artística de la obra literaria. Esto hizo de la crítica literaria un campo subsidiario, es decir, dependiente del campo del poder, en el que actuaba la alianza gobierno-clero para definir el camino educativo y moral de la nación.

Sanín Cano es, al lado de Darío, Martí, Rodó y Silva, quien vendrá a proponer la autonomía de la crítica en Hispanoamérica y en Colombia. Dicha autonomía, en el caso de Silva, por ejemplo, consistía en el antidogmatismo y la flexibilidad cognoscitiva: “Curiosidad sin límites, escepticismo, relativización de todos los valores, absolutización de la experiencia como fuente de la única verdad posible: lo subjetivo” (Jiménez Panesso, 17), como puede leerse en el registro ensayístico de la novela *De sobremesa*. No obstante, Silva y Juan de Dios Uribe, así como José María Samper en *Historia de un alma* y en *Miscelánea*, sucumbieron ante el fervor positivista que luego sería revisado por los críticos modernistas desde otra perspectiva.

El *crítico internacional* en el que se había convertido Sanín Cano en Londres escribe en “A manera de excusa”, en 1932: “Un censor de obras colombianas muy conocido en la prensa de Bogotá llegó a decir que no podía considerármese crítico colombiano porque me ocupaba tan sólo en el estudio de autores y libros extranjeros: cómoda y a un tiempo peligrosa manera de cambiar la nacionalidad” (*Escritos*, 215). El “censor” tiene nombre: Luis María Mora, “portavoz de una gran parte de la opinión nacional” (Maya, 24) y quien escribió acerca de Sanín Cano como lector crítico “europeo”:

Un corolario de esta disposición de Sanín Cano con respecto a la verdad, es cierto morboso afán de leer sin descanso libros nuevos, pero no de toda clase de libros, sino de los que contengan más extravagantes paradojas... No ama la literatura sencilla, clara, transparente, de los pueblos que se bañan en las ondas azules del Mediterráneo, sino que se embebe en las lucubraciones oscuras de los pensadores del Norte, y en las figuras abstractas de los dramas escandinavos... Los escritos de Sanín Cano gozan de un privilegio singular y es que nadie los discute, o porque nos parecen muy abstractos los autores que comenta, o porque nadie los conoce ni los conocerá jamás (*Ibidem*).

El atrevido juicio de Mora representa, por extensión, el panorama de la crítica literaria en Colombia a lo largo de cincuenta años de régimen conservador, cercano al radicalismo de Menéndez y Pelayo, quien a propósito de las literaturas del Norte dijera: “Lejos de mí las nieblas hiperbóreas”. Literatura “sencilla”, “transparente”, “mediterránea” quiere decir, en aquel caso, poesía, narrativa y crítica hegemónicas, ortodoxas e hispanizantes, conceptos de los cuales Sanín Cano huyó rápidamente. Lo suyo, como *crítico internacional*, era la heterodoxia generada a través de una visión cosmopolita del mundo, alimentada por las inconsecuencias del país y por el fracasado viaje diplomático a Londres:

El cosmopolitismo de Sanín Cano nace de la necesidad serena de huir ante el futuro que le esperaba en Colombia. Se había negado a continuar como maestro luego de observar los ataques a las escuelas laicas durante el gobierno conservador y clerical de Rafael Núñez y había evadido el destino político que le tenía preparado su protector, el general Reyes. La diplomacia fue el mejor puente para observar el mundo desde las cosmópolis” (Sánchez Lozano, 10).

Sanín Cano sería, pues, uno de los primeros críticos del Modernismo, en el mejor sentido hispanoamericano, cosmopolita y universal del término³¹. De ello dan cuenta sus ensayos crítico literarios “Marinetti”, “Aldous Huxley, o la idolatría de la vida”, “Bernard Shaw, o el sentido común”, “Eugenio O’Neill, El predestinado”, “Ibsen o el

³¹ Gracias a sus notas críticas publicadas en la *Revista nueva*, de España, hacia 1900, Sanín Cano había iniciado el diálogo entre la Península Ibérica e Hispanoamérica desde el Modernismo, cuyos precursores y alentadores fueron Enrique Gómez Carrillo, Martí, Darío, Lugones, Nervo y Reyes. Ellos dialogaron en esta y en otras revistas (*Vida nueva* y *La vida literaria*) con los escritores españoles Jacinto Benavente, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maetzu, Pío Baroja, etcétera (Zuleta, 1988: 207-210).

carácter”, “Giosué Carducci (1835-1935, Centenario de su muerte)³²”, “En memoria de un gran poeta de la naturaleza (Wordsworth)”, “Un enigma sentimental resuelto (John Ruskin)”, “Un maestro de la paradoja (Chesterton)”, “Giovanni Papini y la cultura iberoamericana”, “*Del Caribe al Plata* (Isherwood)” y “Tres libros: un síntoma (Connolly, Isherwood, Evelyn Waugh)”, donde establece respecto a *The unquiet grave* o *La tumba sin sosiego* (Sanín Cano traduce *La tumba inquieta*) un acercamiento a la poética del ensayo en sus aspectos subjetivos, dialógicos, estilísticos e interpretativos. Otros textos son “Azorín” y “Thomas Mann, premio Nóbel”.

Para el Sanín Cano de *Crítica y arte*, el método crítico está sustentado en la maduración del juicio del lector-artista, quien debe comparar la obra literaria nueva con el resto de las obras del autor; también, claro, contar con la perspectiva histórica suficiente para juzgar las obras literarias. Dice, además, que le interesan los autores extranjeros porque en ellos encuentra la libertad y la independencia que no halla en la literatura colombiana, a excepción de las figuras bastante discutibles de Luis Eduardo Nieto Caballero, Eduardo Castillo y Luis López de Mesa.

Entre aquellos autores extranjeros, el ensayista destaca a un crítico inglés: James Fitzmaurice-Kelly. Su importancia en la formación crítica literaria de Sanín Cano es tanta como la de Taine, Brandes y Nietzsche. Fitzmaurice-Kelly, autor de la erudita *Historia de la literatura española* (1898) y de quien Sanín Cano leyó, seguramente el siguiente postulado: existen dos juicios para determinar cuándo estamos frente a un gran autor: su manera de tratar el tema y “su pensamiento, su expresión, su capacidad interpretativa, el rasgo característico de su genio individual: en una palabra, es el estilo” (Fitzmaurice-Kelly, 10).

Lo que a Sanín Cano le llama la atención del crítico inglés es aquello que también encontró en Brandes, es decir, su capacidad para mantener independencia de criterio respecto al campo del poder que le tocó vivir. Además, destaca la juiciosa capacidad que tiene para interesarse por otras literaturas, en especial por la literatura española.

³² Giosué Carducci nació en Italia en 1835 y murió en 1907. Fue, para muchos, el poeta italiano más grande de finales del siglo XIX. De 1860 a 1904 fue profesor de literatura italiana en la universidad de Bolonia. Carducci se opuso al papado, la monarquía y el sentimentalismo romántico que dominaban la literatura italiana de su tiempo. Defendía un retorno al espíritu pagano en religión y una recuperación del espíritu y las formas clásicas en literatura. En su juventud expresaba estas ideas radicales en su poesía, pero en los años posteriores sus escritos se hicieron menos polémicos. Fue el primero que consiguió adaptar con éxito los metros clásicos latinos a la poesía italiana moderna. En 1906 se convirtió en el primer italiano que recibió el Premio Nobel de Literatura. Entre sus obras se cuentan *Rimas nuevas* (1861-1887), *Odas paganas* (1877-1889) y *Rimas y ritmos* (1898). La antología *Odas bárbaras*, publicada en 1899, contiene algunos de sus mejores poemas.

Sobra repetir que Fitzmaurice-Kelly fue uno de los grandes hispanistas de todas las épocas. Las palabras que de él toma nuestro ensayista son, a su vez, apreciaciones tácitas elevadas por Sanín Cano frente a juicios tan sesgados y partidarios como los de Mora:

Cuando a Fitzmaurice-Kelly le argüían que no siendo español carecía de competencia para juzgar las obras de escritores castellanos, respondía: “conozco la lengua, he vivido seis años en España, he leído varias veces los clásicos; no soy español, no tengo compromisos de camaradería ni de cenáculo con los españoles. Mis juicios tienen por lo menos la posible garantía de independencia y de imparcialidad” (*Escritos*, 217).

Cuando Sanín Cano ensayó su método crítico en los autores de la literatura colombiana e hispanoamericana, intentó ser igual de independiente e imparcial. En 1927 escribió “Camilo Antonio Echeverri, o un humorista frustrado”, para rendir homenaje al escritor antioqueño (1827-1887) en el centenario de su natalicio. Rescata a Echeverri dentro de las “notabilidades de campanario”, cuyo estilo –burilado en artículos varios y en *Mi autobiografía moral*— constituyó la antítesis de aquella “enfermedad literaria de su época y su mundo” (*Escritos*, 260).

Pero Echeverri, quien según Sanín Cano acompaña a Manuel Uribe Ángel, Juan Vicente Zamarrá, Vicente Montoya, Emiro Kastos y Gregorio Gutiérrez González en el cuadro de honor de la literatura antioqueña de entonces, tuvo dos fatalidades: ser leído como anticuado por la generación que le sucedió, y carecer de humor e ironía, por su excesiva preocupación por lo serio.

En esta línea se ocupa, tanto en *Crítica y arte*, en *Ensayos*, en *Letras colombianas* y en algunos textos independientes, de “Rafael Maya o la pasión estética”, de “Juan de Dios Uribe”, de “Rafael Núñez”, de “Eugenio Díaz”, de “Tomás Carrasquilla”, de “Cordovez Moure”, de “Luis Carlos López” y de “Santiago Pérez Triana”, de Armando Solano y José Carlos Mariátegui en “La conciencia de una raza”, de “Rubén Darío”, de “Leopoldo Lugones”, de “José Asunción Silva y de “Guillermo Valencia, o el modernismo”.

En realidad, Sanín Cano expresa un juicio crítico cimentado en la atención al autor, en su especificidad como creador dentro del medio y del momento que le tocó vivir, y en la visión filológica y estilística sobre la obra presentada o comentada.

Del joven parlamentario y poeta Guillermo Valencia de 1896 dice que tenía “un espíritu preparado para recibir en labor tumultuosa las nuevas ideas de su tiempo y para reflejarlas en una obra poética donde hay páginas que devuelven el brillo de las antorchas con que fue anunciada hace treinta años una buena nueva” (*Escritos*, 265).

Enseguida contextualiza al autor dentro del campo intelectual de Bogotá y dice que Valencia se opuso a la “fermentación de las ideas” mediante la renovación formal en poesía, convirtiéndose en el gran vate “alejandrino”, dueño de una poesía de tránsito y de síntesis, habitada por los colores gris y blanco, y por silencios, sombras, ecos mudos y recuerdos.

El acercamiento crítico a “Los camellos”, “Las cigüeñas” y “Leyendo a Silva” le hace decir que se trata de poemas —como luego la crítica literaria ratificará— dotados de una personalidad poética nueva. Cuando en 1942 revisa la presencia de Valencia dirá que éste desafió

las opiniones petrificadas; con fervor y sin vanos alardes de reforma expresó sus sentimientos ante las desigualdades sociales... Se atrevió a usar frases, palabras, formas de pensamiento abandonadas o enteramente nuevas y necesarias. Estudió la antigüedad y los grandes clásicos de la lengua castellana no para seguirlos, sino para evitarlos en la plenitud de su admiración (*Escritos*, 432-433).

De José Asunción Silva hablará en un tono entre íntimo y crítico, sabiendo que está ante un contemporáneo cuya temprana desaparición dejó una verdad: pudo haber sido el mayor poeta del Modernismo y quizá de Hispanoamérica. Igualmente lo erige como un gran hermeneuta, gracias a su “capacidad asombrosa de comprensión y asimilación” (*Escritos*, 428). Fue Silva quien propuso ante oídos sordos la renovación del campo intelectual y literario en la Bogotá de finales del siglo XIX³³.

Respecto a “Rubén Darío”, Sanín Cano escribe en el número del 1º de marzo de 1916 de *Hispania* —en ocasión de la muerte de Darío acaecida en febrero de ese año— que el poeta nicaragüense no fue, para fortuna suya y a pesar de que algunos enemigos pensaron y divulgaron lo contrario, el cabecilla del Modernismo. El ensayista sí aplaude la insularidad del autor de *Los raros*, hace cierta poesía comparativa entre éste y Silva, y dice que fue la personal “actitud ante el mundo” el factor distintivo de Darío en relación con su tradición poética: “Para Rubén Darío los diarios sucesos eran otros tantos argumentos que, embellecidos, podían dar origen a curiosos poemas, a leyes y decires de ingeniosa invención, a crónicas literarias aderezadas con mano de poeta” (*Escritos*, 609).

³³ De Silva también se ocupa Sanín Cano en los siguientes textos: “Notas a las poesías de Silva” (París, 1923), “Recuerdos de J. A. Silva” (*Pan*, N° 23, Bogotá, 1938) y “En el cincuentenario del poeta José Asunción Silva” (Revista de las Indias, t. XXVIII, N° 89, Bogotá, 1946) (*El oficio de lector*).

De paso, critica con fuerza la visión espontaneista que Juan Valera tuvo del Modernismo, en el sentido de que el movimiento hispanoamericano había nacido de la nada, cuando —como afirma Sanín Cano— en verdad Darío, Rodó, Lugones y Silva ejercieron la transformación de las letras castellanas desde la lectura de los filósofos y críticos cercanos a la tradición europea del simbolismo y del parnasianismo franceses. Pero el movimiento también nació de aquella “nueva manera de pensar” que posibilitó la extracción de “sangre propia, humores nuevos” (*Escritos*, 611). Y es que el “zodiaco de Rubén” estuvo integrado por tres estrellas tutelares: Baudelaire, Rimbaud y Verleine, lejanos a la España de raigambre romántica.

Sanín Cano reforzará esta visión crítica en un texto ya clásico en la historia de la crítica literaria hispanoamericana (Fernández Retamar, 295-296): “El modernismo”. En líneas generales, dice el ensayista, éste constituyó el fin de un período y el “alba de transformaciones fundamentales”. Pero contrario a lo que muchos pensaron, el Modernismo no fue propiamente una reacción contra el romanticismo, ni mucho menos una caterva “demoledora”. Antes bien, el Modernismo nace a manos de Gutiérrez Nájera, Silva, Darío y Julián del Casal gracias al desgaste o la exhaustividad de lo romántico. Aquellos poetas serían, entonces, los grandes “intérpretes de las nuevas generaciones” (Fernández Retamar, 423).

Pero el ensayista evita incurrir en contradicción frente al romanticismo. En el ensayo-memoria y de crítica literaria titulado “Sobre el romanticismo” —pronunciado como discurso de recepción en el recinto de la Academia Colombiana de la Lengua, el 18 de octubre de 1935— plantea la tesis de que el origen de esta corriente de la literatura europea no subyace en los hechos acaecidos en Francia en 1830, sino en la inversión de los valores llevada a cabo por la Ilustración, especialmente a manos de Rousseau, ese “hombre enfermo de sensibilidad” frente al paisaje: “El sentimiento moderno de la naturaleza, la aptitud del espíritu humano para difundirse en el paisaje y comunicarle vida emocional, aparece con caracteres definidos e inteligibles para el mayor número en los libros de Rousseau” (*Escritos*, 718).

“Sobre el romanticismo” es el ensayo más largo de la selección de *Escritos*. Sus planteamientos tienen que ver con el movimiento literario decimonónico, pero también con aspectos tangenciales que son necesarios observar para ver los alcances del pensamiento literario de Sanín Cano. Una de esas cuestiones es su concepción de la historia como discurso y como método para el estudio de la literatura.

Para él, existe un nexo franco entre la literatura y las ideas que sustentan la vida intelectual en la cultura. El romanticismo, en este caso, representó una renovación literaria e ideológica en Europa entre los siglos XVIII y XIX, bien como tentativa de emancipación, bien como “acto de rebeldía inconsciente en algunos espíritus, preme-

ditado y consciente en otros, una protesta contra las ideas y principios de que habían vivido hasta entonces las generaciones literarias” (*Escritos*, 707). Pero al llegar a esta conclusión, se pregunta por los límites de la historia en los estudios literarios. Establece una crítica al biografismo y al psicologismo como métodos de disección literaria, y toma partido por la historia; pero por la buena historia, aquella que se ocupa de los hechos, sí, pero sobre todo de la interacción entre éstos y el hombre, ya sea como el que los impulsa o crea, o como el que está sujeto a ellos. Sin embargo, en esto Sanín Cano también hace una aclaración: lo que debe atender la historia no son tanto los hechos como sí las ideas que trascienden de la relación entre aquellos y el hombre: “Estimo que el historiador debe tener más importancia en el caso de las ideas que la sucesión de los hechos...” (*Escritos*, 709). Es más, “la historia ilumina los hechos con la antorcha de las ideas” (*Ibidem*).

Pero el vuelco al positivismo que él deja traslucir en esta manifestación, tiene su punto de giro definitivo cuando habla del *status* científico de la historia. Si la historia no repara en los hechos sino en las ideas, tampoco es una “obra científica sino una obra de arte” (*Escritos*, 710). Contrario al pensamiento positivista de entonces, Sanín Cano afirma que la historia oscila entre la ciencia y el arte, en la medida en que, por un lado, investiga hechos, fija datos, compulsa documentos, pero, por otro lado, también es narración y es una “dimensión suplementaria”, pues comporta ideas y la proyección del hombre y los hechos.

Para estudiar el romanticismo, el crítico literario deberá, pues, reconocer el trasfondo del mundo intelectual alemán del siglo XVIII. Pero la toma de partido de Sanín Cano se radicaliza cuando dice que podemos ignorar incluso la historia, pero no desconocer el mundo espiritual fundado por Herder, Lessing, Kant, Lassalle, Schlegel, Wagner, Goethe, Schiller y Nietzsche:

Se puede, repito, ignorar en absoluto la historia de los pequeños Estados en que estaba dividida Alemania desde Federico o hasta Bismarck, y desde la unidad alemana hasta hoy; pero si se conoce la obra de los poetas, dramaturgos, críticos, novelistas y filósofos mencionados, se conoce la historia de Alemania como en una revelación portentosa, hecha por espíritus selectos, sobre los más variados y recónditos aspectos de la vida espiritual del hombre” (*Escritos*, 711).

Lo que Sanín Cano pretende instaurar es cierta distancia frente al método historicista del positivismo para entrar a reconocer cómo la obra literaria establece una configuración propia del contexto histórico tal, que incluso en esa nueva referencia es posible desentrañar el espíritu histórico de una época.

Finalmente, la historia es representativa, más que presentativa, pues ella misma es una obra de arte y el historiador un artista que refleja, inevitablemente, una sensibilidad y una emoción a través de un estilo particular de escritura o de narración.

En 1939, cuando publica este texto, Sanín Cano tiene setenta y ocho años. Culminaba una década que en él se manifestó en forma de escepticismo y de madurez crítica. En 1932, por ejemplo, se había preguntado: “¿Existe una literatura hispanoamericana?”. El dictamen fue claro: No. Hay un lazo lingüístico común entre las naciones, pero las tradiciones, los modelos y las orientaciones son diferentes. Cada literatura nacional elabora sus discursos y sus apropiaciones de la literatura extranjera de un modo diferente. Y en esta singularidad, unas literaturas salen mejor libradas que otras.

Pero un aspecto sobresale: el desconocimiento mutuo entre las patrias espirituales, lo cual impide el diálogo entre las literaturas nacionales. Así, mientras que la literatura argentina cuenta con un alto poder de seriedad y de concentración que le permite, gracias al esfuerzo y la constancia, pensar en proyectos grandes relativos al Libro como instrumento moderno de la cultura —sea novela, libro de ensayos, estudio filológico o “análisis científico”—, la literatura colombiana, atenta a la elocuencia, tropieza con la frivolidad, la inconstancia y el juicio extremo del criterio del gusto en la creación, lo cual asegura la levedad dominante en las formas literarias producidas en “Bogotá”: el poema corto, el cuento mínimo, la “crónica alada”, el “editorial acerado”, y a duras penas la novela.

Estas diferencias permite, piensa el ensayista, un distanciamiento aún mayor entre una y otra literatura. Ahora bien: ¿cómo resolver la “igualación de tendencias y la ampliación del gusto”? El primer papel recaería en la prensa y el periodismo, pero esto es casi imposible, pues tanto en Bogotá como en Buenos Aires la acción se limita a los cenáculos literarios y a los reducidos círculos periodísticos de *El Tiempo* y *La Nación*, respectivamente. Aprecia que haya un gran libro compartido entre uno y otro país (*María*, de Isaacs), pero entonces plantea una propuesta audaz: más allá de los “gobiernos obtusos”, los pueblos deben crear mecanismos que permitan la difusión y el conocimiento de las obras literarias de uno y otro país mediante canjes en colegios y universidades, y las becas estudiantiles, que estimularían el surgimiento de la crítica internacional.

Otro asunto imposible de soslayar en este texto es el prejuicio español esgrimido para referirse a las obras literarias de los hispanoamericanos. Dicha vara acrílica tiene que ver con las “reglas de Aristóteles” (*Escritos*, 283) usadas para decir, por ejemplo, que Juan Montalvo es poca cosa, que Jorge Isaacs es copia de autores extranjeros —prejuicio todavía vigente entre nosotros—, que Sarmiento es “escritor de pocas retóricas” y que Carrasquilla no escribe en castellano sino en otra lengua.

Este texto es fundamental en el pensamiento literario de Sanín Cano porque en un momento en el que nadie en Colombia parecía cuestionar la existencia o no de la literatura hispanoamericana, él, en tono modernista, hace eco de lo dicho por Henríquez Ureña en 1926, en el sentido de que la nueva generación literaria se encontraba “en busca de nuestra expresión genuina”³⁴, no sólo creativa sino también crítica literaria.

También es de la década del treinta el “Ocaso de la crítica”, ensayo que apareció en el número seis del segundo tomo de la *Revista de las Indias*, en mayo de 1939. El planteamiento es como sigue: a escasa tradición literaria en Colombia, escasa o nula presencia de la crítica, que Sanín Cano entiende como una facultad humana, que gana su relevancia literaria cuando está acompañada del desarrollo de unas “condiciones especiales” que trascienden el acto de por sí voluntario de juzgar.

Pero el crítico literario en Colombia es un espécimen raro porque escasos también son los estudios de las humanidades en el país. Sobre todo, cuando éstos existen, despliegan un desdén por la filología, que “ha sido aquí materia de curioso entretenimiento para tres o cuatro personas en un siglo” (*Escritos*, 729). De otro lado, hay un desconocimiento de la propia literatura y de las literaturas extranjeras, algunas traducidas y otras desconocidas porque en nuestro medio estaba sin aplicar el principio de Brandes: conocer el idioma y la patria de origen de la literatura a estudiar.

Los factores para el ejercicio de la crítica son, según el autor, amplios conocimientos literarios y filológicos, además de la lectura de aquellos textos clásicos que han contribuido a la formación del pensamiento universal. A esta “voluntad de saber”, el crítico debe adicionar el buen gusto, que es condición esencial para el trabajo de lectura especializada. Así, en este punto, Sanín Cano parece haber leído a Levin L. Schücking, quien en ensayo publicado en 1931 bajo el título de *El gusto literario* (*Die Soziologie der literarischen Geschmackbildung* o *La sociología de la formación del gusto literario*) expresaba que los críticos —por cierto, influyentes a través de los periódicos y las revistas, y, por tanto, respetados por el público— “determinan en no escasa medida la evolución del gusto” (Schücking, 1996: 86-87), creando incluso comunidades que coinciden en afinidades literarias e ideas acerca de lo político, lo religioso y lo social.

De modo que a razón de Sanín Cano, dos son las características del crítico: la voluntad de saber (literatura y filología) y la voluntad estética (buen gusto). ¿Se tiene conciencia de ello en Colombia? En el país recién parido de la Hegemonía conservadora, “la crítica no prospera porque pugna con la tranquilidad del individuo y puede lastimar el curso del orden social” (*Escritos*, 732). Desde luego que a este rechazo a priori se une el hecho de que cuando oyen la palabra “crítica”, algunas personas “se imaginan que es algo de comer”

³⁴ Véase ‘La independencia literaria’, en “El descontento y la promesa”, conferencia publicada en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1926) (Henríquez Ureña, Pedro, 1989: 35).

(*Ibidem*). Para él, bajo esta sombría perspectiva, tanto en España como en Hispanoamérica —contadas las excepciones— y en Colombia, la trayectoria de la crítica ha tomado dos caminos opuestos y baldíos: “el del vituperio desenfrenado y a veces irreflexivo, y el de la alabanza desmedida más allá de los límites de lo razonable”.

Pero aquí no sólo se ocupa de la crítica como juiciosa y sabia voluntad del espíritu sino también como género literario. Con esto coincide con Clarín, por aquello de la sugestión que el crítico debe generar en el lector para que éste vuelque su gusto en la obra literaria comentada³⁵. Sin embargo, incurre en extremismos, pues afirma que la crítica merece estar al lado de (o en un eslabón mayor que) la novela, la poesía, el cuento, el drama o la historia, pues exige mayor preparación que éstos, lo cual no es cierto. Pero gana en decir que la crítica tiene como triple finalidad la comprensión (no la didáctica), la humanidad (no el individuo) del autor, y la ubicación del artista en relación con su época y con otros artistas. Esto porque el autor, “voluntariamente, o contra sus propósitos, pone todo su ser o una parte muy considerable de su naturaleza sensible o pensante en los productos de su imaginación” (*Escritos*, 733).

Diríamos con Sanín Cano que al crítico la corresponde atender al autor en tanto que hacedor material de la obra, a ésta en tanto que manifestación material y espiritual del mismo, y a la época o la historicidad de ambos. El ensayista piensa en una crítica humana que en paralelo tenga en cuenta lo que luego será conocido como el contexto o el campo práctico, ético-cultural (Ricoeur) donde tiene lugar la precomprensión de la obra. El remate es significativo: “El crítico de veras no debe preocuparse de analizar o describir producciones que carezcan de sentido humano y no tengan relación íntima con la conciencia de su tiempo” (*Ibidem*).

Para ilustrar mejor el talante crítico del ensayista, vale tener en cuenta otro texto. A sus noventa años Sanín Cano repasa, como vimos atrás, sus orígenes liberales en “¿Por qué soy liberal?”. Es ilustrativo que un hombre de tan alta edad, que vio correr ríos de tinta y de política, y que al mismo tiempo pensó la literatura de su país y de su mundo, declarase en sí mismo una ausencia de cualquier voluntad de mando o de poder, al tiempo que una clara conciencia por el respeto a la libertad, que concebía como hija del decoro y la tolerancia. “Estimo”, dice, “que no se ha encontrado ningún sistema que reemplace la voluntad de las mayorías para determinar la forma de gobierno según las normas representativas. Por eso soy liberal” (*Escritos*, 756).

³⁵ “Los escritores modernistas contribuyeron a sentar los cánones diferenciadores entre <<arte>> y <<no arte>>, incitando modos de lectura y su propia crítica. Aunque no lo hicieron en el sentido vanguardista de los manifiestos, proclamaron su poética tanto en los prólogos de sus obras, como en los innumerables artículos que escribieron sobre los autores que admiraban y, especialmente, sobre ellos mismos” (Rotker, 1992: 16). Por eso vemos que Sanín Cano escribe sobre Silva y Valencia, como Martí escribió sobre Julián del Casal, Rodó sobre Darío y Darío sobre Martí.

¿En que contexto decía esto? Eran los días aciagos de la dictadura civil de Laureano Gómez, cuando la Hegemonía conservadora se imponía con fuerza, después de haber resucitado en 1946 con Mariano Ospina Pérez. La *Revista de las Indias* había sido clausurada, y faltaba poco para que la censura implícita del gobierno recayera en los diarios liberales *El Tiempo* y *El Espectador*, que tomaron partido por su bando, al igual que *El Siglo* y otros lo hicieron respecto a la representación conservadora. Pensaba, sin duda, en lo que había dicho en la Academia Colombiana de la Lengua en 1935 respecto a Carlos Calderón Reyes sobre cómo entre 1870 y 1880 (ad portas de la Regeneración), no sólo hubo un clima benéfico para la inteligencia sino que el estudio fue una vocación estimulada por profesores e intelectuales que sucumbieron ante el país que pudo ser y no fue.

Pero más allá del tinte político de la afirmación, interesa ver cómo este lector bebió del pensamiento literario, filosófico e histórico de su tiempo para construir un espíritu crítico ligado al *sensorium* del momento. Careció, como anotó Valencia en su momento, del “misoneísmo irreverente” y de la condición de “aclimatador de novedades” que se le endilgaba. Fue, antes que nada, “un perenne estudiante insatisfecho que no soporta el claroscuro en los temas que dilucida (...)” (Valencia, x). Por eso defendió el autodidactismo, aunque dejó de condenar *per se* a la Universidad como centro o directriz del conocimiento. Muy temprano supo que para pensar en medio de un país en el que los gobiernos estaban al sigilo de lo que se mascullaba en la sombra, debía fortalecer su criterio a través de la paciente lectura de lo que le precedía y le era coetáneo. Su espíritu, como el de Eugenio O’Neill, estaba en guerra contra las convenciones de una sociedad “que se revuelca en el artificio, la hipocresía y la simulación” (*Escritos*, 246-247). Su criterio, como el de Mann en su obra, nunca hizo concesiones a las solicitudes de los “filisteos de la cultura” (*Escritos*, 689).

Al final dejó un pensamiento literario que en el que hoy pueden encontrarse contradicciones o anacronismos, pero no vacilaciones. Así fue ante la literatura universal y frente a la literatura colombiana, de cuyo estudio emanaron el volumen *Letras colombianas*, de 1944³⁶ y otros textos sueltos en los que reveló interés por nuestros escritores de todas las épocas. Veamos a manera de ejemplo la aproximación crítica que hace de *Manuela*, de Eugenio Díaz Castro:

³⁶ En este sentido, es absurdo y miope el juicio de Sánchez Lozano cuando afirma que Sanín Cano prestó escasa atención a la literatura colombiana: “Su tomito *Letras colombianas* de 1944, en menos de 30 páginas, despacha lo que a su parecer merece algún cuidado de estudio: Núñez, Eugenio Díaz, el modernismo, Silva y Valencia, y Tomás Carrasquilla” (Sánchez Lozano, 11). Es una pena que el autor del artículo se haya amañado con la selección de *Escritos* y no hubiera rectificado su juicio leyendo al menos el índice de algún ejemplar de *Letras colombianas* que Fondo de Cultura Económica publicó en el año indicado.

La Manuela es no solamente un cuadro realista, admirablemente bien desempeñado, de los tipos raciales y de los variados aspectos de la naturaleza en una pintoresca y feracísima región de Colombia; es, además, y acaso sin que el autor lo hubiera pretendido, una representación muy atendible de lo que eran las ideas políticas y las tendencias de los hombres que se preocupaban entonces por esta clase de asuntos (*Escritos*, 418-419),

o cuando al destacar el verso ágil y moderno de Luis Carlos López, pero también su humor frente al estado social y político del momento, dice en el prólogo a la segunda edición de *Por el atajo* (1928), del prevanguardista cartagenero:

Siempre se ha requerido en las varias literaturas la presencia de un humorista para fijar en rasgos duraderos la miseria, la plenitud, las contradicciones de una época determinada. Cervantes, Shakespeare, Jean Paul Richter, representaron humorísticamente la vida de su tiempo. Esta cosa insípida, gris, blanda y desarticulada que es la vida política de Colombia en los últimos años, está admirablemente vertida por la poesía insuperable, por el humor penetrante y sano de Luis C. López (*Escritos*, 694).

De igual manera, el radio de acción crítico de Sanín Cano se ocupó de otras disciplinas estéticas diferentes de la literatura. Hablamos, sobre todo, de la plástica, a la cual dedicó un ensayo de interpretación: “El impresionismo en Bogotá” (1904), donde entre otras cosas dictamina, a propósito de Andrés de Santamaría: “Lo que ha menester el poeta y el pintor de las escuelas nuevas es sentir con los nuevos maestros” (*Escritos*, 558), pues la antigua pintura estuvo en búsqueda del “sufragio de las academias por medio de la anécdota impregnada de *moralina* o con hechos históricos cuya interpretación está al alcance de las señoritas bien educadas” (*Escritos*, 559).

Lejos de cualquier idealización, podemos decir con David Jiménez que Sanín Cano fue un “lector que escribía sus lecturas” (Jiménez Panesso, 121), a la manera de Montaigne cuando lee a los clásicos, a los medievales y a los contemporáneos, anotando glosas al margen de los textos. El discurso para difundir sus ideas en tiempos de crisis no pudo haber sido otro que el del ensayo, como lo hicieron, también en su tiempo, Voltaire, Swift y Connolly. De ahí que propusiera ese humanismo moderno-crítico, por encima de lo que otros habían erigido con base en formulismos trasnochados. Gracias a su enorme “escalera” o “red de lecturas” (Thérien, 2002), pero también a su sensato juicio crítico y a lo que Hernando Téllez concibió como “una milagrosa sincronización con las corrientes contemporáneas del pensamiento y de las formas literarias” (*Escritos*,

777), fue el primer pensador literario moderno en Colombia. Pensador al que le cupo en suerte cavilar otras preocupaciones latentes en “L’humaine condition” a la que se debe la vasta tradición de Montaigne.

LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL, EL PROGRESO Y EL HUMANISMO

El ensayo nació en un castillo, el de Montaigne, pero su fuente original y su destino fue la voluntad de travesía. Ahora es el Yo el que se busca como verdad a futuro; el que manifiesta su sabiduría como algo que debe confirmarse, en el centro de lo cual se abrazan pensamiento y sentimiento, certeza y experiencia del mundo.

En el ensayo aflora una verdad: escribimos para reconocer que desconocemos lo que más tarde conocemos gracias al irse escribiendo. En esa dialéctica compartida con el otro en el acto de lectura, ocurre la certidumbre ensayística, que se manifiesta como un nuevo sentido del mundo.

El ensayista, así, es subjetividad sensible y pensante, que se ocupa de temas remotos o actuales desde la doble voluntad crítica y estilística. De ésta última cara del discurso depende que haya o no actualidad en el tema tratado por el pensador literario. En esto acordaremos que lo “actual” “significa con más propiedad un replanteamiento de los problemas humanos ante los valores que individualizan y diferencian a cada época de la precedente” (Gómez-Martínez, 37).

Aun así, conviene decir que la actualidad del tema depende no tanto de qué tan coetáneo sea respecto al lector inmediato, sino de la problematización innovadora que el ensayista realice del discurso axiológico del estar (los valores de una época determinada) y del ser (“la conciencia del autor de su historicidad, de estar viviendo ante un horizonte de posibilidades e imposibilidades que modelan su libertad”) (Gómez-Martínez, 36).

Pero, ¿por qué leemos todavía a Montaigne, a Pascal, a Emerson, a Ortega y Gasset o a Paz? ¿Qué hace que los frecuentemos, cuando pensaron, escribieron y defendieron ideas aparentemente lejanas de nuestra actualidad? La apariencia es sólo eso, engaño, pues como todos los grandes ensayistas, ellos problematizaron el discurso axiológico de su estar y elevaron así el discurso ensayístico a un nivel sugerente, premonitorio y perenne. Es como decir que los ensayistas de todas las épocas “siempre han sabido conjugar lo actual en el fondo de lo eterno” (Gómez-Martínez, 39). *La deshumanización del arte*, en el caso de Ortega y Gasset, o *El laberinto de la soledad*, de Paz, son ensayos de interpretación que a pesar de haber perdido un poco de valor inmediato —pues los leemos lejos de su contexto de producción— siguen siendo referentes para la comprensión o intelección de la problemática estética del siglo XX o la condición ontológica-cultural del ser mexicano y latinoamericano. Y

ni qué decir de *La raza cósmica*, de Vasconcelos, de *El continente de siete colores*, de Arciniegas, o del *Discurso desde la marginación y la barbarie*, de Leopoldo Zea.

Bueno: ¿por qué leemos entonces a Baldomero Sanín Cano? Su nombre, para muchos, denota anacronismo, y la mayoría de lectores medianamente informados acerca de la literatura y la crítica literaria colombianas falla al intentar ubicarlo dentro del contexto histórico de nuestras letras. Sin embargo, el tomo de *Escritos*, por ejemplo, es dejado con frecuencia en las librerías de usados, y con frecuencia, también, es llevado por lectores que sin duda actualizarán en parte lo que ahí consignó el primer ensayista moderno en Colombia.

Las series que examinaremos a continuación agrupan temas desarrollados por Sanín Cano desde su talante crítico modernista, a la manera de las reflexiones que emprendieron José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña (dominicano de origen) y Samuel Ramos en México, José Enrique Rodó en Uruguay, Ezequiel Martínez Estrada en Argentina, Manuel González Prada y José Carlos Mariátegui en Perú, Fernando Ortiz en Cuba, y Mariano Picón-Salas en Venezuela alrededor de algunas de las condiciones de inteligibilidad de Hispanoamérica y de las naciones republicanas que empezaron a conformarse desde la alborada del siglo XIX.

Como anotábamos con Liliana Weinberg en el segundo capítulo de este trabajo, cada ensayista parece oscilar entre dos imperativos dados por la comunidad de sentido a la que pertenece: la voluntad de universalidad y la necesidad de atender a las diversas discursividades que lo sitúan en un tiempo, un especio, una visión humana entregados para ser asimilados pero también discutidos o desmentidos, es decir, interpretados.

Pues bien: la situación de Sanín Cano como escritor modernista fue única, privilegiada si se quiere, en un momento en el que en Colombia y en América Latina, después de 1880, se implantó el capitalismo tardío, con la consecuente disponibilidad de capitales y de absorción metropolitana de exportaciones continentales aún mayores, al igual que la consolidación del Estado-nación y la asimilación de la ideología liberal que propugnaba por la fe en la ciencia, la técnica y el progreso (*Escritos*, 25).

No obstante esa oleada modernizadora, en Colombia el asunto derivó hacia otras tendencias. El liberalismo, que en otros países latinoamericanos parecía estar garantizando una modernización sin mayores obstáculos, fue visto en Colombia por el conservatismo y la Iglesia como un feroz atentado contra la moral, las tradiciones y el poder latifundista y terrateniente, que a la postre era lo que le interesaba defender al conservatismo, por encima incluso del progreso y de la ciencia. En consecuencia, con el advenimiento de la Regeneración, el Estado nacional vivió un ordenamiento político y cultural en el que al tiempo que había autoritarismo, tradicionalismo y hostilidad respecto a la modernización económica, social y cultural, también había sectores

interesados en el desarrollo capitalista y en la regeneración económica y escolar. Esto produjo el fenómeno particular de “modernización tradicionalista” en Colombia:

Mientras se apoyaba el crecimiento económico y en particular el comercio internacional, el incremento de la escolaridad, vista como importante para la producción, y ciertas formas de conocimiento tecnológico, se rechazaban elementos centrales del pensamiento científico y se trataba de mantener el país aislado de las formas de pensamiento laico o liberal (Melo, 1994: 234-235).

Gracias a la vigencia de la estructura económico-social gamonalista y latifundista, en Colombia pudo haber cierto capitalismo, mas no un orden cultural y social competitivo y abierto al progreso, aspectos que acompañaron al proyecto ilustrado en Europa y en Norteamérica.

Hemos visto que durante estos años Sanín Cano, actor dentro del orden cultural e intelectual de entonces, vive en Bogotá una tensión provocada por los vientos de innovación en todos los órdenes experimentados por la civilización occidental en Europa, y el aire estanco de la política, la ideología y la cultura en Bogotá. Junto a personajes como Silva, Argáez y Pérez Triana, el futuro pensador y crítico literario pondrá su atención en aquellos vientos e intentará renovar la visión de mundo de sus nacionales a través de un medio que entonces los modernistas habían allanado: la prensa.

En el ensayo-memoria “Un personaje de mil rostros: La prensa”, reconoce el poder de ésta para construir opiniones políticas que motivan opciones cerradas y antimodernas de pensamiento. De ello dan cuenta los periódicos que hasta entonces ha conocido en Colombia, a excepción de *La Consigna*, *El Telegrama*, *La Nación* y *El Tiempo*, fundado por Eduardo Santos en 1911.

Pero lo que Sanín Cano soslaya es que aquellos periódicos liberales también contribuyeron al radicalismo político e ideológico que dio origen a posiciones culturales e intelectuales que tienen todavía una preocupante vigencia en Colombia. Sanín Cano tendrá que salir del país —gracias a una solicitud del general Reyes, presidente a caballo entre la Regeneración y la reforma liberal— para aprender en Europa el tono del humanista crítico moderno: la apertura ideológica, la tolerancia y el sentido del progreso con prudencia.

Sanín Cano está en Londres en 1909. La experiencia periodística de la cual da testimonio ocurrió hacia 1914. El referente es ahora la gran prensa europea, de la cual es testigo excepcional, pues lee y escribe en ella: lo último, en la revista *Hispania*, de su amigo Pérez Triana, y como director de la agencia de informaciones argentina en Londres; lo primero, en *The Times*, *Daily News* y *Morning Post*, diarios de la capital

inglesa. Además, recuerda que a Londres llegaban por esa época todos los periódicos europeos de prestancia, tales como el *Corriere della Sera* de Milán, el *Politiken* de Copenhague, y el *Berliner Tageblatt* de Berlín. De cada uno recuerda haber destacado rasgos periodísticos y literarios que no encontraba por entonces en la prensa colombiana: del primero resalta su independencia y su crítica literaria; del segundo alaba la difusión de las ideas de avanzada y la posición que los hermanos Brandes sentaban acerca de la literatura y de la política internacional; y del tercero recuerda sus tendencias progresistas “muy avanzadas” en medio de la esquizofrenia de Hitler.

Lo interesante es que mientras el periódico italiano mantuvo un pensamiento libre en medio del fascismo de Mussolini —pero acabó claudicando cuando la situación se hizo insalvable—, el alemán también cerró filas contra el nazismo, y el danés “pasó por la prueba de la ocupación alemana con la muerte en los labios” (*Escritos*, 486). Sin embargo, luego vendría el acabose de la Primera Guerra Mundial y con ella la visión pesimista pero prudente de Sanín Cano sobre la civilización occidental del siglo XX:

La vida de estos diarios en la ráfaga de locura sufrida por la humanidad en este siglo de maravillosos inventos y de extravíos apenas concebibles señala el paso de un siglo de libertades que se prolongó hasta 1914, a un siglo que probablemente será marcado en la historia de la cultura humana como testigo de un eclipse de la razón y de una tremenda amenaza para las libertades conquistadas al precio de pasmosos sacrificios (*Ibidem*).

Este era el pensamiento del ensayista y crítico literario en la década del cuarenta. Pero, ¿qué decía él veinte años atrás, cuando todavía Occidente lamía sus heridas de guerra y se aprestaba a recibir la crítica de los grandes intelectuales mundiales por su afán de ciencia, técnica y progreso?

El referente son algunos ensayos de *Indagaciones e imágenes*, libro que apareció en Bogotá en 1926 y que recoge ensayos escritos entre 1903 y 1926, casi todos en Europa. Aquí, la crítica a la civilización occidental y a la idea de progreso pasa por la mirada de desconsuelo dejada en Sanín Cano por la Guerra; visión que se mantendrá veinte años más tarde en sus memorias de *De mi vida y otras vidas*.

En el ensayo “Cadenas de estuco” (1917), de *Indagaciones...*, después de plantear el tema del progreso implícito en el auge de los restaurantes de comidas rápidas “Lyons” —fundados por Joseph Lyons, entonces dueño de una irrisoria fortuna de cincuenta y siete mil libras esterlinas— y de los Palace Hotels en Londres, que pusieron “los atractivos superficiales de la opulencia” (*Escritos*, 172) al alcance de los obreros y los pobres, pasa a hablar del orden social. Se trata del “edificio ruinoso” en el que ha

quedado convertida Europa a raíz de la Primera Guerra, que implicó tanto un retroceso industrial como un impacto moral sobre las generaciones, al igual que un trastorno fundamental en los valores y un traumatismo moral de enorme sentido cultural e intelectual. De ahí que diga: “Hemos visto con dolor inefable el gesto con que Alemania desgarró un tratado público, y no fueron menores la sorpresa o el desconcierto cuando la tudesca desenfundada convirtió en cenizas la biblioteca de Lovaina” (*Escritos*, 174).

En medio de esa locura bélica, Lyons construyó sus restaurantes, que pusieron el placer de la buena comida al alcance, repetimos, de los menos favorecidos. Sanín Cano plantea que el beneficio de clases es mutuo, pues al tiempo que las clases populares ven cómo el lujo se hace tangible en sus manos, las clases ricas confían en que el lujo disfrutado por aquellas las mantenga a raya y menos irritables respecto a la desigualdad. Desde luego que la ironía con la que critica el nuevo orden del progreso y la modernización de “estuco” no podía ser más fina:

No creo que sea necesario aglomerar sobre los anteriores más ejemplos y razonamientos con objeto de hacer patente cómo las diversiones baratas y los medios de subsistencia ofrecidos a precios bajos, en locales donde el estuco y las imitaciones de damasco hacen creer a los espectadores que se hallan temporalmente encenagados en el lujo, son un elemento de dominio (*Escritos*, 178).

Después de mantener su ironía diciendo que dicha aceptación bajará los niveles de envidia entre los mortales, pronostica: “Ford, el fabricante de automóviles a 80 libras esterlinas, va a contribuir fastuosamente, si lo abarata más, al advenimiento de la anhelada paz entre los hombres” (*Escritos*, 179).

En un contexto donde la Guerra dibujó el espanto en el adusto rostro de la Razón, la única salida es, parece pensar Sanín Cano, la ironía de la desilusión respecto al devenir de la civilización occidental. Ésta, “que creó grandes desigualdades en sus comienzos, que provocó rebeldías peligrosas y fue la causa de que naciera, con una nueva interpretación de los hechos, el partido socialista, ha inventado ahora, para enfrentar a las masas, las riendas de marta cibelina y las cadenas de estuco” (*Ibidem*). Como diríamos ahora, las ataduras de lo que más tarde Gilles Lipovetsky bautizó con la inquietante frase: “El imperio de lo efímero”.

Sanín Cano tenía muchas razones de peso para decir esto, sobre todo porque en “El espíritu nuevo y las universidades” (1903) había planteado: “La tradición forma parte de las condiciones esenciales de la existencia” (*Escritos*, 181). Tradición aquí equivale a civilización, que para renovarse (salíamos del siglo XIX) debía “canalizar sus influencias sobre el futuro, apoyarse en ella para proceder como si no existiera.

De las universidades, como de otras instituciones modernas, surgirían “reformadores sociales” que señalaran “inexplorados rumbos de la vida” y preparasen “el advenimiento de otras formas de cultura” (*Escritos*, 182).

Pero cuando Sanín Cano escriba en 1921 el ensayo “El siglo de las comisiones” hallará un siglo XX moribundo, en el que las comisiones o grupos encargados de examinar y diagnosticar catástrofes y epidemias, han reemplazado, junto al parlamento y la academia, la responsabilidad individual en nombre de una supuesta democracia que ha uniformado los sentimientos de las multitudes. Sanín Cano habla desde un mundo europeo de “valores inciertos, un mundo viscoso, gris, indefinido que se busca a sí mismo en el limbo de las comisiones” (*Escritos*, 191).

Al referirse a la obra dramática del noruego Henrik Ibsen en “Ibsen, o el carácter”, aprovechará su condición de crítico literario para hablar de cómo dichos dramas portan un valor simbólico universal e intemporal, en la medida en que se deben, en gran parte, a la tragedia europea del momento. Sin embargo, aquí Sanín Cano aprovecha el discurso ensayístico para hacer una digresión por el mundo del siglo XIX, y al decir que éste fue un período de libertad y de grandes conquistas —entre las que se cuenta la libertad individual (coartada en el siglo XX)— se instala en la nostalgia. De igual manera habría de expresarse en la “Introducción” a *De mi vida...*, cuando dice, en jocoso tono impersonal o, mejor, refiriéndose a él como un “otro” del que habla sobre “sus” memorias, que ofrecerá a sus lectores el testimonio vital por un mundo donde “florecían envidiables y tranquilas civilizaciones, centros bulliciosos de progreso y regiones que vivían orgullosas de haberse incorporado a formas de cultura en cuya adaptación estaban ocupándose empeñosamente” (*Escritos*, 444). Pero entonces llegó la Guerra, que él definió, muy a su manera, como la “feroz degollina”.

Pero si nuestro ensayista es un pensador literario del siglo XX, ¿qué elementos sustanciales de ésta época y de la anterior lo salvaron del cruel escepticismo y de la ironía demoledora? En su inventario crítico, Sanín Cano hace referencia constante a Renan, a Nietzsche, a Taine, a Brandes y a Fitzmaurice-Kelly; pero también deja en claro que hubo otro nombre que iluminó su pensamiento y estimuló su talante ensayístico: hablamos de Aldous Leonard Huxley (1894-1963), el autor de *Brave New World* (*Un mundo feliz*) (1932) y el artífice de algunos ensayos capitales para pensar el siglo XX.

En efecto, Sanín Cano en “Aldous Huxley, o la idolatría de la vida”, presente en *Crítica y arte*, encuentra que en el escritor británico se conjugan de manera lúcida la actitud del “amante de la vida por la vida misma” y la posición del ensayista crítico que en “Do what you will” lamenta el hecho de que el hombre actual (hablamos de la década del veinte) sea “monoteísta por tradiciones”, aunque ello deje de evitar que “la variedad de los aspectos espirituales de la vida” le haga creer en muchos dioses.

Huxley se presenta frente a Sanín Cano como el “soldado en campaña contra la fealdad, la injusticia y la monotonía que van creando las máquinas en una civilización representada por el Ford barato, el cinematógrafo, la radio, los grandes diarios y el dominio de la plebe en el Occidente civilizado y en el Oriente en vías de civilizarse” (*Escritos*, 219)³⁷. Así mismo, encuentra en él un filósofo que al creer en el budismo y en el pensamiento oriental, busca situarse de manera analógica en un mundo en vías de deterioro y completa banalización. De Huxley nuestro ensayista aprueba, además, la paradoja como sistema de intelección y la claridad mental que entonces le condujo a pensar en la Anti-Humanidad.

Examinados desde nuestra perspectiva, los ensayos de interpretación y de crítica literaria agrupados en *La civilización manual...*, en *Indagaciones e imágenes* y en *De mi vida...* resultan actuales, pues aparte de que están escritos por una voluntad de estilo sugestiva y crítica, expresan una doble problematización axiológica del ser y del estar que nos atañe como lectores contextuados en un mundo donde la ciencia, la técnica y el progreso nos han llevado a parajes insospechados, bien porque hemos superado algunas de las “imperfecciones” que nos impiden llegar a ser humanos³⁸, o bien porque en definitiva hemos quedado varados en una esquina donde el sentido estalla en la fragua de la diseminación, del escepticismo y del eclecticismo, que para muchos son los signos de una época en la que para bien o para mal Internet, las telecomunicaciones, la educación, el conocimiento *light* y el superávit de valores parecen ser los nuevos evangelios de la sociedad contemporánea.

En *La civilización manual...*, Sanín Cano parece tener como intención de autor la necesidad de afirmarse en la cultura humanista y en la educación como puertas para el cambio o el mantenimiento de una experiencia de sentido más o menos común a todos los seres humanos. Pero dicha certeza pasa por el tamiz crítico, dado que la cultura

³⁷ No obstante estas palabras sobre Occidente y Oriente, Sanín Cano creía que entre estos dos polos culturales no había ni podía haber una división. Su interpretación hermenéutica es ejemplar: “La división en oriente y occidente es arbitraria. Lo mismo podría llamarse el Japón país del oeste si se hubiera empezado la historia del mundo en California y no en Asia o en el Africa, según lo enseñan las leyendas aceptadas en contradicción, a lo que parece, con las revelaciones más seguras de la geología. Aquí se habla de cultura, no de civilización, conceptos diversos, y a menudo confundidos en los tratados de historia y en el análisis del progreso humano” (En “Rutas culturales en América”, *El Espectador*, enero 20 de 1927) (Sanín Cano, 1989: 213-214).

³⁸ En el sentido que Fernando Savater le da a la noción de educación humanística. Para el ensayista español, la única asignatura realmente capital en los contenidos de la enseñanza de la vida es llegar a ser humanos: “La principal asignatura que se enseñan los hombres unos a otros es en qué consiste ser hombre”, es decir, aprender a ver la vida y la realidad con *ojos humanos* (Savater, 1997: 33-34), tarea a la que el ensayo como discurso contribuye en gran medida.

clásica y la educación también son susceptibles de examen, de juicio, de ser sopesadas en la balanza, es decir, “ensayadas” a través de la voluntad interpretativa del ensayista.

Es así como en “Bajo el signo de Marte” Sanín Cano dice que la cultura clásica, con el latín como bastión lingüístico y cultural, y con la guerra como mecanismo de imposición cultural, ha influido perniciosamente en la condición humana. Su crítica pasa por la lengua, sociedad y la cultura de Occidente para enjuiciar el “concepto heroico de la existencia”, tan común en los griegos, en el Imperio Romano y en la Primera Guerra Mundial:

Esta glorificación del héroe y del soldado, fase la más prominente de la cultura greco-romana, es todavía el principio directivo de la constitución de los Estados europeos. Estamos en plena edad heroica. La Grecia de los soldados homéricos, la Grecia de Tirteo, es la que evocan las historias de la literatura con mayor complacencia. Lo mismo pasa con la historia. Las rencillas de tribu, los odios de pueblo; guerras civiles, que hoy serían mengua de las naciones que las provocasen, a eso y al hervir continuo de la envidia tenaz y corrosiva se reduce, en su mayor parte, la verdadera historia de Grecia. A la envidia de casta, a la envidia personal, les atribuye Burckhardt primordialmente la destrucción de la patria griega. Todas estas cualidades constituyen el fardo de lo que se llama el concepto heroico de la existencia, de cuyo mantenimiento se ufanan las sociedades modernas (*Escritos*, 121).

Su juicio, radical en algún sentido, arremete contra la interpretación habitual que los historiadores han hecho de la cultura clásica, entendida como un momento excepcional en la etapa de la razón humana. En esta misma línea, destaca como el cristianismo, si bien atenuó la visión heroica de la vida y transformó en el siglo XVI el concepto del arte, de las letras y de diversos “aspectos del conflicto vital”, también sumió a la humanidad en la barbarie. Sanín Cano piensa, creemos, en las Cruzadas y en otras de las causas de sangre cristianas motivadas por la Fe. La deconstrucción axiológica propuesta por el ensayo apunta a la siguiente función proléptica: “Es ya tiempo de someter a la consideración de los que sufren, el interrogante de si la cultura clásica es la mejor disciplina de la mente humana y si el procurarnos los medios de adquirirla es la mejor manera de prepararnos para el porvenir” (*Escritos*, 123).

Ese llamado al beneficio de la duda pasa por la construcción de una opción que orbita alrededor del pensamiento literario de Sanín Cano: la exaltación del autodidactismo. Sin embargo, entrevé otra salida: la lucidez crítica universitaria, que debe partir de la conciencia de las nuevas generaciones de estudiantes: “En verdad, no es de uso pre-

guntar a los peces en qué salsa desean que se les prepare. Pero asoma en el horizonte la época en que será necesario oír el concepto de los estudiantes sobre los programas de liceos y universidades” (*Ibídem*).

Pensamos que puede parecer curioso que un ensayista que jamás estuvo en la Universidad como institución académica se atreva a realizar pronósticos acerca de la nueva función crítica que aquella debe asumir en la sociedad con el fin de que ésta sea más humana y autónoma. Pero la curiosidad deja de serlo cuando recordamos que Sanín Cano se formó como maestro en un contexto bélico, crítico, y que luego conoció de la fuente humanística las bases fundamentales del pensamiento literario y filosófico de Occidente. Esta educación humanista se debe en él a Montaigne, a Shakespeare, a Renán, a William Hudson, a Nietzsche y a otros escritores que de alguna manera ya hemos mencionado.

A los dos primeros, hijos directos del Renacimiento, los menciona en “Shakespeare amenazado” (1921), ensayo de interpretación y de crítica literaria en el que se queja del cinematógrafo como invención del progreso que a futuro podría eclipsar los dramas del autor de *Hamlet*. A criterio suyo, el cine —que en ese momento ha entronizado a Chaplin en Londres, por encima de Shakespeare— representa una amenaza para el drama porque reduce el conflicto reflexivo que éste plantea a mera ejecución dinámica de acciones. No obstante, la problematización le sirve al ensayista para enfrentar el mundo vivido por Shakespeare y el experimentado por el mundo empequeñecido de la actualidad móvil de la máquina, cuando la “reflexión y el pensamiento van perdiendo terreno”:

En aquellos tiempos gobernaba a los hombres Bacon; los actores dramáticos, a juzgar por Shakespeare, sabían apreciar el concepto y el estilo macizo de las cavilaciones que Montaigne había reflejado en libros inmortales. Hoy son las sociedades menos exigentes. Acaso han llegado a la conclusión de que, para gobernar al animal político, mejor lo hacen los oradores de feria que los profesores de historia o los expositores de moral cristiana. Remover ideas no es ocupación propicia para el conductor de multitudes en los tiempos que corren. Importa andar de prisa lo mismo en la vida que en el teatro y se ha descubierto que las ideas son gravosa impedimenta (*Escritos*, 146).

Caben dos preguntas: ¿imaginaba el ensayista las débiles versiones de *Romeo y Julieta* y de *Otello* que produciría la mega-industria cinematográfica de Hollywood setenta años después? ¿Sabía ya, por efectos de la imaginación ensayística, de los alcances de los medios masivos de comunicación como tribunas modernas o posmodernas de la anomia cultural y de la acritica en nombre de la guerra y de los fastos de la sociedad del

espectáculo? Lo cierto es que su salida es muy lúcida: pide cerrar los parlamentos, y a cambio instaurar la dictadura de la pantalla cinematográfica en un mundo que empezaba a malentender aquello de que una imagen vale más que mil palabras.

Esto en lo que atañe a nuestro contexto de lectura. Porque ahora queda otra pregunta en relación con el pensamiento de Sanín Cano en el propio contexto de su escritura ensayística: ¿Qué camino tomar en medio del mapa confuso de la época? ¿A qué regresar después de que la civilización, en yunta con la idea de progreso, ha terminado siendo un atentado contra el ser humano y aquello que bien lo representa, es decir, el pensamiento, el arte y la literatura?

Lo que aún sorprende al lector es que Sanín Cano interprete los tiempos de los que fue coetáneo desde la agudeza de observación y la lucidez ensayística; agudeza y lucidez que encontramos en los planteamientos del ensayo “La civilización manual”, en el, que a riesgo de cierto primitivismo, nos deja ver que la civilización occidental como “valor histórico” no se debe únicamente al cerebro o la razón sino que también proviene de la mano, en el sentido de que ésta pasó de ser una extremidad para la locomoción, a convertirse en metáfora del espíritu humano. Desde la tercera orilla que ocupa como ensayista dice: “La mano del hombre ha tenido en el desarrollo general de las diversas culturas un influjo capital, y en mi humilde opinión, definitivo. La civilización es, por lo tanto, más que cerebral, primera y radicalmente manual” (*Escritos*, 131).

De todos los antropoides (Sanín Cano habla en términos darwinísticos, cuando para la Iglesia colombiana, animada por el Concordato de 1887, la teoría evolucionista era una herejía), es el hombre el que tiene “verdaderas manos”, pues éstas son suavidad e inteligencia; en el mono y en otros, las “manos” son sólo vehículos para el movimiento o la caza. La mano ha humanizado al hombre y viceversa: “La civilización empezó el día en que uno de los antropoides adquirió la capacidad de sostenerse siempre en las extremidades inferiores, y libtó de esa manera y de un modo completo la mano espiritual y fecunda” (*Escritos*, 132).

Además, por la mano la civilización tuvo no sólo libertad sino que ganó supremacía entre las especies. Pero, vista después de tanta afrenta cerebral o de tanta anómala actuación humana bajo el pretexto del progreso, ¿qué peligro se cierne sobre ella? ¿Qué guillotina podría cercenar esa prolongación fisiológica del espíritu humano?

La subordinación de la mano a inventos como el automóvil o el aeroplano, piensa Sanín Cano, podría llevar a que el hombre pierda esa libertad que le dio la mano desde la prehistoria:

Ford, apóstol de la civilización y enemigo inconsciente de la cultura, aspira a poner el automóvil al alcance de todo el mundo. Si todo el mundo tiene auto,

no habrá choferes posibles y toda la especie humana volverá a los tiempos del antropoide que necesitaba de las extremidades superiores para andar y trepar a su habitación, o a la condición actual del murciélago que las necesita para volar, ni más ni menos que el aviador (*Escritos*, 133).

La mano, que ha estado presente en la invención tecnológica y estética de la condición humana, pelagra, y con su virtual desaparición, la civilización podría regresar a la barbarie, es decir, olvidarse de la condición espiritual de su fisiología y aventurarse a la autoeliminación por exceso, llegando incluso, en un “esfuerzo cósmico” de “niño perverso” (así llama el ensayista a Europa), a la aniquilación de toda la “obra secular de las manos del hombre” (*Escritos*, 138).

El llamado de Sanín Cano apunta a la revalorar la obra del hombre —producto de la intervención simbólica de la mano— para detener el ímpetu modernizador y aniquilador del progreso. Es decir, debíamos pensar humanamente, antes que racionalmente, en la civilización evolucionada que soñábamos.

Pero en este y en otro ensayo, el escritor habla de evolución humanista espiritual, más que de progreso material. Y es enfático al decir que uno de los obstáculos de la “civilización manual” descansa en el hecho de que la mujer aún no haya liberado sus manos y continúe en esa condición de inferioridad en la que la ha situado la civilización construida por la mano del hombre: “En toda el curso de los siglos, aun en los períodos más brillantes de la historia intelectual de la humanidad, la mujer ha seguido siendo inferior a su destino, porque la sociedad se ha negado a libertar sus manos” (*Escritos*, 135). Aunque como más tarde el mundo sabrá, el problema de la mujer no es tanto si la “liberan” o no como si asume desde su condición un papel autónomo ideológica y discursivamente frente o al lado del hombre, el hecho es que Sanín Cano le apuesta a la crítica de la cultura machista, palabra que jamás emplea pero que nosotros acordamos usar a falta de una más ilustrativa.

El 2 de julio de 1927 el ensayista publica en la revista *Universidad* la conferencia “Evolución social de la mujer”. Su propósito ahora es “disociar dos ideas que han estado unidas durante la historia de toda la civilización en la mente del hombre” (*Escritos*, 625): la idea de pecado relacionada con la idea de mujer, hipótesis heredada de la tradición judaica y cristiana que aseguró la inferioridad civil y política de la mujer.

Se trata, pues, de empezar a pensar y a reconocer en la mujer una otredad diferente y complementaria del y para el hombre. Y con esto Sanín Cano se opone al siglo anterior: “El polvo de las ideas falsas, relativas a la mujer, sobre las cuales se basaba una civilización, empece (sic) los fundamentos del orden social y amenaza con disolver nociones carísimas a la vanidad y a la sana ignorancia del hombre” (*Escritos*, 628).

Antes de seguir, vale la pena detenerse en los acontecimientos vividos en Colombia respecto a la mujer durante las primeras dos décadas del siglo XX. Nuestra moralista y católica disposición jurídica, hecha además desde el patriarcalismo social, aseguró que la mujer fuese objeto de miradas no sólo discriminatorias sino también dotadas de doble moral sexual y social, que confinaba a la mujer a dos espacios según fuese su “naturaleza”: el hogar, para la mujer casta, honrada, pura, y el burdel, para la prostituta, que en su ejercicio “preserva” y “enaltece” las virtudes de aquella.

En el mismo sentido, sobre la mujer pesó por entonces la mirada eclesiástica y, por extensión, social acerca de la “defensa del pudor” frente a las transformaciones que había traído la Primera Guerra Mundial respecto a la condición económica, social y política de la mujer. A raíz de este episodio histórico,

las mujeres ingresaron masivamente en Europa y en los Estados Unidos a los grandes centros de producción febril. Se produjeron transformaciones en las costumbres y en las tradiciones. Las mujeres cortaron sus trenzas, cambiaron sus decimonónicas ropas largas y pesadas por trajes cortos y livianos que facilitarían sus movimientos. Por imperativos económicos y laborales salieron de la tutela familiar y se adaptaron a las nuevas exigencias de la vida de trabajadoras asalariadas. Se generaron nuevas formas de relación, no sólo social y económica, sino en el manejo del cuerpo, en el orden de los afectos y en el comportamiento sexual (Velásquez Toro, 2001: 19).

Sin embargo, en Colombia tendrían que pasar varios años para que dichas transformaciones (señaladas implícitamente por Sanín Cano en su ensayo) fuesen aceptadas por la sociedad y la cultura. La Iglesia comprometió al gobierno, a las escuelas y a las familias en una cruzada contra ese *sensorim* femenino. Hizo época, por ejemplo, el caso del obispo de Santa Rosa de Osos, Miguel Ángel Builes, quien en 1927 escribió una carta pastoral sobre el laicismo. Entre otras cosas, decía que la nueva moda dictada por el infierno garantizaba que la mujer pudiera “desnudarse elegantemente”, y que generaba un sinnúmero de desvergonzadas: “Nuestras mujeres ya no se tiñen del suavísimo carmín de la vergüenza y el pudor, antes bien andan por las calles y plazas con aquel descoco” (Velásquez Toro, 20).

En Colombia, de otro lado, la mano de obra femenina fue protagonista del proceso de industrialización del país, pues ellas laboraron en trilladoras, fábricas de tejidos, de cigarros y cigarrillos. Un estudio realizado en Antioquia, en 1916, se dice que la mayoría de ellas son solteras, menores de veinticuatro años y de fuera de Medellín. En conclusión, eran “mujeres jóvenes que salían de la tutela y protección familiares,

enfrentaban la vida con mayores libertades y estaban en contacto cotidiano con sus compañeros de trabajo” (Velásquez Toro, 21).

De esta situación laboral —en cuya consolidación tendría que ver mucho el Partido Socialista, que desde 1919, año de su fundación, lucharía por las garantías laborales de la mujer— surgieron dos fenómenos: el Patronato de Obreras, fundado en Medellín por los jesuitas y las señoras de clase alta, a través del cual enseñarían a las mujeres obreras “las virtudes fundamentales que les servirían de escudo en el porvenir” y les recordaría los peligros a los que estaban expuestas “sin una mano cariñosa” que le señale “el camino luminoso del deber y las bellezas de la virtud” (Velásquez Toro, 22-23). El Patronato, planteado desde el moralismo, dio un fruto indirecto o el segundo fenómeno: la huelga reivindicatoria dirigida por Betsabé Espinal en la fábrica de Bello, pues en las trilladoras y cigarrerías los salarios eran bajos y el trato patronal abusivo y discriminatorio.

En cuanto a la educación de la mujer, el asunto era igual de preocupante. La instrucción recibida consistía en algunas nociones de lectura, religión, historia y geografía, así como de todo aquello que garantizase un buen desempeño en el hogar: bordado, costura y economía familiar.

En 1903 el gobierno creó una escuela normal para mujeres y en 1908, frente al apremio de la industrialización, nació la Escuela Nacional de Comercio para personal masculino, tras cuya fundación fue implantada gradualmente la educación comercial en los colegios femeninos. Sin embargo, había discriminación e inequidad, factores que sólo disminuirían en algo cuando Enrique Olaya Herrera empezó a regir los destinos de la República liberal después de 1930 (Velásquez Toro, 27).

Hemos hecho este recuento histórico para contextualizar el pensamiento de Sanín Cano en relación con la mujer. Para él es claro, pues ha estado en Europa, que la realidad femenina en Occidente ha sufrido cambios positivos. A la conquista de mayores libertades se suma el hecho de que el matrimonio haya empezado a ser un “acuerdo de asociación” frente a lo que siempre fue, un “contrato de sumisión unilateral” (*Escritos*, 629), además de que la mujer tenga una participación activa en la vida nacional y cultural europea: “En estas circunstancias, la mujer empieza a desempeñar papel preponderante en la vida de las naciones, y a determinar con su intervención en la política y en los demás aspectos de la vida nacional, el grado de cultura de los pueblos donde desenvuelve su actividad” (*Ibidem*). Pero esto no sucede en los pueblos políticamente débiles que como Colombia, aún disfrutan de la mujer como un “adorno donde hierve el puchero”.

Nuestra interpretación del pensamiento de Sanín Cano al respecto quiere acertar en lo siguiente: Una nueva civilización debe fundarse sobre la base de un nuevo humanismo que descrea menos del progreso material y le apueste a la evolución social de la mujer,

que a su vez garantizará la evolución social y cultural de la condición humana. A esto parece llegar el ensayista luego de un periplo histórico que lo lleva desde Egipto hasta América Latina para comprender tres estadios de la mujer: la sierva, en el Viejo Testamento; el adorno, entre la Edad Media y el siglo XIX; y la “ciudadana y mandataria”, en el siglo XX. Pero en esto último hay excepciones.

Una de ellas es Colombia, donde la mujer continúa siendo “como una parte indivisa del hombre”, gracias al fardo de tradiciones, ideas falsas y conocimientos parciales sobre el ideal femenino, que en Bogotá no es ni siquiera una utopía, pues nadie parece anhelar su cumplimiento. Diferente es la situación de la mujer en México o en Argentina, que es el referentes asumidos por Sanín Cano para situar la condición social de la mujer en nuestro país.

De todas maneras, la problematización en la que incurre el ensayista es constructiva, pues deja un augurio; ilusión o esperanza en la que aún trabajan las sociedades que se precien de tener un desenvolvimiento político y cultural analógico: “Así como hemos visto la civilización colombiana saltar de la mula de carga a las velocidades temerarias del hidroavión, acaso le toque a la mujer, nuestra compañera, pasar sin hiatos de la condición bíblica a la de conductora de multitudes letradas en el segundo cuarto del siglo XX” (*Escritos*, 634). Es significativo que en esta travesía reconozca que fue una mujer la que le recomendó en Bogotá la lectura de *Ifigenia*, de Teresa de la Parra, que disfrutó bastante.

Al igual que “La civilización manual”, “Evolución social de la mujer” es un ensayo paradigmático en la prosa literaria de Sanín Cano; prosa literaria entendida por Anderson Imbert —quien a su vez recupera a Goethe— como “toda forma escrita cuya intención sea presentar, imaginativamente, fragmentos de una confesión personal” (Anderson Imbert, 117). Esto mismo sucede en otro ensayo de *Crítica y arte*, donde Sanín Cano da cuenta de su imaginación ensayística (concepto que la teoría del ensayo tendría que desarrollar) y del humanismo lúcido que ya era distintivo en él desde 1930.

Apoyado en las tesis del profesor danés Hoeffding, en “El grande humor” nuestro ensayista habla del humor como máxima disposición del espíritu y como estimulante para el surgimiento tanto de las obras literarias de profunda significación, como de las “figuras imaginativas más humanas y trascendentales” (*Escritos*, 297). Ahí están, con sus respectivos estandartes orales o librescos, Sócrates, Shakespeare, Montaigne, Cervantes y Kierkegaard. Por su concepto general de la vida y su ironía —como más adelante veremos—, ellos lograron crear aquella “sonrisa interior”, que es posible disfrutar en sus obras para descubrir eso que más tarde Lewis Carroll hará ver como la otra cara del espejo. Recordemos, además, aquello que Montaigne decía respecto a su libro, en el sentido de que éste contenía “algunos rasgos de mi condición y humor”. O lo que

deseaba Cervantes que ocurriera con *El Quijote*, a propósito de lo que ese imprevisto amigo le decía: “Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla”.

La exaltación que Sanín Cano hace del humor nos muestra un carácter que no resigna su crítica al desencanto frente a una civilización desmoronada, sino que prefiere regresar a la tradición humanista para burlarse un poco de la severidad del espíritu humano y pronosticar mejores vientos. Es así como en *El humanismo y el progreso del hombre*, de 1955, a sus noventa y cinco años —los primeros noventa y cinco de “uno de los humanistas más frescos que ha producido la civilización moderna” (Rodríguez Monegal, 1955)— propone a través de Gilbert K. Chesterton, Christopher Isherwood y Cyril Connolly, una crítica de la crítica a la ciencia como factor determinante de las calamidades humanas, y a cambio despliega un “pesimismo resignado” frente a la angustia que significa vivir en un mundo fracturado en lo nacional y continental (es época de dictaduras civiles y militares), y amenazado en lo internacional por el aviso tácito de una Tercera Guerra Mundial que podrían originar Unión Soviética y Estados Unidos.

En “Un maestro de la paradoja (Chesterton)” rescata la madurez lúcida del autor de *El candor del padre Brown*. De él le asombran el “optimismo insondable”, las “formas tenaces de su chiste y su literatura” y algo que Sanín Cano hará suyo: la defensa de la ciencia. Es claro, dice, que si “la civilización estuviese para fracasar definitivamente, lo cual es posible y ha sucedido en otras ocasiones, no será la ciencia seguramente la responsable del desastre” (*Escritos*, 515).

Hoy es evidente que la ciencia por sí sola está impedida para cometer desastres o llevar a extremos los mandatos de la “razón instrumental”. Quienes yerran son los seres humanos. De modo que Sanín Cano exime a la ciencia de cualquier responsabilidad en relación con los desastres protagonizados por la condición humana: “Si el mundo actual, como parece, se encaminara a su pérdida, porque los hombres desoven las amonestaciones del sentido común, la falta no es de los adelantos de la ciencia, a la cual se deben los abominables utensilios de destrucción y de engaño, sino a quienes les dan tal concepto...” (*Ibidem*).

Esta lucidez que halla en Chesterton es la misma que palpa en el pensamiento literario del Cyril Connolly de *La tumba sin sosiego*³⁹. Aquí están de nuevo algunos de los humanistas en los que Sanín Cano detectó la “sonrisa interior” del grande humor,

³⁹ Sanín Cano inmortaliza como “metáfora viva” este ensayo capital para la historia del género en la contemporaneidad en el cuento “Almoneda”, publicado en *Pesadumbre de la belleza. Y otros cuentos y apólogos*. Bogotá: Planeta, 1997, 90-103 pp.

alimentados por la visión de Palinuro, ese vigía metafórico de la condición humana. Horacio, Montaigne, La Rochefoucauld, Pope, Leopardi, Baudelaire, Stendhal y Flaubert hablan aquí para darle voz al pensamiento del ensayista Connolly y de su lector Sanín Cano, quien ahora glosa:

Aquí vemos a un hombre escéptico, refinado en gustos y en pensamiento, amante de la quietud material, pero incapaz de reducir al reposo su incansable actividad cerebral. De lo cual resulta que leer a Palinurus es algo así como volver a ponerse en contacto con Montaigne, con Pascal, Chamfort, Sainte-Beuve, en cuanto este *mauvais sujet* haya sido un pensador, con y como los anteriores, aficionado al zumo de la adormidera espiritual (*Escritos*, 541).

Cuando examina este prodigioso ensayo y las novelas *Prater Violet* y *Brideshead Revisited*, de Christopher Isherwood y Evelyn Waugh, respectivamente, en el texto “Tres libros: un síntoma...”, concluirá con unas palabras que sintetizan su visión de mundo alrededor de la civilización que le tocó en suerte para vivir, leer y conocer, con las ideas de humanismo y de progreso como disyuntivas de la sociedad moderna.

Esas obras son metáfora viva —para decirlo con Ricoeur— de una época que invita a experimentar el mundo desde el lugar de un “pesimismo resignado”. Los hijos de la cultura moderna gozarán apaciblemente de la vida, “mientras llega la gran sacudida universal” o “un cambio flanco en la manera de entender el objeto de las sociedades humanas y las relaciones del hombre con sus semejantes” (*Escritos*, 545).

Al hacer nuestras unas palabras que Rodríguez Monegal escribió en la reseña de *El humanismo y el progreso del hombre*, en la revista uruguaya *Marcha*, bajo el título “Sanín Cano en su Torre de papel”, podemos decir que para el ensayista colombiano el sentido del intelectual radica en ser un hombre de su tiempo, dotado de historicidad y no de simple historia o de un determinado periplo biográfico; “un hombre que desde el mirador de los libros mantiene los ojos bien abiertos sobre el mundo, este mundo” (Rodríguez Monegal, 1956). Al igual que Montaigne, quien después de su tránsito por Europa accede a la escritura para llevar a cabo la tentativa de entender el universo desde el escepticismo prudencial que implica la búsqueda de certezas en un contexto donde todo está por ser inventado y reinterpretado.

Es el mirador libresco de Sanín Cano, quien se situó frente a la civilización occidental para descifrar los códigos de la cultura a la cual se debía como pensador, crítico y ensayista. ¿Qué encontró? Los vestigios bélicos y bárbaros de las idealizadas culturas clásicas y cristianas habían apoyado el desastre del siglo XX. ¿Por qué culpar a la ciencia, entonces, si quienes yerran son los hombres, empeñados en acabar con la “civilización

manual”, hasta entonces emancipada de su latencia antropoide a causa de la elevación simbólica de la mano en el arte y la literatura? Encontró también, más allá de Tirteo, de los Césares, de los Papas, de los Reyes, de los dictadores y de la milenaria cultura que sometió a la mujer, a Sócrates, Horacio, Montaigne, Cervantes, Shakespeare y Connolly, con quienes aprendió a convalidar la condición humana desde su humor íntimo y sus posibilidades estéticas. En esto realmente consiste el valor de su pensamiento alrededor de la civilización, el humanismo y el progreso: en saber que a partir de su crítica prudencial a Occidente, y apoyado en la imaginación ensayística, podía proponer una visión de mundo que no fuese la violencia interpretativa que toma partido por un bando u otro (los positivistas-progresistas o los nihilistas-retrógrados), sino la mirada mesurada de quien aún confía en el hombre, en su doble constitución reflexiva e imaginativa. Porque de lo que se trataba no era renunciar gratuitamente a los conceptos ya dados (por cierto, en terrible decadencia) sino buscar nuevos sentidos en medio de esas condiciones críticas que, por cierto también, fueron para siempre origen y meta de cualquier discurso ensayístico.

LA NACIONALIDAD, EL HISPANISMO Y LA UNIVERSALIDAD

La segunda gran problematización axiológica planteada por el discurso ensayístico de Sanín Cano tiene asiento en la condición de intelectual modernista de nuestro pensador literario. Decimos “modernista” como adjetivo aplicable sólo a su condición de crítico que expresa juicios sobre arte, literatura y vida cotidiana en un primer contexto que es el del Modernismo hispanoamericano, entre 1890 y 1926. Pero aquel adjetivo es inútil si pensamos aplicarlo a su condición de ensayista, pues así como nadie dice de Montaigne que fue un “ensayista renacentista” ni que Bacon fue un “ensayista empirista” o que Ortega y Gasset fue un “ensayista naturalista” —por aquello de que fraguara sus textos en el contexto del naturalismo español de Galdós y Pardo Bazán—, tampoco diremos que Sanín Cano fue un “ensayista modernista”, aun si fue el Modernismo el movimiento, la tendencia, el espíritu de época o el discurso literario que motivó esa mirada crítica que luego sintetizó en su discurso ensayístico. Detrás de esto hay una certeza: el ensayista es universal, pues en su diálogo le habla a los lectores de todos los tiempos acerca de temas en su mayoría intemporales.

En el capítulo dos intuíamos cómo el campo práctico de este período produjo una configuración del discurso literario caracterizado por el rechazo a la visión de mundo burguesa y por el consecuente repliegue del escritor en su “Torre de marfil”, metáfora sustentada en la concepción europea del “Arte por el Arte” contra el arte al servicio de la sociedad y la política. El auge del capitalismo y el fortalecimiento de aquella burguesía hicieron que en un principio el escritor modernista personalizara el arte “al extremo”, como dice Saúl Yurkievich: “Libertino y libertario, aristocrático y acrático, el artista o

el escritor, recluso en su interior, realzando su singularidad, recalcando lo excepcional, se convierte en individuo absoluto” (Yurkievich, 1996: 18). Esta individualidad genera excentricidades y extravagancias cercanas al dandismo y a la bohemia, actitudes exigidas por la condición de *outsider* que en gran medida fue la toma de posición del escritor modernista frente al campo del poder.

Pero en un contexto donde ser moderno significaba Europa y Estados Unidos, industrialización, tecnología y masificación, es decir, fábricas, ferrocarriles, máquinas a vapor, telégrafos, periódicos, teléfonos, descubrimientos científicos y ciudades de gran movilidad social, el optimismo tecnológico y la fe en la utopía del progreso no se hicieron esperar. La mirada pasó del regionalismo al universalismo, en un momento en el que los pueblos continentales apenas iniciaban su consolidación como naciones. De ahí que Ángel Rama dijese que América Latina tuvo dos nacimientos en el siglo XIX: el del primer tercio (1800-1830), cuando inician y culminan los procesos de independencia, y el del último tercio (1870-1900), cuando “los ciudadanos de los nuevos países comenzaron a vislumbrar el fin de sus vicisitudes y a percibir lo que llamaron el orden y el progreso, que venía acompañado de su inserción dependiente en la economía mundial” (Rama, 1985: 82).

El escritor modernista vivió esta vorágine cultural animada por la industrialización, que impuso un ritmo vertiginoso en cada uno de los quehaceres de la vida. Pero todo fue violento en América Latina: el flujo informativo, la expansión de las ciudades, la diversidad de clases sociales, la manía importadora de la burguesía —que constituyó, a razón de Claudio Véliz, una pausa liberal latinoamericana (Rotker, 31)— y el espíritu de imitación de lo europeo. Todo parecía, igualmente, ser aliado de la nueva vida cultural e intelectual de aquellas ciudades que como Ciudad de México, La Habana, San Juan y Buenos Aires se contagiaron del espíritu de Modernidad, que en la mayoría de los escritores modernistas fue sinónimo de “malestar” (Rotker, 32).

Y es que el enfrentamiento entre lo nuevo y lo viejo, la tradición y la innovación, lo conservador y lo liberal, lo regionalista y lo cosmopolita, las formas clásicas del arte y la industrialización de la cultura como discursos heterogéneos, hizo, además, que el escritor modernista sospechase cierta insularidad en medio de las masas urbanas y la burguesía sedienta de gran capital. “Se trataba de la élite intelectual, élite que se experimentaba marginada, desclasada dentro del reajuste de las relaciones sociales” (Rotker, 36).

El hecho de haber padecido dos nacimientos en el siglo XIX generó en América Latina aquel “malestar”, pues ¿cómo evitar el traumatismo que implica nacer, buscar la identidad nacional (el regionalismo) y tener que morir un poco para volver a nacer hacia fuera (el cosmopolitismo), sabiendo que de todas maneras, en la intimidad de los pueblos, quedaba por resolver el asunto de la identidad, que había sido un problema resuelto por Europa en el Renacimiento?

Por eso, la Modernidad que dio definición y nombre a los escritores modernistas fue “un enfrentamiento entre racionalización y subjetivismo, entre técnica y emoción, entre el mito y la invasora cotidianidad, entre el desencanto y la fe en el porvenir; es un deseo de conciliar las contradicciones y fragmentos de la realidad, un deseo de novedad y ruptura incesante y cosmopolita” (Rotker, 39).

En este sentido, los modernistas estuvieron entre el romanticismo y la Modernidad, invocando las propuestas estéticas y críticas de Gautier, Víctor Hugo, Óscar Wilde, Huysmans, Poe, Baudelaire y Taine —en el caso de Sanín Cano—, en medio de la era tecnológica y del declive del romanticismo y del positivismo en Europa: “Se convirtieron en una suerte de caja de resonancia donde cabía toda la cultura occidental, mezclándose con una búsqueda de lo propio, de lo nuevo y a la vez de lo más verdadero de la tradición” (*Ibidem*).

En el escritor hablaron la fe y la razón, la conservación y el progreso, la cultura y su vulgarización, el hombre nuevo del Modernismo fue esa especie de anfibio que vislumbró Hegel en su *Estética*: “Un anfibio que debía deambular entre las contradicciones, tras la armonía destrozada” (Rotker, 41), vista desde el subjetivismo en diálogo irremediable con el entorno, la realidad extrasemiótica o la comunidad total de sentido. Y como anfibio, ser fronterizo, mestizo, analógico por excelencia.

Estas y otras contradicciones dieron pie al *período de modernización* (Rama) de la literatura, el arte y la vida social en América Latina entre 1870 y 1910. ¿Qué características lo definen? La conquista de la especialización literaria, antesala de la profesionalización artística y escritural; la aparición de un público culto formado por la creciente escolaridad y la expansión urbana; las influencias extranjeras, europeas y norteamericanas, que sirvieron de modelo y de estímulo para un diálogo con el mercado del arte y la literatura internacionales; la distancia artística autónoma de la estética latinoamericana respecto a los “progenitores históricos” —España y Portugal—, “la que condujo sin embargo, como ya observara De Onís, a una revitalizada tradición hispánica”; la democratización de las formas artísticas desde la manifestación lingüística del español hablado en América y la invención de formas modernizadas; y

un reconocimiento, mejor informado y más real que antes, de la singularidad americana, de sus problemas y conflictos, de las plurales áreas culturales del continente, dentro de problemas y conflictos, de las plurales áreas culturales del continente, dentro de una percepción más ética que sociológica que siguió los lineamientos de la filosofía de entonces, el positivismo (Spencer o Comte) al pragmatismo y el bergsonismo (Rama, 82-83).

Dentro de aquel talante profesionalizador está el periodismo que, según anotábamos con Henríquez Ureña (1994), sirvió de abrevadero para el escritor modernista, al tiempo que funcionó como enlace con el nuevo público, ávido de leer las novedades editoriales que por entonces empezaban a circular desde México y Buenos Aires para América Latina. En la “prensa culta”, representada por *El Imparcial* de México, *La Habana Elegante* de Cuba y *La Nación* de Buenos Aires —periódico liberal fundado en 1870 por la familia Mitre en el que colaboraron, entre otros, Martí y Darío, y del que Sanín Cano fue corresponsal en Londres desde 1918—, así como en algunos periódicos emergentes, los escritores “hicieron el aprendizaje de las demandas del público, ya espontáneamente ya obligados por los directores, adquiriendo un entrenamiento profesional que sus antecesores desconocieron e hicieron la primera adecuación sistemática conocida en América del escritor y sus lectores permanentes, la que no siempre fue aceptada sin protestas” (Rama, 84). Los escritores y sus lectores miraban así más allá de América y degustaban de las obras y del *sensorim* cosmopolita de entonces.

De igual manera, la conexión entre esta voluntad periodística-literaria y la voluntad lingüística renovadora de la lengua literaria en relación con el habla urbana, produjo una “mutua permeabilidad” y una diseminación de las fronteras entre los géneros literarios, lo cual hizo que se hablara de crónica literaria y que el discurso archiensayístico tuviese su gran punto de ebullición en las notas o reseñas críticas, en los comentarios literarios y en los ensayos de interpretación de la realidad americana y mundial.

La visión que tiene Sanín Cano en relación con la problemática de la nacionalidad colombiana, del hispanismo y de la universalidad, tomó forma durante esta época. Necesitábamos hacer un llamado al contexto para entender la intencionalidad de su discurso ensayístico y su propia intencionalidad como sujeto cultural ligado a dichas contradicciones.

A riesgo de caer en el reduccionismo de la periodización historiográfica, diremos que Sanín Cano se ubica como ensayista en la transición entre la segunda y la tercera etapa de la vida del género en Hispanoamérica: primero, la que va de 1880 a 1920, y, segundo, la que inicia en éste año y culmina, tal vez, con los trabajos de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (1950) y del argentino H. A. Murena, *El pecado original de América* (1954). Peter Earle ha llamado a la primera, etapa “simbolista” y a la segunda, etapa de “vanguardia”. Creemos que la división es arbitraria pero vamos a asumirla de manera transitoria para ubicar a Sanín Cano dentro de aquel período y descubrir su intemporalidad.

En síntesis, mientras que en su etapa simbolista el ensayo se mueve entre la defensa de la Poesía, la historia y el significado del Nuevo Mundo y la adhesión-reacción al positivismo, en su etapa de vanguardia será ejercicio de “epistemología”, de escepticismo, de ironía y de paradojas, herencias literarias provenientes de la heterogeneidad del Modernismo:

La riqueza del Modernismo es evidente en su calidad de transición: asimila las fuerzas naturales del Romanticismo y la luminosidad y la pulcritud sincrética del Simbolismo; y la confrontación entre la idealidad estética de Darío, Rodó y Díaz Rodríguez y el mundo cotidiano conduce a la visión irónica no sólo de la Vanguardia de los años veinte, sino del ensayo en nuestro siglo (Earle, 1982: 47-48).

La epistemología como rasgo dominante del ensayo en esta segunda etapa, se une a uno de los tres motivos del supuesto “ensayo modernista”: *La misión cultural* o el ideal histórico (Earle, 50). En este sentido habría que hablar de la “tarea ideológica” del género frente a la historia hispanoamericana: América Latina como un continente por hacer en medio de un mundo que estaba por comprender, por actualizar, y a la espera de su puesta en circulación por los países de “Nuestra América”. También se dice que con el advenimiento de la Modernidad, en los años veinte, el ensayista asume el “relativismo pesimista” propio de los nuevos escritores (Earle, 58).

DE NUEVO EL CRÍTICO INTERNACIONAL

Hemos visto cómo Baldomero Sanín Cano llega a Bogotá en 1885, conoce seis meses después a Silva, e ingresa al universo de los diarios capitalinos, que en mucho sentido tenían gran desventaja respecto a los periódicos continentales que acogieron a los modernistas. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió en la mayoría de las naciones latinoamericanas, en Colombia la prensa cumplió un papel más bien marginal en la transformación de la relación entre el periodismo escrito y sus lectores.

En realidad, si repasamos la historia del periodismo en América Latina durante el período indicado, sabremos que ni *La Consigna* ni *El Espectador*, de Fidel Cano, ni *El Mercurio*, de Enrique Olaya Herrera, figuran como medios disponibles para los modernistas en su tránsito hacia la divulgación y la crítica de la cultura⁴⁰. Pero basta con recordar las referencias del mismo Sanín Cano para entender cómo en una cultura y en una sociedad hiper-vigiladas por el moralismo y el dogma católico, el disenso a través de la prensa era casi imposible.

Pero desde sus orígenes, el discurso ensayístico de Sanín Cano tendrá la misión de divulgar el estado de la cultura, de la literatura y de fragmentos de la realidad social y política de su tiempo en periódicos y revistas de Colombia, de Hispanoamérica y de Europa. En 1903, para hablar del caso colombiano, lo vemos publicando en

⁴⁰ A pesar de esta omisión, Santos Calderón dice, a propósito de los tiempos de la Regeneración: “En este mismo período fueron suspendidos, además de *El Espectador*, más de una docena de periódicos liberales (*El Relator*, *El Demócrata*, *El Autonomista*, *El Debate*, *El Derecho*, entre otros)

El Relator su nota sobre Taine, y un año más tarde une sus esfuerzos junto a los de Max Grillo para crear la *Revista Contemporánea*. Aparte de esto ha estimulado el diálogo modernista entre Hispanoamérica y España publicando en la *Revista nueva* de Madrid. Y también colabora en *La Nación*, el periódico de Núñez, en el que firma sus artículos desde la trinchera simbólica del seudónimo.

En un contexto dominado por el costumbrismo, por la tertulia de *El Mosaico* —que aun así fue importante dentro del campo cultural, intelectual y literario de nuestro siglo XIX— y por el tono monocorde de los versos de Pombo y de la prosa de Marroquín, la misión de Sanín Cano cobra un valor considerable, vista en su momento y en la actualidad. Al repasar su contexto comprendemos aún más por qué nuestro crítico encontró en Silva y luego en Valencia a los dos únicos interlocutores realmente válidos en medio de un ambiente sombrío y anacrónico.

Sí, con Silva y con Valencia, ambos modernistas y poetas de gran influjo en la historia de la poesía en Colombia a lo largo del siglo XX. Vale preguntar y responder con Rafael Maya: “¿En qué sentido, pues, se realizó el magisterio de Sanín Cano sobre el grupo modernista de Colombia” (Maya, 29). Hemos visto que dos de los puntos de diálogo fueron la crítica literaria de carácter periodístico y las traducciones de poetas y novelistas que apenas empezaban a publicar en Europa o ya eran clásicos pero desconocidos en Colombia y en gran parte de Hispanoamérica. Pero hasta ahora hemos aplazado el momento para decir que Sanín Cano, tras la lectura de sus poetas, novelistas y filósofos, configuró su dimensión literaria como un hombre de ideas que transformó y divulgó no sólo dentro del radio modernista sino también para todas las generaciones de escritores y lectores del siglo XX. Por eso en 1949, cuando publica el volumen *Ensayos*, Guillermo Valencia intentará hacer justicia respecto a las acusaciones de “misonéismo irreverente” y de ser un “aclimatador de novedades” que ha recibido Sanín Cano, para destacar la condición de *crítico internacional* de su amigo: “A diferencia de la mayor parte de nuestros críticos, que sólo por incidencia han espigado en mies extraña, nuestro máximo crítico ha sido durante medio siglo la antena receptora del pensamiento y el arte universales accesibles así a nosotros en profundidad y extensión y en la vasta complejidad de sus formas de aparente y recóndita finalidad” (Valencia, vii).

Pero no todo fue interés por la literatura en Sanín Cano. Otras de sus preocupacio-

y fueron desterrados o encarcelados intelectuales y periodistas destacados como José María Vargas Vila, Rafael Uribe Uribe, los expresidentes Santos Acosta y Santiago Pérez, el <<Indio>> Uribe y el propio Fidel Cano” (Santos Calderón, 110-111). De ahí que *La Sanción*, periódico efímero fundado y dirigido por Sanín Cano en 1888, fuese tan significativo en el nombre y en la acción, dado que fue en sus páginas que el ensayista publicó la crítica a la poesía de Rafael Núñez, bajo seudónimo obviamente.

nes fueron, como para la mayoría de intelectuales de su tiempo, asuntos relacionados con el nacionalismo, la nacionalidad o lo nacional, con el hispanismo o la tradición hispánica, y con el cosmopolitismo o la universalidad.

En muchos de sus ensayos, Sanín Cano deja entrever una preocupación por la condición nacional colombiana en forma de crítica a los procedimientos políticos y culturales que han imposibilitado la formación de una sociedad tolerante y “cultura”, en el sentido más clásico del término, pero también en su significación antropológica y sociológica.

Ya en “Bernard Shaw, o el sentido común”, al referirse a una de las obras del dramaturgo británico, *The Intelligent Woman's Guide to Socialism and Capitalism* o *Guía de la mujer inteligente en el capitalismo y en el socialismo*, destaca que dicho tratado de economía política emana de las necesidades creadas por el “hombre supercivilizado”, y luego, abriendo una útil digresión, dice que el socialismo es “una aspiración del corazón humano y una interpretación nueva de ciertos hechos económicos” (*Escritos*, 238). Sanín Cano coincide de esta manera con muchos escritores de su tiempo, para quienes el socialismo como “idea foránea” representaba casi un camino imperativo para la creación de otra sociedad diferente a la que imponían el capitalismo y la pequeña burguesía.

“LA DANZA DE LOS MILLONES”, EL BOLCHEVISMO Y EL ESPÍRITU DE CASTA

Como vimos en el tercer capítulo, en México la Revolución fundó una nueva sociedad y una nueva cultura en detrimento del régimen de Porfirio Díaz. El tránsito estuvo marcado por el socialismo, y a partir de entonces los intelectuales y los artistas crearon nuevos mitos o reinterpretaron los ya existentes. Pero, ¿qué pasó en Colombia? Aunque ilustramos suficientemente el campo práctico vivido por los intelectuales durante la Regeneración y la República liberal, una pregunta cobra importancia: ¿Qué dijo Sanín Cano al respecto en su ensayística?

Al continuar con su referencia al socialismo, afirma:

Por otra parte, en algunas naciones como Colombia, el socialismo existe en su forma decididamente más digna de reprobación. Por turno dos castas voraces se apoderan de los servicios públicos y los explotan a su amaño por el principio colectivista, con exclusión de las personas que no pertenecen por el momento a la casta explotadora (*Escritos*, 239).

¿En qué contexto o realidad extratextual afirma esto? El país concluye el decenio de los veinte, definido por los gobiernos conservadores del general Pedro Nel Ospina (1922-1926) y de Miguel Abadía Méndez (1926-1930), en el fin de la Hegemonía conservadora. Esta es una etapa llena de pretensiones de progreso, pero igualmente pletórica en contradicciones, represiones y fracasos. De ella dan cuenta algunos ensayos de interpretación sociológica de Sanín Cano.

Era inevitable, pues durante este período el país quiso neutralizar aún más las diferencias a muerte dejadas por la ya lejana guerra de los Mil Días. Con la Unión Republicana conformada en 1909 bajo el gobierno de Carlos E. Restrepo se había pasado a un estado de calma en medio de aguas mansas que sacarían a flote el asesinato del expresidente Rafael Uribe Uribe (amigo de Sanín Cano) el 14 de octubre de 1914. Diez años después, Colombia empezaba a vivir lentos procesos de modernización y movilización social, pero en general todo seguía siendo lo mismo: un mundo rural dominado por pequeños terratenientes, una pequeña burguesía urbana empeñada en el reparto del poder y de la torta burocrática, una creciente intervención económica y política de Inglaterra y de Estados Unidos, y la intención de organizar un partido obrero con visos socialistas frente a las políticas económicas de las compañías extranjeras del banano (United Fruit) y del petróleo (Tropical Oil), así como de los puertos y de los ferrocarriles. Sobre este particular, la idea que tenía Ospina se sustentaba en el progreso de la nación; marcha en la que siempre hubo intereses de Washington, “atento” a la expansión comercial e industrial del país frente a los temas del sistema bancario, los ferrocarriles, los servicios públicos y el desarrollo del petróleo y del carbón.

Por esa época, conocida también como la era de “la danza de los millones”, se quiso ampliar el ferrocarril del Pacífico y también construir otros que más tarde terminaron en fracaso: el ferrocarril de Puerto Wilches, el de Pasto a Tumaco y el del Carare:

La dispersión de los proyectos impedía la conclusión de alguno y a este obstáculo inicial se sumaba la ineficacia y el despilfarro, particularmente durante la administración de Abadía Méndez. En 1926 se habían agregado un poco más de 600 km a los 1.400 de líneas férreas existentes en 1921. Dos años más tarde, cuando el país había agotado todas sus posibilidades de crédito, la red ferroviaria se había extendido 465 km más pero el total (de 2.513 km) se quedaba corto en dos mil kilómetros para completar un verdadero sistema (Colmenares, 2001: 254).

Aquel despilfarro generó movilizaciones sociales que, como sabemos, terminaron bajo la represión de estos gobiernos, especialmente el de Abadía Méndez. Los conflictos laborales, las huelgas obreras y las medidas policivas del presidente llevaron a

que hacia 1928 la república conservadora indicase signos de deterioro. Vino luego la oposición liberal que adhirió a los grupos de izquierda, sobre todo de parte de la Unión Colombiana Obrera y de alguna fracción bolchevique. Entre tanto, la clase dirigente aprobaba sin remilgos la influencia norteamericana en las decisiones económicas y políticas del país.

Con el ensayo “Las ideas, los motes, los hechos (Sobre la palabra “bolchevique”), Sanín Cano había empezado a llamar la atención sobre éste y otros aspectos. El ensayo-discurso tiene visos doctrinarios, radicales, pues esa era la posición más idónea que cualquier intelectual autónomo debía tomar frente al estado del campo del poder. El texto, publicado en 1927 en la revista *Universidad* —que dirigía Germán Arciniegas—, está motivado por el mensaje del “presidente” (Sanín Cano evita mencionar a Abadía) en las jornadas del 20 de julio, en el cual advertía sobre los peligros del bolchevismo o bolcheviquismo para el decurso “sensato” del país. La “prensa asustadiza”, dice el ensayista, hizo eco de este temor y de las palabras del Ministro de Guerra (tampoco se menciona a Ignacio Rengifo, quien delegó al general Carlos Cortés Vargas para aplicar la “solución final” de la huelga de las bananeras en 1928), a quien también le preocupaban las “tendencias e ideas de algunos compatriotas” (*Escritos*, 615). En contravía, lo que Sanín Cano afirma es que, por el contrario, el bolchevismo es, gracias a las transformaciones ocurridas once años atrás en la antigua Rusia zarista, el “fenómeno social colombiano del momento” (*Escritos*, 616). Es casi un movimiento religioso, tergiversado por la “gran prensa” americana y europea. Después, en tono irónico, afirma que aun así, a pesar de que es la vanguardia ideológica de la época, lo “bolchevique” (la “unidad de la mayoría”, explica) no es un peligro para Colombia, pues aquí nadie quiere subvertir el orden: “Acaso no hay un pueblo compuesto de mayorías más sumisas” (*Escritos*, 621), entre las cuales el factor popular es víctima de la somnolencia propia de lo que Luis Vidales llamó la “adormidera nacional”.

Esta visión crítica persiste en “Una interpretación de nuestro tiempo”, ensayo publicado el 4 de febrero de 1928, también en *Universidad*. En el texto hay una tentativa por darle respuesta a tres preguntas que podemos sintetizar así: ¿Cuáles son los rasgos dominantes de nuestra época en Colombia, cómo se explican y cuáles son sus consecuencias inmediatas? (*Escritos*, 643).

Sin vacilación, afirma que el mayor rasgo del país es el “reinado incuestionable y sistemático” de la incompetencia, proyectada en la relación entre el gobierno y la “atonía” de sus gobernados. En el país, considera, el mérito es desconocido, “el saber es objeto de burla en unas secciones de la camarilla gobernante y de recelo y desconfianza en sectores menos ilustrados” (*Ibidem*), y el progreso hacia el que se dice avanza la nación es casi una utopía a la que es posible que se llegue después de muchos tumbos.

La incompetencia tiene una explicación, que para Sanín Cano estriba en “el espíritu de casta”. De ahí nacieron el régimen de gobierno y, por extensión, la incompetencia, el favoritismo, que a la postre siempre conducen al “desaliño”, la delincuencia y la impunidad. Las consecuencias podrían ser (como de verdad fueron) la auto inmola-ción del régimen y el reemplazo futuro por tres opciones esperpénticas y terribles: una “figura de procesión carnalesca”, un director de sociedades para “ejercer el castigo” y una comunidad dotada de “ambiciones oscuras y rencores centenarios” (*Escritos*, 646).

En el ensayo de interpretación “La casta y los expertos”, del 22 de abril de 1929, volverá sobre el asunto. La atención se centra ahora en los técnicos encargados de organizar los derroteros del progreso en Colombia. Aquel apunte histórico acerca de los ferrocarriles y del devenir de la economía nacional durante este período es fundamental porque nos entrega un horizonte de sentido para comprender las afirmaciones que Sanín Cano hace desde la crítica de su ensayo; discurso que aquí toma forma sociológica.

Su juicio crítico lamenta mucho que el gobierno tenga fe absoluta en los técnicos extranjeros encargados de diseñar las rutas del pretendido progreso nacional, en detrimento del ingenio técnico del país, que ha llevado a cabo conquistas importantes como las de los ferrocarriles de Cúcuta, La Sabana, del Pacífico y Puerto Berrío. ¿Por qué se da esta inequidad? Sanín Cano piensa que uno de los presupuestos acrílicos es el de la “superioridad” de las razas, que en Colombia —a diferencia de otras naciones donde persiste pero sin mayores énfasis— es ley. Así mismo, ese presupuesto es alimentado por la auto desconfianza de los colombianos, con su temerosa manía de preguntarle todo a los extranjeros sin darse a la tarea de examinar y tomar decisiones a través del juicio y la acción propios:

Pero ha de haber descendido considerablemente el nivel intelectual en la patria de Tomás Cuenca, Felipe Zapata, Salvador Camacho Roldán, para que sea necesario obtener la opinión de hacendadistas extranjeros sobre el manto del auxilio por conceder a Ipiales, a Cácuta de la Matanza o a Don Matías, y sobre la manera como pueda ponerse a disposición de esos distritos el auxilio congruente (*Escritos*, 683).

“UNA REPÚBLICA FÓSIL” Y LA FALSA NOCIÓN DE LITERATURA NACIONAL

Sanín Cano, conocido entonces por su status de ensayista y crítico literario, apela a cierta porción histórica del pensamiento colombiano para problematizar asuntos que atañen a la economía, la política, la sociedad y la cultura de su tiempo. El 28 de abril de 1928 esta disposición crítica *in crescendo* alcanza mayor altisonancia. La

misma revista presenta el que seguramente fue el texto más acerado de Sanín Cano contra la cohorte de la Hegemonía conservadora, a la que despacha con un saludo a las nuevas generaciones políticas e intelectuales del país: “Una república fósil”.

Luego de detenerse en la etimología de la palabra “fósil” (que proviene del vocablo latino *fossa* o “fosa”, “trinchera”, “excavación”), el ensayista emprende un verdadero trabajo de arqueología hermenéutica por la doble configuración fosilizada y renovadora del país, dado que esa es también la condición de algunas especies fósiles, es decir, ser fósil pero también ser anfibio. La analogía es como sigue:

Así como hay especies fósiles que comparten el usufructo del suelo con otras que pertenecen a época más reciente de la vida terrestre o anfibia, así hay también en el reino político naciones cuya vida general parece, de un lado, resto de épocas antiguas, y de otro, una formación nueva dentro de influencias fácilmente explicables. Entre las entidades políticas de este género se cuenta a la República de Colombia (*Escritos*, 637).

Después de esta intuición ensayística, encuentra en Colombia una hibridez estructural en la que pervive una mezcla de tres aspectos definitivos: las prácticas políticas patricias y egipcias; los procedimientos económicos, sociales y militares de características medievales, y las prácticas políticas más avanzadas, actitud pragmática similar a la que Europa mantiene por esa época.

Colombia es una nación nueva que sin embargo adolece de prácticas antiguas de relación y dominación. Este factor, unido a la sumisión propia de las clases populares, ha hecho que durante medio siglo en el país gobierne una Hegemonía que incluso “fosiliza” a sus cuadros políticos jóvenes (piénsese luego en Álvaro Gómez Hurtado y en Alfonso López Michelsen). En un fragmento de párrafo, Sanín Cano evalúa sin concesiones la ya a punto de desaparecer Hegemonía conservadora:

El dominio exclusivo e intransigente de un partido político, hace cuarenta y dos años, de un partido religioso que parece preocuparse con mayor interés de la salvación eterna de los administrados que de la salud pública, ha creado una casta privilegiada, sacerdotal en algunos aspectos, y, sin embargo, suficientemente hábil para esconder su naturaleza bajo las especies de un régimen de libertad que desconcierta a los observadores superficiales (*Escritos*, 638).

Y antes de confirmar que el afán “pueril” de enriquecimiento, de progreso (o de aquella “prosperidad a debe” que mencionó López Pumarejo) y de poder político por

parte de los jóvenes ideólogos está entre los factores que obstaculizan la renovación ideológica y cultural del país, al tiempo que le garantizan su vocación de “república fósil”, afirma algo que, por cierto, contribuye a aclarar el concepto de actualidad temática de su discurso ensayístico:

Habiendo vivido Colombia durante siglos, por causa de sus gobiernos, de su topografía y de su desarrollo histórico, en un estado de aislamiento, con relación a las corrientes de adelanto material y filosófico, renovadoras de la mentalidad y de los hábitos de vida, se ha perpetuado aquí un organismo político semejante a aquellas especies que recibieron su nombre por las analogías de su apariencia exterior con los espectros. Y lo que es más raro, con las especies tardígrafas en literatura y filosofía ha convivido siempre un grupo reducido de inteligencias apasionadas de lo nuevo, investigadoras tenaces de la vida en sus variados aspectos, que parecen en todo momento condenadas a desaparecer o a transformarse por no estar en armonía con el ambiente. En estos momentos su vida es precaria (*Escritos*, 641).

Destacamos el carácter crítico de este ensayo y la prudencia que encarna, sobre todo porque en la interpretación de Sanín Cano hay una problematización axiológica que si bien deconstruye un universo extrasemiótico inscrito por el campo del poder, también construye una posibilidad de inteligibilidad, al atender la pequeña ola renovadora que convive o sobrevive en el país.

Uno de los aspectos que más llama la atención de estos y otros textos de Sanín Cano en relación con las condiciones económicas, políticas, sociales y culturales vividas durante esta época, es la voluntad crítica esgrimida desde el escenario laxo y libre del ensayo, escrito por un hombre de letras y no por un especialista.

Ahora bien: ¿Establece Sanín Cano una relación entre el problema de la nacionalidad y la literatura? ¿Cuál es su concepción de las llamadas literaturas nacionales? ¿Es posible hablar de una literatura nacional en pureza?

En “De lo exótico”, ensayo que todas las antologías han recuperado, sopesa dichas cuestiones. El texto aparece en *Divagaciones filológicas...*, y su función crítica apunta a problematizar la cuestión del “sentimiento de nacionalidades” en relación con las literaturas nacionales. Al parecer, la distinción entre éstas literaturas subyace en criterios lingüísticos —las diferencias entre las lenguas, por ejemplo—, mas no en un riguroso examen literario.

Sanín Cano afirma que “en el momento actual de la civilización es casi imposible conservar una literatura sana de todo influjo extranjero” (*Escritos*, 336). Toma como

ejemplo el estudio de Brandes sobre Goethe y pide no extender el “cordón sanitario” en torno a las “provincias literarias”. Recordemos que es la época en la que se piensa todavía en la identidad nacional, y esta quimera antropológica pasa también por el meridiano de la literatura. De ahí que durante el siglo XIX y buena parte del XX asistamos a la aparición, en todas las formas del arte, del regionalismo, del costumbrismo y del criollismo.

Adelantándose un poco a la idea de Ángel Rama sobre los procesos de transculturación de la literatura latinoamericana, el ensayista postula la ausencia de una “obra nacional”, optando por recuperar una idea cara a Faguet para dar a entender que el “patriotismo” en literatura no descansa en la transposición directa del campo práctico nacional a la literatura, como sí en la actualización de ésta literatura a través de una mirada hacia fuera, es decir, hacia lo que por esa época se decía en tono peyorativo eran las “ideas foráneas”. Sanín Cano piensa que “el patriotismo en materias literarias consiste en tratar uno de enriquecer la literatura nacional con formas o ideas nuevas” (*Escritos*, 337).

El ensayista reprueba el nacionalismo literario tanto como la imitación a secas de los modelos de afuera; incluso arremete contra quienes en nombre del Modernismo calcaron a oscuras (para decirlo en uno de sus términos) a los parnasianos y los simbolistas franceses. El propósito, en contravía, debe ser el diálogo con otros ámbitos literarios para encontrar en ellos posibilidades de expresión de la cultura local: “Ensanchémonos en el tiempo, en el espacio, no los limitemos a una raza, aunque sea la nuestra, ni a una época histórica, ni a una tradición literaria” (*Escritos*, 345).

Pero el problema de lo nacional en relación con la sociedad, la política y la literatura no se limita a la formulación de una queja crítica sino que asume incluso posiciones más abiertas frente al contexto en el que se sitúa Colombia durante aquella y otras épocas. Esta atención lleva a que Sanín Cano se detenga en una gran segunda problematización: el hispanismo o la tradición hispánica.

EL PROBLEMA DE LA TRADICIÓN HISPÁNICA

Los lectores críticos de Sanín Cano han dicho que el ensayista, quizá como buen modernista (veamos las características del proceso modernizador de las artes y las letras adelantado entre 1870 y 1910 por el Modernismo, según Rama), se opuso siempre la vigencia del influjo o de la marca de España en la cultura latinoamericana. Así fue, sólo que esta reacción no se produjo de la manera tan radical como algunos han querido plantear (Maya, 25)⁴¹.

⁴¹ Un juicio radical es el de Maya: “justo es reconocer que Sanín Cano permaneció siempre extraño a la tradición hispánica, que no gustó de los clásicos antiguos y modernos, y que su inteligencia fue, en cierto modo, reflejo de la conciencia europea de fines del siglo, hasta donde podía serlo la de un hispanoamericano desasido de todas las tradiciones de la raza, menos de las del idioma” (25-26) [Las negrillas son del autor].

Debemos ver en él a un ensayista prudente, que reconoce e introduce el mundo universal en la cultura y la literatura parroquiales gracias a su sensibilidad, curiosidad y el don de lenguas que siempre se le ha resaltado. Hernando Téllez lo explicó mejor:

En pleno esplendor del costumbrismo, y, desde luego, en la curva más alta del llamado “clasicismo criollo”, Sanín Cano burló todas las aduanas de esa organización, y pasó el espléndido contrabando de muy extrañas mercancías literarias, que, cuando menos, y con relación a unos pocos espíritus, sirvieron para llevar a cabo una tarea de confrontación y de contraste, para poner en razonable duda la calidad y el sabor de los alimentos intelectuales en uso. Su actitud demostraba que más allá de los límites de la colonia literaria española, prolongada y regida imperialmente por don Miguel Antonio Caro, existían otros territorios del arte. Frente a los doctos especialistas, a los gramáticos, filólogos, latinistas, hispanistas, costumbristas, a los poetas o versificadores del patriotismo, de las “ideas generales” de la familia, del folclore, él promovía tácitamente, con su propio ejemplo de escritor, una ampliación de las fronteras acatadas entonces como únicas para el universo literario. En rigor, proponía romperlas. Su especialidad era el mundo entero (*Escritos*, 776-777).

La discusión que Sanín Cano sostuvo con su tradición hispánica tomó fuerza en Londres, en las páginas de la revista *Hispania*, de Pérez Triana. El texto que señala uno de los primeros hitos para la afirmación de la polémica es “Menéndez y Pelayo”, publicado el 1° de noviembre de 1912, cuando la enorme repercusión de la muerte del historiador y crítico ha generado en España y en muchos sectores intelectuales de Hispanoamérica toda suerte de textos panegíricos.

Contrario a ello, el ensayista asume una perspectiva crítica: “Importa meditar con espacio para aquilatar el alcance de tamaña desgracia” (*Escritos*, 561). Claro, creemos que reconoce en Menéndez y Pelayo al clasicista infatigable, amante como pocos de la tradición española —en su manifestación histórica, religiosa, científica y literaria—; al autor de *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-82), pero también al purista que en su momento se jactó de no saber la lengua alemana ni de conocer la Edad Media, pues para él era un tiempo sin valor positivo. Advierte seguramente al Menéndez y Pelayo de la *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-95), estudio general sin precedentes sobre la poesía hispanoamericana en el que, sin embargo, desconocía la naturaleza americana de Darío y de otros modernistas.

En general, la crítica de Sanín Cano al hispanista por excelencia se apoya en la prosa insustancial de aquel, así como en la revisión de aquella idea que Menéndez estilaba

respecto a la defensa que todo pueblo debe hacer de la tradición para conservar la “levadura espiritual” (*Escritos*, 565). A raíz de esta propuesta, dice el ensayista, “hemos visto en España retardarse en cosa de un cuarto de siglo la fecunda renovación literaria que sopló sobre el mundo europeo desde 1880 hasta fines del siglo pasado” (*Ibidem*). Habla del Modernismo, que significó una tensión entre los “impulsos de renovación” en América y el “tamaño temperamento tradicionalista” de España.

Aun así, Sanín Cano reconoce, igualmente, el papel de “gran vulgarizador” y la claridad de Menéndez y Pelayo para exponer las ideas filosóficas, las doctrinas morales y las perspectivas históricas desde la tribuna periodística o a través de su erudición crítica. El texto finaliza con una inquietante afirmación: si el hispanista “se hubiera dedicado a las ciencias físicas o naturales, habría inaugurado en España un género literario muy abundante en Inglaterra y de que la Península ha andado siempre escasa” (*Escritos*, 566). ¿Al hablar de ese género literario Sanín Cano estaba pensando en el ensayo? Es lo más probable, si tenemos en cuenta que con su historiografía y su crítica estética Menéndez y Pelayo tuvo fama de tratadista y de totalizador.

ESPAÑA, LA LENGUA Y LA DISCUTIBLE RIQUEZA DE LA CULTURA ESPAÑOLA

El 1° de junio de 1913 aparece en *Hispania* el ensayo de interpretación “La race incomprise (Sobre España)”, de Sanín Cano, que enseguida genera la respuesta lúcida de Miguel de Unamuno, éste sí ensayista y crítico de la tradición que le precede. Nuestro ensayista parte de la queja de Unamuno, quien protesta porque Europa parece no comprender a la raza española. Sanín Cano argumenta que España, siendo una rica amalgama de elementos heterogéneos (hablemos del latino, el árabe y el americano), tampoco ha sido dada a la comprensión de otros pueblos y de otras culturas. Obsérvese, sugiere Sanín Cano, la actitud de los españoles frente a los árabes y judíos durante el nacimiento de la Edad Moderna, y luego las disposiciones que tomaron en América a lo largo de los duros procesos de conquista y colonización. El trabajo de Sanín Cano —que a Unamuno le parece “discreto y sensato”— también afirma que jamás habrá, por fortuna, una comprensión absoluta entre los pueblos, pues prevalecen barreras infranqueables que hacen las diferencias entre uno y otro.

Frente a los críticos españoles como Núñez de Arce, Valera y el mismo Menéndez y Pelayo, Sanín Cano prefiere a Azorín, como Unamuno miembro de la desencantada Generación del 98 y, en su momento, toda una autoridad en cuanto al estado actual de la literatura española y universal se refiere.

En “Azorín”, ensayo literario que apareció en *Hispania* el julio de 1914, comenta dos textos del español: *Clásicos y modernos* y *Los valores literarios*, ambos de crítica literaria. Aquí el ensayista destaca el carácter rectificador al que el autor somete los

valores literarios hasta entonces aceptados en España, e incluso los propios juicios que entrega sobre las razones que tiene para hacerlo. Sobre todo, Azorín, dice Sanín Cano, “agita la pica” contra “las rocas de lo universalmente aceptado en literatura” y también contra las “entidades tan quisquillosas como el patriotismo” (*Escritos*, 598). Es una pena que este texto sea tan corto y no hubiera merecido mayor desarrollo frente al método crítico de Azorín.

Pero realmente donde encontramos una crítica más acerada a la tradición hispánica es en el universo de la lengua española. En “Bajo el signo de Marte” revisa la tradición latina para decir que el español, como otras lenguas modernas, es “el latín hablado de otra manera” (*Escritos*, 118). Esto de ninguna manera es un elogio; antes bien, se trata de desvirtuar la superioridad lingüística del latín que enaltecieron Cicerón, Virgilio y Horacio —tan defendido por Menéndez y Pelayo en España—. Tras decir que estamos ante una lengua “mal hablada”, afirma:

La lengua de los modelos clásicos era una de mandarines. Las gentes refinadas percibían todos los finos matices de la oratoria y de la poesía del tiempo; la mayoría, es decir, el pueblo de verdad, tenía sus modos de expresión más sencillos y probablemente más eficaces, según es el caso en las lenguas modernas (*Escritos*, 119).

A Sanín Cano le parece algo absurdo que en las escuelas no se enseñe aquel latín vulgar que dio origen a las lenguas romances. Por esta vía afirma que es innecesario estudiar latín para aprender el origen del idioma español, como tampoco es imprescindible “romperse el cocodrilo de la inteligencia en la gimnasia de las lenguas clásicas” (*Escritos*, 120). Defiende su propuesta apelando al principio de autoridad proveniente de Wells, quien decía advertir mayor vigencia en *Los hermanos Karamazov* y menos en *Iliada*. De ahí a la crítica de la cultura clásica hay un paso: tanto el griego como el latín alimentaron la beligerancia y la barbarie en los pueblos que los usaban como sustento cotidiano de relaciones económicas, sociales y políticas.

En este ensayo, la reflexión apunta al cuestionamiento del pasado o del origen de la lengua española. Pero, ¿qué hay de su presente y su futuro? “Porvenir del castellano” es un texto que a pesar de abrir *Divagaciones filológicas...*, de 1934, había aparecido en *Nuestro Tiempo* en julio de 1901. Si en “Menéndez y Pelayo” los cuestionamientos apuntan a desvirtuar las tesis puristas y clasicistas del historiador de la literatura español, aquí el referente es Juan Valera, de quien examina y refuta al menos tres puntos de vista: a) Su lamento latino; b) Su indisposición por la independencia lingüística y literaria de América respecto a España; y c) Su condena al Modernismo.

En relación con el primer aspecto, condena el lamento de Valera en torno al hecho de que los latinoamericanos se avergüencen de ser españoles de origen y que hayan “dado con el chiste de apellidarse latinos”. Frente al segundo momento, Valera, como otros intelectuales hispanistas, ve con preocupación el talante independentista del Modernismo, en un contexto en el que la historia había señalado la pérdida de Cuba por parte de la monarquía ibérica. Finalmente, acerca del tercer punto, Valera, como es lógico, pide no imitar a los modernistas, ni a los “decadentes” y conservar la pureza de la lengua.

Desgajado de esta última convicción valeriana, viene otro cuestionamiento, dirigido ahora a la preservación que ejercen los académicos de la lengua. El ensayista descrece de ideas como “conservar el idioma” o ser “depositarios de la lengua”, ya que desde una visión sociolingüística es el pueblo el único propietario del castellano. A los académicos les queda cumplir el papel del ázoe en la atmósfera, es decir, el de moderar y conservar el uso del idioma, pero no apropiarse de la lengua hasta el punto de que ésta fenezca en las academias y en los diccionarios.

En una atractiva metáfora, Sanín Cano distingue, de paso, entre una lengua muerta y una lengua viva: “Un melocotón en la plenitud de su madurez es la lengua que usan el artista escogido y el pueblo; uno conservando en alcohol la lengua que se deshace y que las academias tienen con amor superfluo y estéril bajo su cuidado” (*Escritos*, 318).

Si el porvenir del castellano señala su muerte, ésta vendrá, piensa Sanín Cano, desde los púlpitos académicos pero no del uso cotidiano que el pueblo hace de ella, particularizándola y vulgarizándola. La lengua morirá gracias a la tendencia decadente de algunos escritores, empecinados y encenegados “en la imitación de los viejos modelos” (*Escritos*, 322). De paso, critica incluso a quienes en nombre de la tradición, desprecian las ideas nuevas provenientes de otras culturas y de otros idiomas: “¿Por qué es vituperable imitar a los extranjeros contemporáneos y no lo es el seguir maquinalmente a escritores españoles o latinos o franceses de siglos pasados?” (*Ibidem*).

De otro lado, con la crítica a la idea de pureza de la lengua, el ensayista defiende la particularidad que cobra el idioma según la región donde es hablado. Así, contestando a preguntas y malentendidos tácitos, dice que en México y Argentina no hay dos lenguas nuevas sino “dos modos diversos de hablar una (lengua) tan vieja como el hombre” (*Escritos*, 324). El porvenir del castellano es, lejos de la visión apocalíptica del academicismo y de la tradición hispanista, la transformación, la innovación y el dinamismo que le entreguen sus hablantes. Dos aspectos definirán, como en verdad ha pasado a lo largo de casi cien años, ese destino: el saludable contacto con otras lenguas, que debe ser entendido como enriquecimiento, más que como pérdida, y los cambios, los giros nuevos o neologismos y los clisés inventados en el uso cotidiano del idioma.

En Hispanoamérica, Europa encontró el lugar donde vivir transformaciones in-

negables que sin embargo muchos veían como sinónimo de extravío de una esencia inamovible. Sanín Cano halló que los pueblos latinoamericanos están unidos por las diferencias culturales, y que los escritores de entonces se relacionaban no a través del idioma uniforme, sino con base en el “viaje a Europa, la caravansera de París”, pues afirma con lucidez premonitoria que es “en el viejo mundo donde los hispanoamericanos descubrimos el lazo que nos une espiritualmente” (*Escritos*, 284).

En la visión de Sanín Cano de Hispanoamérica parece confirmarse una intuición: el continente lingüístico y cultural es rico, a pesar del influjo español. En esta relación, “Giovanni Papini y la cultura iberoamericana” es un ensayo de interpretación que puede ser leído como de crítica literaria y al mismo tiempo como una teorización histórica sobre las relaciones entre América, España y Europa.

El ensayista parte de un artículo que Papini tituló “Lo que América no ha dado”. En este texto, el italiano plantea que hasta ahora el continente americano está en deuda con sus progenitores en aspectos como la economía, la política y la cultura. Sanín Cano se pregunta, más bien: ¿por qué la cultura y la civilización europeas no dieron más frutos de los que debían dar en América? La respuesta tiene cierto tono hispanófobo: por la pobreza de España, en un contexto histórico marcado por la guerra y el hambre, personaje simbólico principal de la literatura picaresca.

Pues bien, con sana ironía Sanín Cano refuta a Papini:

El señor Papini dice que los europeos, es decir los españoles, trasladaron a América su civilización y su cultura. Se trasladaron ellos y trajeron la lengua, la cruz y los toros, cuya traslación no implica desmedido esfuerzo. América, mal que bien, conserva esas tres dádivas, y por lo que hace a la lengua y la religión algunos países, Colombia entre ellos, las cultivan con esmero y laudable entendimiento (*Escritos*, 520).

De otro lado, cuando Papini afirma que América dejó de aprovechar las riquezas y los aportes dados por Europa, nuestro ensayista recuerda que la cultura española empezó a ser trasladada de manera insuficiente y tardía al continente sólo después del siglo XVIII. Hablando de los libros de la Biblioteca Nacional de Bogotá que versaban sobre la Ilustración, dice: “En verdad allá no había, cuando el presente escritor visitaba ese establecimiento, materia explosiva suficiente para despedazar una nido de colobrí” (*Ibidem*).

Finalmente, recurre a otro argumento para sustentar el hecho de que la civilización europea sea “indigente por definición”. Lo prueban aquellos tesoros que fueron a España en tiempos de la conquista, y el sacrificio masivo de indígenas durante este

período y la Colonia. Además, en pleno siglo XIX, América, tras el incremento de su capacidad productiva, siguió brindándole a Europa riquezas, comodidad y cultura, tal como ocurrió en el siglo XVI.

EL CRISTIANISMO Y LA HIGIENE

Desde la imaginación ensayística, Sanín Cano pretende construir una idea de la historia en la que participan elementos reales o presentes, y condiciones proyectadas en perspectiva de futuro, fundamentalmente en lo que al porvenir socialista y comunitario de América se refiere. Los ensayos que así lo manifiestan son “El descubrimiento de América y la higiene” y “Sandino y Nicaragua”.

Lo interesante del primer texto es la observación que el ensayista hace de la causa real del exterminio indígena acaecido en el siglo XVI. Para él, ni la crueldad, ni el trabajo forzado, ni la tristeza fueron los agentes genocidas; realmente fue el vaho letal expelido por los europeos a su llegada lo que produjo la muerte mayoritaria de los primeros pobladores de América. Fue un problema de higiene, sin duda: “Provenía a todas luces de que los americanos del siglo XVI eran un pueblo sano, pulcro y débil, en tanto que las ciudades europeas de la misma época eran un conglomerado infecto en que la higiene no era conocida y en que la suciedad y sus parásitos dominaban señorialmente” (*Escritos*, 164).

Apoyado en historiadores como Julio Manzini, Troles Lund y George Brandes, Sanín Cano opone el higienismo americano a la extrema suciedad europea representada en el atuendo y en la piel de los soldados conquistadores, quienes prácticamente estaban inmunizados contra la muerte por influenza, enfermedad que acabó con los indígenas. A esto se suma el hecho de que como cuenta el ensayista, sirviéndose de los testimonios de Restrepo Tirado, de López de Gomara y del padre Gumilla, autor del *Orinoco ilustrado* publicado en pleno período colonial—, a los españoles les parecía aprehensiva y extrema la pulcritud de los americanos. Pero “la mala aventura de las tribus americanas quiso que Colón hubiera descubierto aquellas tierras en el momento en que el viejo mundo se estaba convirtiendo en una pocilga” (*Escritos*, 168).

¿Cuál es el origen, nos preguntamos con Sanín Cano, de esta opinión elevada a realidad histórica acerca de la causa verdadera de la muerte de aquellos primeros pobladores americanos? El ensayista afila su pluma y piensa que la razón de aquella suciedad radica en la prédica cristiana de la humildad y la pobreza como caminos de perfección. Para él, cristiano y suciedad tienen una preocupante implicación: “El cristiano, según Nietzsche, era, por antonomasia, el hombre mal hallado con la limpieza. A más de esto, el contacto con el agua tibia y elástica asumía los preliminares de la caricia lúbrica. Por eso los primeros cristianos tenían horror al baño” (*Ibidem*). Si pensamos

en aquellos místicos que encontraban éxtasis mediante la flagelación del cuerpo en todas sus formas —incluyendo el uso del silicio y la distancia moral frente al agua—, veremos que las ideas del ensayista son cuerdas, pues beben de un referente histórico y religioso que arrancó con el cristianismo primitivo y fue hasta muy entrado el siglo XIX. He aquí una de las herencias de la “rica” cultura española en América: “Fue en este tiempo tenebroso cuando la Europa vertió sobre las Indias Occidentales el pozo infecto de su población” (*Escritos*, 169).

LA RAZA AMERICANA Y EL LIBREAMERICANISMO

De alguna manera, la mención al problema de la higiene —que tantos estudios antropológicos y sociológicos generó en Europa— y de la muerte de las tribus americanas refleja en Sanín Cano una preocupación por el asunto de la raza. Es así como en el ensayo “La conciencia de una raza”, escrito a propósito de los textos *La melancolía de una raza*, del colombiano Armando Solano, y de *Ensayos de interpretación de la realidad indígena* (cita así el ensayista los trabajos de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*), del peruano José Carlos Mariátegui, destaca el lado oscuro del proceso de conquista española, que en la desadaptación experimentada por el español en los nuevos territorios, alentó el desconocimiento de la mentalidad y la cultura precolombinas, lo que a su vez convirtió al indígena en un extranjero en su propia tierra. La incompreensión por parte del español hizo que éste experimentara el abismo de la *otredad* desde el insano lugar de la barbarie, que arraigó en la nueva cultura hispánica, determinando el destino histórico de naciones “violentas” como Colombia: “La solución de continuidad entre las razas que pueblan este país colombiano no dejará de existir mientras la ignorancia sea el patrimonio forzoso de una de ellas y la otra persista en explotarla sin misericordia y en negarle su puesto al sol” (*Escritos*, 293).

Recordemos que fue en Europa donde Sanín Cano escribió gran parte de estos ensayos de aproximación a la tensión entre la historia de la cultura europea y americana, confirmando aquello de que era en el antiguo continente donde los hispanoamericanos advertían el cordón umbilical simbólico que los comunicaba espiritualmente. Esta conciencia de relación casi simbiótica es la que permitió pensar casi al unísono en la ontología y en la identidad del ser americano, así como en la relación de la América Hispánica con su entorno político, en especial con Estados Unidos, que al iniciar el siglo XX empezó a hincar el diente sobre el lomo de América, tal como siglos atrás lo había hecho España. En esta línea, el 24 de agosto de 1928, a la luz de la decadente Hegemonía conservadora —de la cual fue el presidente Abadía Méndez su último bastión—, Sanín Cano publicó en *Universidad* el ensayo-discurso “Sandino y Nicaragua”, texto que hizo época y que representa bien una de las facetas del pensamiento político del ensayista.

Pronunciado originalmente como una de las célebres conferencias en el Teatro Municipal, gracias a la iniciativa de Alfonso López Pumarejo, el texto rinde homenaje a los generales nicaragüenses Julio César Vargas y Augusto Sandino. El primero ha llegado a Bogotá después de combatir al lado del segundo en Nicaragua contra los marinos y aviadores saxoamericanos por la “libertad internacional” y la soberanía de América.

Para el ensayista, la lucha sostenida por Sandino tiene origen en la intolerancia norteamericana para aceptar visiones de mundo distintas a la suya. Como intelectual disidente, exige de los bogotanos un apoyo incondicional a esta lucha que es “causa de todo el continente”: “Esta ciudad, proverbialmente amiga de todas las causas generosas, no puede manifestarse indiferente a una lucha en la que la justicia y el derecho están de parte del débil, que es, además, un pueblo de nuestra misma estirpe” (*Escritos*, 649).

A beneficio de inventario digamos que Sandino asistió a la emergencia en América Latina del pensamiento nacionalista-americanista-antiimperialista, que tuvo sus impulsores en México, Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, Chile, Argentina, Uruguay y Colombia: Benito Juárez, José Martí, Gregorio Luperón, Eugenio María de Hostos, José Manuel Balmaceda, Juan Bautista Alberdi y José Ingenieros, José E. Rodó y José María Vargas Vila —en *Ante los bárbaros (Los Estados Unidos y la guerra)*, de 1917—, respectivamente, encabezaron el espíritu de contradicción de corte liberal radical y socialista frente a los Estados Unidos.

En el plano pragmático hubo grupos de combate organizados contra la creciente intervención militar norteamericana. El movimiento nacionalista-americanista-antiimperialista más sobresaliente fue el de Sandino en Nicaragua, y así lo hace ver Sanín Cano en su ensayo. El “general de los hombres libres”, como se llamó a Sandino, luchó arduamente contra las disposiciones de Washington en Nicaragua, y su lucha —en la que había campesinos e indígenas— tuvo eco en toda Latinoamérica. Fue así como el ejército sandinista alcanzó un matiz internacionalista con la presencia del salvadoreño Agustín Farabundo Martí, el dominicano Gregorio Gilbert, el venezolano Carlos Aponte y el colombiano Rubén Ardila Gómez. Igualmente, Sandino recibió apoyo de intelectuales latinoamericanos, entre ellos Sanín Cano y, con mayor repercusión, Gabriela Mistral (Vitale, 2001: 128), ambos en 1928.

Cuando nuestro ensayista pronuncia su conferencia, faltará un año para que Sandino firme en El Chipotón, Nicaragua, su “Plan de realización del supremo sueño de Bolívar”, en el que juzga imperativa la alianza de Estados Latinoamericanos contra el Imperialismo, en un proyecto de cuarenta y cuatro puntos donde plantea la creación de la Nacionalidad Latinoamericana, la abolición de la Doctrina Monroe⁴², la organiza-

⁴² El 2 de diciembre de 1823, el presidente norteamericano James Monroe promulga en su mensaje al Congreso la Doctrina Monroe, donde decía: “Los continentes americanos, por la libre e

ción de una Corte de Justicia Latinoamericana, la constitución de un Ejército de 5250 ciudadanos libres provenientes de la clase estudiantil y del profesorado de derecho y de ciencias sociales de las universidades, y la Ciudadanía Latinoamericana. ¿Por qué? Las razones sobran:

Las condiciones en que ha venido realizándose nuestra lucha armada en Nicaragua contra las fuerzas invasoras norteamericanas y las de sus aliados nos dieron el convencimiento de que nuestra persistente resistencia, larga de tres años, podría prolongarse por dos, tres, cuatro o quién sabe cuántos más, pero que al fin de la jornada, el enemigo, poseedor de todos los elementos y de todos los recursos, habría de anotarse el triunfo, supuesto que en nuestra acción nos hallábamos solos, sin contar con la cooperación imprescindible, oficial o extraoficial, de ningún otro gobierno de nuestra América Latina o la de cualquier otro país. Y fue esa visión sombría del porvenir la que nos impelió a idear la forma mejor de evitar que el enemigo pudiera señalar la victoria. Nuestro pensamiento trabajaba con la insistencia de un reloj, elaborando el panorama optimista de nuestra América triunfadora en el mañana (Sandino, 137).

En este contexto ideológico es que podemos entender la afirmación de Sanín Cano en “Sandino y Nicaragua” a favor del “acto de solidaridad libreamericana” prosandinista. Pero también son las palabras de Sandino las que ayudan a interpretar por qué Sanín Cano terminó diciendo que uno de los lazos que une a los países latinoamericanos es la voluntad de libertad. Sin denostar de Estados Unidos —país en el que destaca virtudes y defectos—, centra su juicio crítico en la política saxoamericana promulgada por Washington, aboga por la derogación de la Doctrina Monroe (por su carácter proteccionista y subyugante) y reconoce en el Imperio una “concupiscencia territorial” que lo lleva cada vez más a someter los pueblos que están más allá del Río Grande. En última instancia, propone, siguiendo a Sandino, que los latinoamericanos pasen a llamarse “libreamericanos”: “Así deberíamos llamarnos, para distinguirnos de unos pocos que en todas las regiones del continente dejan de ser americanos porque no quieren o no saben ser libres” (*Escritos*, 651).

independiente condición que han asumido y que mantienen, no deberán ser considerados ya como susceptibles de futura colonización por cualquiera de las potencias europeas”. Con esta doctrina, llamada “América para los Americanos”, se iniciaban con vehemencia las acciones imperialistas estadounidenses en Latinoamérica. Posteriormente vendría la doctrina del “Destino manifiesto”, que hizo posible que Estados Unidos arrebatará a México muchos de sus territorios entre 1840 y 1847, así como interviniera en Filipinas, Hawai y Alaska. Dijo Bolívar, reivindicado por Sandino: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar la América de miserias en nombre de la libertad”.

HACIA EL UNIVERSALISMO CRÍTICO DESDE EL DISCURSO ENSAYÍSTICO

Si tenemos en cuenta la trayectoria intelectual que cumplió Sanín Cano entre 1885 y 1930, es decir, durante los cincuenta y cinco años que van de su llegada a Bogotá hasta el perentorio saludo que hace de la República liberal, o, mejor, de la caída del régimen conservador, veremos que aquellas palabras a propósito de la lucha sandinista en Nicaragua son, al mismo tiempo, la síntesis de su credo ideológico, que defiende aquello que empezó a perseguir desde el nacimiento mismo de su conciencia crítica: la libertad de pensamiento y de expresión. Con esto el ensayista coincide en mucho con el filósofo Darío Botero, quien en nuestra contemporaneidad ha dicho que “sólo alcanzaremos la universalidad en la medida en que profundicemos en nuestro ser, en que descubramos la impronta de esta cultura forjada en el crisol de las luchas, sueños, frustraciones y victorias” (Botero Uribe, 1993: 12).

No es gratuito, pues, que Sanín Cano haga del discurso ensayístico un espacio escritural para la revisión ideológica del estado de cosas de su tiempo, cuestionando conductas económicas, sociales y políticas, y postulando nuevos rumbos, que están lejos de ser los caminos trazados por los Estados Unidos y la Europa que él conoció entre 1909 y 1930. Tampoco es gratuito que tanto en Colombia como en muchos países de Hispanoamérica (entre ellos México, Cuba y Argentina), el ensayista tuviese desde entonces hasta su muerte la fama de “civilizador” o de “maestro de América” que muchos alentaron desde esa admiración que por la misma generosidad a veces desconoce la medida.

En esta línea, el pensador argentino Francisco Romero escribió en 1948 un ensayo de interpretación titulado “Maestro americano”. Aquí Romero concibe al ensayista en general como un escritor que representa el “espíritu de libertad”, pero de una libertad sujeta a la condición humana, que todo ensayista debe expresar. ¿Sucedió esto con Sanín Cano? Creemos que sí. Con Romero intuimos que ese “espíritu de libertad” está en Sanín Cano por la voluntad crítica que permitió que su comunidad de sentido —que para él eran la cultura y la sociedad colombianas— dialogase críticamente no sólo consigo misma sino con el horizonte cultural que la trascendía; es decir, con América Latina y con la cultura universal.

No son gratuitas, entonces, las palabras de Romero:

Maestro americano, no podría ser él sino maestro en universalismo, porque la universalidad es una de las vocaciones de nuestra América, y no hay razón para que no conviva con la peculiaridad nacional y aun local y hasta se asiente en ella, como no hay inconveniente para que una misma verdad sea pronunciada en muy diversos idiomas (...).

Sanín Cano ha sido fiel a su patria nacional y a su más extensa patria americana, siendo fiel a la cultura de occidente (*Escritos*, 770).

Añadimos desde nuestro horizonte hermenéutico que dicha fidelidad también estuvo matizada por el juicio crítico de nuestro ensayista, sobre todo si evocamos los cuestionamientos de base que hizo de la cultura y la lengua clásicas europeas en “Bajo el signo de Marte” o en “Giovanni Papini y la cultura iberoamericana”, por ejemplo. O las evaluaciones críticas de la civilización occidental, de su idea de progreso y del humanismo en ensayos como “La civilización manual” o “Cadenas de estuco”.

Pero estos no son los únicos textos donde ese universalismo crítico cobra vigor. En “La provincia”, ensayo incluido en *La civilización manual...*, cuestiona tanto la palabra como su restringida aplicación. Así, diciendo que el vocablo significa originalmente “mediodía de Francia”, recuerda que era la “tremenda palabra con que solían amedrentarnos hace unos cuarenta años a los nacidos fuera de la capital” (*Escritos*, 125). Pero lo “provinciano”, lejos de ser una condición geográfica y cultural en relación con la metrópoli, es para Sanín Cano, desde el discurso ensayístico, una “actitud de espíritu” que subyace en la estrechez de miras y en la incapacidad para recibir ideas generales y de “entretenerse con ellas de forma elegante” (*Ibidem*).

La experiencia en Londres, en cuya vida social y periodística es “más perceptible el tufo de provincia”, le entrega argumentos sólidos para reafirmar la frase que Grant Allen esculpió respecto a la capital británica: la “aldea escuálida” donde, débilmente informado por los periódicos locales, habita el “espíritu acostumbrado a mirar el mundo por el pequeño tragaluz que le ofrecen cada mañana a la hora del té y de los huevos con tocino, estos voceros de la inteligencia y la previsión humanas en la gran metrópoli del Viejo Mundo” (*Escritos*, 130). Aquí parece hacer eco de aquellas “antiparras europeas” que en 1913 Unamuno había intentado quitar de los ojos de España, en una crítica a la miopía peninsular respecto a las culturas que la habían influido a lo largo casi mil años.

En “Panorama de 1928”, texto de carácter periodístico —fue publicado en *El Tiempo* el 1° de enero de 1929— pero no por esto lejano del nivel interpretativo del ensayo, lamenta que la política mundial haya retrocedido tanto al desatender las lecciones de la Guerra Mundial, que él siempre llamó la “feroz degollina”. Para el ensayista, Europa, entonces acosada por el desempleo y la histeria generalizados, ha ignorado “con cuidado violento las lecciones dictadas” por ella (*Escritos*, 665).

¿Qué hubiera pasado si Sanín Cano hubiese anclado para siempre en Colombia y no hubiera salido del país? Tal vez su visión de mundo hubiera sido la de un intelectual regocijado en las nociones intocadas del nacionalismo, el patriotismo, el hispanismo y el universalismo. ¿Pero fue necesariamente aquella trashumancia la que garantizó que alcanzase una visión ensayística de mundo más amplia?

Pensamos que no, pues en la historia de la Colombia moderna han sido muchos los que viajaron por Estados Unidos y Europa y vinieron al país con esquemas ideológicos bastante retardatarios. Recordemos a Laureano Gómez, extasiado ante los procedimientos fascistas de Mussolini y de Franco; o, en otro extremo, a Jorge Eliécer Gaitán, quien a pesar de tan buenas intenciones quería implantar un fascismo al revés en la Colombia de los años cuarenta. Y ni qué decir de Núñez o de Caro, artífices de la tradición hispanista radical en la gramática y el poder de la interminable Hegemonía conservadora.

La perspectiva universal que logró Baldomero Sanín Cano a través de su discurso ensayístico se debe en parte a dos factores fundamentales: su voluntad crítica y el “don de lenguas”, como sentenció Rafael Maya. De esta manera venció el “provincianismo” de espíritu y dialogó con la literatura universal de todos los tiempos, pues contrario a lo que malentendieron algunos, admiró y criticó a Horacio, a Cervantes y a Balzac. Pero al situarse como traductor, logró enseñar, a quienes quisieron y pudieron leerlo, el equívoco que encarnaba la frase “idea foránea” para referirse al influjo de pensamiento contemporáneo que los mexicanos, los cubanos y los argentinos pronto supieron entender.

Por eso es que a Jorge Gaitán Durán, principal agente de *Mito* en la renovación de la literatura colombiana y en la toma de posición del campo intelectual y cultural frente al campo del poder, como a otros intelectuales, la figura de Sanín Cano —que para unos era algo así como la de un europeo extraviado en el Trópico— reivindicaba la tolerancia y la independencia críticas en un medio de la represión centenaria, tonalidad monocorde en Colombia y por ende el peor de nuestros radicalismos. En este sentido, escribe el autor de *La revolución invisible*, “la obra y la figura de Baldomero Sanín Cano nos dan una lección de responsabilidad, valor y nobleza intelectual” (*Escritos*, 789).

LA DECONSTRUCCIÓN AXIOLÓGICA DE LA CULTURA

Es útil regresar al concepto: la deconstrucción axiológica tiene que ver con el grado de problematización que el ensayista hace de su historicidad y de su propio ser como sujeto hermenéutico inscrito en una comunidad de sentido que demanda de él (aun cuando muchas veces no asuma esta tarea), reinterpretaciones sobre los sentidos ya dados, pues el ensayista, como el hermeneuta, es el especialista de la interpretación.

Hemos visto que en los ensayos “Bajo el signo de Marte”, “La provincia”, “La civilización manual”, “Evolución social de la mujer”, “El descubrimiento de América y la higiene” y “Menéndez y Pelayo”, entre otros, la problematización axiológica recae sobre los valores de la cultura clásica en sus manifestaciones lingüísticas, históricas, antropológicas y sociológicas. Su propósito es deconstruir aquellas verdades que tienen que ver con la civilización occidental en tránsito hacia el progreso y su aniquilación, la

noción de la mujer como un ser inferior y ornamental, la superioridad del latín, la pureza del idioma español, la pretendida riqueza intocada de la cultura española “heredada” por América o los beneficios del cristianismo, con el fin de que el lector advierta el relativismo de dichos juicios.

La imaginación poética del ensayista cobra vigor dentro de este proceso de problematización axiológica en la sutileza interpretativa del ensayo “La civilización manual”, cuando logra iconizar o volver símbolo la mano y encontrar en ésta sus posibles sentidos: expresividad del rostro, “órgano silencioso”, recipiente de la gracia y la dulzura como “elementos espirituales de la belleza”, arte de sugerir, símbolo de la paz eterna, manos “frías, muy frías algunas como cosas muertas” (según D’Annunzio), y otras, portadoras de la fuerza misteriosa, propia de las armas antiguas (*Escritos*, 137-138).

La problematización o deconstrucción también tiene lugar en el espacio del pensamiento y de la crítica literaria. Al recuperar a Nietzsche, a Taine, a Brandes y a Fitzmaurice-Kelly, Sanín Cano renuncia con prudencia a la tradición hispanista representada en Valera y Menéndez y Pelayo, a quien vemos deconstruido como el mismo ensayista colombiano hizo en su momento con Rafael Núñez y con Miguel Antonio Caro desde las páginas de *La Sanción* y de la *Revista Contemporánea*. Así mismo, con su atención en Montaigne, Shakespeare, Dostoievsky, Isherwood (considerado espúreo e ilegible por su homosexualidad), Shaw, O’Neill, Connolly, Huxley o Evelyn Waugh (quien en *Vuelta a Brideshead*, de 1945, despedía a la sociedad aristócrata inglesa decadente), entre otros, desplaza el influjo de la novelística de Galdós y Pardo Bazán, que hicieron las delicias de los autores de *El Mosaico* y de la Gruta Simbólica. Pero, aun así, Sanín Cano valoró en *Letras colombianas* y en otros textos, las ficciones de Isaacs, Díaz, Carrasquilla, José Manuel Rivas Groot, así como de otros escritores que luego la historia y la crítica literarias en Colombia se encargarían de ocultar. Pasó lo mismo con los poetas Silva, Valencia, López, Barba Jacob y Eduardo Castillo, a quienes igualmente evaluó con prudencia, es decir, sin las pasiones propias del ninguneador o del envidioso profesional.

Cuando en “Ibsen, o el carácter” nos habla de una de las cualidades del dramaturgo británico, también nos refiere lo que piensa en relación con la especificidad del ensayista y su discurso:

La otra cualidad fundamental de su espíritu... es el valor de pensar por cuenta propia y de expresar su pensamiento con toda libertad, sin temor al desprestigio entre sus lectores (consideración que paraliza la voluntad y el entendimiento en muchas personas), ni a la agresiva necesidad de los gobiernos (*Escritos*, 235).

De ahí que en su problematización de la cultura, el ensayista haya depuesto el “temor” ancestral al disenso para proponer un nuevo sentido crítico acerca de los códigos y las realidades extrasemióticas heredadas durante toda la vida de la cultura moderna.

SUBJETIVISMO, DIALOGISMO Y VOLUNTAD DE ESTILO

Desde la teoría del ensayo inferimos que son tres las constantes del discurso ensayístico: la actitud subjetiva o el énfasis en el personalismo del ensayista, el carácter dialógico o el dialogismo que él establece con el lector a través del discurso, y la voluntad de estilo o la dimensión poética de este género textual nacido y escrito para siempre entre la ciencia y la literatura.

En “Rafael Maya, o la pasión estética”, el ensayista descubre una de sus certezas mediante el examen de la lírica del poeta payanés, a quien, valga decirlo, respeta. He aquí una de las marcas de dicho subjetivismo en Sanín Cano, quien interpreta basado en el poder sutil de la analogía:

Cambiar, de acuerdo con un deseo de parecerse a otros, es abdicar de la personalidad, la más triste y la peor figurada de las abdicaciones. Nuestro yo varía continuamente en las alternancias del estudio, de la experiencia, del conflicto vital; pero variarle, como el tocado de las mujeres o como la apariencia de los escaparates en un almacén de novedades, es un pecado contra el espíritu santo (*Escritos*, 275).

El comentario, irónico al final, afirma la transitoriedad que perseguía Montaigne en sus *Ensayos*, cualidad del espíritu de contradicción del ensayista, pues, como quedó claro, la verdad que encarna este discurso no subyace en el pasado ni en el presente, sino que está —si es que está— en el futuro dialógico de la lectura ensayística. Por eso Sanín Cano admiró tanto *La tumba sin sosiego*, de Connolly, pues halló en esta escalofriante obra ensayística esos “pensamientos ajenos tomados de obras que (el autor) va leyendo o recordando a la par de sus cogitaciones” (*Escritos*, 536), amén de que ese autor —transvertido en Palinuro— “se complace en pensar en alta voz con absoluta lealtad para con los lectores y consigo mismo” (*Ibidem*).

Esta mención nos pone frente al dialogismo ensayístico. Antes resaltemos otra característica de la actitud subjetiva de Sanín Cano: su renuncia a la convicción. Así lo entrevemos en *De mi vida...*, particularmente en el ensayo-memoria “Mi carrera de maestro”. Tras renunciar a su vocación docente porque ésta es una profesión ingrata, propensa irremediabilmente al adoctrinamiento y al dogmatismo, encuentra que toda verdad es condicional y transitoria. A esto llega él porque en su espíritu crítico bulle

esta certidumbre: “Los que carecemos de esa terrible fuerza moral que es la convicción, vacilamos ante la idea de adquirir la obligación de transmitir nociones fatal y conocidamente transitorias” (*Escritos*, 453). En otro ensayo —hablamos de “Sobre el romanticismo”— será más enfático aunque no por ello digamos que convencido de que la convicción es inútil en el terreno a veces acuso del saber:

Hay muchos géneros de interés en la convicción, y el ser interesada no impide siempre que sea sincera. Ni es el interés material e inmediato el único de que debemos desconfiar cuando se presenta aliado a la convicción. Los altos y los nobles intereses morales también pueden, por su excesiva influencia sobre las facultades intelectivas, torcer el discurso y lastimar las formas de expresión. No niego que fascina todavía un Veuillot, con la casi milagrosa armonía entre el fervor de su pensamiento y la incomparable vehemencia de su estilo; pero fascinan más Montaigne, Renán, France, Addison, Bernard Shaw, Aldous Huxley, en cuya contextura de frase y de pensamiento parece advertir el lector esta reserva mental: “Lo que usted está leyendo es tan cierto que la opinión contraria es perfectamente sostenible” (*Escritos*, 705-706).

Es evidente que este maestro de la paradoja llamado Sanín Cano había leído bien las lecciones de los modernos y los contemporáneos (Montaigne y Chesterton, por ejemplo, con su fisonomía espiritual de cristiano paradójico en *Ortodoxia*) acerca de la transitoriedad y la “lógica de lo ilógico” del ensayo en tanto que discurso para la expresión moderna del saber sobre la condición humana. La sinceridad del pensamiento, según vemos, está más del lado de la divagación y de la fugacidad de las supuestas convicciones, que del estilo armónico o vertical de otros discursos. Mejor dicho, en el *siendo* más que en el *ser* de la escritura ensayística.

Acerca del dialogismo en Sanín Cano es mejor que volvamos a Guillermo Valencia, quien en las “Notículas” escribe que aquel se expresa “en toda ocasión con tan abierta sinceridad que se hace respetable ante los opinantes adversos, y cuenta que su fino humor no desnivela nunca el plano de la respetuosa tolerancia para con el pensar ajeno” (Valencia, x).

Podemos seguir las marcas discursivas que el autor entrega en la mayoría de sus ensayos para confirmar la latencia y la manifestación de aquella voluntad dialógica. En el “Prólogo” a *La civilización manual...* nos dice, desde la falta de *convicción*, que en este libro “hay mucha materia que no despierta interés alguno para nadie y apenas un reducido número de artículos en que podrían encontrar relativo entretenimiento contados y bondadosos lectores” (*Escritos*, 109). Recordemos también su juicio acerca de la

vigencia de *Los hermanos Karamazov* sobre *Iliada*; la veracidad o no de sus palabras, así como su propia absolución, queda a cargo del lector: “Ahora pueden mis lectores imponerme el castigo que juzguen más adecuado a tamaña culpa” (*Escritos*, 121). Y para qué olvidar el dialogismo entablado por él cuando en “La provincia” detecta que las grandes ciudades están habitadas por “papanatas”, “baturros” y filisteos; pero “filisteos hay en Gotinga, según Heine; mas no vaya el lector a imaginarse que por ser Berlín más grande que la famosa ciudad universitaria tiene menos representantes de aquel ominoso tipo (el de los filisteos)” (*Escritos*, 130).

Al ensayista le parece conveniente estrechar los lazos con la generalidad de cultos a la que se dirige y entonces usa marcas discursivas como aquella del “bondadoso” lector y otra más. En “A manera de excusa”, introducción a *Crítica y arte*, confía en que “el piadoso lector” vea “en las páginas siguientes un esfuerzo desinteresado por comprender y un modesto empeño de llegar al fondo espiritual de los autores estudiados analizando sus obras” (*Escritos*, 218). Curiosamente, uno de los escritores abordados es Chesterton, el mismo que pone en el capítulo I de su *Ortodoxia* el siguiente título: “Introducción a modo de excusa general” [El subrayado es nuestro]. Ahí el ensayista inglés dice, irónico: “Porque si este libro es una burla, lo es contra mí mismo; que yo soy ese hombre que, armado de todo su valor, descubrió un día lo que ya estaba descubierto hacía siglos” (Chesterton, 1997: 15).

Así mismo, en la “Introducción” a *De mi vida...*, Sanín Cano comenta que dicho libro tiene unidad orgánica gracias a la presencia del Yo. Deja en libertad al lector —como luego pasó con Cobo Borda— de seguir en todo o en parte los sucesos allí narrados. Enseguida nos entrega su “parecer” acerca de aquellos hechos y de los nombres de los que hablará desde su humildad ensayística: “Puedo estar equivocado en los juicios a este respecto, y sobre esto la opinión de mis lectores viene siendo tan buena o tan revocable como la mía” (*Escritos*, 445).

En estos llamados al lector, Sanín Cano postula ese “impulso confesional” del que habla Claudio Maíz, y en el que el lector está implicado de antemano como un actor en el tinglado del pensamiento. De un pensamiento moderno, como sugieren las condiciones de origen del discurso ensayístico, cuando en Europa ocurre la superación de la dominación y la hegemonía del latín sobre las lenguas vernáculas. En este campo práctico, el diálogo —cuyo antecedente filosófico-literario es Platón— vuelve a ser “la forma literaria mejor para verter el proceso de búsqueda del conocimiento” (Weinberg, 91). Al incorporar y preservar las palabras de la tribu, el diálogo se presenta como una de las estructuras más llamativas para la expresión del ensayo: “Nuestros ensayistas regresan hoy a la tarea platónica: se preguntan qué sucede al sentido cuando es capturado por la escritura, cuando queda inscrito y fijado, a riesgo de dejar de ser memoria

para convertirse en recurso mnemotécnico” (*Ibidem*). No en vano el ensayista piensa que la lengua española, en su pasado y en su porvenir, reposa en la boca del pueblo y no en la cabeza normativa del académico.

También es interesante observar la relación entre dialogismo y recepción literaria en el ensayo, pues desde su *status* modernista, pero sobre todo de ensayista universal, Sanín Cano pretende dar a conocer obras y autores novísimos, así como alentar la lectura de éstos por parte de quienes llegaban al suplemento, a la revista cultural o al libro de crítica —*Letras colombianas*, por ejemplo— en busca de la nota, del comentario o del ensayo literario. Tal es el caso del texto “Cordovez Moure”, refiriéndose a las crónicas de *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*. Lo importante es que este repertorio histórico de innegable valor, han sido recibido con beneplácito por una diversidad de públicos que, a criterio de Sanín Cano, pueden hallar en esas páginas todo un diálogo de época, a la manera de los diálogos platónicos, los cuales “no son otra cosa que reportajes interesantes sobre las cosas que llenaron la mente de Sócrates” (*Escritos*, 568). Esta conversación mediata entre crítico y lector aparece mejor definida en “Luis Carlos López”, donde el ensayista, de paso, resalta la mixtura presente en la poesía del cartagenero: “Creo que la sensación más naturalmente ligada con la lectura de sus versos es una plenitud, ni alegre ni triste, es verdad, que da el lector al recorrer la última página de los volúmenes en que López ha formulado sus nociones generales sobre la vida y los hombres” (*Escritos*, 694).

Otro caso es el que recuperamos tras la lectura del ensayo “Rubén Darío”. El ensayista quiere evitar equívocos respecto a su interpretación de las influencias experimentadas por el poeta de *Azul*, pues éste tuvo mucha más cercanía y predilección por los maestros franceses que por los españoles Campoamor o Bartrina. Pero, ¡jojo!, sugiere Sanín Cano: “Si entendieran mis lectores que Rubén Darío imitaba conscientemente a los maestros españoles, he errado en la expresión de mi pensamiento” (*Escritos*, 611).

Finalmente, queremos detenernos en dos modos peculiares del dialogismo en nuestro ensayista: el ensayo como conversación y el ensayo como discurso que alecciona y desea cumplir directamente una función proléptica.

El primer caso aparece implícito en casi todos los textos, pero explícito en “Evolución social de la mujer”, largo ensayo donde el autor conversa con su lector acerca de la historia social de la mujer en Oriente y Occidente para proponer, como hemos visto, una transformación radical de la mirada inequitativa y torpe que sobre ella se tiene a finales de los años veinte. El texto cobra vigencia en tanto que de entrada es presentado como un discurso en el que existe la posibilidad de entablar un coloquio; es como la incitación a la “mesa redonda” de la que hablara Arciniegas. Dice Sanín Cano: “En esta conversación vamos a tratar de disociar dos ideas que han estado unidas durante la historia de toda la civilización en la mente del hombre” (*Escritos*, 625).

El segundo caso se manifiesta sobre todo en el ensayo-discurso u oración “Sandino y Nicaragua”. Como dijimos, en esta conferencia el autor presenta el tema del revolucionario nicaragüense con el fin de alentar el apoyo de su auditorio —en este caso los bogotanos— respecto a la lucha continental antiimperialista de Sandino. El propósito central que llama a un cambio pragmático en los oyentes (hablamos de la función proléptica del texto) está dado al comienzo: “Nos hemos reunido esta tarde con el propósito de afirmarnos en un sentimiento de solidaridad para con un pueblo que sufre” (*Escritos*, 647). Pero después de hacer un llamado a la derrota de la indiferencia, explicita el objeto de la reunión: el apoyo a Nicaragua por la defensa del honor y por el derecho a la libertad: “Ya que nos hemos reunido en esta sala de audiencia para manifestar nuestra simpatía por el valeroso nicaragüense que resiste hace año y medio...” (*Escritos*, 660). En este sentido, la conclusión del texto —que en principio solicita la adhesión al sentimiento libreamericanista de Sandino, pero que luego deriva hacia la transformación activa del auditorio— es clara: “los colombianos tenemos el deber de apoyar, con nuestra fervorosa simpatía, al hombre que lucha en Nicaragua por la libertad de su patria y por el derecho de todos los pueblos a disponer de sus propios destinos” (*Escritos*, 662).

En general, Sanín Cano muestra en su discurso ensayístico particular interés por el lector a quien se dirige, dado que en principio su espacio de conversación mediata fueron los periódicos y las revistas culturales, medios impresos que motivaron la aparición de la generalidad de cultos, es decir, la democratización de la cultura escrita y la divulgación masiva del estado general de la cultura, las artes y la evolución social de los pueblos. En ese carácter dialogal también es visible la misión cultural e histórica del ensayo en Sanín Cano.

VOLUNTAD DE ESTILO: IRONÍA Y DIGRESIÓN

Nuestro ensayista descrece de la forma armónica, flexible y vertical de expresión motivada por el arraigo de convicciones engañosas en tanto que emblemas portadores de verdades intocables. Por el contrario, Sanín Cano propone otras vías de expresión para un pensamiento literario destinado desde un comienzo a problematizar asuntos fundamentales de la temporalidad y de la historicidad de la condición humana. Para hacerlo se vale de uno de los recursos verbales y cognoscitivos propios del ensayo: la ironía⁴³.

⁴³ Kayser dice: “Con la *ironía* se pretende sugerir lo contrario de lo que dicen las palabras. La ironía es frecuente en el lenguaje cotidiano. Expresiones como ¡buena pieza!, ¡valiente amigo!, se comprenden en seguida, a pesar de su formulación, pues actúa de modo decisivo la entonación con que se pronuncian” (Kayser, 1972:152).

En síntesis, la ironía (en griego, *eironeía* o “ficción”, de *éiron*, “el que pregunta” [fingiendo que no sabe]; en latín, *simulatio* o “simulación”; *illusio*, “engaño”, “falacia”; *permutatio ex contrario ducta* o “cambio [de sentido] por lo contrario”) (Mortara, 2000: 190) es un tropo de palabra y de pensamiento que puede entenderse como la “inversión” semántica o ese decir lo contrario de lo que se cree y realmente es, con el fin de burlarse o escarnecer de alguien o de algo. Su carácter es, con frecuencia, paradójico y alusivo, con lo cual el ironista esquivo las dificultades que implican las expresiones directas. Para Jankélévitch y Mortara,

la ironía es el ‘deshincharse’ del énfasis y de la seriedad; quiere inducirnos a redimensionar el mundo y a nosotros mismos, pero no es superficialidad ni futilidad, sino más bien pudor, mezcla de risa y llanto. El prototipo del irónico es Sócrates, que derriba la ostentación vana, que ayuda a la vez que pone dificultades; es huidizo, imprevisible y prudente, escoge el camino de la reserva y no el de la insolencia burlesca que conduce al sarcasmo (Mortara, 192).

En esta misma dirección, Mauricio Beuchot dice que “la ironía, sin la analogía, se vuelve sarcasmo, y es la muestra del resentimiento, el cual nos conduce más que a la dispersión y a la destrucción” (Beuchot, 2003: 126). Sin ninguna intención clasificatoria o peyorativa, debemos decir que ironistas fueron, por ejemplo, Erasmo de Róterdam, Voltaire en muchas de sus afirmaciones, Hölderlin hasta la locura, Nietzsche con la violencia interpretativa, y Derrida con la deconstrucción. Entre los ironistas cabría poner a Montaigne, Swift (proclive al radicalismo), Freud, Ricoeur y Octavio Paz, así como a muchos de los ensayistas de la tradición que siguió al autor de *Essais*.

En nuestra historia intelectual, finalmente, ha primado el ironista radical, que desde la tribuna pública o el editorial del periódico ha desconocido los límites de la prudencia para acabar con cualquier posibilidad de alteridad a través de la insolencia, la burla o el sarcasmo. ¿Ejemplos? Los discursos de Caro contra el mestizaje, los pronunciamientos de Laureano Gómez (que tantos discípulos atrajo) en relación con lo mismo y con el liberalismo como un basilisco confuso, estúpido, brutal y violento, de brazos masónicos y pequeña cabeza comunista. O los pronunciamientos centenarios de la Iglesia católica en relación con la moral y la educación, que, como es comprensible, generaron los radicalismos conocidos en la dúctil izquierda colombiana desde 1920 hasta hoy.

Ahora bien: en el discurso ensayístico, Sanín Cano encontró un escenario propicio para desarrollar su dimensión humorística —en el sentido del “grande humor”— e irónica. Sus ensayos parecen escritos con la “sonrisa interior” de quien ha destinado gran parte de su vida a saber o a conocer para luego problematizar dichos conocimientos y

expresarlos de otra manera, o bien para hallar el reverso de los conceptos manidos con el fin de que el lector disfrute y se ría con él de los nuevos sentidos sobre lo conocido. Para el ensayista, la ironía constituye otro modo de ver y de expresar el mundo, tal como el ensayo es un ejercicio subjetivo escrito desde determinado punto de vista y con base en una personal voluntad de estilo.

En “Cadenas de estuco” se burla irónicamente de la civilización industrial, que ha soñado con la construcción de un mundo materialmente sólido, pero que en su mismo seno ha dado origen al socialismo y al simulacro comercial que duerme a las masas: la marta cibeline de los abrigos y las cadenas de estuco. En “Jorge Brandes”, al criticar el método determinista de Taine basado en la correspondencia positiva entre la raza, el medio y el momento en la elaboración de la obra literaria, se sirve de la “cruenta ironía” para decir cómo en la historia de la literatura ha habido autores que “reaccionaban vehementemente contra todos los aspectos vitales de la época: Dante, Cervantes, Byron, Shelley, Leopardi” (*Escritos*, 195).

Pero si tuviéramos que hablar de un credo ironista en Sanín Cano tendríamos que remitirnos a “El grande humor”, en el que recupera un epígrafe en el que nos habla Shaw: “Si una cosa tiene chiste, regístrala en busca de una oculta verdad” (*Escritos*, 297). Cuando recupera a Sócrates, Cervantes y Shakespeare, apuesta por el humor genuino, diciendo: “En la obra del ironista, del satírico, del humorista en pequeño puede haber alternativas, al través de las cuales la psicología o el mero análisis literario suelen tropezar con maneras contradictorias de entender la vida, de explicar este enigma apasionante de la existencia” (*Escritos*, 298).

Los arquetipos de dicho humor son, bajo criterio del ensayista, Sócrates y Montaigne. Ellos, lo hemos advertido ya, también son quienes inauguran el dialogismo en épocas críticas durante las cuales las verdades preestablecidas han dado pie a la incertidumbre y la aventura que implica asumir la travesía en busca de nuevos conocimientos y de nuevas maneras de expresarlos. Una de esas vías es la burla analógica, con la ironía y el humor como doble calzada. A propósito del humor, Sanín Cano dice que “su benignidad y simpatía envuelven en un plácido cendal a los objetos de su universal ternura, disfrazada con rasgos levísimos de burla” (*Escritos*, 301). El “grande humor” es una manifestación, pues, de la medida irónica del temperamento humano y un sendero idóneo para el ejercicio de la comprensión hermenéutica; “es sin duda el resultado de una apreciación de los valores humanos, según la cual la vida es una obra de arte. Conformándonos a él, aceptamos las desarmonías en el conflicto vital y tratamos de acomodarlas en la sinfonía general formada por el juego de apetitos y tendencias contradictorias” (*Escritos*, 307).

Así como Sanín Cano, en respuesta al “señor Papini”, dice que la cultura española de la lengua, la cruz y los toros se cultiva “con esmero y laudable entendimiento” en países hispanoamericanos como Colombia, ante lo cual no hay por qué preocuparse de la “riqueza” de la herencia peninsular, igualmente es irónico cuando hace referencia a un personaje que aún no hemos tocado aquí: Theodore Roosevelt.

El ensayo “El coronel Teodoro Roosevelt” fue publicado en *Hispania*, en julio de 1914. Como sabemos, el militar norteamericano, que gobernó a su país entre 1901 y 1909, fue la gran amenaza imperialista para los pueblos latinoamericanos. Respaldado por la historia, en 1904 crea la política del “Gran garrote” (“Big stick”), basada en el derecho unilateral norteamericano a intervenir militarmente en los países hispanoamericanos⁴⁴. De ahí que Rubén Darío dedicase “A Roosevelt” uno de sus *Cantos de vida y esperanza*. Para el poeta, Roosevelt es el “Cazador”, “los Estados Unidos”, “el futuro invasor”, el “Riflero terrible” que sin embargo debe tener cuidado porque en la América Española hay “mil cachorros sueltos del León Español”, refiriéndose a Cuba, nación que había ganado su independencia de España en 1898 pero que luego sería intervenida por Roosevelt en 1906.

En 1910, Roosevelt está fuera de la presidencia. Viaja de safari al África y en 1912 vuelve a su país para postular su candidatura al solio de la Casa Blanca. Mientras hacía campaña en Milwaukee, un fanático atentó contra su vida. Salió ileso, se recuperó y perdió las elecciones a manos de Wilson. Finalmente, murió en Oyster Bay el 6 de enero de 1919.

Cinco años antes, un colombiano llamado Baldomero Sanín Cano escribe un texto mordaz titulado, como vimos, “El coronel Teodoro Roosevelt”. Por esos días de 1914, el expresidente está de viaje por la selvática Amazonia, desde donde publica sus hallazgos a manera de *reportes* en el periódico norteamericano *Daily Telegraph*. En su ensayo-divagación, Sanín Cano examina la personalidad internacional de Roosevelt y luego pasa a desvirtuar la “inteligencia” de éste mediante la evaluación de sus notas exploratorias por Sud-América.

⁴⁴ Emulando a Monroe, Teodoro Roosevelt afirma: “Si una nación demuestra que sabe actuar con una eficacia razonable y con el sentido de las conveniencias en materia social y política, si mantiene el orden y respeta sus obligaciones, no tiene porque temer una intervención de los Estados Unidos. La injusticia crónica o la importancia que resultan de un relajamiento general de las reglas de una sociedad civilizada pueden exigir a fin de cuentas, en América o fuera de ella, la intervención de una nación civilizada y, en el hemisferio occidental, la adhesión de los Estados Unidos a la doctrina de Monroe puede obligar a los Estados Unidos, aunque en contra de sus deseos, en casos flagrantes de injusticia o de impotencia, a ejercer un poder de policía internacional”. En este sentido, Estados Unidos, solamente durante la primera década del siglo XX, intervino en los siguientes países de Centroamérica y el Caribe: República Dominicana (1903), Panamá (1903), Honduras (1905-1906), Cuba (1906) y Nicaragua (1910).

La ironía del ensayista —que raya en la sátira— está a la altura del personaje que critica. “El coronel Teodoro Roosevelt es un exponente de su tiempo” (*Escritos*, 599), dice. “Nació para vivir en el siglo XX la vida inquieta, superficial y malsana del periodista entregado a la política” (*Ibidem*), prosigue, en clara alusión irónica al deterioro del periodista cuando es seducido por los guiños de la política. Luego hace un recuento de las acciones del coronel, quien parece tener el don de la ubicuidad: “Gobierna un Estado, gobierna una nación, y se figura por eso que es árbitro de un continente”.

Roosevelt está en Washington pero también en Cuba, donde ejecuta una guerra; interviene, hace la guerra y sin embargo muestra —ironías de la vida— el Premio Nobel que le fuera otorgado por su participación en el conflicto ruso-japonés. Y va al África, donde caza preciadas piezas animales mientras que los periodistas y los cineastas alistan sus cámaras para eternizar esos momentos: “Algunos elefantes o hipopótamos hubieran preferido que no les hiciera la visita; hubieran cambiado la vida por la momentánea que les dio, ya muertos, el coronel Roosevelt”.

El ensayista critica, de otro lado, la ligereza de los conocimientos zoológicos y botánicos del expresidente-periodista. Claro, no es especialista, como tampoco lo es el ensayista, pero la diferencia está en la falta de razonamiento lógico de la que adolece Roosevelt.

En primer lugar, porque al saltar del oso hormiguero a los rumiantes, y de éstos al perro, acaba mencionando al coronel Rondón, de quien Roosevelt dice: “no es meramente un oficial y un caballero. Es un buen naturalista al aire libre, un explorador competente endurecido en la faena, un hombre de ciencia, un investigador y un filósofo” (*Escritos*, 602). La alabanza extrema está basada, piensa el ensayista, en el gusto que Roosevelt tiene por hablar sobre lo que desconoce, e irónicamente dice que “su *no-saber* tiene algunos milímetros de extensión” (*Ibidem*). El exabrupto es aún mayor cuando el coronel alaba de Rondón “el positivismo de su criterio filosófico”: “Es como si para describir a las niñas de New Jersey dijera que tienen los pies palmados. Todos los compatriotas de Rondón, o casi todos, son positivistas. Con esa indicación alcanzamos muy poco”.

En segundo lugar, Sanín Cano acierta al referirse al asombro que sintió el coronel cuando vio escapar con mucha ligereza a un armadillo, siendo éste un animal de concha como la tortuga: “En otras palabras, el coronel razona de este modo: la tortuga tiene concha; la tortuga anda lentamente; luego la concha y la lentitud son cualidades inseparables” (*Escritos*, 603).

Ejercicios intelectivos de este calibre dan testimonio de la “inteligencia” del expresidente. El ensayista sostiene que ser inteligente “no significa en definitiva otra cosa que

⁴⁵ Así se expresa en “Evolución social de la mujer”, en 1927: “El objeto de esta conferencia es solicitar la atención del auditorio hacia la necesidad de disociar dos grupos de ideas y buscar en él auxilio para esa obra de disociación” (*Escritos*, 623).

ser capaz de disociar las ideas que el cerebro infantil del hombre sin inteligencia mantiene asociadas” por un equívoco en el que participan el pensamiento y la lengua⁴⁵ (*Ibidem*). ¿Qué queda, entonces, de Roosevelt? La demostración, justamente, de su inequívoca falta de inteligencia.

En otros terrenos, cuando el ensayista se refiere al presunto peligro del bolchevismo en Colombia descarta cualquier amenaza; en el país nadie quiere subvertir del orden: “El estudio sereno y desapasionado de la historia contemporánea enseña, pues, que hay un gran peligro en acusar de bolchevismo a gentes pacíficas y sumisas, cualesquiera que sean sus ideas, e infundirle al soldado una noción exagerada y antisocial de sus prerrogativas y de su importancia” (*Escritos*, 621).

En 1935, Sanín Cano, de setenta y cuatro años, llega por mérito propio —aunque no sabemos si con entera satisfacción— a la Academia Colombiana de la Lengua. Para su posesión ha llevado un largo discurso, “Sobre el romanticismo”, en el cual se han colado anécdotas personales vividas al lado de Laureano García Ortiz y Carlos Calderón Reyes. Las palabras que siguen, expresan el humor del ensayista y corroboran aquello que se dice de que el hombre posee inteligencia y aguda capacidad de percepción cuando es capaz de burlarse de sí mismo⁴⁶. Escuchémoslo: “El doctor García, señoras y señores, es el responsable directo y primordial de la prueba cruelísima a que os veis sometidos esta noche, la terrible contingencia de tener que escuchar por un largo espacio de tiempo a un orador de muy escasas dotes, en un salón con tan pocas salidas” (*Escritos*, 698).

Nos queda atender las digresiones, que constituyen otros de los mecanismos formales que saltan en el discurso ensayístico. El ensayista construye su texto en el camino del pensamiento. A veces pierde la senda, pero al final logra salir de las variantes expresivas y encauzar la reflexión en la línea que más o menos traza el punto de partida. Aquí, según anotábamos en el primer capítulo, es el yo pensante y el yo emotivo los que realizan la travesía en busca de la expresión. Recordemos al Montaigne de “De los coches” o al Swift de *Modesta proposición*, cuando cesa en su digresión porque sabe que ha divagado demasiado.

La digresión suele ser un recurso dialógico importante, ya que gracias a ella muchas veces los interlocutores logran expresar aspectos que surgen de manera repentina en el pensamiento pero que de alguna manera “vienen a cuento” porque sirven para argumentar los conceptos compartidos. Lo mismo sucede en el ensayo.

En el discurso ensayístico de Sanín Cano, este recurso dialógico aparece con frecuencia. A manera de ejemplo digamos que en el prólogo a *La civilización manual...*, cuando alude a que éste se trata de un libro conjetural e intuitivo, habla en digresión de las

⁴⁶ En “Luis Carlos López” dice: “La naturaleza es humorística, de por sí, pero hacen falta una finísima percepción y una inteligencia absolutamente desinteresada para descubrir en el mundo que nos rodea ese rasgo que la humaniza embelleciéndola” (*Escritos*, 693).

profecías cumplidas o anunciadas en la civilización occidental a través de los “medios de publicidad” como la novela, el drama, el libro de ensayos o los diarios (*Escritos*, 110). Cuando en “Ferdinand Lassalle” habla de la muerte, deriva hacia el problema del destino, para luego regresar a Lassalle:

¡Qué oscuros son los designios del destino al que obedecen los hombres! Renán moría lamentando no poder contemplar la forma en que había de desarrollarse el germen de Guillermo II, y no se dolió nunca de que el desarrollo del germen de Lassalle hubiera quedado envuelto en la sombra de lo frustráneo (*Escritos*, 116).

En “Cadenas de estuco”, siendo Joseph Lyons el pretexto para referirse al falso progreso de la civilización, comete por lo menos dos digresiones: la primera, cuando después de hablar de los negociantes, alude a la transformación del orden social, en el que ve a Europa como un edificio ruinoso que ha retrocedido escandalosamente con la Guerra Mundial; la segunda, cuando halla que la condición humana tiene un modo particular de descubrirse a sí misma, para luego advertir que se ha alejado del tema primordial del ensayo: “empieza por olvidarse de lo que era antes. El hombre del Renacimiento se descubrió a sí mismo, olvidándose de lo que había sido en la Edad Media. El hombre de mañana o de pasado mañana se olvidará de lo que era antes de 1915 y de lo que debe a sir Joseph Lyons, cuyos hechos y gestos se nos iban escapando” (*Escritos*, 175). Sanín Cano también participa de otras digresiones: sobre la desigualdad social y la desaparición del bar como uno de los espacios fundacionales de las ciudades modernas. El jolgorio de las copas había cedido su lugar a la interminable fiesta de la sangre y de la pólvora.

Una de las más bellas digresiones es la ronda que el ensayista hace por Popayán en el texto “Guillermo Valencia, o el modernismo”. Escrito en 1932, es decir, diez años antes de ser nombrado rector de la Universidad del Cauca, con sede en esa ciudad, el ensayo de crítica literaria es también un ensayo-memoria. La evocación de su autor acerca del regreso del poeta modernista a su ciudad natal, después de haber recorrido Europa, le lleva a recordar qué es Popayán y por qué es una de las ciudades más hermosas de Colombia. Las metáforas no se hacen esperar: “almácigo de grandes hombres”, dotada de “una temperatura tibia, una temperatura constante”, exquisita para el estímulo nervioso; una ciudad de cerebros “vivaces, expresivos, luminosos”, parecida a Florencia y algunas ciudades de la Edad Media europea; en fin, una comarca que ama al vate popayanejo (es el gentilicio que usa Sanín Cano. Lo correcto es decir payanés). Regresa al asunto inicial, recordando que así como Popayán ha luchado entre el pasado, el presente y el porvenir, convirtiéndose en una ciudad de transición, así mismo Valencia ha nacido en medio de dos tradiciones literarias para ser el poeta analógico entre el romanticismo y el Modernismo.

Existen otras digresiones que en principio aparecen como negativas, dado que resultan alejándose demasiado del tema que anuncian los ensayos en sus títulos o en los primeros párrafos de la disertación. Sucede en los textos “La claridad latina”, “José Asunción Silva”, “Evolución social de la mujer” y “Sobre el romanticismo”.

En “La claridad latina”, la digresión inaugura la argumentación. Apoyado en Fischer, Sanín Cano habla del concepto de raza y de cómo a diferencia de los animales salvajes que han sido domesticados (el lobo en perro y el gato montés en gato doméstico), el hombre es un ente domesticado por sí mismo. Luego afirma de manera sorprendente: “Pero aquí no vamos a hablar de razas humanas” en sí mismas sino —parece decir el ensayista— en relación con los “problemas del idioma” (*Escritos*, 396). Páginas más adelante, regresa a la digresión histórica y se acuerda del tema y de los lectores: “Pero volvamos a la lengua y repitamos que la claridad latina es una creación o, mejor dicho, una reacción gótica” (*Escritos*, 399).

En “José Asunción Silva”, ensayo-memoria de cinco páginas, las digresiones ocupan dos de éstas. Como vimos, el ensayo está en directa relación con el recuerdo que el autor tiene de la primera vez que vio al poeta Silva en Bogotá. La amistad, sellada prácticamente aquella tarde en casa de Antonio J. Restrepo, tensó sus lazos alrededor de las conversaciones eruditas y los libros. Gracias a Silva, recuerda el ensayista, conoció al “inmisericorde” filósofo Federico Nietzsche. La mención funciona como una especie de fuga discursiva que conduce a Sanín Cano a una y otra digresión: cuando nos ha dicho que inmediatamente después de saber de Nietzsche en un número de la *Reveu Blue*, de París, pidió de Europa los libros del filósofo traducidos al francés, y que éstos llegaron, sanos y salvos, de parte de libreros alemanes, cuando “no había servicio postal aéreo ni vapores Diesel” (*Escritos*, 471), cuenta una anécdota relacionada con el destino de otros libros —la obra del poeta Stefen George— pedidos a libreros de Hamburgo. Aunque los libros terminaron extraviados, llegaron finalmente a sus manos, después de una odisea que cuenta así el autor:

Por descuido, por equivocación, acaso en momento de premura, pusieron en la cubierta del paquete esta simple dirección: B. Sanín Cano, Bogotá. Tres meses después no había recibido el libro. Reclamé, no sin asombro. Me contestaron que lo habían despachado oportunamente. Entre tanto me llegaba el paquete. Había ido a dar a Sumatra, llevaba el sello de varias estafetas de esa isla. Pasó de allí a Java y a Borneo, como lo atestiguaban numerosas oficinas postales de esas colonias. Pasó al japon el paquete postal y en Yokohama un avisado funcionario del gremio apuntó en inglés: “Send to Panama”. Era 1890, más o menos (*Escritos*, 472).

Después intuye que algún empleado de correos del istmo debió de enviar el paquete a Bogotá. Justifica la “reminiscencia” para decir que “sin disciplina la máquina es inútil o pernicioso”. Entonces estamos ante la segunda digresión, en la que critica al maquinismo y, sobre todo, a los fines para los cuales se han empleado las máquinas en las dos Guerras Mundiales que el ensayista ha padecido: “La máquina sola en un ambiente de desorganización como en el que hoy (1947) viven tres cuartas partes del mundo, resulta superior al hombre y extraña en cierto modo a la sociedad” (*Ibidem*). Repentinamente, cuando considera que el ensayo va llegando a su fin, dice: “Pero volvamos a Silva”.

Ambos se conocieron bien. En este caso, el ensayista asume como pretexto a su colega intelectual para entrar en reconocimiento de una situación crítica: la era de la máquina, cuando la condición humana estuvo amenazada por la eventual superioridad de sus inventos industriales; temor que de alguna manera animó la escritura de novelas como *Un mundo feliz*, de Huxley, en 1932 o *1984*, de Orwell, en 1948.

Pero volvamos a las digresiones en Sanín Cano. Veamos el problema estilístico en “Evolución social de la mujer”. Sólo dos páginas después de iniciado el ensayo conocemos realmente el planteamiento general del texto. Antes, el autor ha creído conveniente resaltar el modo como el hombre llega a la intelección del mundo: “De dos maneras avanza la razón humana en la senda del conocimiento: o ligando unas ideas con otras, en lo cual suele ser víctima de grandes errores o confusiones, o tratando de disociar las que se han unido inopinadamente en el discurso y pretenden torcer el curso de la experiencia” (*Escritos*, 623).

Los vastos conocimientos que posee el ensayista hacen que tanto éste como el lector asistan a un verdadero despliegue de la historia universal en relación con el ícono de la mujer. Por eso encontramos a Sanín Cano dando vueltas y revueltas por Egipto, Grecia, Roma, la Edad Media y el Renacimiento, para luego regresar a la Europa moderna y a América Latina. En medio de esta argumentación, aparece el conocimiento zoológico: evoca el comportamiento de la *Mantis religiosa*, uno de los artrópodos, frente al macho, al que devora en el acto sexual, sin que ello influya negativamente en la carrera evolutiva de la especie.

Al final, cuando cree que ha ido lejos en su perspectiva histórica, concluye: “Y aquí vuelvo a repetir el tema ya esbozado en frases anteriores” (*Escritos*, 632), para finalizar en retrospectiva:

La cultura de un pueblo se mide por la participación que la mujer tenga en los destinos de ese pueblo. Señalé el caso de España, en donde puede vivir un extranjero sin percatarse de la existencia de la mujer española. No puedo hablar

de otros países de América, cuya vida civil cotidiana me es desconocida; pero puedo dar testimonio sobre el desenvolvimiento social y político de la República Argentina, donde he vivido durante años y cuya sociedad he visto de cerca en las capitales de Europa (*Escritos*, 633).

Finalmente, en “Sobre el romanticismo”, el ritmo de las digresiones es mucho más decisivo, pues le da dinamismo al texto, en tanto que éste, a pesar de que tiene un centro definido (el problema del origen y desarrollo del romanticismo europeo), es un centro móvil. De esta manera, Sanín Cano es un péndulo entre sus recuerdos personales, el problema de la convicción, el concepto de la historia como obra de arte y la defensa del romanticismo como una voluntad de disidencia (Baudelaire, incluso, un “romántico invertido”, según el autor) que permite la reinterpretación de la condición humana.

CONCLUSIÓN

En 1930, Baldomero Sanín Cano dio a conocer en un corto ensayo-memoria el que podríamos denominar su Credo ensayístico, descifrado —a nuestro criterio— como un ejercicio personal muy a la manera del juicio y del tono que conserva otro ensayo fundamental para la tradición del género en la historia de la literatura: “De Demócrito y Heráclito”, de Michel de Montaigne.

El ensayo de Sanín Cano se llama, sugestiva y subjetivamente, “Mi filosofía”, y apareció, según nota de escoliasta, en *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, de Luis López de Mesa. Esta poética ensayística ocupa una página de *Escritos*, pero la sustancialidad que tiene es tan honda que vale la pena citarla casi por entero.

En primer lugar, el ensayista confiesa su escepticismo: “Todas las filosofías me parecen plausibles del punto de vista de sus autores. Ninguna ha influido en mi espíritu con exclusión de otras”. Recuerda haber dialogado con Renan, en quien encontró el sentido de la tolerancia; con Amiel, quien le explicó un poco aquello del objeto de la existencia; y con Nietzsche, por su educación de la voluntad. Aprendió, en general, a querer la belleza en el doble sentido ético y estético, es decir, holístico, y a reñir con la fealdad, que a su vez lucha y desvirtúa todo principio moral.

Enseguida refuerza su posición dialógica: “En ningún sistema filosófico he podido hallar satisfactoria explicación de dos enigmas torturantes que rodean la existencia: el absurdo de la muerte y el predominio de la injusticia en las relaciones de hombre a hombre y de pueblo a pueblo”. Para él, la civilización occidental ha oscilado entre la renunciación y la voluntad de poder; hay que optar por una de estas dos paralelas.

Finalmente, asume la posición nietzscheana que habla del Superhombre. Pero no de un Superhombre envanecido con la voluntad de poder, sino como portador de “la suprema inteligencia”. Para Sanín Cano, pues, hay que elegir ésta facultad que distingue a la condición humana, no de otras especies sino de ella misma después de haber

vivido en las peores condiciones históricas, sociales y culturales. Desafortunadamente, la condición humana —parece decirnos— se resiste a aprender: la Guerra Mundial ha debido ser una enseñanza, y resulta que hizo “más resistente la obcecación”.

Aunque no pretendemos elaborar una lectura de ensayística comparativa —que puede ser un reto en los estudios aplicados en el ensayo y la teoría del género—, sí queremos trazar una línea de continuidad entre el texto de Montaigne y el de Sanín Cano, sobre todo porque si revisamos el planteamiento, concluiremos que ambos escritos pertenecen a dos sujetos motivados por un pensamiento escéptico que reconoce en el juicio crítico un límite para el escepticismo. Además, sabremos que los dos ensayistas hablan desde condiciones históricas, sociales y culturales diferentes pero unidas por un lazo común: la circunstancia crítica del mundo. Al respecto sobra decir que Montaigne escribe en una época donde las verdades entregadas han perdido su valor, y en un tiempo en el que el hombre —con todos sus dramas y todas sus contradicciones— vuelve a ser el centro del mundo. Este fue el origen de la Modernidad. Cuando Sanín Cano escribe, la civilización occidental, trescientos cincuenta años después (1580-1930), ha logrado superar muchas de sus falencias, pero también ha terminado varada —en parte por culpa del abuso de la razón instrumental— en un lago estanco del que le será muy difícil salir, dada la obcecación de quienes se empeñan en ahogarla aun a costa de los intereses de la condición humana.

Es pertinente recordar que el ensayo como género nació en medio de unas condiciones que hicieron posible tanto su aparición como su constante imitación, lo que permite hablar de la tradición de Montaigne. El ensayo tiene, desde luego, algunas formas precursoras (el diálogo socrático y la carta abierta son dos de las más importantes), pero fue en el Renacimiento cuando encontró las condiciones antropológicas, culturales, sociales e ideológicas adecuadas para expresarse como género crítico en tiempos de crisis.

En este sentido, Baldomero Sanín Cano surgió en la historia intelectual de Colombia dentro de unas condiciones generales marcadas por regímenes políticos hegemónicos, guerras civiles interminables, contradicciones ideológicas de difícil superación, aislacionismos culturales y literarios, y por gobiernos que —según vimos en la última parte del tercer capítulo— determinaron casi por completo el decurso de las relaciones entre los intelectuales y el campo del poder. Tuvimos, en consecuencia, intelectuales partidarios que ejecutaron incluso ensayos e intelectuales y artistas disidentes que terminaron o muertos prematuramente (Luis Tejada, Ricardo Rendón), o silenciados o simplemente esgrimiendo un nuevo discurso radical (Vidales en *La obreríada* o Barba Jacob con su dura bohemia internacional). Y todo esto, amén de las intervenciones de la Iglesia a favor de la moralidad de la República, de la gramática en yunta con el

poder, y de La Violencia como forma de anulación de la alteridad, todo, repetimos, durante casi ochenta años.

Sanín Cano fue testigo excepcional de su tiempo. Vivió el ambiente regeneracionista en Bogotá, donde conoció a intelectuales de avanzada como Antonio J. Restrepo y José Asunción Silva, a quien vio morir en 1896. Parece que desde siempre estuvo destinado a cumplir con su tarea hermenéutica en nuestro contexto, pues dialogó de tú a tú con la vanguardia cultural que apenas sí rozaba los cerros santafereños, y aprendió a traducir el mundo gracias a su “don de lenguas”. Hincó prudentemente su pica sobre los monolitos de entonces (Núñez, la hispanofilia, el provincianismo de espíritu, etcétera), viajó por Europa en busca de su expresión, y regresó a Hispanoamérica para enseñar a entender mejor el Modernismo.

Era necesario situar a Sanín Cano en la historia del ensayo en Colombia —proceso que inauguran los llamados cronistas de Indias, y que desarrollan los barrocos, los ilustrados y los intelectuales republicanos— para comprender cómo él dejó de pertenecer a una u otra tendencia partidista y derivó en una disidencia prudencial que le permitió reconocer la tradición, a la vez que criticarla y trascenderla.

En esta línea, los ensayos recopilados en *Escritos* obedecen a una tipología archiensayística que Sanín Cano conoció para expresar en diversas formas discursivas su pensamiento crítico y literario acerca de la literatura y la crítica literaria, así como en relación con problemas antropológicos y sociológicos como la civilización occidental, el progreso y el humanismo; lo nacional, lo hispánico y lo universal, manteniendo siempre una actitud mesurada que tuvo de todas maneras sus ideas “intangibles”: la defensa de la americanidad y de la libertad, amén de las virtudes de la igualdad y de la inteligencia, que él entendía menos en su sentido literal y más como metáfora de la superación de la mayoría de las limitaciones que hacen que nuestra condición retroceda en su proceso de llegar a ser humana.

Con mucho fervor se ha dicho que Sanín Cano fue el primer ensayista colombiano. Esto no es cierto. Detrás de él hubo una tradición que pretendió pensar el país desde orillas opuestas y remisas a la conciliación. Sanín Cano, como buen hijo del siglo XIX, estuvo preso en cierta nostalgia decimonónica de la que se salvó gracias a sus orígenes liberales y al viaje que hizo por Europa bajo el patrocinio inicial del general Rafael Reyes. Luego, situado en perspectiva, reinterpretó su raigambre cultural a la luz de un presente europeo crítico, adocenado, hecho una ruindad a manos de la Guerra Mundial y la desesperanza.

Llevado por su avidez literaria conoció y dio a conocer a los poetas y narradores de su contemporaneidad, Huxley, Isherwood y Connolly, entre ellos; pero también supo apreciar a los críticos que como Taine, Firzmaurice-Kelly y Brandes (hoy olvidados) le enseñaron a cambiar de orientación crítica frente a la literatura y el mundo.

Sin embargo, miró también a Hispanoamérica y Colombia, situó a Darío, a Silva y a Valencia en su actitud modernista; comentó críticamente a Cordovez Moure, a Eugenio Díaz, a Luis Carlos López, al “Indio” Uribe, a Tomás Carrasquilla y a Armando Solano; y se interesó por Azorín, Lugones y Mariátegui, sin despreciar ocasión para referirse a Montaigne, a Cervantes, a Shakespeare, a Ibsen y a Nietzsche. Todos le condujeron a la comprensión y a la explicación de la literatura, la crítica literaria y las condiciones histórico-sociales de su tiempo; y a la comprensión y la explicación de algo más hondo: la condición humana, el máximo botín de todo ensayista.

BIBLIOGRAFÍA

ENSAYOS DE BALDOMERO SANÍN CANO:

- SANÍN CANO, Baldomero. *La civilización manual y otros ensayos*. Buenos Aires: Babel, 1925.
- _____. *Indagaciones e imágenes*. Bogotá: Ediciones Colombia, 1926.
- _____. *Crítica y arte*. Bogotá: Librería Nueva, 1932.
- _____. *Ensayos*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942.
- _____. *Letras colombianas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1944.
- _____. *De mi vida y otras vidas*. Bogotá: ABC, 1949.
- _____. *Divagaciones filológicas*. 2ª ed. Santiago de Chile: Nascimento, 1952.
- _____. *El humanismo y el progreso del hombre*. Buenos Aires: Losada, 1955.
- _____. *Escritos* [Selección y prólogo: J. G. Cobo Borda]. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977.
- _____. *El oficio de lector* [Compilación, Prólogo y Cronología: J. G. Cobo Borda]. Caracas: Ayacucho, 1987 (Reimpresión: 1989).

LIBROS Y ARTÍCULOS SOBRE BALDOMERO SANÍN CANO, SU OBRA Y SU ÉPOCA (SE INCLUYEN LAS PÁGINAS WEB):

- ARANGO R., Sofía Stella. “Las cartas abiertas a Brake cambian de remitente. Examen de un error histórico en la crítica literaria en Colombia”. En *Estudios de Literatura Colombiana*, N°. 13 (11-24), 2003.
- CADENA SILVA, Claudia. “Revista Universidad Nacional o la tradición de la ruptura”. En *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, Vol. XXVII, N°. 23 (43-51), 1990.
- CAMACHO GUIZADO, Eduardo. “Estética del Modernismo en Colombia”. En *Manual de literatura colombiana*, Tomo I. Bogotá, D. E.: Procultura-Planeta, 1988, 537-578 pp.
- COBO BORDA, Juan Gustavo. “Baldomero Sanín Cano: el oficio de lector”. En *La tradición de la pobreza*. Bogotá: Carlos Valencia, 1980, 17-57 pp.
- COLMENARES, Germán. “Ospina y Abadía: la política en el decenio de los veinte”. En *Nueva Historia de Colombia. Historia Política 1886-1946*. Bogotá: Planeta, 2001, 243-268 pp.
- GRILLO, Max. “La obra de B. Sanín Cano”. En *Ensayos y comentarios*. París: “Le livre libre”, 1927 [Prólogo de B. Sanín Cano].
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. “Tres revistas colombianas de fin de siglo”. En *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, vol. XXVIII, N°. 27 (3-17), 1991.

- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro.** “Sanín Cano”. En *La Utopía de América*. Caracas: Ayacucho, 1978 (Reimpresión, 1989), 358-360 pp.
- HOLGUÍN HOLGUÍN, Andrés et al.** *Nueva Historia de Colombia. Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*. Bogotá: Planeta, 2001, 9-88 pp.
- MARINELLO, Juan.** “El maestro creador”. En *Contemporáneos*. 2ª ed. La Habana: Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1976, 97-108 pp.
- MAYA, Rafael.** *Baldomero Sanín Cano*. Medellín: Academia Antioqueña de Historia, sin fecha.
- MELO, Jorge Orlando.** “Algunas consideraciones globales sobre ‘modernidad’ y ‘modernización’”. En VIVIESCAS, Fernando y GIRALDO ISAZA, Fabio. *Colombia: el despertar de la modernidad*. 2ª ed. Santafé de Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1994, 225-247 pp.
- MORALES BENÍTEZ, Otto.** “Apreciaciones sobre la obra de Baldomero Sanín Cano”. En *Revista Universidad de Medellín*, N°. 65 (5-28), 1997.
- POSADA FRANCO, Rafael.** “El pensamiento de Baldomero Sanín Cano”. En *Baldomero Sanín Cano y otros ensayos*. Palmira: Posada, 1958, 5-32 pp.
- RESTREPO, Luis Antonio.** “Literatura y pensamiento. 1946-1957”. En *Nueva Historia de Colombia. Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*. Bogotá: Planeta, 2001, 65-88 pp.
- RESTREPO YUSTI, Manuel.** “Revista de las Indias: un proyecto de ampliación de fronteras”. En *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, Vol. XXVII, N°. 23 (25-41), 1990.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir.** “Sanín Cano en su Torre de papel”. En *Marcha*, N° 819 (21), 1956. Edición digital en <http://ml.cas.buffalo.edu/rodriguez-monegal/bibliografia/prensa.html> (Consulta: 13 de octubre de 2004).
- RUIZ, Jorge Eliécer.** *Baldomero Sanín Cano*. Bogotá: Procultura, 1991.
- SÁNCHEZ LOZANO, Carlos.** “Rafael Maya y Baldomero Sanín Cano: Tradición y Modernidad en la crítica literaria colombiana”. En *Gaceta (Colcultura)*, N°. 38-39 (7-11), 1998.
- SANDINO, Augusto César.** “Plan de realización del supremo sueño de Bolívar”. En BOLÍVAR, Simón et al. *Filosofía política latinoamericana. I. La nacionalidad*. Bogotá: El Búho, 1985, 136-154 pp.
- SANTOS CALDERÓN, Enrique.** “El periodismo en Colombia. 1886-1986”. En *Nueva Historia de Colombia. Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*. Bogotá: Planeta, 2001, 109-136 pp.
- SANTOS MOLANO, Enrique.** *El Corazón del Poeta*. Bogotá: Nuevo Rumbo, 1992.
- SOLANO, Armando.** “B. Sanín Cano”. En *Glosas y ensayos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1982, 355-358 pp.
- TIRADO MEJÍA, Álvaro.** *El Estado y la política en el siglo XIX*. 4ª ed. Bogotá: El Áncora, 2001.
- VALENCIA, Guillermo.** “Notículas”. En SANÍN CANO, Baldomero. *Ensayos*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942, xii-xiii pp.
- VELÁSQUEZ TORO, Magdalena.** “Condición jurídica y social de la mujer”. En *Nueva Historia de Colombia. Educación y ciencia, Luchas de la mujer, Vida Diaria*. Bogotá: Planeta, 2001, 9-60 pp.
- VÉLEZ RAMÍREZ, Humberto.** “Rafael Reyes: Quinquenio, régimen político y capitalismo” (1904-1909). En *Nueva Historia de Colombia. Historia política 1886-1946*. Bogotá: Planeta, 2001, 187-214 pp.

- VITALE, Luis.** “El contexto latinoamericano de la historia moderna de Colombia (1886-1930)”. En *Nueva Historia de Colombia. Relaciones internacionales. Movimientos sociales*. Bogotá: Planeta, 2001, 119-140 pp.
- ZULETA, Ignacio.** *La polémica modernista. El modernismo de mar a mar (1898-1907)*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1988.

ESTUDIOS CRÍTICOS Y OTROS ENSAYOS (SE INCLUYEN LAS PÁGINAS WEB):

- AGUIAR E SILVA, Vítor Manuel.** *Teoría de la literatura*. Madrid: Gredos, 1972 (10ª reimpresión).
- ANDERSON IMBERT, Enrique.** *La prosa. Modalidades y usos*. Barcelona: Ariel, 1998.
- AUERBACH, Erich.** *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996 (7ª reimpresión, 2000).
- BEUCHOT, Mauricio.** *Tratado de hermenéutica analógica: Hacia un nuevo método de interpretación*. 2ª ed. México: UNAM-ÍTACA, 2000.
- BLOOM, Harold.** *El canon occidental*. 2ª ed. Barcelona: Anagrama, 2002.
- BOTERO URIBE, Darío.** *Manifiesto del pensamiento latinoamericano*. Cali: Universidad del Valle, 1993.
- BOURDIEU, Pierre.** *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- CASO GONZÁLEZ, José Miguel.** “La crítica inmediata, ‘Clarín’. La erudición y la historia literarias, Menéndez Pelayo”. En *Historia de la literatura española*, Vol. III, siglos XVIII, XIX y XX, 3ª parte, capítulo XV. Madrid: Everest, 1999, 417-436 pp.
- CATAÑO, Gonzalo.** *La artesanía intelectual*. Bogotá, D. C.: Universidad Pedagógica Nacional-Plaza & Janés, 1995.
- _____. “Historia de la sociología en Colombia”. En *Nueva Historia de Colombia. Educación, Ciencias, La Mujer, Vida Diaria*. Bogotá: Planeta, 2001, 235-256 pp.
- CHESTERTON, G. K.** *Ortodoxia*. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1987 (1ª reimpresión, 1997).
- EAGLETON, Terry.** *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto.** *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995.
- FITZMAURICE-KELLY, Jaime.** *Historia de la literatura española*. 6ª ed., corregida. Buenos Aires: Anaconda [Sin fecha].
- GAITÁN DURÁN, Jorge.** *La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia*. Bogotá: Tierra Firme, 1959. En *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975, 315-380 pp.
- GARCÍA BERRÍO, Antonio y HUERTA CALVO, Javier.** *Los géneros literarios: Sistemas e historia (Una introducción)*. 3ª ed. Madrid: Cátedra, 1999.
- GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis.** *Teoría del ensayo*. México: UNAM, 1992.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael.** *Horas de estudio*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1976.

- _____. *Heterodoxias*. Bogotá: Taurus, 2004.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Camila**. *Invitación a la lectura*. Bogotá: Oveja Negra, 1998.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro**. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994 (2ª reimpresión).
- _____. *Historia de la cultura en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1947 (15ª reimpresión, 1997).
- HORKHEIMER, Max**. *Historia, metafísica y escepticismo*. Barcelona: Altaya, 1995.
- JARAMILLO URIBE, Jaime**. *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: Colcultura, 1977.
- JIMÉNEZ PANESSO, David**. *Historia de la Crítica Literaria en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Colcultura, 1992.
- KAYSER, Wolfgang**. *Interpretación y análisis de la obra literaria*. 4ª ed. Madrid: Gredos, 1972.
- LAGOS, Ramiro**. *Ensayos surgentes e insurgentes. Intravisión literaria de temas hispánicos*. Madrid: Verbum, 1991.
- LORD BYRON et al.** *Ensayistas ingleses* [Estudio preliminar por Adolfo Bioy Casares-Selección de Ricardo Baeza]. Buenos Aires: W. M. Jackson, 1950.
- MARTÍNEZ, Fabio**. *El viajero y la memoria. Un ensayo sobre la cultura colombiana vista a través de la ficción literaria*. Medellín: UPB, 2000.
- MARTÍNEZ ECHEVERRI, Leonor y Hugo**. *Diccionario de filosofía ilustrado*. Bogotá, D. C.: Panamericana, 1996 (6ª reimpresión, 2002).
- MONTAIGNE, Michel de**. *Ensayos*. 3. vols. Barcelona: Altaya, 1994.
- MORTARA GARAVELLI, Bice**. *Manual de retórica*. 3ª ed. Madrid: Cátedra, 2000.
- RAMA, Ángel**. *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Ayacucho, 1985.
- REYES, Alfonso**. *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- ROJAS ORTIZ, Jaime**. *El ensayo: Historia y Teoría*. 2ª ed. Medellín: Coop. de Profesores de la Universidad de Antioquia, 1997.
- ROMERO, Armando**. *Las palabras están en situación. Un estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960*. Bogotá: Procultura, 1985.
- ROTKER, Susana**. *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*. La Habana: Casa de las Américas, 1992.
- RUIZ, Jorge Eliécer y COBO BORDA, Juan Gustavo**. *Ensayistas colombianos del siglo XX*. Bogotá: Colcultura, 1976.
- SAÍD, Edward W.** *El mundo, el texto y el crítico*. Barcelona: Debate, 2004.
- SCHÜCKING, Levin L.** *El gusto literario*. México: Fondo de Cultura Económica, 1950 (5ª reimpresión, 1996).
- SCHWANITZ, Dietrich**. *La cultura. Todo lo que hay que saber*. 2ª ed. Barcelona: Taurus, 2002.
- SKIRIUS, John (comp.)**. *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. 3ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- TAINE, Hipólito**. *Introducción a la historia de la literatura inglesa* [Traducción de J. E. Zúñiga]. 3ª ed. Buenos Aires: Aguilar, 1963.
- TÉLLEZ, Hernando**. *Literatura y sociedad. Glosas precedidas de notas sobre la conciencia burguesa*. 2ª ed. Bogotá: Mito, 1957.

- THÉRIEN, Gilles.** *Lectura, escalera y complejidad*. Cali: Facultad de Humanidades-Universidad del Valle, 2002.
- TORRES DUQUE, Óscar.** *El mausoleo iluminado: antología del ensayo en Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 1998.
- TOVAR ZAMBRANO, Bernardo.** “La historiografía colombiana”. En *Nueva Historia de Colombia. Educación, Ciencias, La Mujer, Vida Diaria*. Bogotá: Planeta, 2001, 199-210 pp.
- URREGO, Miguel Ángel.** *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central-DIUC-Siglo del Hombre, 2002.
- VÉLEZ, Jaime Alberto.** *El ensayo, entre la aventura y el orden*. Bogotá: Taurus, 2000.
- VILLANUEVA, Darío.** “Pluralismo crítico y recepción literaria”. En *Avances en teoría literaria (Estética de la recepción, Pragmática, Teoría Empírica y Polisistemas)*. Santiago de Compostela: Universidade Santiago de Compostela, 1994.
- VIÑAS PIQUER, David.** *Historia de la crítica literaria*. Barcelona: Ariel, 2002.
- WEINBERG, Liliana.** *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México: UNAM-Fondo de Cultura Económica, 2001.
- YURKIEVICH, Saúl.** *La movediza modernidad*. Madrid: Taurus, 1996.

ARTÍCULOS SOBRE ENSAYO, LA TEORÍA DEL ENSAYO Y LA HERMENÉUTICA (SE INCLUYEN LAS PÁGINAS WEB):

- ARCINIEGAS, Germán.** “Nuestra América es un ensayo”. En LARROYO, Francisco et al. *Filosofía de la historia latinoamericana*. Bogotá: El Búho, 1983, 95-110 pp.
- BOORSTIN, Daniel.** “La invención del ensayo”. En *Los creadores*. Capítulo XI. “La palabra en vanguardia”. Barcelona. Crítica, 1992, 507-517 pp.
- CASAS, Arturo.** “Breve propedéutica para el análisis del ensayo”. Edición digital en <http://www.ensayistas.org/critica/ensayo/casas.htm> (Consulta: 28 de noviembre de 2002).
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro J.** “Verdad y futuro: el ensayo como versión moderna del diálogo filosófico”. Edición digital en <http://ensayo.rom.uga.edu/critica/ensayo/chamizo.htm> (Consulta: 28 de noviembre de 2002).
- EARLE, Peter G.** “El ensayo hispanoamericano, del modernismo a la modernidad”. En *Revista Iberoamericana*, N°s 118-119 (46-57), 1982.
- ESPITIA, David Leonardo.** “Problemas para una historia del ensayo en Colombia”. En *Literatura. Teoría, Historia, Crítica*, N° 2, Universidad Nacional de Colombia (61-76), 2000.
- GRAFTON, Anthony.** “El lector humanista”. En CAVALLLO, Guglielmo; CHARTIER, Roger (Directs.). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998, 281-328 pp.
- KAVADLOFF, Santiago.** “Montaigne no hace pie”. En *Cuadernos Hispanoamericanos*, 646 (71-76), 2004.
- MAÍZ, Claudio.** “Problemas genológicos del discurso ensayístico: origen y configuración de un género”. En *Acta Literaria* N° 28 (79-105), 2003. Edición digital en <http://www.scielo.cl/pdf/aclit/n28/art07.pdf> (Consulta: 17 de agosto de 2004).
- SAMPERIO, Guillermo.** “El ensayo literario”. En *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, N° 325 (43-44), 1998.



Programa & Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co